



# LA OTRA PIEL

**Marcela Sánchez Mota**

"Tu madre es Sophie Lenz. Vivió en Ascona": ésta es la confesión final del padre de Mirella, una historiadora del arte para quien la verdad sobre su origen marca el inicio de una búsqueda que la llevará a descubrir el ascenso y la decadencia de la comuna anarquista de Ascona, en Suiza. Mirella hallará, en su viaje alucinante, los rastros de todos aquellos que decidieron vivir al margen de la sociedad, huir de la alienación del cuerpo y del espíritu, cruzar las dóciles barreras que nos separan de nuestras pesadillas y nuestros más salvajes deseos de libertad, aunque esa posición radical conduzca a la pérdida, a la violencia y a la locura.

Mercedor del Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela, *La otra piel*, es una novela de viaje y de introspección, a un tiempo histórica e intimista, en la que los secretos de una familia mexicana son la clave para descifrar el sentido de las comunas anarquistas del siglo XX.



MARCELA SÁNCHEZ MOTA

# LA OTRA PIEL

NOVELA

LA CIFRA  
editorial

Marcela Sánchez Mota

**LA OTRA PIEL**

*La otra piel*

Primera edición, 2014

Cubierta original: Octavio Zeivy

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

## ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. Afuera el perro da fuertes ladridos
- II. El dolor atormentaba tus huesos
- III. Gentes recias
- IV. Ese mismo día
- V. Los ojos de Ramón estaban rojos
- VI. Me despedí de Ramón
- VII. Esperé algunos días
- VIII. Viajé sola a Ascona
- IX. ¿Qué sucedió en la cabaña
- X. No volví a la comuna en muchos días
- XI. Los días posteriores
- XII. Antes del amanecer
- XIII. Escuché unos golpecitos nerviosos
- XIV. Gusto continuaba afuera
- XV. Esa tarde me quedé en mi cuarto
- XVI. El sueño me vencía

- XVII. Esa habitación, dentro de la galería
- XVIII. Me despertó el timbre del teléfono
- XIX. Al ver mi gesto
- XX. Al llegar a la pensión
- XXI. Al día siguiente caminé
- XXII. Huí de las cabañas
- XXIII. A media tarde
- XXIV. Asomado por la ventana del tren
- XXV. Durante mi regreso a Ascona
- XXVI. Ascona se volvió un lugar de muerte
- XXVII. Quedaban tan pocas cosas por hacer
- XXVIII. Como era de suponer
- XXIX. Sólo pasé una noche en la ciudad

Acerca de la autora

## CAPÍTULO I

Afuera el perro da fuertes ladridos. Parece llamar a alguien que sabe de antemano no vendrá. Sólo por momentos los golpes de las gotas de lluvia en la ventana mitigan el escándalo. No sé por qué, pero hoy lo dejé entrar a la casa. Vino directo hasta tu cuarto y al no encontrarte se fue deprisa. Olfatea cada una de las habitaciones con la esperanza de toparse con tus palmadas en el lomo. Al final regresa conmigo. Mueve la cola, apenas, con resignación. Sé que en unas horas más estará echado a los pies de tu cama, igual que cuando todavía estabas con nosotros, y lamerá el piso con obsesión como si eso lo consolara un poco.

Antes de que comenzara la tarde, la fatiga me obligó a sentarme en el viejo sillón frente a tu cama. Acciones tan simples después de las tormentas y no dejo de pensar en lo que me ha traído hasta aquí. Estoy en este espacio que fue tan tuyo. Recargo la cabeza sobre el respaldo mientras mi vista se posa insistente en la huella que dejó el peso de tu cuerpo sobre el colchón de la cama. Sí, me he encontrado contigo de nuevo, sólo que de otra manera y pido que me

escuches aunque parezca un desatino, un absurdo. Siempre pensé que después de la muerte habría terminado todo. Son muchos los que dirán que he perdido la razón. Yo, la científica, la historiadora de arte, la escéptica. Tantos años, lecturas, conjeturas y reflexiones que uno hace sobre la vida y la muerte, y que finalmente resolví con un sentido pragmático, entraron en cuestionamiento. Siempre había dicho que no sirven para vivir. La vida es otra cosa. ¿Y la muerte? Vivimos con ella, cada día. Y no la conoces hasta que la enfrentas como algo absoluto. Entonces comenzaron las preguntas: ¿es que no queda nada?, ¿somos eso, sólo materia? Me lo he preguntado con obsesión: ¿es así?, tan duro, tan frío. Sin embargo, estos meses he creído con fervor que mis palabras llegarán a ti de alguna manera. Sé que has muerto y tu cuerpo ya no está. De nuevo pregunto: ¿cómo puede ser? Sí, la muerte es como un golpe brutal y certero. Incomprensible. La muerte, tu muerte.

Recuerdo tu respiración cortada unos momentos antes. Observé tus labios secos en confesión: Tu madre es Sophie Lenz, vivió en Ascona. Y te fuiste. El dolor se catapultó sin entenderlo, de muy hondo, como si me dejara ciega por momentos. Y las palabras. Tus palabras. ¿Las había escuchado bien? No supe qué hacer. La mente en blanco. Empecé a hablar sola como si con ello despertara de un mal sueño. Recordé que dijiste un nombre extranjero, sin ningún referente cercano. ¿Puedes imaginarlo siquiera? Un nombre tras el cuál no había nadie, nada, el vacío. No había tampoco

una sola persona que pudiera responder las preguntas que me asaltaron. ¡Esa misma noche, invoqué como una loca a mi mamá, a mi mamá de siempre, a Conchita! Ella, mamá, ¿lo supo? ¿Cómo llegué a sus brazos, a su amor? ¿Desde cuándo? Después pensé en dejarla en paz: ella murió hace quince años. La lloré tanto, la quise tanto. El amor que se sepulta. ¿Tenía ahora motivos para reclamarle a ella, a mi madre, la que cuidó de mí? La que siempre me abrazó. Conchita. Mamá. Madre.

Miro de nuevo la huella que dejó tu figura en la cama. Se mantiene allí como un recordatorio cruel. Esa marca es lo único tangible de ti, es tu forma más fiel de existencia. Son segundos, sí, en que los recuerdos pasan fugaces por mi cabeza como si no quisieran permanecer allí más tiempo del necesario. Huyen y yo dejo que se vayan sin lastimar más. Sorbo el café caliente y rodeo la taza con las manos para entibiarlas.

Lo repito. He venido hoy como todos los días desde hace meses con el propósito de que conozcas cada detalle del difícil camino que recorrí. En este lapso tomé conciencia de algo fundamental para poder hablar contigo, para sacudirme el rencor. Traduzco: concluí que tú nunca imaginaste hacia dónde desembocaría tu confesión y, con ello, toda mi vida y la tuya. Sí, esa vida que nadie más que tú conoció a cabalidad. Por eso decidí que debías enterarte de lo imbricado de mi búsqueda, de mis avatares. Te desconocí, no sé el momento preciso: ya no eras más el mismo, mi

padre, el ser que quise y respeté de manera incondicional. Ya no... Pero no te preocupes, las cosas tomaron un giro distinto y la esencia de ese cariño logró sobrevivir, mi amor por ti persistió a pesar de todo. En el instante de tu muerte sentí un gran vacío hasta que paulatinamente comencé a conformarte como otro ser, alguien muy diferente del hombre que fuiste. En el camino por encontrar a mi madre biológica fui descubriéndote, eras otro, un desconocido. Más tarde, con el tiempo, pasó algo curioso: esos dos seres, tan distintos, comenzaron a ser de nuevo uno solo. Nunca el mismo. Pido perdón. Y ahora sé que te sigo amando como lo hice desde pequeña, quizá, supongo, de una manera más rica, con toda la complejidad con que se puede amar a un ser humano. En algunos episodios, lo confieso, te odié. Al final lo comprendí: no actuaste con la intención de dañar a nadie. Entendí que me amaste. Por amor quisiste reparar el único resquicio que estaba pendiente en tu vida, y al hacerlo te tropezaste de manera irremisible. Vine acá a despedirme para seguir el camino que me corresponde.

Los primeros días después de tu muerte una de mis certidumbres era que había vivido en el engaño. La casa, esta casa, ya no era la misma. Llegué a sentirme como una extraña. Mi entorno se había transformado, frágil, brumoso, fantasmal. En esos días se suscitó en mí la aparición de un enigma tras otro, sin tregua. Y uno de ellos, no sé si decirlo así, el más inquietante, consistía en la duda sobre si eras o no mi padre biológico. Pensé en mis hijos, en Paula, la

pequeña, y Julio, mi querido hijo protector; me tranquilizaba saber que ellos conocían su origen. Respiro.

Por eso encontrar a Sophie fue lo único que me importó en el transcurso de estos últimos meses, tenía la intuición de que al hallarla me enfrentaría a lo que en el fondo ansiaba saber. Sí, sí. Tu muerte me sacudió por completo, cambió el rumbo de mi vida. Perdón por decirlo, pero no puedo mentir. ¿Lo entiendes? Tú sabes que fue justo la mentira lo que me trajo aquí, a este cuarto, a hablar contigo. Desde entonces, morosamente, comencé a percibir que algo había mutado en mí. Era como si mi existencia se hubiera puesto al margen de lo que admitimos como realidad. ¿Qué más podía ocurrir en mi vida después de encontrarme con Sophie? ¿Había algo peor?

Cada vez que recuerdo el momento de tu muerte vuelvo a padecerla. Sólo pronunciaste ocho palabras: Tu madre es Sophie Lenz, vivió en Ascona. Suficientes. Enseguida tu respiración se volvió imperceptible y en unos cuantos segundos tus facciones se tornaron afiladas, como si alguien las hubiera pulido. Tu nariz, larga y recta, parecía una daga y tu boca entreabierta dejaba ver el filo de los dientes.

No fue por benevolencia tu confesión sobre mi verdadero origen, lo sé: fue la necesidad de liberación, deshacerte de la gran culpa antes de morir. Era el miedo de cargar con ella. ¿No era ese miedo un engendro, creciendo dentro como un tumor, lento e inexorable? Pienso que sí, y viviste con él

durante cincuenta años. ¿No era suficiente castigo? Entonces, ¿qué ganabas con revelar el secreto con tanto retraso? ¿La prisa, la urgencia de morir tranquilo?, creo que eso fue. Un logro para ti. Y para mí, un predicamento. Transcurrieron días muy largos antes de que pudiera entender tus razones. Quiero pensar que fue la cercanía de la muerte lo que te hizo hablar. Ese instante en que sabemos ha llegado el fin, ese punto extremo justo antes de que se rompa la cuerda.

Estoy frente a la cama en donde presencié tu muerte y, como si fuera un ser vivo, me da la impresión de que está abatida. Nadie duerme en ella, su soledad transcurre entre las sombras y, mientras, guarda fielmente tu silueta. Por momentos, me parece, que aguarda, paciente, a que alguien la libere de la tarea que le he impuesto: permanecer intacta. Fijo la mirada. ¡Qué amarillas se ven las sábanas! En el sofá he puesto los papeles que me fueron revelando fragmentos de mi historia. Este lugar se convirtió en un refugio, una especie de caverna en donde encontré tesoros. En realidad fueron señales, instrucciones a seguir. Puedo escuchar las voces internas que me guiaban: vaya por aquí, continúe por allá; oh, no, no, no, ya se equivocó... no, ese señor no es su padre, es el otro, ése, el de la barbita mal crecida, sí, el de cabellera dorada, ése es el que sedujo a su madre Sophie, tan jovencita, con sólo dieciséis años, enferma mental.

Entonces intentaba imaginar a mi madre, un cuerpo, sólo un cuerpo. Solo. Mientras te veía tumbado, inerte, yo

repetía tus palabras y quería darles un significado inmediato, era tortuoso y repetía: Tu madre es Sophie Lenz. La frase era como un taladro que deja un hueco sin misericordia. Una mujer desconocida. Mi mente fabricaba figuras femeninas sin rostro, con enormes vientres y, dentro de ellas, fetos cada vez más grandes que movían, caóticos, las piernas y las manos. Después las madres pariendo. Imaginaba mi cabeza saliendo de esos vientres. Entre todas ellas, una más: una mujer anónima pero que yo sabía sin duda que me había dado la vida. Tan distinta a mamá Conchita, la de siempre, la que me daba su aliento para calentarme las manos cuando niña. Dime, ¿qué nombre podía darle? ¿Ese mismo que pronunciaste apenas entre dientes? Me costaba un enorme esfuerzo recordarlo. ¿Qué tenía que ver conmigo esa mujer desconocida? Deseaba tanto que estuvieras aquí para responder. O, ¿cómo crees tú que debía pensar en ella? ¿Te parecía fácil resolverlo? ¿Cómo imaginar a un ser, a una madre, así, en abstracto? ¿O no te importaba demasiado el cómo? ¡Al carajo! Tú lo decidiste así. Y no había retorno. Era yo quien debía resolverlo, ¿cierto?, tú ya habías cumplido con tu confesión. Sin embargo, sigo con las mismas preguntas revoloteando en mi cabeza. Escucho los ladridos que ahora vienen desde afuera: detrás de la ventana. Es César otra vez. ¿Por qué no se calla?, ¿a qué cosa le ladra? Sólo guarda silencio cuando se sacude el pelambre mojado. Sé que extraña tus caricias sobre su cabeza huesuda. Ha pasado mucho tiempo desde tu muerte y no se conforma.

Hace unos meses este cuarto representaba el caos. Afuera estaba una realidad perturbadora. Sophie, su nombre. Sophie. Lo repetí tantas veces, ligado a un rostro confuso. Cuando por fin la encontré, me vi ante una figura fría, desprovista de espíritu, una suerte de muñeco de cera. Un ser perturbador en quien convivían en armonía la belleza y el horror. Estaba perdida. ¿Hacia dónde ir, qué me quedaba? Me había convertido en un fantasma, como Sophie. Por eso me fui en busca de asideros. Después logré fabricar en mi cabeza una figura más nítida que surgió al observar sus fotos. Tan joven, sin duda bella, los ojos tristes y lánguidos, la cabellera ensortijada y rubia. Y ahora al pronunciar su nombre, siempre se me revela ese cuerpo sin vida que vi unos cuantos minutos o segundos. ¿Era ella? ¿Cómo confiar, cómo creer? Sólo pensé que era el final de esta historia. Era una tarde fría y lluviosa de Ascona. No sé todavía cómo nombrarlo. ¿Es posible llamarle cuerpo?, ¿eso, esa era Sophie? ¿Era el resultado de la mente enferma de un hombre, de un amor enfermizo? Deseaba tanto tocar aquel cuerpo frío, saber si era real. Los sentimientos me rebasaron, ¿fue el miedo lo que me detuvo? Temblé al verla, me daba la impresión de estar frente a una figura sin consistencia, una imitación. Si me atrevía a tocarla, me toparía con algo gelatinoso y deformado, una especie de holograma a punto de desaparecer. ¿Por qué sentí al mismo tiempo amor y rechazo? Aquellos primeros días permanecí muda, estaba ante algo que no quise aceptar. Tuve que atragantarme esa presencia inaudita. Es ahora frente a ti que

puedo decirlo. Llegará el momento, papá, en que hable de ese personaje oscuro, ese hombre enfermo, el Barón, su locura, ¿cómo imaginar aquella historia como posible? Él, Sophie. ¿No era un mal sueño? Merodeaba un terreno perverso, inexplicable, brutal. El tiempo, sólo con el tiempo, regresó la calma.

Hace un rato, mientras recapitulaba estas vivencias, sentí algo que esta habitación guarda, algo que me resulta incomprensible, una sensación extraña. ¿La has sentido tú? Me ha ocurrido de tanto en tanto, por segundos apenas, pero son suficientes para percibir un dolor agudo, instantáneo, que luego parece esconderse tras la pared descarapelada. La primera tarde que vine a este cuarto al regresar de Ascona el espacio se inundó de un olor penetrante, un olor a humedad y a cal vieja que se mezclaba con el aroma dulzón que despidió tu cuerpo antes de morir. Por ahora lo traigo impregnado en la nariz.

## CAPÍTULO II

El dolor atormentaba tus huesos. Elena, mi hermana, y yo revisábamos los viejos archivos en tu estudio. Nos escuchaste. Te vimos entrar, furioso, golpeando el suelo con el bastón. Arrastrabas los pies, tu cuerpo era una carga muy pesada para tus debilitadas piernas, manoteaste sobre la mesa de trabajo, las venas del cuello se te hinchaban al gritar. ¡Dejen eso en paz, no estén hurgando en mis cosas! Argumentabas que no debíamos revisar esos documentos porque pertenecían a otras personas. Dijiste furioso: ustedes no las conocen. Son Ida y Henrich, murmuraste, dijiste, y además qué les importa. Claro, ignorábamos quiénes eran. Al mencionar sus nombres te diste cuenta que era inútil aclarar algo pues ni Elena ni yo, siendo tus hijas, los habíamos escuchado. No teníamos derecho a leerlos, sus dueños estaban muy lejos, y entonces repetiste aturdido

que nosotras no los conocíamos. Te pusiste como loco, nos arrebataste los papeles que teníamos en las manos, los rasgaste y los aventaste a la chimenea prendida. Nos quedamos estupefactas. Más tarde traté de rescatar lo que no alcanzó a quemarse. En algunos pedazos pude leer algunas palabras en alemán, otras en italiano, esos idiomas que tú procuraste que aprendiera desde pequeña. Hoy entiendo por qué.

Los nombres allí escritos eran extranjeros. Me pregunté qué escondías. Al principio pensé que se trataba de otra familia, otros hijos, una historia paralela a la nuestra. Ese día me fui a mi casa, desconcertada. En la noche, antes de dormir, pensé que debía cuestionarte. ¿Qué, papá, qué era lo que no podíamos saber? No hubo tiempo. Al día siguiente te alcanzó la muerte.

¿Por dónde empezar? Regresé a los papeles que nos arrebataste de las manos a Elena y a mí. Decían muy poco sobre Sophie. El alemán era la lengua predominante en esos escritos; algunos, muy pocos, estaban en italiano. Aunque, muy pronto, el nombre de un pueblito suizo se convertiría en parte de mi imaginario. En los primeros días después de tu muerte compré varios mapas recientes de Europa. Fue sólo en el más detallado en donde encontré aquel nombre: Ascona, un pequeño lugar a la orilla del Lago Maggiore en la región del Ticino, en la Suiza italiana. Ésa era la punta de la madeja que debía tomar para recorrer el laberinto.

La memoria me abandona por momentos como si quisiera olvidar con un propósito. Sigo meciéndome al ritmo de las gotas de lluvia, la silla me levanta los talones del suelo, de nuevo me empuja con la punta de los pies. Miro el dibujo deslavado de flores pequeñas, rojas y moradas que forran esta mecedora, la misma en que pasaste los últimos meses. Acuden los recuerdos vagos, momentos de mi niñez plagados de incógnitas. ¿Quién lo decía, papá?, ¿era Lolita? Sí, claro, la amiga de mamá, la gorda de cabello rubio teñido, con un lunar abultado en la mejilla y ojos saltones, de sonrisa burlona y papada temblorosa. Lo decía en un tono afectado: Conchita, esos tres hijos tuyos no se parecen nada entre sí; qué maravilla, tener hijos tan distintos, de todos los colores, sólo falta un pelirrojito, ¡qué lindos! Mi madre nunca le contestó.

Repaso con la mirada los papeles esparcidos sobre la cama y el sofá. En cualquier momento me invadirá un mar de palabras que desordene mi vida. Pero me equivoco, no es desorden lo que acarrearán sino fragmentos, sólo fragmentos de una vida.

Regresa a mi cabeza la voz de la gorda Lolita: tu padre es un verdadero güero de rancho, Mirellita, hija, seguro que de él heredaste ese color de cabello, ¿verdad? En cambio tus hermanos, con ese negro azabache. Era una observación recurrente hacia la familia que se incrustó en mis recuerdos hasta formar una capa tras otra, dejando enterradas las incertidumbres. Fueron muchos los rumores que escuché en

mi niñez. Con los años fueron perdiendo importancia, luego se quedaron en el olvido.

Sería muy fácil decir que el secreto de familia había despertado en mí el viejo espíritu que alguna vez me llevó a hacerme historiadora. Por desgracia, no era eso, pues mi vida académica se había convertido en un trámite de temas agotados y yo apoltronada en ellos. Pero no fue así. El origen de esa curiosidad renovada fue mucho más simple y contundente: tu confesión me había sacudido a tal grado que por momentos tenía la percepción de haber sido inoculada de energía pura. Incidía en cada parte de mí.

Fui a la biblioteca con el ánimo de encontrar la ubicación exacta del lugar donde supuestamente había nacido. Me encontré con Ascona, el pueblo que albergó una comuna naturista conocida como Monte Verità. Muy cerca de allí, en Locarno y otros poblados hallaron refugio los anarquistas antes de la Gran Guerra. Algunos se desplazaron a Ascona, y descubrieron en una comuna naturista la posibilidad de una vida distinta. Construyeron pequeñas cabañas por todo el terreno. La Casa Anatta era el lugar de reunión. La clínica naturista, el lugar para curarse, desintoxicarse y descansar. Nunca llegó a ser un pueblo. Allí cohabitaron sobre todo teósofos pues fueron los fundadores, se unieron los anarquistas, médicos psicoanalistas, artistas y escritores, incluso millonarios excéntricos. Buscaban otra forma de estar en el mundo. Disidentes que parecían haberse perdido en la historia.

Extrañamiento total. Pero Ascona es ahora mi lugar de nacimiento. ¿Y Saltillo?, ¡qué raro comenzaba a parecerme todo! Leo una vez más: *Ciudad de Saltillo, Coahuila, a 28 de marzo de 1922, los señores Rodrigo Arteaga y Concepción Romero presentan viva a la niña Mirella Arteaga Romero de once meses de edad que nació el 22 de abril de 1921 a las 4 a.m.* ¡Me registraron a los once meses de edad! ¿Olvido, desidia, flojera? ¿Y si hubiera muerto antes de mi registro? ¿Cuántas veces mis hermanos y yo no leímos con curiosidad nuestras actas de nacimiento? La de cada uno era especial, siempre encontrábamos algo que nos causaba risa. La mía se volvió amarillenta y se convirtió en una extensión de mí misma. Me acompañó en certificados de estudio, trámites del pasaporte, el matrimonio, los hijos.

Nunca pregunté por qué me registraron tan tarde. Cuando éramos niños era una suerte de gracia que me festejaban. La única, distinta a los demás, una especie de don. En el fondo todos sabíamos, como decían los mayores, que era sólo una equivocación del empleado del registro. ¿Te acuerdas, papá? Porque tú estabas orgulloso como nadie de tu pueblo *rascuache*, como decías, abandonado por las manos de Dios, en medio de un desierto hostil. Alguna vez te pregunté con timidez por qué no corrigieron el error en mi acta y te pusiste nervioso. De manera escueta respondiste que era una equivocación y ya, hija, dijiste, no le busques tantas patas a las arañas.

Esta habitación se fue convirtiendo en un refugio en donde aún intento armar el rompecabezas. Me quedo en silencio y escucho cómo respira mi cuerpo. ¿Cuántas veces no vine esperanzada con la idea de encontrar más sobre mi origen nebuloso? Releía los documentos de identidad como si entre líneas estuviera escrita otra historia. Sí, mi identidad que se resquebrajaba y debía buscar en esos papeles. Algo en ellos que me diera certidumbre. Nuestra existencia depende de papeles, documentos. Sin ellos no existimos.

Después de tu muerte, lo primero que hice fue ir a Saltillo. La intuición no me falló. Las tías, mis tías. Ellas eran las únicas que quedaban de tu familia. Escucho la voz ronca de Agripina. ¿Recuerdas, Mirellita, aquella anécdota de tu padre, el de la limonada, m'hija del famoso café del chino? Ese cuento que tanto le gustaba desde chamaco. Allá, en ese cafecito de la colonia Arizpe adonde siempre los llevaba cuando venían de vacaciones. Decía que lo que le daba más risa era el chino. ¡Pobre hombre siempre caía en la trampa! Tu padre y sus amigos, decía la tía, llegaban allí, sin dinero, y el chino los quería sacar a escobazos y a gritos desde la entrada. Ellos, necios, entraban con chascarrillos: alegaban que sólo tomarían un poco de agua. Al rato, se hacían los guajes y pedían limones, na' más pa' no dejar, decían. Rapidito se hacían sus limonadas: agua, limón y mucha azúcar de los tarros de las mesas. El chino se daba cuenta y se enfurecía. Se ponía colorado del coraje. Pos allí mismo, m'hija, dicen que en ese café, pocos meses después, tu

padre se reuniría con un grupo de anarquistas. El líder era un griego, un tal Rhodkanaty, maestro de escuela como tu padre. Después todos se fueron para la ciudad. Tus padres tenían varios meses de casados cuando regresaron a Saltillo. Al poco tiempo, llegó acá una pareja muy rara. Ella, Ida, era una mujer madura; él, Henry, era muchos años menor que ella. Hablaban francés entre ellos. Después supimos que él era belga y ella holandesa. Tu padre nunca quiso contarnos la historia entera, puro rezongue, me dijo la tía. Al escuchar los nombres de Ida y Henry me saltó el corazón, papá, eran esos nombres, eran ellos los que aparecían en tus documentos, sí, aquellos papeles que nos arrebataste. Los mismos que rasgaste y a los que prendiste fuego. Lo que sí supimos, continuó la tía, es que eran amigos del anarquista griego y que venían de una comuna en Suiza. Venían de paso para irse a Sudamérica. Habían vendido la comuna. Se marchaban a Brasil, a refugiarse de nuevo, lejos de todo. Esto me dijeron las tías con mucho esfuerzo.

La palabra anarquismo me recordó a Manuel. ¿Lo recuerdas tú? Con la desaparición de Ramón, mi hermano, mi adorado hermano. Fue Manuel quien vino a darnos la noticia sobre su paradero. Lo habían visto vivo en las mazmorras del campo militar. Manuel era profesor igual que Ramón. Norteño como tú. Correoso, con un bigote sobre el rostro, llevaba unos lentes grandes de aumento. Se sentó en el sillón de la sala a contarnos su experiencia. Lo agarraron al mismo tiempo que a Ramón, después de la masacre de la

Plaza. Iban escapando de los soldados cuando los detuvieron. Compartieron el trayecto, les taparon la cabeza a todos. A él, a Manuel, le pegaron tanto que le reventaron los tímpanos. Manuel contaba: ande usted, señor, fueron cuatro días de tortura con la cabeza metida adentro del excusado. Luego, nos dieron el *tehuacanazo*, toques en los genitales, en el ano, los vellos erizados hasta el desmayo. Luego vino el olor azufre que me despertó, dijo, yo pensé que salía de mis entrañas, señor, y me regresaron al depósito, estaba bien asustado, ¿pues, cómo no, señor?, mientras me golpeaban escuché gritos de mujer y los cabrones me dijeron luego, luego que era mi mujer. Se burlaron, se mofaron diciendo que era *tan sólo un leve interrogatorio*: entiende, profe, ella no contesta una sola de nuestras preguntas, así que le hemos pellizcado los pezones y apagamos unos cuantos cigarritos en sus chichis, ¿y sabe?, no ha querido hablar; debe quererte un chingo, cabrón, ¿tú crees que hablará si nos la cogemos?, profe, tú qué dices, ¿nos la echamos?

Te inquietaste mucho, papá, ese relato te llegaba muy hondo. Vi cómo apretabas los puños. Le preguntaste por Ramón. Y Manuel, agregó: su hijo es muy fuerte, señor. Sé que ahora está afuera, lo soltaron, aunque debe usted saber que sigue escondido. Yo no tuve tanta suerte, siguió Manuel, cuando me trajeron de regreso al bodegón me aparecieron hilos de sangre en ambos oídos, allí me aventaron al piso mientras me gritaban que a ver si así aprendía, y apenas me

tiraron en el suelo me solté a llorar. Es duro quebrarse. Después supe que era cierto, a mi mujer sí la habían agarrado, que sí era ella la que gritaba en el cuarto contiguo donde me torturaron. También era maestra, la detuvieron afuera de nuestra casa cuando entraba con el bebé en brazos. Al niño lo dejaron solo en medio de la estancia, berreando, con las puertas de la casa abiertas. No les importó nada. Después supe que el chiquito se quedó allí, solo, hasta entrada la noche, sin comer, muerto de frío y con los pañales sucios, así lo rescató una vecina, el niño ahora está conmigo, de mi mujer no sé nada.

Estabas furioso, indignado: por eso, por eso siempre lo dije, soltabas entre dientes, sólo los actos de anarquía nos pueden salvar. Diste vueltas, cojeando, golpeándote las manos y agregaste: estos cabrones, me dijiste, no pueden salirse con la suya. Y así, enfermo como estabas, te fuiste con Manuel. Vamos a hablar con algunos amigos que los ayudarán, dijiste. Elena y yo esperamos toda la tarde, regresaste muy noche, te vimos abatido y triste. No pude hacer gran cosa, fueron tus palabras, son unos desgraciados.

## CAPÍTULO III

Gentes recias, decías, gentes recias las del Norte. Eso pensaba cuando llegué a tu pueblo. Desprovista, con la mente en blanco llegué a encontrarme con tu pasado. Todo era polvo rojo y helado en la estación de tren: por la madrugada el frío del invierno se mete hasta la médula de los huesos. Sólo se piensa en la manera de torear el viento que se cuele por el cuello. Pero yo pensé en ti. Nunca te gustó el frío, lo recuerdo bien, mentabas madres y echabas maldiciones entre dientes para que no te oyera mamá Conchita, tan persignada, tan prohibitiva.

Ese día en especial, el aire de Saltillo me calaba los dientes, me calaba la carne. A pesar de mi abrigo, el fresco se metió bajo mi falda larga. Me quedé acurrucada un rato más en el asiento del tren con la cabeza recargada en la ventana. A través del vidrio vi pasar a los viajeros. Imaginé sus vidas. Y yo con mi historia desarmada. Me sentía en la búsqueda de

un escrito olvidado, perdido, tirado en la basura. Al bajar del tren, observé a la pequeña mujer que iba a mi lado: balanceaba el rostro sobre el respaldo mientras su respiración se volvía humo. Pensé en la vejez, en el tiempo que se vuelve lento con la edad. El tren se puso en marcha con un rugido mientras su silbato se quedó vibrando en mis oídos. Olía a sal y a piedra. El desierto bajo la neblina se extendió hacia el horizonte, al fondo los montes calizos dibujaban un elefante echado. La estación de tren: un viejo edificio de ladrillos, un esqueleto empolvado en medio de la nada. Al caminar por el andén sentí las piernas heladas rozar entre sí, como si no me pertenecieran. Qué fatiga. Apenas podía reconocer el trayecto que otras veces me llevó hasta la casa del abuelo. Di varias vueltas antes de poder encaminarme. Recordé que siempre que llegábamos a Saltillo repetías de nuevo la misma advertencia: aquí, decías, los caminos de arena se borran a diario. Durante el día sólo la persistencia de los pasos mantiene el dibujo de la vereda que se forma a fuerza de pisar y pisar. Agregabas muy serio: Sobre aquél que llega al amanecer ronda el peligro de extraviarse, pues es él quien deja las primeras huellas, apenas perceptibles. ¿De verdad tenías miedo de que al regresar solos nos fuéramos a perder, o alguna vez te pasó a ti? No lo sé. Pero después de tantos años, ese día reviví tu miedo, estuve a punto de no llegar hasta allá, con las tías, de no acercarme al pasado. Quizá en el fondo tu advertencia tenía la finalidad de inhibir mis visitas para que no regresara y nunca supiera la verdad.

Treinta años pasaron para que regresara a Saltillo. A mis tías las vimos la última vez en casa, quince años atrás, cuando vinieron a curarse, llenas de achaques. Al llegar a la casa del abuelo me di cuenta de mi falta. Minerva y Agripina siempre habían tenido un lugar especial en mis afectos. Mientras pude verlas fueron los seres más queridos de mi niñez y adolescencia. No entiendo por qué uno se pierde en las obligaciones y permite que se ensanche la distancia con la familia hasta que el alejamiento es permanente. No sé cómo lo permití. Ahora pienso que a lo mejor tú y mamá lo provocaron. ¿Me equivoco? La pregunta regresa con obsesión: ¿tenían miedo de que al crecer yo escuchara alguna indiscreción, algún comentario que me llevara a sospechar la verdad? Lo entiendo ahora. Ramón nunca lo diría. Tú lo educaste y sabías que no diría nada. Quedaban ellas, mujeres frágiles, solas, lejanas. ¿Cómo estar seguro? Y yo tan ingenua. Las consideraba tan cercanas. Qué curioso, qué extraño es ahora todo. Tanto tiempo pensando que mi físico, mi rostro, el color de los ojos, estaban más cerca de ellas que de nadie más en la familia. Cuando veía sus piernas flacas y sus manos largas pensaba que era de ellas de quien las había heredado, sobre todo mis piernas de popote. ¿Recuerdas el gusto con el que me iba a pasar las vacaciones con ellas? Mamá Conchita se llenaba de celos. Sí, nunca pude decirlo pero mamá se daba cuenta que me gustaba más estar con las tías. Siempre fueron simpáticas, parlanchinas y consentidoras a más no poder. Regresar después de tantos años a la vieja casa del abuelo, volver a

verlas, era difícil. Sentí culpas. Esta vez Saltillo me pareció desolador. Tu pueblo rascuache, como decías, papá. Árido y seco, crecido alrededor de una Alameda, al centro sólo se levantan unos cuantos álamos pelones y tristes. Y en el fondo de tus palabras había un dejo de orgullo, porque de inmediato agregabas que esa ciudad se hizo a fuerza de trabajo por la necesidad de sus gentes.

Las tías me estarán esperando, pensaba. Mis muslos se cubrieron de viento y arena. Cuando llegué a la casa una capa de sal se adhería sobre mi piel. A esas horas de la mañana, una nube densa daba la impresión de resguardar el lugar. No quería despertar a las tías, tan viejas, delgaditas como las varas secas recargadas en el portón. Escuché un fuerte parloteo, ni siquiera tuve que tocar: la puerta se abrió sola. Adentro, me recibió un calor reconfortante que provenía de las paredes de adobe. Los muebles estaban descoloridos y gastados. Me pareció estar frente a una escena desenfocada, como si perteneciera a una vieja película. Los cuadros de familia sobre las paredes blancas eran los únicos adornos: en el vestíbulo, la foto del abuelo Romero con sombrero y bigotes, a caballo, la soga colgando a un lado de la silla de montar; atrás, el sarape de lana doblado, los ojos claros fijos en la cámara. Junto, sentado, con la actitud de quien espera resignado al amo, el viejo perro con manchas negras sobre el lomo y la cabeza completamente negra.

Escuché entonces la voz ronca de la tía Agripina, mientras su huesuda mano se paseaba por mi mejilla: ¿a qué hora llegaste que no te oímos, hijita? Te esperábamos desde hace una semana, se nos ha hecho una eternidad, ya ves que todo aquí pasa lento. Anda, ven, siéntate, tenemos empanadas de membrillo. Y mientras me jalaba a la mesa del comedor, dijo: ven, ven, Mina, mira quién llegó. El olor a pan recién hecho me hizo regresar al mundo de mi infancia. A ti te pasaba lo mismo, papá, ¿no es cierto? Los olores de la cocina te recordaban esta vieja casa. En la pared había una foto de la familia: el abuelo sentado al centro, mi abuela parada a su derecha con un vestido de flores y un pequeño bolso en la mano, a la izquierda tú, papá, con un traje claro, chaleco, corbata oscura y la mano izquierda dentro del bolso del pantalón, la sonrisa de lado. Y Minerva me lo confirmó: es tu padre cuando tenía veintiún años. Al decírmelo, se abrazó de mi cuello y lloró un largo rato: atrás de ella, haciéndole coro, se abrazó Agripina. Ellas te quisieron como a nadie, tú fuiste su único sostén. Entre sollozos repetían: somos unas viejas solteronas e inútiles, si no hubiera sido por tu padre nos habiéramos muerto. Las acaricié mucho, hasta que dejaron de llorar. Agripina, la más fuerte de las dos, se secó las lágrimas, prendió su cigarro sin filtro y dijo: ya estuvo bueno, Mina, no tienes que llorar tanto; luego, se dirigió a mí: ven a comer algo, hija, hoy es domingo, no habrá nadie más que te atienda, me advirtió Minerva, mejor nos sentamos, afuera el frío está canijo.

Y eso hicimos. Las tías tomaron sus tejidos y se sentaron en la sala frente a mí, gastadas como las recordaba desde siempre; daba la impresión de que la soltería las volvió viejas antes de tiempo. Muy seria, dando el golpe a su cigarro, Agripina comenzó: no te veíamos desde lo de Ramoncito. Guardé silencio, no sabía si debíamos hablar de mi hermano. Ella insistió: Pero... ¿y Ramón, hija, qué será de él?, y enseguida me largó un discurso que le escuché muchas veces, decía, hija, se lo repetí muchas veces: hija, se lo dije, esos estudiantes no saben lo que son los fusiles, cuando lo sepan no van a andar jugando a la revolución. Y siguió hablando, como si le dieran cuerda y cuerda, prendió un cigarro tras otro; yo la escuchaba, y en medio de su discurso la interrumpí: Ramón está bien, no te preocupes. Como si no me escuchara, siguió hablando. Yo guardaba la esperanza de que en medio de esas historias quedaría descubierta la mía, la verdadera. Agripina continuó: mira, se lo dije, Mirellita, unos cuantos meses antes de la masacre. Ese día, hija, estábamos en la plaza de los Arcángeles, allá en San Ángel, ¿te acuerdas? Qué lugar tan bonito, con esos árboles tan grandes. ¿Todavía existe? Allí sentados en el centro de ese lugar, se lo repetí, hija, esos muchachos no saben lo que es el silbido de una bala en la oreja. Fue unos días antes del mentado dos de octubre. Yo casi lo adivinaba, m'hija. No sé por qué pero yo sabía que Ramón andaba hasta las cachas apoyando a los estudiantes. Y no es que estuviera en contra, sólo me moría de miedo de que le ocurriera algo. Y Ramón nomás me sonreía, ¿y sabes qué me dijo?, que no me iba a

tratar como si fuera una niña, porque él estaba seguro que era una ofensa para mi inteligencia, pero no creía que pensara así de los estudiantes, no, no me creyó porque él sabía que anduve coqueteando con los alzados, o qué, me dijo él, ¿lo vas a negar?, ¿no perdiste al amor de tu vida cuando se fue a la Revolución, crees que no lo sé? Y pos yo, Mirellita, nomás meneaba la cabeza mientras tu hermano me acariciaba los tres cabellos que me quedaron pa' amarrarme el chongo. Yo no podía negar mi pasado, sólo estaba muy enojada por no poder convencerlo, porque tenía miedo de que le pasara algo. Agripina con la vista sobre el tejido guardó silencio con los ojos lacrimosos.

Entonces la tía Mina, para alejar el tema de Ramón por un rato, comenzó a hablar de sus años mozos. Las dos se animaron, les gustaba recordar otras cosas, revivir a los muertos y volver a estar un poco con ellos. Hablaron y hablaron. Agripina llevaba la batuta. Mina sólo decía en coro el final de las frases. Platicaron al ritmo de las agujas del tejido y las flores se formaron sobre su regazo sin siquiera voltearlas a ver. Contaban entre susurros los puntos, los números iban y venían entre sus dientes como secretos. Y yo, boquiabierta, admirando su habilidad. Aparecieron más figuras entre frase y frase. Recordaron a sus novios, a la leva que se los llevó a la Revolución. Uno a uno pasaron por su casa y nunca regresaron. Se los comió la revuelta como un lobo feroz, dijeron, a nosotras también nos silbaron las balas en los oídos. Y relataron cómo se fueron los hermanos.

Hablaba Agripina cosas así: a Virgilio lo mataron prontito; Rebeca, tu padre, Concepción y luego Leonor, se casaron de milagro, ya se andaban quedando como nosotras. Abelardo agarró carrera pa' Monterrey, decía que allá sí había vida, que aquí nos íbamos a morir sin darnos cuenta y que hasta se nos iba a olvidar que estábamos bien muertas, ¡ay qué huerco ese, ya nomás me da risa de acordarme!

Tímidamente comenté: yo también ando sola como ustedes. Ni así me perdonó mi papá, ¿se acuerdan? Le dolió que me divorciara de Antonio porque me había enamorado de Osvaldo, y vean lo que pasó, al final, él me dejó por una jovencita. Agripina respingó y me dijo que mi papá era muy necio, no entendía de amores. Tú hiciste lo correcto, agregó, conociste otras cosas. Míranos a nosotras, vivimos como si fuéramos marido y mujer, una manda y la otra obedece, o viceversa, nomás sobreviviendo. Ay, hija, no sabes cómo me pesa la desaparición de tu hermano Ramón. Para mí era clarito que se iba ir al mitin de la Gran Plaza, a como diera lugar, se lo repetí con la voz ronca, estaba muy enojada. Aspiré con fuerza mi cigarro. Ese día, hija, me sentía mal por tantos exámenes médicos. Caminamos de arriba a abajo el feo hospital del Seguro y le dije: estaré muy enferma, Ramón, pero no taruga. Te lo vuelvo a decir, no seas pendejo, en Saltillo sí supimos lo que fue la Revolución: sé lo que fue quedarnos solas, sin bailes ni festejos, así crecimos y envejecimos en medio de la nada. Yo sí supe lo que es quedarse así, a vestir santos, ya lo sabes, porque perdí al

único hombre que quise en mi vida, y ya ves Ramón, pa' qué, de nada sirvió. Y Ramón me contestó: pues por eso, títa hermosa, por eso están trabajando los jóvenes, para cambiar las cosas. Eres un diantre de pelado, le dije a Ramón, que no quiere oírme, malagradecido, si andas pensando en revoluciones es porque tu padre te dio todo, por eso te das el lujo de pensar en estupideces de niño bonito. Ay, tu papá tan trabajador, pero te heredó lo revoltoso.

Las tías hablaron de herencias. ¿Y yo a quién le había heredado algo? La voz de Agripina se iba lejos, mientras pensaba que esas tías tan queridas en realidad no eran mis parientes de sangre. Escuchar esas historias de familia después de saber que mi origen estaba en otro lado, me provocó el sentimiento de ser una hija bastarda que seguía usurpando un lugar que no le correspondía. Pero conservaba la esperanza de que hablaran de mi adopción, confiaba en que la vejez las hubiera vuelto desmemoriadas y que el secreto guardado tanto tiempo apareciera en la fragilidad de su voz. Ay, hija, siguió Agripina, tan bella tu madre. Tu padre en realidad era raro, había heredado algo de los tíos extranjeros. Sí, hija, una parte de la familia había llegado de muy lejos, yo era muy niña, pero de algo me acuerdo. El pueblo entero contaba que antes habían vivido muchos años en una hacienda que después les compraron unos austriacos. Luego, ni les extrañó tanto porque siempre pasaron muchos extranjeros por acá, unos venían del norte, de todos lados, chinos, polacos, irlandeses, sefardíes, de

todo, m'hija. Pero tu madre se casó gracias a mí. Tu padre andaba de aquí pa' allá, quesque con un griego anarquista o no sé qué visiones, y luego se fue pa' la capital a estudiar y tu madre esperándolo, nomás le mandaba notitas de amor, cartitas, hasta fotos dedicadas, y pos yo dije: ¡ah no! Le retuve todas las cartas, las escondí, y que se deja venir el vato bien enojado, y yo lo recibí ahí mismo, en la entrada de esta casa, con la escopeta de tu abuelo en la mano, nomás lo vi venir, le apunté y le dije: de allí mismo no pasa usted, pelao, si cree que se va andar burlando de Conchita, está usted muy equivocado, y que recula pa' trás, y me dice: no, hermana, nomás no me apunte. Muy enojada le dije: yo ya no soy su hermana ni nada suyo, y no pasa de allí hasta que no pida la mano de Conchita, pos ya estuvo bueno. Que si mi blanca palomita, que si tu blanca mano es mía, pos llévesela, pero llévesela, con todas las de la ley. Así fue, m'hija, así fue que se casaron. Acá se vinieron a vivir un tiempo. Después llegaste tú.

En ese momento no pude más: perdonen, tiítas, pero ya lo sé, ya sé que yo no era su verdadera hija. No tienen que seguir fingiendo. Vine acá para que me ayuden a entender de dónde vengo. ¿Qué pasó conmigo, por qué me adoptaron? Ay, muchacha, me interrumpió Agripina, pero de dónde sacas eso. ¿Quién te lo dijo? Mi padre, me lo dijo mi padre cuando murió. Mi madre se llamaba Sophie Lenz, y vivió en Ascona, no pudo decirme nada más. Eso les dije. También les dije que necesitaba que me ayudaran, que me

dijeran lo que ellas sabían. Pálidas, las tías se miraron, Minerva hizo una mueca y se soltó llorando mientras decía entre sollozos: pero es que nosotras juramos ante la virgen que nunca diríamos nada, que seríamos como una tumba y nos iríamos a la otra vida con el secreto, m'hija. Ay, tu padre. Tenía que morirse pa' agarrar valor. Mira cuándo nos vino a salir con éstas.

Cuando Ida y Henri ch te trajeron a México dijeron que tu madre había muerto. Enfermaste en el barco que los trajo a Veracruz, se vieron forzados a permanecer unos días para que te curaras y, según dijeron, ya no podían llevarte con ellos pues temían que volvieras a enfermarte. Eras una bebita de brazos, no tenías más de seis meses. Al terminar la historia, los ojos de Agripina me miraban como si le fuera a recriminar su silencio. ¿Cómo podía hacerlo? Las tomé de las manos y pensé que ellas no hicieron más que guardar tu secreto, por amor, papá, por serte fieles.

Como en los viejos tiempos, la tía Mina trajo en una bandeja pan de pulque y Agripina preparó chocolate caliente: toma, hija, has de tener hambre, nosotras ya casi no comemos pero tú sí, toma esto, anda.

Esa noche dormí profundamente. De madrugada, escuché un timbre de teléfono y me desperté. En el auricular escuché tu voz, papá, que me decía: qué bueno que regresaste a la casa de tu abuelo, ojalá que recuperes algo de lo tuyo, mereces saber tu historia; yo ya no puedo ayudarte, tengo

que cuidar a tu madre, quiero que sepas que te quise como a nadie, como a una verdadera hija, lo de tu divorcio, que tanto me dolió, hace mucho que te lo perdoné. Después escuché un ruido sordo, quise responder y no pude. Recordé que estabas muerto y volví a quedarme dormida entre sollozos.

Un chiflón helado me recorrió la cara mientras la luz del sol entró con fuerza por la ventana. La colcha que las tías terminaron de tejer la noche anterior me protegía del frío. Todavía estaba cansada del viaje, me levanté con dificultad. A pesar de la luz exterior, el cuarto tenía un aspecto sombrío con las paredes despellejadas. Fui a la sala donde las tías sirvieron la merienda el día anterior. Las ventanas, medio abiertas, se movían con el viento, una capa de polvo cubría los muebles. Sobre la mesa, los pedazos de pan y los restos de chocolate descansaban cubiertos de una capa blancuzca. Llamé a las tías sin obtener respuesta. El frío era tal que mi aliento se volvía vapor al salir de mi boca. Descolgué el auricular del teléfono, la línea estaba muerta. Regresé a la recámara, vi entonces con claridad la colcha blanca de flores tejidas que se extendía sobre mi cama, encima de las cobijas. Estaba conmovida por el trabajo tan arduo de las tías. Ya no quise pensar más, me refugié bajo las telas y volví a quedarme dormida. La mano tibia de la tía Mina me despertó mientras acariciaba mi frente. Abrí los ojos y vi a la tía sentada junto a mí, con una caja sobre sus piernas y me dijo: tenemos algo para ti. Agripina y yo buscamos los

papeles que dejaron tus padres cuando regresaron a la ciudad contigo, pequeñita, de brazos. Nos habíamos encariñado tanto contigo. En fin, m'hija, creemos que los vas a necesitar.

Antes de salir de la casa, me encontré con otra de tus fotos colgada en la pared, fechada en 1917. Estabas bajo un árbol, frente a la catedral. Con el semblante gallardo. Según la fecha contabas con veinticinco años de edad, aunque parecías un hombre mucho mayor. Con esa sonrisa dibujada en el rostro, tan fácil de provocar, un tanto contenida y por lo mismo contagiosa, como si en cualquier momento fueras a soltar una carcajada, como si acabaras de hacer alguna maldad. Según las tías, a menudo andabas por ahí, echando novias, cerca de la Alameda, dando vueltas con tus amigos en la carcacha descapotable del Virgilio, sintiéndose muy picochulos, decía la tía. Y luego me contaron que cuando te acercabas acá, a la casa grande, dejabas botados a todos, a los amigos argüenderos y a las muchachas aprontonas, aquí a la vuelta, para que ellas no los vieran contigo. Era aquí cerquita, a la vuelta de esa pobre catedral tuerta con un solo campanario. Siempre repetías lo mismo: a esos señores constructores los rindió el calor del desierto, por eso ya no hicieron el otro.

## CAPÍTULO IV

Ese mismo día tomé el tren de regreso a la ciudad. Me costaba tanto creer. Haber escuchado a mis tías implicaba asumir la realidad, una realidad que hasta ese momento sólo existía en unos cuantos escritos. Llegué a la ciudad muy tarde, sin avisar a Elena y como si ella hubiera adivinado mi arribo, me llamó en la madrugada. Estaba con los nervios crispados. Encimaba las palabras para decirme: es Ramón, Mirella, ¡Ramón! ¿Me escuchas? Acaba de llamar. Apareció. Me dijo que estaba escondido, preguntó por ti, dice que necesita vernos. Cuando supo que estabas en Saltillo, me preguntó por qué y no supe qué contestarle, ¿vendrás ahora? Volverá a llamar en unos momentos. ¡Válgame, qué pregunta! Iría de inmediato. Era Ramón, vivo, tú entenderías mejor que nadie lo que sentí. ¡Ojalá estuvieras aquí! Sé que te fuiste lleno de angustia, ansiabas verlo, temías morir sin despedirte de él y así fue. A veces te resignabas, pero al igual

que yo tenías la intuición de que estaba con vida, ¿cierto? Tú habrías dejado cualquier cosa por verlo de nuevo, habrías recorrido medio mundo. Te habrías enjugado las lágrimas como lo hice yo cuando supe que Ramón estaba bien. Hubiéramos hecho cualquier cosa por ver de nuevo esa sonrisa que nunca lo abandonaba, por ver su figura flaca y desgarrada, como si estuviera cansado. Así que dejé todo y alcancé a Elena aquí, en esta misma casa. Ramón no tardó en llamar.

Lo encontré escondido en un cuartucho sucio y agobiante. Es el edificio más chueco de la acera, me había dicho Ramón, es fácil distinguirlo. Hundido en el pavimento parecía moverse sobre el subsuelo inestable del centro de la ciudad. Descuidado por el abandono, la fachada parecía tomar cierta dignidad por su cercanía al Templo de Santa Teresa La Antigua. Muy temprano, Elena y yo caminamos entre desperdicios. La señal era la puerta contigua a una tiendita de disfraces y uniformes: princesas al minuto, botas de bombero, uniformes y cascos, emblemas, casacas militares, allí había de todo para convertirse en otro.

La puerta derruida, la duela de madera rajada, vieja; los enormes clavos, salían amenazantes de las tablas. Elena iba detrás de mí, jalaba con fuerza mi suéter de tanto en tanto. Le apreté la mano con fastidio para que no siguiera; fue inútil, así era Elena. Subimos por una escalera de peldaños altos, con un barandal poco confiable que nos obligaba a rozar la pared húmeda. Es en el tercer piso, nos había dicho

Ramón, es importante que no toques la puerta para que los vecinos no se den cuenta, estaré pendiente de su llegada. Recuerda: no toques. Al subir el último tramo la penumbra nos rodeó por completo, íbamos dando tropiezos cuando una tenue ranura de luz nos iluminó los pasos. La puerta se abrió como si la moviera un fantasma: era Ramón detrás de ella. Más flaco, irreconocible, la barba canosa y rala le cubría el rostro, el pelo escaso le caía sobre la frente, había envejecido. Un impulso ascendió de mi estómago hasta la garganta y me hizo escupir el llanto. Me abracé al pecho de Ramón mientras mi saliva mojaba su camisa. Sentí los huesos macizos de su espalda bajo las yemas de mis dedos. Emanaba un sudor amargo. Elena se abrazó a los dos, balbuceando frases entre el llanto para luego desplomar su peso en un sillón desvencijado. Una colchoneta, cobija y almohada llenaban el espacio, junto con una mesita endeble recargada en la pared. Ramón temblaba, se le veía enfermo, débil. Entonces me acarició ambos brazos, pensé que confirmaba mi presencia como si no pudiera creer que yo estaba ahí. Tomó mis manos entre las suyas y entonces vi que le faltaban tres dedos. Al darse cuenta de mi desconcierto quiso esconderla. Ya era tarde, su mano estaba mutilada aunque todavía no para Elena, quien se tapaba el rostro con los brazos. Ramón y yo nos miramos, hice un gesto de asentimiento, ambos lo sabíamos: ella no lo soportaría. Habría que prepararla, pensé, y como si lo presintiera, Elena se puso de pie y se desvaneció junto a mí, se resbaló poco a poco, recorriendo mis piernas. Sentí su

peso empujándome con fuerza a punto de tirarme. Ramón me ayudó a sostenerme, desde arriba ya no le veía el rostro: apenas la frente y el cabello. Había quedado hincada, fuera de sí, y se recargaba sobre mis muslos. Yo me sostenía de Ramón para no tambalearme con el peso de Elena. Al fin, entre los dos, la dejamos caer con suavidad sobre la colchoneta. De nuevo, el llanto me ganaba. Imaginaba la mano ensangrentada de Ramón, veía sus falanges tiradas, abandonadas entre la suciedad y la basura de un callejón como si fueran un desperdicio cualquiera. Mientras, Ramón murmuraba en mi oído: es sólo un desmayo Mirella, ella está bien, verás cómo se recupera pronto, y al tiempo daba unas suaves palmadas en la mejilla de Elena. De nuevo observaba la mano mutilada. Entonces quise saber: ¿cómo fue, Ramón? Lo miré a él, enseguida a la mano: dime, ¿qué pasó? Frunciendo la boca contestó: no querrás saberlo, es mejor así, que no lo sepas. Le respondí que no, que prefería no imaginar atrocidades, tenía miedo de que los pensamientos me rebasaran. Enseguida imaginé los palazos sobre su piel, los derrames en su cuerpo, las patadas en la cara, las huellas de las pesadas botas, el tabique roto, los cachazos. No, era mejor conocer cada detalle, enfrentarme a los fantasmas. Recordé tu frase al morir, papá, recordé que yo no era tu hija y que ahora no sabía si Ramón era mi hermano, ¿y eso me importaba? Ramón era mi hermano como siempre. Lo quería como siempre. Los ojos de Ramón enrojecidos, le temblaba la boca. Empezó a hablar, las palabras aparecieron llenas de una saliva espesa que debía de ser muy amarga.

Comenzó a contarme con la voz entrecortada y carrasposa. Los habían detenido en un callejón, allí mismo les habían dado de palos. Eran veinte o treinta tipos, no eran militares ni policías, vestían camisas claras y pantalones de mezclilla. Podrían haber sido estudiantes si no fuera por lo bien comidos, lo bien entrenados. Eran violentos, dijo Ramón, daban con saña. Nos patearon hasta el cansancio. No supe de mí, muy pronto perdí el conocimiento; al despertar estaba boca abajo, alguien parado sobre mi espalda me pisaba los brazos; en algún momento me dieron unos piquetes sobre la palma de la mano, me agarré con fuerza de algo frío, casi de inmediato sentí un dolor profundo en los dedos, ardor, me habían cortado las falanges; escuché cómo algunos pedían que me amarraran la mano para que no me desangrara, me querían vivo para que soltara la sopa; nos llevaron agachados, con la cabeza cubierta, jalándonos la cintura del pantalón hasta enterrarnos el tiro en los testículos; nos vejaron, nos insultaron, nos decían que nos iban a romper toda nuestra puta madre; nos gritaban: pinches rotitos, sí, a leguas se les ve lo putos, ¿o qué, se creyeron otra cosa? Los aventaron al piso de una camioneta. Lo único que alcanzó a ver Ramón fue el piso sucio y oxidado, y alguien junto a él chorreando sangre hasta mojar su camisa. Ramón sintió sobre él el peso de un cuerpo que lo sofocaba, no tardó en sentir las botas oprimiéndole las costillas, cada tanto lo pateaban mientras le decían que eso era para que no se le olvidara. No pararon en todo el

trayecto. Luego, me dijo, escuché los sollozos de una mujer y me pregunté si habría más en la camioneta.

Ramón recordó que vio sólo a dos jovencitas antes de que los agarraran, hubiera deseado que no hubiera ninguna. Tanto dolor condensado en el reducido espacio, mucho dolor. Sintió rabia, impotencia cuando escuchó que les decían perras, se callan o no llegan, pinches viejas; después sólo escuchó los sonidos placenteros de los hombres. Me dijo que pasaron varias horas, por lo menos eso creyó, antes de parar y bajar a un cuarto oscuro y húmedo. Un tufo penetrante lo mareó en el momento que los empujaron al interior, algunos caían y se arrastraban antes de recibir un puntapié certero.

Ramón guardó silencio, bajó el rostro mientras tragaba saliva, parecía quebrarse, luego respiró hondo e intentó seguir el relato sin éxito. Le tomé las manos, las acaricié y le dije: si no quieres continuar no lo hagas, soy una egoísta, perdóname, ¿cómo puedo pedirte que hables de algo tan doloroso? Ramón sacudió la cabeza: por fin me desahogo, quiero seguir, sólo necesito descansar. Le escurrió una lágrima por la mejilla que de inmediato se secó con el dorso de la mano. Ese era un gesto tan tuyo, papá, me parecía estar viéndote.

Recordé algo que nos contaste a Ramón y a mí, éramos púberes. Fue en un tono de confesión. Era un pasaje sobre tu actividad anarquista y esa tarde también te escurrió una

lágrima por la mejilla e hiciste un gesto idéntico al que hizo Ramón esa tarde. Habías visto caer muerto a un compañero tuyo, casi junto a tus pies, entonces disparaste tu arma y cayó el agresor. Luego, agregaste muy serio: hijos, no me juzguen, era la Revolución y primero estaba la vida de uno. Éramos muy jóvenes Yo te oí contar esto y fui incapaz de preguntarte algo, me dio escalofrío y más tarde, a solas, me torturé gran parte de la noche: ¿habías matado a alguien?, ¿tú?, ¿cómo pudiste hacerlo? Después guardé aquello en lo más profundo de mi memoria. Con Ramón, rememoré tus historias: la del Negro, tu estimado amigo, la contaste múltiples veces. La relatabas con detalles minuciosos, como si hubieras estado allí, y cada vez se te humedecían los ojos. En tu voz había un dejo de orgullo, lo recuerdo bien. Decías que iba el Negro escapando de los federales, escondido con otro compañero bajo la paja de una carreta, los detuvieron y bayoneta en mano revisaron el vehículo y arremetieron clavando las armas en la carga. Allí mismo hirieron al Negro y a su amigo, que murió desangrándose en silencio para no delatar al colega amigo. Se te anudaba la voz cuando decías que el Negro había presenciado la muerte de aquel pobre hombre, sin emitir un solo quejido para que no los agarraran, apretando las mandíbulas, impotente. Cada vez que escuché tus palabras, pensaba lo mismo y ahora lo sé: el Negro no era otro más que tú. La invención del personaje era una manera de contarnos tu experiencia, pues mamá te lo tenía prohibido. ¿Qué más cosas habrás pasado? A veces pienso que no conocí tu verdadero rostro, sino ése que

pasaste la mitad de tu vida ignorando o escondiendo, no lo sé. ¿Era mamá la única que se emberrinchaba al oírte hablar de ese pasado? O tal vez tú mismo te censurabas y, sin embargo, no podías esconder tus ganas de hablar. Nosotros nos dábamos cuenta de la pasión que seguía tan viva en ti. Y creo que siempre supiste que era tu mejor herencia y lo deseabas. Era como si nos la hubieras inyectado directo en las venas. Mamá hacía lo imposible por apartarnos de esa parte tuya. Y mira lo que son las cosas, a pesar de sus esfuerzos, mamá no pudo evitar que Ramón te pisara los talones. Mamá Conchita hacía una mueca con tus relatos, ¿recuerdas? Abandonaba el lugar, no importaba que fuera en la casa o un restaurante donde estuviéramos reunidos. Ella se iba furiosa, cada vez que tu boca se llenaba de entusiasmo al hablar de la fundación de la central obrera. Hablabas de los anarcosindicalistas y mamá se retorció en su asiento. Pero tú continuabas: sí, hijos, con ellos fue la primera huelga general de la historia, y mamá, antes de irse, agregaba: ¿ya acabaste? Porque no quiero volver a escuchar tus cuentos. Ella nunca superó su disgusto. Nunca entendió. Desde que eran novios el rechazo fue contundente, tú nos contabas. Como el día que se encontró con una foto tuya en la primera plana del periódico en la cual se hablaba de balaceras, tú muy orondo detrás de un poste con el sombrero de lado, escondiendo el rostro. Ella, que podía reconocerte hasta de espaldas.

Mamá no perdía la oportunidad para reclamarte. Tú ni siquiera la escuchabas, seguías tus relatos como si nada. Mi nacimiento, quiero decir, mi llegada a casa parece haber coincidido con tu retiro del activismo. ¿Fue así? ¿Lo aceptarías? Porque todo parece indicar que había un vínculo entre ese mundo clandestino y mi adopción, ¿no es cierto? En la visita a las tías no pude aclararlo del todo, no supieron decirme por qué me trajeron a México. Fue Ramón quien se encargó de despejarme algunas dudas, esa misma tarde, en ese cuartucho donde lo encontré. Me dijo que sólo a él confiaste tus estrechos vínculos con el anarquismo europeo. Antes y después de la Gran Guerra fueron muchos los que pasaron por México, huían, algunos se quedaron acá, otros decidieron irse lo más lejos posible, hacia el Sur, más al Sur.

Recordé entonces la explicación de las tías sobre tu adhesión a los anarquistas, ¿sería cierta, papá?, ¿o era la idea que se hicieron ante lo que les parecía inexplicable? Esa larga noche en Saltillo me contaron algo que ninguno de nosotros sabía: mi abuela había muerto en El Espinazo, cerca de la Hacienda del Muerto. Murió allí sin atención médica porque se fue a ver al Niño Fidencio para que la curara de un tumor, porque en eso creía con un fanatismo incomprensible para ti. Te volviste un furibundo anticuras. ¡Cómo no recordar los innumerables chistes que contabas! Todos a costa de los curitas de pueblo, como les decías, en son de burla. Eran tus palabras: ¡sólo le sacan el dinero a la pobre gente del campo que apenas tiene qué

comer! Me dijo Agripina que tenías veinticinco años cuando murió la abuela, y te pusiste muy mal, te encerraste en tu cuarto y no quisiste hablar con nadie. A los dos días, tu padre te llamó. Había que ir por el cuerpo de la abuela. Tus tías lloraban al verte tan triste. Antes de irse hacia el Espinazo, le reclamaste a tu padre porque la había dejado ir. Tu padre tampoco te contestaba porque estaba más triste que tú. En un gesto de calma y de ternura ponía su palma sobre tu pelo para calmarte. Y no lo logró. Te fuiste con él desesperado, furioso. Renegaste de la iglesia, de los curas, de los curanderos y de cualquier creencia religiosa. Las tías me lo dijeron así: fue después, Mirella, que tu padre se fue a buscar a los anarquistas que andaban cerca de aquí. Iba y venía. Decían que te habías ido a ver a los magonistas, no sé si fue cierto, pero se rumoraba que fuiste a ver a uno de los principales a una cárcel al otro lado de la frontera. Tu padre quedó destrozado, me dijo la tía, era un muerto en vida. Aunque se preocupara por tus andanzas, no podía hacer nada, caminaba por los pasillos de la casa, a veces, toda la noche; se dejó de rasurar y asear con la frecuencia necesaria, apenas probaba algo de comer, la muerte de tu madre lo tenía sin fuerzas. Lo que no supieron ni las tías, quizá ni tú mismo, es que fue la muerte de ella, tu madre, la que te llevó a buscar otros derroteros. Con el ferviente deseo de cambiar las cosas, de acabar con los fanatismos, y encontraste al anarquismo como una opción factible. En esos años el movimiento, aunque clandestino, era muy fuerte. Las mujeres de la Casa Grande sólo escuchaban cómo te

peleabas con tu padre cuando hacías escala en Saltillo. Todos teníamos miedo que algo le sucediera, decía la tía. Y te fuiste a buscar a tu madre al Espinazo, a seguir las huellas del Niño Fidencio y yo, ahora, igual que tú entonces, quise ir para ver con mis propios ojos lo que encontraste. Tu madre había ido tras él, sin importarle nada. Creyó de verdad que el Fidencio era un niño real. Pero Fidencio era un adulto y no era un enano ni alguien que sufría de infantilismo, simplemente su semblanza era la de un niño de once o doce años sin rarezas extraordinarias. Yo creo que nunca se te olvidó lo que encontraste en ese lugar. El Niño tenía tan sólo veinte años, tú veintiséis, y te fuiste a ese pueblito a buscar el cuerpo de tu madre como yo fui a buscar el cuerpo de la mía. El Niño entonces sabía que su cuerpo se quedaría con la apariencia de un niño y que eso causaba desconcierto. Era considerado alguien en extremo bondadoso. Huérfano de padre y madre. No se conoce con exactitud las razones por las cuales uno de sus hermanos se lo llevó durante muchos años a Yucatán. Al principio muchos pensaron que sólo iba como ayudante de cocinero, luego dicen que allá aprendió a curar. Más tarde se iría al Espinazo. Al llegar allí, otros pensaron que venía de un largo viaje en el cual descubrió sus dotes de sanación. Nadie sabe por qué pero cuentan que un peón de la hacienda, propiedad del alemán Theodor Von Wernick, cercana al Espinazo, lo recogió. Decían que fue el propio Von Wernick quién lo conoció en Yucatán y propició el traslado de Fidencio al Espinazo y él mismo le procuró fama en agradecimiento a las curaciones recibidas. Al llegar,

de inmediato puso en práctica sus rituales. Se afirma que bajo el follaje del pirul cercano al rancho, Dios se le apareció tres veces al Niño Fidencio para concederle el don de la curación. Decían que sus dones sólo se manifestaban si dejaba de tocar la tierra para lo cuál era necesario subirlo al Pirulito, nombre que se le dio al árbol milagroso y que hasta la fecha se mantiene cercado. Pero Fidencio no diagnosticaba enfermedades con sólo ver a los enfermos sino que atendía partos, enfermedades de la vista, de la piel, parálisis y demencia. Decían también que practicaba operaciones quirúrgicas con un trozo de vidrio. Algunas curaciones eran completadas bajo el pirul, en donde se recostaba al enfermo y se le cubría con una manta verde mientras Fidencio rezaba. Le gustaba el uso de la planta gobernadora con la que azotaba y bañaba a los enfermos en los charcos. A los pies del árbol los creyentes arrojaban monedas para recibir su protección. Allí imaginaba yo a tu madre, recibiendo los baños, las bendiciones y las unciones “mágicas”. No tardó en aparecer un columpio en el que el Niño Fidencio subía y se columpiaba. Luego le tocaba su turno a los enfermos. Desde allí aventaba frutas, huevos y aguas curativas que no eran más que las aguas de los baños de la tina en la que Fidencio se bañaba. Otros maliciosos afirmaban que eran los orines perfumados del Niño para sanar los casos más graves y cada vez más numerosos. Con el tiempo, el Niño también bautizaba y casaba a quien se lo pedía. Decían que hasta a un presidente lo untó de pomada de jabón y tomate. Y tu madre ingenua se fue tras la leyenda

y murió creyendo. La encontraste en un poblado cuyo cementerio era más grande que el pueblo. Renegaste de la religión y de las creencias. El anarquismo te regresó la fuerza para seguir.

Imagino tu desesperación al ver a tu madre muerta, inútilmente. Como yo, al encontrar a Ramón con la mano mutilada. La temida fragilidad de la carne se me revelaba como una pesadilla recurrente en esos días. ¿Qué puedo decir? Me sentí tan perturbada al verlo así. ¿Cómo explicar la mezcla de emociones? Estaba feliz porque mi hermano vivía y a pesar de ello me llené de coraje, de rabia al verlo así, maltrecho y herido. Mi deseo era gritar pidiendo que me devolvieran a mi hermano, al de siempre, y sin embargo allí estaba, parado frente a mí, mostrándome el peso de su dolor en la mirada, en cada parte de su cuerpo, en su mano trunca. Tampoco tú pudiste superar la muerte de tu madre.

Esa tarde, papá, comprendí que mi hermano nunca iba a ser de nuevo el mismo. Nunca. No importaba cuánto tiempo transcurriera, Ramón tenía una marca. El miedo se había instalado en él y estaba consciente de que nunca lo abandonaría. Agobiado, sin esperanza.

Era mediodía, Elena se fue despertando lentamente, como si viniera de muy lejos. Ramón estaba ojeroso. Regresaremos en la tarde, le dije. Movié la cabeza con fuerza para decir un no rotundo. Era arriesgado para todos, en cualquier momento vendrían los compañeros para llevarlo a

otro lado. Después me vio a los ojos como si recordara algo muy importante. Vuelve en la mañana, me dijo, sólo una vez más.

A la mañana siguiente regresé a ver a Ramón. A Elena no le quise contar, le mentí. Perdóname por lo que voy a decir, pero la sentía como un estorbo. Elena y yo siempre con tantos problemas para relacionarnos. Recorrí la misma calle de edificios chuecos que daban la impresión de tambalearse a cada paso y caminé de nuevo junto a la basura que nadie recogió. El olor a podrido se percibía desde una cuadra antes. Avancé mientras en mi mente reproducía la imagen del Ramón de siempre, la del hombre fuerte y entusiasta, como si así, deseándolo fervientemente, lograra que él siguiera siendo el mismo, el de la piel lozana, la sonrisa abierta, jovial, entre las mejillas carnosas. Caminé así, a sabiendas de que tropezaría con la figura dolorosa y triste de un hombre deshecho. La mañana era muy luminosa, subí los escalones con menos dificultades que el día anterior hasta el cuartucho. Ramón me aguardaba. La luz que salía de la puerta entreabierta fue una guía final para llegar. Preparó café, me ofreció unas cuantas galletas desmoronadas en un plato.

Ramón quería seguir su relato, necesitaba desahogarse. Yo también necesitaba platicar mis avatares, papá, pero mi historia se empequeñecía en esos momentos. A Ramón lo soltaron pero tuvo que esconderse, anduvo de casa en casa, con un grupo de maestros, hasta que uno de ellos le ofreció

llevarlo a la sierra de Guerrero. Había que ir a esa formidable corona escarpada de la Costa Chica, allá andaban algunos *compas*, según le habían dicho. Allí me recibieron, hermana, me dijo. Había mucho alboroto por esos días. Acababan de matar a un grupo de campesinos entre los que había tres mujeres, una de ellas con seis meses de embarazo. Lo habían presenciado varios: ya muerta, el niño continuó moviéndose por un largo rato dentro de su vientre. Estaban muy indignados, querían organizarse para algo grande. Había que secuestrar a un cabecilla, un chipocludo pa' juntar lana, se necesitaban más armas, municiones. Ya estaba bueno, decían.

Hay que ver cómo viven para entender, no es fácil, continuó Ramón. En el camino a la sierra me enfermé, tuve mucha fiebre, era la mano infectada. Pues así me llevó auestas un joven delgado, el Chivo le decían, me fui adormilado, casi inconsciente, iba oscilante sobre su espalda dentro del *mecapal* enorme, tirando desde su frente. Apenas tienen pertenencias, lo mínimo. Los jacalitos de palma, o las puras nopaleras, se juntan muchas y les hacen un hueco para que nazcan otras más, les van quitando lo espinoso para dormir adentro. Un cuartucho es todo. La tierra roja y el polvo cubren la cama, la mesa. Cuando llegué allí, me dijo, pasé unas semanas muy deprimido, ya no quería vivir, estaba *apasguatado*. No tenía ganas de despertarme y ellos me ayudaron a recuperar el ánimo. Me hablaban quedito, me tocaban justo lo necesario, con

respeto. Lo poco que tenían para comer lo compartieron conmigo, me dieron el mejor catre, me vistieron con mantas limpias. Hay que vivirlo para entender, me repetía. Luego aparecieron otros más ladinos, más amañados.

Hablaban a la manera de los oriundos de la sierra y repetían: necesitas ser pueblo pa' hacerte pueblo. Te vemos un poco catrín, profe. Acá el pueblo anda *enhuarachadito*, el pueblo come frijol, come tortilla con sal y chile, come con agua, y si le va bien pues toma poquito de refresco. Luego le decían a Ramón como si no conociera la situación de los campesinos: sí, profe, acá el pueblo habla palabras sencillas, como se dice, con puro disparate. Y le aconsejaron que no anduviera como los de la Costa. Le decían: no ande muy físico, acá muy arregladito y con pura palabra elevada, pura palabra con s, por que acá la s ni siquiera se usa.

El miedo se apoderó de Ramón. Eran amenazas. Le decían en esa forma tan especial de hablar, que no anduviera muy enzapatadito y muy perfumado y muy encorbatado. Que no se le ocurriera traer nunca ropa de casimir, ni fuera a echar barriguita por no hacer nada, o por echarse sus chelas una tras otra y sus buenos filetes. Que no fuera andar de despilfarrador y que la familia no comenzara a mandar dinerito como había sucedido con otros. Y luego le advirtieron que tampoco anduviera muy lector o muy discursivo. ¿Sabe, profe? Acá no nos gustan. Entonces, con voz suave Ramón me dijo: ¿te das cuenta, Mirella? Esas palabras eran claras advertencias de que debía irme. Sintió

como si le hubieran lanzado una piedra directo al pecho para arrojarlo del pueblo, les estorbaba y ahora estaba desvalido. Ramón usó las palabras de los *costeños*, arremedando el acento, el tono y, de pronto, se calló como si hubiera apagado una grabadora, así, de golpe. El remedo había sido impecable y yo bobalicona me sonreí: enseñando los dientes en pleno. Ramón contestó con una sonrisa forzada. Su gesto fue muy serio. Me apené por mi imprudencia, no tuve más remedio que seguir su ejemplo. No eran momentos de gozo. Y me callé. Ramón comenzó a frotarse las manos, sobre todo la mano completa frotaba a la mano mutilada. Había angustia, dolor, cicatrices profundas. Estragos incalculables en el cuerpo y la cabeza que pretendía olvidar, sin éxito. Pensé en las células que sufren, las huellas se vuelven indelebles en la memoria del cuerpo. Mi hermano ya no ocultaba sus heridas como lo había hecho antes.

Fue en el instante en que Ramón guardó silencio cuando apareció en mi mente, con mayúsculas, la palabra suicidio. Una palabra desterrada de mi cabeza desde la adolescencia. Mi hermano estaba tan triste que debía estar pensando en ello. Vi cómo apretaba con fuerza los ojos como para secarlos, para no dejar salir las lágrimas que le sacaba el coraje. Suicidio, pensé otra vez, una palabra tan fuerte que era mejor no mencionarla, ¡un pecado mortal, decían los adultos! Los suicidas merecen morir sin bendiciones, decían muchos. En cambio tú pensabas en los suicidas como personas valientes, complejas y decididos a abandonarnos.

Y yo pienso igual que tú porque me convencieron tus argumentos. Pero nadie habla de eso porque es de mal gusto aceptar que a uno se le haya ocurrido pensarlo como posibilidad en algún momento. Sí, recuerdo que me hablaste sobre el suicidio cuando yo era muy joven. Nunca lo condenaste, sólo te provocaba una enorme tristeza que alguien sufriera tanto en la vida como para buscar la muerte. ¿Lo decías pensando en Sophie, era por ella? En Ascona prefirieron hablar de suicidio antes que insistir en buscarla. Yo no renuncié a encontrar una respuesta, es algo que necesitaba aclarar para seguir adelante. ¿Tú renunciaste a buscarla?, ¿te conformaste?, ¿nunca te dijeron en dónde estaba el cuerpo de Sophie, nunca te lo preguntaste? Porque yo sí. En estos meses no dejé de pensar en eso.

Comprendí que la vida de Ramón, su actividad, sus ideas habían sido marcadas por ti, papá, por tu anarquismo. Tampoco podía dejar de pensar en mi hermano. Tendrías que saber todo lo que pasó esos meses. Sé que te daría gusto saber de él, aunque los hechos no sean agradables. Para él fue muy duro darse cuenta de que estorbaba a los líderes de los indígenas. Eran unos cuantos pero controlaban toda la región. Ellos temían que Ramón les restara poder. Las palabras de los ladinos contenían la intención de alejarlo, mostrarle sin tapujos que no pertenecía a la localidad. Ya no importaban las razones. Pero Ramón quería defenderse de aquel rechazo. Prefería recordar la generosidad de la humilde familia que lo recibió los primeros días. Pobres. Muy

pobres le tendieron sus escasos trapitos y le cocinaron su maíz.

El poder, caray, ¡cómo transforma a las personas! Tú habías sido testigo de muchos casos así, papá, te indignaba, ¿no es cierto? Esa tarde, para mi sorpresa, Ramón me dijo que siempre estuvo consciente de esa posibilidad y me habló de lo que sucedía en la sierra: la lucha por el dominio en esos pueblitos tan aislados del mundo se recrudecía. Nunca se esperó la magnitud de aquello: la pertenencia de esas ínfimas parcelas o de sus bienes profundizaba las rivalidades. Es tan poco lo que tienen, me dijo, que se les va la vida en protegerlo. ¡Ay, papá, qué duro! Ramón sufrió tanto el no poder hacer nada, el irse del lugar como persona indeseable y se indignaba de impotencia pero, ¿no te pasaba lo mismo a ti?, ¿no somos un poco así por ti? Tu anarquismo nos afectó cada instante. Nos lo inculcaste aunque los “ismos” salen sobrando. Nos indignaba la injusticia y, cada uno a su manera, nos involucramos con las demandas de los más frágiles. El enfado de Ramón fue inmenso. Había una decepción, se sentía traicionado por quienes consideraba debían apoyarlo. Ya te lo imaginas, Ramón pensó que por venir con los *compas* de la ciudad nadie lo vería como una amenaza pero el campo está muy dividido. Mencionó que eran los ladinos, los taimados, los que hablan mestizo y se aprovechan de quienes no hablan español. Se vuelven sus traductores, les dicen que los van a proteger, los usan, los explotan y luego los traicionan. Esos *paisas* del poder local

lograron que Ramón se sintiera de verdad un extraño, un extranjero. La desconfianza por allá se da como la hierba mala. A Ramón eso le caló muy hondo. Al final, le ganó un sentimiento de impotencia, de agotamiento. Supo en pocos meses que no era conveniente continuar escondiéndose en ese lugar. La poca fuerza que le restaba la conservó para buscar la manera de regresar a la ciudad. Ramón habló muchas horas sobre ti, sobre lo que le enseñaste.

## CAPÍTULO V

Los ojos de Ramón estaban rojos, sin brillo. Me miró inquisitivo. Elena le había dicho al teléfono que estaba por irme a Europa, aún así yo no esperaba un cuestionamiento en ese momento. ¿Qué es lo que vas a buscar?, me preguntó. Me temblaron los labios al hablar sobre tu muerte. Cuando pronuncié el nombre de Suiza, bajó la vista. En tono de reclamo lo cuestioné: lo sabías, Ramón, tú lo sabías. Apretó los labios y asintió con la cabeza como si se avergonzara: sí, me lo dijo, pero no tenía derecho a contarte nada, ¿lo entiendes? Era algo que no me pertenecía, sobre todo mientras cualquiera de ellos estuviera vivo.

Hablamos mucho tiempo. Yo mencioné varios episodios familiares que me inquietaron siempre, que en su momento no entendí. Cada uno de ellos parecía estar relacionado con esa historia soterrada. Aunque Ramón y yo nos dimos cuenta que apenas habíamos abierto la entrada para

comprender lo que había sucedido, pudimos atar algunos cabos sueltos. Teósofos, masones, anarquistas, entre ellos estaba mi madre. Era la preguerra; algunos postulaban la tercera vía, así la llamaron, estaban cansados del capitalismo y de las propuestas socialistas, de los enfrentamientos. Deseaban algo distinto, el retorno a la naturaleza. Ramón y yo hicimos muchas conjeturas, algunas poco claras. Apenas recordábamos que en la casa de enfrente vivió un refugiado español, maestro en la universidad, un erudito decías, papá, y en otra casa vecina vivía una familia completa de militantes de izquierda: el abuelo anarcosindicalista, la hija y el marido con sus tres hijos varones, a ellos sí que los recordaba. Era el padre del Pis, me dijo Ramón, y gracias a él estoy aquí, Mirella; él me rescató de las mazmorras y me puso en contacto con las gentes de la sierra. ¿Cómo no recordar al Pis? Mi amigo de la infancia. Su padre fue uno de los compañeros clave de tu juventud, papá; desde que eran solteros viajaron juntos a Europa, ese hombre conoció tu actividad política clandestina. Ese viaje había tenido que ver con Sophie. Le pregunté a Ramón lo que tú no llegaste a decirme en tu lecho de muerte: saber, si tú eras mi padre biológico o no. Ramón apretó la boca, sujetó mis manos con las suyas en un gesto de impotencia y me dijo: no lo sé, Mirella, perdóname por decirlo así pero no estoy muy seguro que nuestro padre lo supiera tampoco, así que lo que tienes que rescatar, sin reclamos, es que él siempre quiso tenerte cerca y amarte como te amó.

Me estremecí. Era cierto, nuestro cariño estaba por encima de todo. Al escuchar esas últimas frases de Ramón sentí que el camino recorrido era muy precario todavía. Faltaba mucho por averiguar, ¿sería posible, sería conveniente llegar a algo más? ¿Tendría algún sentido? En ese momento no podía responder. De pronto pensé que tal vez debía dejar las cosas en donde estaban. ¿Para qué saber más? De alguna manera siempre creí que la paternidad es más una cuestión de fe, ¿o no ha sido siempre así? Me despedí de mi hermano con la sensación de que no lo vería en mucho tiempo.

Esa noche, me quedé a dormir aquí, en tu casa, en mi vieja casa de la infancia. Desde las noches en vela que pasé junto a ti no había vuelto a hacerlo. Me sentí rara pero de alguna manera parecía estar recuperando algo que me pertenecía. Decidí dormir en mi recámara. Al intentar conciliar el sueño vinieron a mi mente imágenes de Ramón y yo, saliendo a la calle para jugar con los vecinos de enfrente. El Pis le decíamos, era el menor, ¿te acuerdas?, sus hermanos le pusieron así porque se orinaba en la cama todavía. Su padre y tú se reunían de tarde en tarde en casa de él. Mientras los niños, Ramón, el Pis y yo jugábamos. Una tarde nos propusimos entrar a la casa de al lado que parecía estar abandonada desde siempre. Lo habíamos planeado muchos meses. Sólo la Bruja la visitaba. Como si en mi mente proyectaran una vieja película, veo al Pis subir por el poste. Era como un chango. Yo deseaba poder trepar tan rápido

como él. La barda era muy alta y yo sentía que no iba a lograrlo. El Pis me echaba porras. Con algunos raspones logré subir. Ramón venía detrás de mí. Nerviosos, nos descolgamos los tres hasta el jardín. Tenía pánico de las ratas, las había visto cuando Ramón las apedreaba desde la azotea de la casa. Por fin, nos decidimos a entrar. El pasto nos alcanzaba la cintura. Los tres nos pegábamos uno al otro, nos tocábamos alguna parte del cuerpo como si así nos protegiéramos de algo terrible. Teníamos miedo, entre gritos ahogados corrimos hasta la entrada. En el interior, la casa abandonada nos parecía gigantesca, también más sucia y derruida que cuando la observábamos desde mi cuarto. Todos los ventanales del frente estaban rotos, entramos a través de ellos con el riesgo de una cortada profunda.

¿Qué tal si aparece esa mujer?, nos preguntábamos. La habíamos bautizado como la Bruja, sobre todo por lo fea, la nariz voluminosa, la cara mofletuda, el maquillaje exagerado y mal puesto que no hacía más que recalcar sus toscas facciones, el chongo pelirrojo que con dificultad se ataba debido a la mata de pelo seca y enredada. A su paso por la hierba crecida, arrancaba algunas hojas secas y veíamos cómo sus dedos movían con rapidez sus enormes uñas curvas y pintadas de rojo encendido, como si por momentos sufrieran de una ansiedad incontrolable. Se decía por allí que había matado a su marido y lo había enterrado al pie de la barda que colindaba con la nuestra, justo a espaldas de mi cuarto. Era de ese lugar de donde provenían los ruidos que

Elena y yo escuchábamos por las noches. El rumor de un asesinato corría entre los vecinos. Aseguraban que por eso mantenía la casa intacta y no dejaba que nadie entrara. A nosotros la curiosidad nos dominaba. Ramón sólo quería cazar ratas y se regresó después de llegar a la terraza del último piso. El Pis y yo nos empujábamos mutuamente, ninguno quería ser el primero.

Llegamos a la sala. Los muebles estaban cubiertos con sábanas y parecían testigos mudos del horripilante crimen. El polvo comenzó a moverse como si despertara de un largo sueño al sentir nuestros pasos. Tosimos. Una escalera alfombrada nos llevó al piso de arriba. Yo quería ir primero a la recámara principal, la que tanto había observado desde mi cuarto. Allí, en el centro, el gran tocador con las lunas de espejo rotas, lleno de frascos de perfume y botes de crema junto a pequeñas porcelanas. La cama vestida con sábanas y colcha. Todo intacto, sólo el polvo delataba el abandono. Parecía que el último habitante hubiera querido dejar constancia de su vida cotidiana, o como si alguien hubiera decidido vivir así, entre la suciedad y los insectos. En la parte trasera de la casa había un cuarto pequeño, limpio y en buen estado, como si perteneciera a otra casa. ¿Viviría allí la Bruja? Ya entrada la tarde, el Pis y yo nos sentamos en la sala de la casa abandonada y se me ocurrió contar cuentos de miedo.

Por primera vez, vi al Pis, mi compañero de juegos, como alguien distinto. Fue un instante. Algo se transformó entre

nosotros. Tocó el dorso de mi mano con la punta de sus dedos, me dio escalofrío y sentí que la piel se me enchinaba. Algo que no había experimentado antes. Miré al Pis de nuevo a los ojos y lo miré diferente. Ya no era el niño que me acompañaba sino un hermoso joven que estaba conmigo para protegerme. Sus espaldas eran más anchas, la quijada más firme, y vislumbré encima de sus labios un bozo que ya no lo era tanto, los vellos eran largos y más gruesos que antes. Unas gotas de sudor se perfilaron entre el vello mientras su rostro se sonrojaba ante mi insistente mirada. Estaba perturbado con mi incursión desfachatada en su persona. Con emoción, descubrí que me gustaba. Por desgracia, en ese momento escuchamos una voz ronca que gritaba desde afuera. ¡Deja de lanzar piedras al jardín, niño, o voy a hablar con tus padres! Era la Bruja. El Pis y yo retrocedimos. El corazón se me salía. Desde ahí podía ver a Ramón parado en la azotea de la casa, como si fuera un gladiador, retando a la mujer con una piedra en la mano, a punto de lanzarla. Quería advertirnos y darnos tiempo para escapar. Ramón tiró piedras una y otra vez, hasta que la mujer enfurecida salió a la calle para tocar en nuestra casa y delatarlo. Mientras, nosotros corrimos a la terraza para desde allí brincar a través de un árbol hasta la azotea de la casa, ayudados por Ramón, que nos jalaba con su mano, papá, su mano fuerte y sana. Entonces comprendí lo terrible que era todo lo sucedido. Aquel día Ramón nos rescató con esa misma mano ahora mutilada para siempre. ¡Qué tristeza! Ya no pude conciliar el sueño, me quedé en la cama,

en medio del duelo por la mano de Ramón. No pienses que soy ridícula, tú mismo me enseñaste a pensar que somos uno, cuerpo y espíritu, sólo uno.

Esa noche regresaba el recuerdo de la Bruja delatora, eso era. Pero tampoco te dijimos la verdad. Frente a ti y mamá lo negamos todo, excepto, claro está, la existencia de la Bruja. Desde la ventana te observamos abrir la puerta, papá, y cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos a la Bruja. Apenas la reconocimos, ¿cómo había hecho? Era la misma mujer temible pero arreglada como una recatada viejecita. Era ella, sin duda, la podíamos reconocer a pesar de su nueva apariencia, la misma cara, el mismo pelo rojo y la mirada escrutadora, Ramón, el Pis y yo nos miramos extrañados y soltamos una carcajada de nervios, de miedo, ¿qué había sucedido?, no lo comprendíamos, ni lo comprendimos nunca. Desde nuestra casa volvimos a ver a la Bruja muchas veces más como siempre la habíamos visto. Nunca más se dignó a voltear la mirada hacia nuestra casa. La veíamos llegar, encopetada, siempre sola, abriendo el gran portón de madera crujiente que era el aviso para asomarnos a su jardín. Daba un recorrido por el pasto crecido, sorteando a las ratas como si no existieran, se paraba un rato junto al lugar en donde se supone que había enterrado a su marido. Echaba un vistazo a la tierra y entraba en la casa. La veíamos pasar de una recámara a otra, a veces se sentaba en el tocador de la que debe haber sido la suya, con el rostro vuelto hacia el espejo. Daba la impresión de que no se

reflejaba. Siempre la vimos llegar los viernes por la tarde. Al comenzar a oscurecerse se iba. En las noches, sin falta, mientras habité esta casa, al irme a la cama seguí escuchando ruidos que provenían de la casa abandonada.

Después de esa tarde, recuerdo que mamá ya no me permitió más ir a jugar a casa del Pis, ¿intuición de que algo nuevo sucedía entre nosotros? Sólo podíamos ir a dar una vuelta en bicicleta o en patines. El Pis se volvió una obsesión para mí. Desde el ventanal de la estancia de televisión se podía ver su recámara. Detrás de la mesa, agazapada, aguardaba el momento de escudriñar, aunque fuera unos segundos, el torso desnudo del Pis. Me encantaba cómo se desabrochaba la camisa para dejarla resbalar desde sus hombros. Mi fantasía entonces era pensar que él seguía aquel rito cotidiano, sólo para mí, para mostrarme esa musculatura que comenzaba a desarrollar. Nunca imaginé que el Pis aparecería de nuevo en mi vida. Tampoco podía saber que Ramón y él se habían visto en los últimos meses. Porque fue él quien intervino para que pudiera esconderse en la sierra y luego en ese cuartucho del centro.

Nunca sabremos del todo lo que pasó, Ramón.

## CAPÍTULO VI

Me despedí de Ramón y al día siguiente vine acá, a nuestra vieja casa familiar en donde cada tarde me vuelvo a encontrar contigo. Estuve parada en medio de tu recámara como una piedra, haciendo memoria. Regresaron a mi mente muchas nimiedades: ratos familiares, juegos, que entonces revivía de una manera muy distinta. Era como si la historia secreta avanzara a su lado, todo el tiempo, como un murmullo que revelaba el secreto. Algunas sucedieron aquí mismo, donde nos reuníamos a convivir antes de irnos cada uno a su cama. Me pregunto si tú también recuerdas cuando los cinco nos echábamos sobre la gran cama a jugar. Cómo gozábamos al explorar nuestros mapas de lunares sobre la piel y cuánto nos reíamos al percatarnos de nuestras notables diferencias de color. Nunca te lo dijimos pero nos pusimos apodos en secreto, muy a la mexicana; apodos que ponían de manifiesto el tono de piel de cada uno. Tú te habrías enojado mucho porque odiabas todo gesto que

oliera a cualquier forma de racismo, así que decidimos esconder el juego. A Elena le decíamos la Pantera por su color moreno; a Ramón, el Tigrillo, por lo pecoso; de mí se burlaban por lo deslavada y me tocó el peor apodo, la Cuajada. En aquellos días festejábamos con gritos el descubrimiento de algún lunar que coincidía en alguno de nosotros por estar en el mismo sitio del cuerpo. Nunca lo olvidábamos, representaba para todos una especie de firma familiar, la señal indudable de nuestros lazos de sangre. Ese juego sí te gustaba. Reías y reías, desgañitado. Tocarte era una hazaña. Pretextabas que te hacíamos cosquillas. Reías pero en el fondo te enojaba sentirte fuera de control y entonces nos regañabas. Yo me quedaba mirando el lunar que tenías junto a la ceja izquierda, casi idéntico al mío, y que con el tiempo se te fue borrando, como a mí en estos últimos años. Hubiera querido quedarme sumergida en los recuerdos de una época en que el drama cotidiano se reducía a terminar las tareas, salir a la calle a jugar con los vecinos o hacernos bromas pesadas. Pero debía reponerme y recomenzar a investigar lo sucedido en Monte Verità. Aunque me daba cuenta de que al recordar nuestra vida familiar, cada vez encontraba más detalles que me señalaban el mismo rumbo. Detalles que de alguna manera se amarraban a la historia de la comuna.

Cuando llegué a este dormitorio y observé de nuevo la caja de las tías, me di cuenta de que era un tesoro invaluable. Reconstruí para mí misma, para mis oídos, la historia que

dejaste en suspenso. Fue así, poco a poco, que descubrí quién fue Sophie Lenz. Entre los papeles encontré un recorte de periódico con fecha del 11 de junio de 1921. En él se denunciaba la desaparición de una jovencita, víctima de trastornos mentales, quien respondía al nombre de Sophie. Vivía en la comuna naturista Monte Verità, con sede en la ciudad de Ascona, en Suiza. Decía el texto que, tras discutir con su pareja sentimental, la joven abandonó el sitio dejando a su bebé de dos meses en la cabaña de Ida H., la dueña y fundadora de la comuna; Ida, quien vivía ahí junto a su pareja, Henry O. Al día siguiente, la comuna entera salió en busca de la joven hacia los montes boscosos de los alrededores. No encontraron rastros. ¡Qué angustia deben haber sentido! Pienso en el bebé, la bebé, ¿era yo, no es cierto, papá? ¿Se trataba de mí, era yo? Pensé en aquella niña de apenas dos meses, la imaginé esperando el pecho que la amamantaba pero que nunca más llegaría mientras observaba los rostros extraños a su alrededor que trataban inútilmente de calmarla. ¿Era yo quien sufrió esa terrible experiencia, será por eso que siempre fui tan llorona de niña? Sophie era austriaca y tenía serios problemas mentales, ¿eso lo sabías tú? A mí me angustiaba mucho, todo. Me dolía saber que no era hija de mi mamá, de Conchita, esa madre, mi madre que me cuidó tanto, que me consolaba en las noches cuando me dolían los huesos y planchaba franelas para calentarlas y mitigar mis molestias. Mamá Conchita que nos cocinaba la cena, que nos hacía enfrijoladas o esquite o nos traía pan dulce, conchitas, como

su nombre. Ella, quien nos inculcó tanto el orgullo de ser mexicanos y por eso yo, de niña, en la escuela, peleaba cuando alguien lo ponía en duda. Tantas veces me pregunté por qué habías escogido para mí una escuela en donde abundaban los niños extranjeros y, mira nada más, gracias a los idiomas que allí aprendí ahora puedo entenderlo casi todo. ¿Por qué, por qué pensabas tanto en mi físico?, ¿porque lo considerabas muy extranjero o demasiado distinto?, ¿o te preocupaba que llamara más la atención en una escuela normal? Y qué curioso, yo me alié desde un principio con los mexicanos, que éramos minoría, porque tú me enseñaste a sentirme mexicana. Peleábamos en los recreos por nuestros territorios como si fuéramos a ganar una gran batalla. Y la ganábamos, o por lo menos eso queríamos creer.

Después de tantos meses, después de todo lo que he vivido, de todo lo que he visto, ¿qué más puedo esperar? Apenas hace un mes me era difícil imaginar a mi verdadera madre, tan extraña, tan extranjera, tan desaparecida. ¿Fue así? ¿Desapareció sin más? ¿De verdad nadie la encontró en esos momentos? Carajo. ¿Qué más sabías tú? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Esos papeles me decían tan poco. La única certeza era que ya no se supo nada de ella. La buscaron dentro de los solitarios bosques alpinos, muchos kilómetros a la redonda. Agotados, los compañeros fueron a los pueblos vecinos: Lugano, Locarno, Bellinzona y nada. En la nota del periódico se mencionaba que no era el primer caso de

suicidios y desapariciones en la historia de la comuna. Pero debo reconocer que gracias a los recortes guardados pude enterarme de que Monte Verità fue un lugar muy conocido. En gran parte debido a los escándalos. Se sabía que sus habitantes tenían la costumbre de pasear desnudos durante sus curas naturistas. Niños y jóvenes del pueblo tenían prohibido acercarse a la comuna. Sus miembros se habían convertido en motivo de preocupación para los nativos porque no sólo andaban desnudos dentro de sus terrenos, sino que descendían al pueblo, cubriéndose apenas con batones casi transparentes. Para los humildes pobladores eso era una provocación y los pleitos no tardaron en aparecer. Les llamaban los *ballabiots* porque bailaban desnudos. Eran revoltosos y locos, decían. Se habían suscitado pleitos y golpes entre ellos y la gente del pueblo, pescadores humildes, pacíficos, apegados a sus tradiciones. ¿Lo sabías, papá? Cuando leí los viejos recortes que guardaste con tanto celo, me pregunté si realmente conocías a fondo la historia de la comuna. ¿Cómo fue que viviste tantos años con esa historia enterrada en lo más profundo? Estoy segura que no platicabas de ello con mamá, ¿cómo lo lograste? En realidad, admiro tu entereza y tu disciplina. Así lo decidiste.

¿Sabes?, cuando leí que recién terminada la guerra Sophie escapó de su casa para refugiarse en la comuna de Ascona, no lo entendí: era casi una niña y fue a unirse a un grupo de teósofos y anarquistas, tan dispares entre sí. Lo que los unía

a todos era el exilio. Pero Sophie, ¿de qué escapaba ella? Era comprensible el que tú hubieras ido en búsqueda de los anarquistas por tu actividad política, ¿pero ella? Los datos que iba tejiendo me llevaron a observar que tu viaje a Europa, antes de casarte, coincidía con la estancia de Sophie en la comuna, y no pude dejar de cuestionarme: ¿conociste a Sophie?, ¿cómo saberlo ahora si apenas la mencionaste al morir? Apenas hace unos meses me topé con el nombre del lugar donde nací: Monte Verità, la cima de la montaña desde donde se desparrama la ciudad de Ascona. ¿No es cierto, papá? Monte Verità. ¿Lo conociste más que bien, verdad? Recuerdo con nitidez tus aventuras europeas, ¡cómo gozabas contándolas aunque las hubieras repetido una y otra vez! La travesía en el barco carguero que te llevó allá, las pesadas bromas de los marineros, tu desembarco en Portugal y la llegada a Italia. Nunca mencionaste tu destino final: el Ticino suizo, ni tampoco que conociste a Sophie. Entonces se agolparon las preguntas en mi cabeza: ¿cómo decidieron adoptarme, qué le dijiste a mamá, cómo la convenciste?, ¿cuál era tu relación con los miembros de Monte Verità? Me lo pregunté tantas veces. Ahora cierro los ojos y pienso que hubiera sido hermoso saber por ti que conociste y amaste a Sophie, tener la certeza de que tus manos un día la acariciaron o que caminaste junto a ella por lo más alto de la montaña, ahí donde aquel grupo de inconformes construyó cabañas con sus propias manos y desde donde los ojos se les llenaban con la imponente vista del Lago Maggiore. ¡Cómo me hubiera gustado, en estos

largos meses, haber tenido la seguridad de que tú eras mi verdadero padre! Y que yo era el resultado de un amor imposible entre ella y tú. Pero no fue así. En esos días todo me llevaba a suponer que mi verdadero padre era alguien de la comuna. Otto, se llamaba Otto. Era también austriaco, médico y el compañero sentimental de Sophie en el momento en que ella desapareció: el doctor Otto G. No olvido la primera vez que vi su foto: el pelo corto y despeinado, el rostro afilado como un pájaro y la mirada de un zorro. Según los periódicos que tenía en mis manos, al doctor Otto G. lo perseguía una pésima fama. Si bien había sido considerado por los círculos médicos, y por el mismo Freud, como uno de los psiquiatras más geniales, su vida en Viena había causado escándalos. Se desnudaba en público en cuanto tenía más de dos copas encima y le gustaba tocar el trasero y los senos de las mujeres que tenía a su lado, sin el menor pudor. La primera vez que visitó la cárcel en Viena fue por faltas a la moral: una joven anarquista y él tuvieron sexo a la vista de los paseantes en los jardines de un parque. El desdén por las normas sociales, los escándalos públicos y el consumo inmoderado de drogas y alcohol era sólo una parte de la personalidad de Otto. Su verdadera pasión era el anarquismo. Con la intención de unirse a uno de los movimientos anarquistas viajó a Berlín y a Múnich. La confusión que generó entre sus desacatos sociales, a la par que los de carácter político, era real. Allí se ganó la fama de seducir a las jovencitas de la alta burguesía con engaños y promesas que nunca cumplió. Su padre, un famoso

criminólogo, Hans G., pidió a las autoridades que su hijo fuera internado para su curación en el hospital de Brugholzli; de allí se escapó antes de la guerra. Gracias a algunos escritos expurgados, comprendí que detrás de los escándalos morales de Otto en el ambiente austrohúngaro estaba su oposición política al régimen y eso era lo que en verdad sacaba de quicio a la *socialité*. Entre todos estos acontecimientos, puedo constatar que la historia de mi verdadera madre estuvo tan cerca de mí, aunque de una manera oblicua siempre estuvo allí, haciendo un ruido sordo, constante. He leído con cuidado las revistas que guardaste. Una de ellas, famosa en esa época, *Aktion*, fue una de las más radicales del anarquismo europeo. La recuerdo sobre todo por ti, antes de que fuera mencionada por algún maestro, tú ya me habías puesto al día. Era una referencia obligada para ti en esos días. Te regodeabas hablando de tu admiración por los movimientos europeos: y yo discutía contigo cada idea, cada interpretación. A veces aquello era un infierno sembrado de pasiones aunque en el fondo estuviéramos de acuerdo. Fue una sorpresa saber que Otto colaboró en *Aktion* y que sus publicaciones lo llevaron a la cárcel varias veces. E incluso, recordé que yo había leído algún artículo de su autoría. Entre sus propuestas estaba la desaparición de la sociedad patriarcal; para ello, escribía, era necesario liberar a la mujer del yugo masculino. Era de suponer que eso no gustó a la distinguida sociedad germana e imperial. A Otto lo declararon un loco peligroso. Esas ideas eran similares, papá, a las que nos inculcaste a Elena y a mí.

Exponerlas frente a mamá fue muy difícil para ti, ¿te acuerdas cómo se inquietaba? Siempre me pregunté por qué hiciste pareja con una mujer como mamá, tan recatada, tan conservadora, ¿o en el fondo te gustaba? Mamá tan querida por todos. La queríamos así pero estuvimos siempre en desacuerdo con sus ideas. Pobre mamá, no podía hacer otra cosa. Así la educaron y así aprendimos a quererla. En casa pocas cosas se cuestionaban. Aun cuando tú y ella parecían venir de dos mundos opuestos. Creo que algo en ti te hacía sentir más seguro y cómodo con una mujer como mamá, ¿o me equivoco? Pero con tus hijos siempre buscaste la manera de dejar claro que eras un hombre liberal. Ahora veo las enormes coincidencias entre tu manera de pensar y la de Otto.

El final de Otto fue muy triste. En la guerra se enroló como médico voluntario. Pronto se encontró abatido y regresó a Ascona. Ahí tuvo muchas amantes, entre ellas Sophie. Había caído de lleno en todo tipo de adicciones. Cuando Sophie desapareció, lo acusaron y lo encarcelaron. El padre, harto de su hijo, apoyó la medida. Entonces Otto no lo soportó, tuvo una crisis nerviosa. Lo trasladaron de nuevo al manicomio de Brugholzli de donde volvió escaparse. Más tarde, en los meses de invierno, lo encontraron muerto, intoxicado y con signos de pulmonía, tirado en la calle, sucio, con el pelo y la barba enredados, casi desnudo. Otto. Pienso que así quería morir.

¿No crees, papá, que era lógico pensar que ustedes: Sophie, Otto y tú, hubieran coincidido en la pequeña Suiza? Otto y tú tuvieron demasiadas cosas en común y los dos se habían ligado a los anarquistas de una u otra manera.

Después de ver a Ramón, mis dudas sobre ir a Suiza se aclararon. Tenía que hacerlo. Deseaba conocer el destino de mi madre, Sophie; saber si tú eras o no mi padre biológico. Una de esas tardes miré una vez más algunos de los documentos esparcidos sobre el sillón, algunos ya los conocía de memoria, otros me decían muy poco o nada todavía. Supe que pronto debía marcharme. Otros más los leería con calma en mi estancia allá. Guardé todo en una gran maleta. Apenas cupieron.

## CAPÍTULO VII

Esperé algunos días antes de viajar a Ascona. Durante ese tiempo tuve la necesidad de recomponer mi vida en el espacio familiar, en esta vieja casa. El encuentro con Ramón provocó el cambio: fue como si algo en mi destino lo hubiera puesto allí para tomar la decisión inmediata de ir a Suiza. Hablar con mi hermano mitigó el dolor y el rencor que me provocó tu confesión. De nuevo reconocía en mí el amor que siempre te profesé.

Fueron muchas las tardes que volví a esta habitación a encontrarme contigo, de nuevo a revisar los papeles que guardaron mis tías. Aparecieron más fotos y recortes de periódico. Lo primero que me extrañó y llamó mi atención fue la vestimenta de los habitantes de Monte Verità. Las mujeres con el pelo suelto adornado con flores, los hombres con barba y cabello muy largo. Prendas sencillas de telas

blancas y sandalias. Era como estar viendo beatniks e hippies en una época que no les correspondía.

Sólo en el lugar de los hechos podría averiguar algo más. Pedí el permiso a la universidad para ausentarme de mis clases. Elena trató de disuadirme. ¿Para qué?, me decía. Ir allá era obedecer a un llamado ineludible. Me lo exigía mi instinto. Discutí con ella, como siempre. Nunca nos hemos puesto de acuerdo y su soltería la mantiene pendiente de los demás. Llamé a mis hijos, Paula, Julio, quería verlos y me conformé con las llamadas de teléfono. Les conté que iría a resolver algunos asuntos pendientes de su abuelo, a buscar algunos documentos que había dejado en casa de amigos. Paula siempre tan ocupada con sus estudios y su trabajo no me cuestionó demasiado y me deseó buen viaje y Julio, en cambio, me hizo demasiadas preguntas y, por supuesto, me regañó, me advirtió de los miles de peligros pero sabía de sobra que yo haría mi voluntad.

El trayecto hasta Zúrich es tedioso y el encierro en el avión lo agudiza. Tantas caras desconocidas a mi alrededor me distrajeron. Imaginar vidas, maneras, gestos, me brindó algo que no sé si llamar sentido de realidad después de haber vivido tantas semanas como una desterrada del mundo. Durante las horas del viaje, tuve la sensación de ocupar un lugar singular, distinto. Era como si una voluntad superior me hubiera puesto, de manera errónea, precisamente en medio de esos pasajeros. En seguida rectificaba: no, no era así, no se trataba de ningún acto superior, ni siquiera creo

en el destino, era mi estado de ánimo que lo percibía así. Sí, estaba equivocada: esos compañeros de vuelo tenían vidas propias y extraordinarias que yo era incapaz de vislumbrar en esos momentos. Miraba dentro de mí, hacia mí, hacia el vacío.

Días después, conocí a Eugenio Maurer. Fue en Zúrich, esa hermosa ciudad construida alrededor de la boca de un río que desemboca en un gran lago. Había pasado tan sólo una semana de mi arribo y ya podía leer en las calles de la ciudad una historia muy peculiar. Allí convivieron, a principio de siglo, las posturas más extremas casi en armonía. La ciudad vivió múltiples actos de transgresión que parecían haber pasado con rapidez a la historia. Sólo cuando uno escarba un poco más descubre el intento de muchos por conservar la memoria de esos años. Otros, al parecer, se empeñaron en borrarla. Fue en esos mismos años de convulsión en que ocurrió la fundación de Monte Verità. En Zúrich se dio una gran actividad: poetas, pintores y pensadores pugnaban por cuestionar el mundo, y solían reunirse en los cafés y bares del centro de la ciudad. Recordé mis años de estudiante en la facultad: algunas copias maltrechas de fotos de los dadaístas circulaban entre nosotros como si fueran un tesoro; apenas vislumbrábamos lo que sería el movimiento pero sabíamos que algo importante se había cocinado ya.

Entre los papeles que rescaté en la hacienda, se mencionaba la relación entre la comuna naturista y los fundadores del movimiento Dadá. Supe que mi búsqueda

debía empezar siguiendo los rastros de los dadaístas. Fue allí mismo, en Zúrich, donde los vanguardistas de diversas artes fundaron el famoso Cabaret Voltaire, un escándalo para las almas conservadoras de Europa. La transgresión artística más significativa del siglo.

Los recortes de periódico guardados con tanto esmero por las tías resaltaban una imagen muy bella de los Alpes, que encabezaba la noticia de la desaparición de Sophie y la orfandad de la pequeña recién nacida. El texto escrito en italiano no me dejaba saber mucho más, mi escaso conocimiento de esa lengua sólo me permitió comprender algunas palabras sueltas. Fue Eugenio quien me ayudó a entender. Estaba sorprendido por la conservación de aquel recorte que ni él mismo había podido encontrar en los archivos. Esos documentos abrieron ante mí la posibilidad real de que tú no fueras mi padre biológico, sino Otto.

¡El Cabaret Voltaire, lugar de encuentro de los artistas de vanguardia! Para mí, era un lujo estar allí. Recorrí algunas calles en búsqueda de ese emblemático sitio de reunión y de actos artísticos que daban cuenta de sus posturas y manifiestos sobre el arte. Caminé a lo largo de la Münstergasse, una de las calles que atraviesan el corazón de la ciudad vieja y por casualidad me topé con Spiegelstrasse 1. Al llegar frente a la puerta me quedé inmóvil: me encontraba frente al edificio que albergó al famoso cabaret. Era tan distinto a la imagen que yo me había formado en la cabeza. Un tímido graffitti en la pared de la angosta calle me

confirmó que estaba en el lugar correcto. Era curioso ver cómo la trasgresión siempre busca un hueco por donde seguir su camino. Aquella frase inserta en el muro era un señalamiento inevitable para todos aquellos que hubieran preferido no recordar ese episodio: *Aquí estuvo el cabaret Voltaire*. Las puertas de hierro, oxidadas y sucias, cerraban la entrada del edificio, los pisos superiores parecían abandonados. El lugar, clausurado. Entrar allí parecía imposible. Regresé casi todos los días. El aroma del café recién hecho me guió hacia una cafetería cercana, con mesas al aire libre, desde donde podía observar la entrada del antiguo cabaret. Las personas pasaban indiferentes junto a aquellas puertas. El cuarto o quinto día, sentada en el café, me sumergí en la lectura y, cuando levanté la vista, vi salir del edificio a un hombre robusto y con barba; empujaba con dificultad la gran puerta de hierro para cerrarla y volver a colocar los candados. Me levanté de prisa, dejé mis cosas sobre la mesa. Corrí para encontrarme con él. Ése era Eugenio, papá. Lo abordé nerviosa, hablándole en inglés, sin poder explicar bien a bien qué era lo que quería. Él, sorprendido, me preguntó si yo era española o latina. Le dije: sí, latina, señor. No se preocupe, me dijo, yo hablo castellano, mi madre era española. Pero vamos más lento, agregó, podemos tomar un café aquí enfrente. Mientras conversábamos quiso saber por qué yo estaba tan entusiasmada con ese lugar abandonado. Sólo los conocedores de su historia se interesan, me dijo, y claro, los estudiosos de las letras, hace algunos meses intentaron

rescatarlo pero siempre sucede lo mismo. Nunca hay dinero suficiente para hacerlo. Hay un proyecto a largo plazo del cual yo estoy a cargo, afirmó.

El día de nuestro encuentro, Eugenio me dejó en la entrada de mi hotel. Había sido una tarde muy intensa. Los dos compartíamos la misma pasión por los sucesos de Monte Verità, aunque cada uno había llegado por senderos muy distintos. Sin embargo, entendimos que era mejor esperar. Cuando supo que yo era la hija de Sophie, se desconcertó. Me miró atento como si no quisiera expresar su sentir. Después, apareció en sus ojos un brillo especial y me dijo con alegría que nunca creyó posible conocerme. Siempre se preguntó por mi destino. Estaba turbado por la emoción. Una disculpa, me dijo. Al despedirse titubeó un poco. Creo que no sabía qué hacer, en el fondo deseaba que lo invitara a mi habitación, estaba tan solo como yo.

Pronto descubrí que Eugenio era un periodista muy reconocido, dedicado a investigar historias inéditas e interesantes, quién lo iba a decir. ¡Vaya suerte la mía! En esos momentos, pensé que debía darle gusto saber que su pasión por el tema y el tiempo invertido en la investigación habían encontrado un destino inmediato, concreto y útil para alguien.

Durante nuestra plática, Eugenio habló entusiasmado de su deseo de ir algún día a América. Era difícil, decía, pero no lo descartaba. Su voz reflejaba una emoción que no podía

esconder. Deseaba detenerse en México, pues sabía que Ida y Henry, los antiguos dueños de la comuna, después de vender la propiedad, habían ido hacia el Sur en un barco y se habían detenido por más de cinco días en Veracruz. Al suceder la trágica desaparición de Sophie, ellos decidieron alejarse en busca de otros paraísos, me dijo, al parecer contigo en los brazos. Aunque no estaban decididos del todo, al llegar a tierras mexicanas y contactar con algunos anarquistas en México, a quienes conocían muy bien, pensaron que era un buen lugar para ti y te dieron en adopción. Después prosiguieron su viaje a los mares del Sur; se dice que llegaron al Brasil. Para Eugenio todo señalaba que yo era la hija de Sophie y probablemente de Otto. Todo coincide, ¿no es cierto?, me dijo sonriendo. Durante dos semanas platicamos todos los días, durante horas. Un domingo lo pasamos juntos, desde muy temprano. Ese día iniciamos una extraña relación. A la distancia, del tiempo y de los espacios, veo dos soledades que coincidieron en un punto demasiado frágil para continuar juntas.

Una de esas tardes, Eugenio me tomó de las manos como si quisiera constatar que yo existía, que no me iba a ir pronto. Me confesó que estaba tan impresionado por el parecido con mi madre que, la primera vez que me vio, no se atrevió a decírmelo. Había muchas leyendas entre los pobladores de Ascona sobre la comuna de Monte Verità, en su mayoría humildes pescadores de origen italiano como todos en el Ticino, me dijo. Historias que rayaban en lo

absurdo. Me habló de demonios, poseídos, brujas, chamanes que lograban cambiar la realidad de las cosas. Me reí con esas historias y creo que eso no le gustó. Se puso muy serio. Lo observé de igual manera: no me digas, Eugenio, que tú crees en esas leyendas. Eres un investigador, un científico de primer mundo, ¿no es cierto? Se me quedó mirando y me respondió: hay cosas, Mirella, que no me puedo explicar, eso es todo.

Desde entonces, Eugenio supo que lo necesitaba, no sólo por el apoyo y el amor que me brindó en medio de mi extraña búsqueda, sino porque era el único que podía orientarme. Si me viera ahora, hablando contigo, entonces sería él quien se estaría riendo de mí. Le gustaba hacerlo y lo hizo cada vez que me vio inmersa en los barullos mentales que me había provocado todo esto. Sí, siempre le pareció gracioso verme tan inquieta con mis descubrimientos, sobre todo porque él conocía mejor que yo la historia de la comuna.

## CAPÍTULO VIII

Viajé sola a Ascona a pesar de que a Eugenio y a mí nos hubiera gustado ir juntos, pero él debía cumplir con sus compromisos de trabajo en Zúrich. En el fondo pensé que era mejor así, debía confrontar mi soledad aunque me diera vergüenza reconocer que me sentía como una niña desvalida. Desde el tren podía avizorar el Lago Maggiore rodeado de los picos altísimos y puntiagudos, un paisaje que parece cortarse al filo de sus puntas. Detrás de un recoveco de la montaña se esconde el pueblito de Ascona, a la orilla del inmenso lago que alberga numerosas poblaciones. Esa tarde, el calor húmedo me reconfortaba y me daba la sensación de estar bajo un brazo protector. ¿Sería la orfandad?

Llegué en plena primavera, recorrí las calles estrechas y empedradas del pueblo. Los balcones reventaban de flores que se desbordaban de las macetas colgantes. Ese mismo día tuve que comprar alguna ropa ligera debido al tremendo calor que hacía. Nunca imaginé que un pueblo rodeado de montañas nevadas durante seis meses pudiera tener temperaturas tan altas durante la primavera y el verano. Encontré alojamiento en una vieja pensión muy cerca del terreno de Monte Verità, con la ventaja de poder ir caminando todos los días. Deseaba respirar el aire, oler el aroma de los capullos, la humedad que se desprende de los árboles y, por supuesto, recorrer el terreno de la comuna de un lado al otro. En mi recorrido por el pueblo me topé con numerosas galerías de pintura que parecían multiplicarse conforme avanzaba, apenas separadas una de otra. De inmediato, pensé que aquella explosión artística era resultado de sus antiguos visitantes del Norte, muchos de ellos pintores que también buscaron refugio en la comuna.

Contaba con un viejo y pequeño mapa del pueblo. Me impresionó mucho ver las verdaderas dimensiones del terreno boscoso, era muy extenso, debían ser varias hectáreas. Empecé la subida hasta llegar a la barda que rodea la propiedad que han conservado intacta. En la puerta de entrada todavía existe el antiguo letrero que anuncia el nombre de la comuna, elaborado en estilo *art nouveau*. Entré con temor pues no vi ningún vigilante.

Caminé primero entre las cabañas que están todavía en pie, no más de cuatro. Fue Eugenio quien me lo mencionó, había miles de cabañitas construidas de manera rupestre por los propios veritanos. Decidí entrar a la Casa Anatta, la casa de Ida y Henry, la más grande, en perfectas condiciones. La madera, los vitrales parecían hechos por verdaderos artesanos; después supe que también fue construida por ellos mismos. Allí me quedé muchas horas. Escudriñé las ventanas de otras dos cabañas a las que fui caminando. Encontré que estaban cerradas con candados y que dejaban ver cierto descuido. Esos accesos tapiados sólo exaltaron mi curiosidad. Nadie parecía impedir que yo me sentara en la vieja banca de madera que conservaron en la terraza de la cabaña más pequeña. ¿Sería esta la casa de Sophie y Otto? ¿Sería parecida? Quise pensar que sí, que estaban allí, junto a mí, los dos viviendo de nuevo aquella tarde en que se desató su historia. Me senté a imaginarlos, me remonté a ese día cuando pelearon con tanta fuerza que su extraño mundo se vino abajo y mi futuro se quedó en el aire. Oí que la puerta de la terraza rechinaba, me acerqué y, de repente, se abrió sin haberla tocado. El espacio era por completo de madera. Entonces, vi a Otto, frente a mí, pálido, de pie bajo el umbral del cuarto, con las piernas temblorosas y agarrándose la cabeza. Algo grave había sucedido. Lo adivinaba desesperado. Vi cómo ponía las manos sobre el corazón como si con ello mitigara la fuerza de sus latidos. Intuí que estaba por suceder lo peor. Traté de ver en los ojos de Otto lo que estaba experimentando.

Percibía su angustia. Parecía temeroso y yo trataba de entender cuál era su miedo. Me pregunté por qué se tardaba tanto en abrir la puerta. Entonces deduje que el temor de Otto provenía de no querer mirar la escena que imaginaba detrás de la puerta, era como si sus ojos adivinaran todo. Al otro lado, estaba lo que Sophie había dejado tras de sí. Cerró los párpados y entonces Otto parecía repasar con la mente lo que había ocurrido esa tarde, mientras yo también apretaba los ojos e imaginaba la escena: pelearon como nunca antes, habían discutido ferozmente. Cuando ella se sintió derrotada, corrió a su habitación y se encerró a piedra y lodo. Desde el interior amenazaba con lastimarse y usar el cuchillo de cocina para ello, después guardó silencio, ni siquiera las amenazas de él la hicieron responder y abrir la puerta. Cada vez se agudizaba más el temor de Otto, papá, igual que el mío. El pánico de que pasara lo peor lo mantuvo quieto junto a la puerta en espera de que ella saliera. El rostro de Sophie reflejaba una terrible mezcla de angustia y furia, un impulso contenido que podía desembocar en lo más violento. La mueca de dolor de Otto comenzaba a transformarse en un gesto de arrepentimiento como si reconociera haber ido demasiado lejos. La había lastimado de veras. También sentí al cuerpo de Sophie, cómo temblaba, parecía un animalito asustado que se arrinconó en la esquina del cuarto con un cuchillo en la mano y dispuesta a usarlo en cualquier momento.

Pasó un largo rato y Otto no se atrevió a abrir la puerta, dio varias vueltas. Se quedó inmóvil, parecía seguro de que lo mejor sería que ella saliera por sí sola. Dentro de la cabaña, el atardecer se instalaba con rapidez. No había ruido, no había señales de Sophie: Otto caminó con lentitud junto al rastro de polvo de cocaína tirado sobre la duela. El aire húmedo comenzaba a filtrarse por las orillas de las ventanas. Tomó la botella de malta de la mesa y le dio varios tragos mientras el líquido se desparramaba por la comisura de los labios hasta empapar el frente de su cazadora. Pasaron dos horas en las que Sophie ya no contestó una palabra. Otto no soportó más el silencio y forzó la puerta.

¿Conociste su historia, papá? ¿Supiste que Otto se encontró con Sophie en la primavera del 19 y en ese año ella había intentado lastimarse por lo menos en otras cuatro ocasiones? Otto estaba al tanto de su fragilidad y aún así la había agredido. Esa tarde, él fue el primero en mirar la escena que Sophie había dejado tras de sí. La ventana estaba abierta, afuera la negrura del bosque. En el balcón colgaban unos trapos viejos, anudados. El cuarto se encontraba revuelto; sin embargo, justo en el centro de la escena, como una imagen congelada, estaba la mesita de noche sobre la que reposaban en impecable orden varios mechones de cabello. A un lado, había una nota escrita con letra temblorosa: *No merezco vivir, no sirvo para nada, no importo. Mi pequeñita está en buenas manos.* Junto al cabello, las tijeras abiertas como un candoroso instrumento.

Me quedé parada en el umbral, vi cómo Otto cerraba los ojos, pude ver junto con él las imágenes que fluían por su mente, confusas como fotos eslabonadas que se empalman y se rehacen en un remolino: Sophie trasquilada con la vista perdida en la oscuridad; Sophie presurosa, como si su cuerpo se desbaratara al correr; Sophie gimiendo o dando gritos; Sophie tirada con el cuerpo arañado, semidesnuda; Sophie trastornada. Otto se veía agotado. Salió del cuarto. En la sala tomó otra vez la botella de malta y bebió con ansiedad. Tambaleándose se sentó en el sillón y comenzó a murmurar entre dientes: es una niña, está enferma, es una niña y no comprende. Ser libres, amar sin ataduras. Ella debe ser libre como yo. Frida, Lydia o María son mis amores, mis amantes, las necesito y no puedo vivir sin ellas. Otto se derrumbó en el piso y se quedó sollozando, repitiendo las mismas frases.

Creo que ya lo sabes, papá, pero sólo gracias a Eugenio he podido comprender algunas cosas. Había demasiadas lagunas, yo sola hubiera tardado demasiado, quizá años, quizá nunca me hubiera acercado a lo que sé. Eugenio había guardado con el mismo celo que tú los informes de la clínica naturista que instalaron dentro de la comuna. Por él supe que Otto llegó por primera vez a Monte Verità para una radical cura: ayunos, baños de sol, rigurosas dietas vegetarianas. Era un hombre que venía de la guerra y de duros avatares familiares. Al enfrentarse con la fragilidad y la belleza de Sophie quedó cautivado. La vio aparecer como

un ángel en las escaleras de la Casa Anatta. La cabellera rubia, la piel húmeda y suave, la figura de una belleza femenina que apenas ha dejado de ser una niña y muestra sus abundantes senos desbordando el escote del vestido guinda, deslavado y roto, el mismo que portaba desde el día en que abandonó la casa paterna. ¿Sabes?, cuando veo las fotos de esa jovencita creo que yo también hubiera quedado cautivada por su belleza. Después, Sophie cambió ese atuendo por los largos batones de algodón blanco, el cabello suelto y los pies calzados con sandalias de cuero que usaban en la comuna. Sophie provocó en Otto una pasión desmedida al ver su cuerpo desnudo tras la delgada tela.

Aquella tarde del pleito, Otto recordó el suicidio de Lotte Hornecker, poco antes de la guerra. Ella había llegado con los dueños y fundadores. Había incursionado en las drogas con Otto. Sucedió allí mismo, en Monte Verità: lo habían inculpado a él y había pasado varios meses en la cárcel. Según las declaraciones del mismo Otto, Lotte quería suicidarse de manera violenta y él sólo intervino para impedirlo y asistirle, mostrándole otra forma de morir: le dio algo de veneno ante lo inevitable. Para él, era mejor facilitarle el trance doloroso. Al leer sus razones siento una enorme ternura por Otto, por su ingenuidad y sus tormentos, estoy segura que decía la verdad. Sin embargo, el caso de Sophie era muy distinto para él. A su manera, Otto dejó constancia de su amor por ella y su deseo verdadero era que no le sucediera nada. Simplemente aquel día, él

quería que regresara. Esa tarde, lo imaginé dando vueltas de un lado al otro mientras repetía: no le va a suceder nada, no le puede pasar nada. Va a regresar como otras veces, y enseguida agregaba con temor: ¿y si esta vez cumple sus amenazas? En el rostro de Otto pude ver la rabia mezclada con el miedo.

Ese día me quedé hasta tarde en Monte Verità e imaginé que ya era medianoche como cuando salí de la cabaña y de nuevo vi a Otto, delante de mí. Lo observé abandonar la propiedad para irse por el rumbo más corto hacia al centro del pueblo de Ascona. Igual que él, dejé a mis espaldas el conjunto de cabañas reunidas en la cima del monte, un paraíso terrenal que para Otto era ya un infierno. La calle de Locarno es una pronunciada pendiente y, en algunos tramos, por fortuna, hay escalones para bajar sin peligro. Siempre me dieron miedo las alturas porque sentía que alguien, una mano invisible, me empujaría y ahora sentía ese temor más que nunca. Con dificultades lo seguí, Otto bajaba demasiado rápido.

Hay que descender muchos metros antes de que aparezcan las pequeñas casas de los pobladores, a esas horas con las ventanas de madera ya cerradas. Otto llegó al centro de la plaza principal, parecía muy desganado, se sentó en la orilla de la fuente de la plaza. Tenía los ojos irritados, despeinado, los hombros gachos y los brazos sueltos, sin fuerza. Imaginé que la noche del pleito con Sophie había brillado la misma luz de la luna que esa noche

en que seguí los pasos de Otto. Sin embargo, muy pronto la bruma se cerró casi por completo y apenas lográbamos ver las fachadas con balcones repletos de macetas. Otto volteaba el rostro hacia ambos lados, respiraba como si con ello tomara la fuerza para internarse de nuevo en las calles empedradas, el eco de sus pasos resonaba en las paredes y se mezclaba con los maullidos de los gatos.

El desagradable olor proveniente de los restos de pescado en la orilla del lago alcanzaba el centro del pueblo. Otto se perdía por momentos, en otros tropezaba, pero no cesó su marcha hasta acercarse a las embarcaciones que golpeaban los muelles protegidos por llantas viejas amarradas a la orilla. Al llegar, yo me senté agotada detrás suyo. En ningún rincón del pueblo se hallaba Sophie, seguir la búsqueda era, a todas luces, inútil. A pesar de ello, Otto decidió reiniciar la marcha. Al fluir de los minutos, los pasos apresurados de Otto se volvieron más torpes, su figura descompuesta se perdía entre los muros de las casas. Las calles parecían ser laberintos orgánicos que amenazaban con tragarse a quien se atreviera a recorrerlas. La figura de Otto se empequeñecía. El pueblo lo devoraba. Como en una pesadilla, aparecieron rostros tras las ventanas de los balcones ávidos por saber quién era el aventurado que caminaba a esas horas de la noche. Tras unas cortinas rotas surgió el rostro arrugado de un viejo que, con su sonrisa de alcohol y los dientes sucios, sacudía la mano para invitarlo a entrar a su casa. Otto hizo una mueca con la boca y regresó

de prisa a la orilla del lago, allí de pie miraba de nuevo el golpeteo de las embarcaciones en el agua, como si aquel sonido le devolviera la calma.

Finalmente, volvió cabizbajo a la cabaña al perfilarse la madrugada. Yo detrás de él como una sombra. La luna comenzó a esconderse tras las imponentes montañas. Miré a lo lejos cómo la oscuridad se convertía en un inmenso manto que iba cubriendo las diminutas casas. No me preguntes cómo, papá, pero mi cuerpo sufría el mismo dolor que Otto en el suyo. Nos dolían las venas, era como si la sangre se hubiera vuelto espesa, veía cómo él se sobaba los antebrazos por el dolor, mientras yo, atontada, estaba segura que esa misma sensación recorría mis brazos. Las piernas se tensaron de nuevo en el momento de entrar a la cabaña y dirigirme, junto a él, hasta el cuarto de Sophie. Sentí su tristeza cuando comenzó a recordar los días con ella. Él tenía los ojos vidriosos por las lágrimas; la recordaba menudita, abrazándolo mientras murmuraba en su oído con voz de niña: te quiero.

Esa ternura tan infantil de Sophie lo trastornaba, pero también sus caprichos, sus arrebatos de celos, sus reacciones violentas, locas, escatológicas: los recados soeces que escribía con excremento a sus rivales, o los paños sucios de sangre menstrual puestos bajo la almohada de quien ella suponía era su contrincante. Sólo más tarde comprendió su enfermedad mental.

Muchas mañanas, antes de darle los buenos días, Sophie le decía colérica y enrojecida que lo odiaba: te puedes morir mañana, Otto, no eres más que un maniático enfermo y drogadicto. Eres impotente, estás viejo y arrugado, por eso necesitas a tantas mujeres. Nada de lo que había sucedido esa tarde era gratuito. Ambos habían tocado los extremos y Sophie había cometido una más de sus dulces venganzas.

Todo fue más claro para mí cuando Eugenio me contó que, dos días antes de aquel pleito, ella se había enterado de otros amoríos de Otto con la nueva inquilina de la comuna, Emma J. Él nunca escondió sus infidelidades, las practicaba con absoluta naturalidad. Para algunos en la comuna, era cinismo. Para Sophie era insoportable. Otto no preguntaba opiniones ni establecía acuerdos, las mujeres debían aceptarlo como era pues él decía responder de la misma manera ante los amoríos de ellas. Pero Sophie no era cualquier mujer, era una joven delicada de salud y él sabía que el reciente nacimiento de la niña tenía a Sophie en un estado muy sensible. Otto estaba al tanto de la situación, sabía que ella estaba lidiando con la maternidad, se sentía muy frágil. Ella no iba a permitir que él iniciara una nueva conquista, pero él tampoco estaba dispuesto a renunciar a sus caprichos. Ambos reconocían que el alcohol y las drogas eran los compañeros fieles de su seducción. Sophie lo sabía de sobra y, esa misma tarde, buscó en cada rincón de la cabaña hasta dar con el pequeño sobre de polvo blanco que Otto guardaba con celo en una esquina del sillón. Cuando él

entró a la casa, ella lo esperaba con un ademán descompuesto y el pelo enredado. Entonces comenzó a proferir toda clase de insultos mientras esparcía el contenido del sobre por el suelo de la estancia. Desesperado, intentó detenerla pero Sophie era como un animal que soltaba mordiscos. Otto gritó que esa era la última dosis que le quedaba. Bastaron unos minutos para que su llanto se convirtiera en furia, para decirle que estaba con ella por lástima, por un embarazo que su estupidez había provocado. Y sin piedad agregó: ¿no te has fijado que nadie habla contigo más que lo indispensable, no has notado que las personas aquí sólo te soportan porque, igual que a mí, nos das lástima? Me imagino que ya te has dado cuenta de que eres una pobre loquita. Sophie no quiso oír más y corrió a su habitación. Yo escuché en mi cabeza lo que Otto recordaba esa tarde, sentí lo alterado que estaba, mi estómago también sufría la angustia, podía oír cómo le retumbaba en el cerebro la confesión sobre sus padecimientos desde que era una niña. Al principio, Otto no le creyó. Sophie había llegado a Monte Verita envuelta en un velo falso de seguridad, propio de su enfermedad mental. Había viajado sola desde muy lejos para refugiarse en la comuna. Su tremenda belleza, el cuidado esmerado de su persona, la tranquilidad con la que hablaba de sí misma la hacían parecer dueña de su situación. No pasó mucho tiempo para que Sophie tuviera un primer arranque. Pasaba de la calma a la furia en segundos. Una mañana, alguien había tomado por error una de sus blusas en la lavandería y

ella, sin escuchar explicaciones, corrió despavorida por los jardines gritando que le querían hacer daño. Una y otra vez, Sophie entraba en cólera cuando las cosas más simples se salían de su rumbo habitual. Los tratamientos que le habían dado en la clínica de la comuna lograron que esas crisis fueran menos frecuentes. Pero, de manera constante, la violencia se apoderaba de ella. La desbordaba. Habían sido meses de tratamientos intensivos, de avances y retrocesos. Ella causaba inseguridad en los demás y, sobre todo, preocupación a quienes la rodeaban en el centro de salud. Otto creyó que podía manejar aquello y más tarde se dio cuenta de que él mismo estaba fuera de control.

La imagen era muy clara para mí, papá. Otto estaba hincado frente a la mesita de noche. Vi cómo tomó entre sus dedos temblorosos uno de los mechones abandonados. La espalda parecía formar un arco tenso mientras los cabellos de Sophie se le escurrían entre las manos y se desparramaban sobre el suelo. En un intento de darle un nombre al trastorno que ella sufría, en su cabeza se mezclaron palabras científicas que conocía como psiquiatra, sólo para desecharlas una a una. Después ya no le importó, ¿de qué serviría? En esos momentos, él se sentía responsable de la suerte de Sophie. Otto sabía que su caso había empeorado desde el momento en que él la convirtió en una de sus amantes. En el centro de salud de Monte Verità, los médicos naturistas se lo advirtieron, sin resultado. Otto insistió en seguirla cortejando. El lema libertario de

Otto junto a otros de la comuna se impuso sobre los consejos de los médicos.

Otto recordaba episodios anteriores con Sophie durante los primeros meses en la comuna, y era evidente que ella vivía entre fantasías, invadida por la lógica de sus sueños. Pasó mucho tiempo antes de que ella estableciera con certeza que un sueño era sólo eso. Alguna vez ella llegó sonriente al lado de Otto y le dijo en un tono triunfal: anoche te salvé de ahogarte en el fango. Él le contestaba con seriedad: no, pequeña, eso lo soñaste. Ella le repitió terca: claro que sí, anoche te salvé Otto, te ayudé a salir del fango. Entonces le explicaba sin prisas, como si fuera una niña: escucha pequeña, fue un sueño, es como si fuera un cuento, eso sólo sucede dentro de tu mente mientras duermes. Sophie no contestaba más. Episodios así se repitieron con frecuencia. Y cada vez, ella lo miraba con extrañeza y enmudecía. También en la vigilia era presa de sus fantasías y parecía soñar despierta. La frontera entre el mundo concreto y el de la imaginación se confundían. Para ella no había horarios, no había día o noche. Se ajustaba un tanto dócil a lo que le pedían mientras no tuviera una crisis. Aparecía en las madrugadas paseando por los jardines. No distinguía un espacio de otro, o le daba igual, los límites parecían borrarse. Los médicos y cuidadores se vieron en dificultades para responsabilizarse de ella. Se le ocurría amarrar sábanas y trapos para descolgarse desde su balcón y salir al frío invernal, casi desnuda a recorrer por largo rato

el extenso terreno boscoso. El dolor físico apenas existía para ella. Poco a poco, con el cuidado de todos, Sophie mejoró hasta cierto punto.

Sí, al parecer su mente vivía en un estado intermedio que se encuentra entre el sueño y la vigilia, se repetía Otto una y otra vez, como si eso le ayudara a quitarse un peso de encima. Desde que tuvo sus primeras crisis en el centro, él había pensado que ella era como alguien que camina sobre el filo de una navaja. Era como hablar de la “hora del lobo”: ese momento en que todo es color violeta y sólo se percibe una densa neblina. De alguna manera, eso le apasionaba a Otto, él quería alcanzar ese estado de libertad aunque en Sophie fuera un estado de locura intermitente.

Otto recorrió de nuevo el cuarto con la mirada: pedazos de conchas sobre las repisas, ramas secas de extrañas formas; dos frascos de vidrio, uno con caracoles vivos aferrados a las paredes, el otro con moscas que ella atrapaba y que revoloteaban desesperadas; por doquier, imágenes que Sophie recortaba de manera obsesiva y de las que se servía para crear sus mundos fantásticos, papeles de todos tipos y colores, fragmentos de la realidad. El cuarto de Sophie se transformó ante los ojos de Otto en una pintura tenebrosa. Parecía exhausto. Necesitaba embrutecerse más. Tomó otra botella de malta y la bebió casi por completo. Se le tensó la cara y se tornó rojiza. Las venas del cuello parecían reventarle. Otto estalló en llanto. Se arrojó al suelo para rescatar los restos de cocaína esparcida en el suelo y se

chupó las manos. Vencido por el cansancio se quedó tirado allí mismo.

Salí de la cabaña, asustada, sin voltear atrás. Las lágrimas se agolpaban en mis ojos. De pronto me daba cuenta de que ese hombre desconocido para mí unas horas antes, ese hombre profundamente solo y derrotado, tomaba otro significado: ese hombre podía ser mi verdadero padre.

## CAPÍTULO IX

¿Qué sucedió en la cabaña de Monte Verità? No me lo explico. De lo que sí estoy segura es que aquello que sentí sigue tan vivo como entonces, a pesar de esos momentos de confusión y caos. Sin embargo, parece que el tiempo ha aplacado mi estado de incertidumbre y soledad. ¿O habrá sido la distancia? ¿O algo tuvo que ver este cuarto donde ahora converso contigo en la vieja casa familiar donde me vuelvo a sentir protegida? Algo sucedió en mí pues, de manera paradójica, mi sentimiento de angustia se fue transformando en un sentimiento de gratitud.

Recuerdo claramente que salí de la cabaña dejando el cuerpo de Otto desguanzado sobre el piso, con la cabeza bocabajo sobre el polvo blanco de cocaína. Y en lugar de compadecerme deseé que de algún modo alcanzara a

aspirar la droga que quedaba junto a su nariz. Me sentí perversa y luego me dio tristeza, ¿qué me estaba pasando?

Afuera la madrugada apenas comenzaba. Salí hacia el terreno boscoso. Los rododendros y las camelias rozaban mi cuerpo, me estremecía. Frente a mí, en medio de los pinos, aparecieron cuatro mujeres danzando con los torsos desnudos. El viento mecía sus faldas blancas mientras sus pechos pálidos parecían flotar bajo sus hombros. No pude moverme. Las cuatro me rodearon en círculo. Pensé que deseaban algo de mí, pero no. Me ignoraron, sus ojos nunca se cruzaron con los míos. Yo era, para ellas, transparente. Estaban tan cerca de mi cuerpo que por momentos sus cabellos largos y ondulantes rozaban mis mejillas y mis ojos. Sus cuerpos invadieron mi espacio sin misericordia. Comencé a desesperarme, me sentí impotente y moví los brazos en un acto de defensa. De pronto se alejaron en una rápida carrera que detuvieron de forma intempestiva. A partir de ese abrupto movimiento, las mujeres comenzaron a flotar. Se movían de forma tan imperceptible que apenas me daba cuenta en qué momento habían cambiado de lugar. Una de ellas, la más madura, se adelantó a las otras y pude ver con claridad su rostro. Tenía las cejas pobladas, los ojos enormes y claros, de mirada aguda, los pómulos salientes enmarcados por la cabellera oscura. Entrecerré los párpados con el afán de ver mejor: el miedo y la curiosidad se turnaban en mi interior. Ese rostro femenino, de expresión dura, agresiva, me parecía familiar pero no pude darle un

nombre. Sentí que algo pesado caía sobre mi pecho. Estaba asustada. Deseaba huir de aquel lugar lo más pronto posible, pero no pude. A mis espaldas escuché voces femeninas: Mary, Mary, mira nuestras manos, decían. ¡Shshssh!, Frieda guarda silencio, dijo con voz fuerte la mujer: miren el lago allá abajo, sigan su movimiento, únense a él, su cuerpo piensa, huelan el instinto. Desmelenadas, con los ojos hundidos, las tres mujeres movían las caderas y el movimiento se prolongaba en la tela de sus faldas. Mary las guiaba, el espacio es el que mueve sus manos: ellas lloran, sus pies sonrían, déjenlos, el alma habita en cada poro, en el cuerpo entero.

Fue entonces cuando me vino a la memoria la figura de una bailarina. Eugenio me había enseñado algunas viejas fotos y me leyó ciertas teorías sobre el movimiento corporal que se gestaron en la comuna. Junto con ella, hubo otro coreógrafo pionero de la danza moderna. En aquellas fotos bailaban casi desnudos, descalzos y al aire libre. Hablaban de expresarse con libertad sin ataduras de ninguna especie. ¿Tú presenciaste algo de eso, papá? Ahora sé que tu admiración por Isadora no era casual. Ella había estado en la comuna algunos días, lo supe por Eugenio. La mencionaste poco antes de tu muerte. Fue por esos días que pasaste por una etapa de recuerdos confusos; entonces me contaste que la viste bailar en México, cuando tú eras muy joven. Te esforzabas por recordarla y la ansiedad que te provocaban las fallas de tu memoria te confundían aún más, te enojabas

por ello. Entonces decías que sí, que la habías conocido en persona, muy de cerca. Pero eso era dudoso: Isadora nunca vino a México. Eugenio me lo confirmó. A quien habías visto en el teatro de Bellas Artes fue a la famosa rusa Pavlova. Lo repetiste tantas veces cuando éramos niños.

Yo seguía paralizada en aquel bosque y las mujeres seguían danzando, abandonaron la lentitud para dejar fluir el movimiento de los brazos y las cabelleras que parecían arrastrarlas por el espacio. Mary continuaba guiándolas: muevan el aire, acaricien el viento, no piensen, sólo sientan. Vino la transfiguración. Apenas me di cuenta de que esas mujeres iban convirtiéndose en algo más: brujas salvajes y lascivas. Entonces vi cómo sacaban sus enormes lenguas dejándolas caer sobre sus pechos para lamer los pezones. Sus atuendos, antes blancos, se habían llenado de tierra y mugre. Gritaban, agresivas, y enseñaban sus uñas negras, amenazantes: se subían las faldas hasta el pubis y caminaban deformes con las piernas abiertas enseñándome su vulva. Mary les decía: no paren, no se repriman. Dejen flotar a los deseos, sigan, sigan. Una de ellas, la más joven, reflejaba una expresión de temor como si aquello que hacían fuera condenable. Mary se acercó y con suavidad la hizo desplazarse junto a las otras. Le acarició la mejilla mientras la joven cerraba los ojos reconfortada. Las manos de las mujeres se retorcían sobre sus caderas hasta tocarse los labios del sexo, restregándose, después los dedos penetraban en la vagina. Mientras, sus lenguas seguían

creciendo enormes, como serpientes, hasta alcanzar sus clítoris. Las bocas se abrían cada vez más, mientras sus cabezas se echaban hacia atrás con los cuellos a punto de romperse sobre sus espaldas, desgañitándose, y los ojos entornados hacia el cielo.

A pesar mío, estaba excitada y eso me disgustó. Un gruñido sobrenatural salió de sus gargantas. Ya no era miedo, era pánico, tan fuerte, que me llevó a la desesperación, que logró romper la atracción que ejercían sobre mí esas criaturas. Empecé a alejarme de ellas, caminando de espalda y esperé a tener la distancia suficiente para huir. No quería voltear a ver más ni saber si esas mujeres seguían allí. Me sentí confundida.

Estaba muerta de cansancio cuando llegué a la pensión de *Michellangelo*, a pesar de que sólo tuve que bajar una pequeña colina. Dormí un rato, no sé cuánto y me desperté con el rostro de María en la cabeza. Entreabrí los ojos, me vi desnuda entre las penumbras, mi entrepierna, mi vientre, apenas se movían, respiraban y el pubis me parecía un arbusto bajo el frío. Sobre el piso, a los pies de la cama, la flama de la vela oscilaba y desaparecía tras la esquina del colchón. Mi respiración estaba alterada. Cómo descifrar lo que me ocurría. Sobre la mesa de noche, el teléfono con el timbre sepultado. Añoraba que alguien me llamara, que alguien me tocara. Imaginé que al descolgar escucharía una línea muerta, sólo capaz de reproducir voces grabadas. Inerte sobre el respaldo de la silla, observé mi camisón como

una blanca visión que se volvía un recuerdo informe. Me quedé dormida de nuevo.

Desperté un poco más tranquila. Pude avocarme al propósito de mi visita. Abrí el portafolio que me había acompañado a Suiza. Estaba segura de que la cara de María iba a aparecer entre esos documentos. Volví a hojear los escritos y las fotos reunidas que Eugenio me había entregado. Su imagen me daba vueltas en la cabeza y no descansé hasta encontrarla. Sí, era ella, la mujer que había visto la noche anterior. Cada una de las fotos tenía apuntados con esmero la fecha y el nombre de los personajes en la parte de atrás. Mary W., alemana, vivió en Monte Verità más de seis años. Eran ellos los del *Lebensreform*, los reformadores de la vida. Clamaban: no al capitalismo y no al socialismo. Cuando Eugenio me habló sobre el movimiento, recordé también las antiguas pláticas contigo cuando yo era estudiante. A ti te convencía la postura del anarquista más radical: Mühsam, muchos años después fue una de las primeras víctimas del nazismo. Al principio señaló a comunas como la de Monte Verità como una creación cobarde de los activistas derrotados. Sus miembros eran sólo reformistas tibios, que después de su fracaso habían preferido refugiarse en los paraísos aburguesados de Suiza, para acabar aislados, ignorantes de lo que pasaba afuera, mientras el mundo se debatía en una guerra mundial. Después les llamó apátridas sin rumbo, perseguidos y torturados por las circunstancias, incluso por

el proletariado. Era cierto para la mayoría de esas comunas, pero en Monte Verità se dio una extraña convivencia de anarquistas radicales, libertarios naturistas y místicos teósofos. ¿Es aquí donde tú encajas en esta historia? Tus nexos rebasaron las fronteras y la decepción que te generaron algunos radicales se enganchó con las críticas de Mühsam, ¿fue así?

Eugenio me había hablado sobre la forma en que los movimientos anarquistas europeos incidieron en la vida de los latinoamericanos. Poco a poco, se hicieron evidentes los fuertes lazos que existían entre el Viejo Mundo y aquellos que venían a América convencidos de encontrar sitios ideales para promover el anarquismo.

Me sorprendió mucho descubrir que, en la comuna, un tal Rudolf, coreógrafo eslavo, se había inspirado en los rituales prehispánicos de México para crear una de sus danzas. ¿Estuvo ese hombre en México, lo conociste?

En esos días de mi estancia en Suiza no dejé de preguntarme: ¿era cierto lo que había presenciado, dormía despierta? ¿Era real el estado mental que sufrieron Sophie y Otto? ¿Era eso lo que te daba miedo que supiera? ¿Temías que por el simple hecho de saberlo, acabaría expuesta a pasar mis días en un manicomio? ¿O fue una compleja negación?

Esa noche apenas pude dormir. Me levanté al alba para ir a la Casa Centrale, la antigua clínica. Volví a cruzar el terreno boscoso y solitario, ya sin la presencia de las mujeres de faldas largas. Entre las fotos había buscado el edificio de la clínica, lo construyeron Ida y Henry apenas fundada la comuna. Por ello me enteré de que el último dueño la había reformado en estilo Bauhaus, dejando su estructura interior. Era reconocible por las escaleras laterales que conducen al salón principal, donde se reunían. Allí estaban los enormes ventanales. Por momentos comenzó a llegar a mis oídos un barullo cuyo origen no pude precisar. La bruma de vapor de agua salía densa desde el cuarto contiguo. Las voces parecían flotar en la espesura de neblina que circulaba al ras del piso.

Me dirigí con cautela al espacio dedicado a los baños de tina de la antigua clínica naturista. Vi las viejas bañeras metálicas con sus respectivas fuentes de agua: regaderas, baños de asiento, baños corporales. Al acercarme a las tinas, observé a dos hombres barbados, y uno más de pelo largo, que se encontraban dormitando en el agua vaporosa, cada uno en su bañera. Estaban desnudos. El primer hombre, con el pelo muy largo, casi negro, de piel muy blanca, sumergía el rostro hasta el agua que casi tocaba las aletas de su nariz. El segundo de rizos pelirrojos, dormitaba con los ojos entrecerrados. El último de ellos parecía encontrarse en éxtasis, tenía la mirada en el techo como si hubiera descubierto algo que le provocaba un enorme placer; al

aproximarme a la tina, distinguí que se sobaba el pene endurecido. La voz de una mujer se acercó a la habitación, entonces el hombre aceleró el movimiento de su mano sobre el miembro y comenzó a apretarlo de manera intermitente, cada vez gemía de placer mientras detenía el flujo del semen. Consternada, escuché que la voz femenina los llamaba por sus nombres en un tono casi maternal: Hesse, David y Henry, salgan ya de esas tinas que les van a salir escamas. Oí el movimiento del agua que provocaron sus cuerpos al responder al llamado, pero enseguida volvieron a acomodarse bajo el agua tibia. Era claro que esos hombres no dejarían el agua a pesar del dulce llamado femenino. Me plegué hacia una de las ventanas para no interrumpir lo que estaba presenciando. Desde allí pude ver el cuarto contiguo, donde se asomaban los pies de una cama: alguien parecía dormir. Caminé por la orilla del pasillo y me acerqué a la puerta. Era Otto, pálido, con el rostro huesudo. Pensé que estaba muerto. No tardó en despertar. Un silencio abrumador se había apoderado del lugar. Abrió los ojos, la luz intensa que se reflejaba en las paredes blancas parecía lastimarle la vista. Hizo un ligero movimiento de cabeza, desvió la mirada hacia su regazo cubierto por una bata blanca en la que descansaban sus manos anudadas. Parecía reconfortarle el calor del sol que entraba por las persianas, cada vez más fuerte y abrigador. Junto a mí, apareció una enfermera; se dirigió a Otto con paso firme para darle tres pastillas distintas. ¿En dónde está Sophie?, le preguntó Otto.

Ella está bien, le respondió la enfermera en un tono condescendiente, ya no pienses en eso y descansa.

Desde el cuarto de baño escuché con nitidez distintas voces que llamaban a Otto. Eran los hombres de las tinas. Uno de ellos decía algo así: soy yo, David, David H. ¿Me escuchas, Otto? Tan pronto has olvidado. Frida es mi mujer ahora. ¿No lo recuerdas? Tú mismo la arrojaste a mis brazos cuando más dolida estaba. ¿Recuerdas aquella noche, echados sobre el sillón de tu casa? Me pediste que besara a tu mujer, bellísima. Bajo los efectos del alcohol no pude negarme. Nos incitaste a seguir adelante hasta que nos perdimos en el deseo. Lo importante era amarnos, ¿verdad?, esa era la norma, ¿no?, el amor. Al principio nos sentimos culpables, aunque a ti parecía agradarte vernos juntos. Lo nuestro, como lo sabes, no se limitó a una sola experiencia, sino que se prolongó y tú lo aceptaste gustoso al principio. Después no supimos qué hacer porque ustedes dos eran marido y mujer. Luego tú la seguiste lastimando, Otto, hasta que Frida decidió dejarte y venir conmigo. Ahora no me arrepiento, nos hemos amado con pasión. Mientras, tú sigues igual. Mírate ahora, sufriendo. ¿Pensaste que iba a ser muy sencillo? Creo que confundiste la libertad sexual con la promiscuidad. Dejaste de tomar en cuenta los sentimientos de los otros. Perdiste el rumbo, mi querido Otto, y te quedaste tan solo como una ostra. Olvidaste que el cuerpo es el recinto del alma y los encuentros sexuales son la culminación de un ritual sagrado. ¿Creíste que el cuerpo

era un recipiente? Sólo piensa que el alma no podría existir sin el cuerpo. Te abandonaste a las drogas y perdiste en el camino algo más que la conciencia.

Otra voz intervino casi a gritos. ¡Déjalo! David continuó: Otto es como yo, y tú no tienes la capacidad de entender. Necesitamos las drogas. Nos es imposible estar en el mundo sin ellas, no podemos vivir de otra manera. Tú no puedes juzgarlo. Tampoco podemos atarnos a una sola mujer. La belleza y la capacidad de gozar de cada una de ellas es inagotable. La primera voz respondió de nuevo: vaya, vaya, mi querido Hermann. Tan callado estabas que te imaginé dando vueltas por el bosque pidiendo a los dioses alguna bebida embriagante, aunque fuera un poco de ponche. Pensé que estabas aquí para curarte de una de tus frecuentes y severas crisis, en verdad, no sé cómo sigues vivo. Mi querido Hermann, permíteme decirte que vives en una contradicción. Se hizo el silencio.

Otto clavó la vista en la pared blanca del cuarto. En ese instante supe, papá, que él ya no quería hablar y no deseaba recordar sus culpas. De nuevo vi lo que pasaba por su mente. Otto imaginaba a Sophie descolgarse desde el balcón de la cabaña con cintas y cinturones atados, descendiendo como una sombra; la veía desesperada, con el pelo trasquilado como de reclusa, corriendo a tomar la primera carreta que la llevara lejos, más allá de la frontera, más allá de la razón, tal vez hacia la muerte. Parecía decidido a albergarse detrás de esa línea fronteriza entre la razón y la locura a la que

tanto temía, pero en donde ella y él podrían encontrarse de nuevo. Supe que era allí donde deseaba quedarse.

Salí de la clínica con las piernas torpes y pesadas. Algo en mi cuerpo ya no me pertenecía. Esa tarde, al bajar las escaleras, me di cuenta de que mis caderas se bamboleaban, costaba controlar el cuerpo. En cada escalón que pisé, me sentí a punto de rodar cuesta abajo; podía sentir en mí una especie de impulso que me dejaba en el límite de la caída mientras mi instinto luchaba en contra. El miedo me dominaba y se mezclaba con mi llanto. Apenas llegué abajo me sentí a salvo. Fui a la orilla del lago y me senté en una de las bancas a llorar como una niña. Otto me había conmovido. Su rostro agotado, surcado de arrugas, las mejillas profundas, me hablaban de la necesidad de no desear nada nunca más. Su expresión era la de un hombre que necesitaba a toda costa anular la conciencia. Sus ojos parecían cuencos vacíos, pasmados por el dolor. Esa imagen devastada de Otto parecía ser la culpable de la debilidad que yo sentía. Si todo aquello era invención de mi mente, ya no importaba, para mí era la realidad: había estado junto a alguien que parecía un muerto en vida y lo llevaba grabado en cada célula de mi cuerpo.

## CAPÍTULO X

No volví a la comuna en muchos días. Estaba asustada. Pasé alrededor de una semana deambulando por las calles del pueblo, como si mi viaje hubiera perdido sentido. Necesitaba tiempo. A los pocos días, una tarde en que el calor era agobiante, entré a un pintoresco café del pueblo, de los que abundan en Ascona y en toda la región del Ticino. Un lugar pequeño y acogedor, con escasas cuatro mesas. Desde ese día se convirtió en el lugar habitual para comer algo sabroso y casero. ¿Qué le sirvo?, escuché decir, primero en italiano y, de inmediato, en francés. Un refresco, quiero decir una Rivella, contesté. El hombre se dio media vuelta. Antes de entrar a la cocina sonrió y me dijo: ¿le gusta, eh?, ahora lo traigo, si necesita algo más, me llamo Tomazzo, y desapareció tras la puerta abatible. Con un largo mandil

blanco y ceñido, el encargado me trajo la bebida y agregó: oiga, pero, ¿usted es extranjera, verdad, o me equivoco?

Tomazzo hablaba muy fuerte, con voz grave. Tenía la piel aceitunada y los ojos muy negros, marcados por un guiño, como si se estuviera riendo siempre. Decía haber nacido en la cima de Ascona. Entonces le pregunté, ¿quiere decir en la comuna de Monte Verità? Y con una sonrisa, como si hubiera sido sorprendido, me dijo que sí. Se paró junto a mi mesa, recargó una mano en su cintura y agregó con displicencia: oiga, los forasteros que llegan por acá no saben que la cima del pueblo se llama así, a menos que conozcan algo sobre la antigua comuna. ¿A usted quién le ha contado la historia? Sonreí y le dije que sólo conocía algunos hechos. A partir de ese momento, cada vez que fui, Tomazzo me sirvió personalmente y se mostraba más amable y platicador. Cuando yo entraba al lugar corría a la cocina y traía un suero de leche, antes de que yo se lo pidiera. Muy pronto supo lo que yo venía buscando. Uno de esos días le dije sin preámbulos: ¿sabe, Tomazzo?, ¿ha escuchado el nombre de Sophie? Fue mi madre. Sonrió satisfecho mientras me señalaba con un dedo y exclamaba: ¡claro!, ya lo decía yo, algo en usted es especial. Debió sentirse identificado conmigo. Él también nació en la comuna, muchos años después que yo, cuando Ida y Henry ya se habían marchado. Nunca supo quién fue su padre. Era hijo de una teósofa que tuvo siete hijos, había mantenido relaciones con varios hombres, como era la costumbre allí,

de modo que los niños eran hijos del colectivo. Era muy curioso, comentaba Tomazzo, los que creían ser mis posibles padres se acercaban a mí. En general, los hombres nos pedían a los niños que los llamáramos papá por igual. Había una competencia amable entre ellos, me contó, aunque en ocasiones se dieron escenas de celos y algunas veces hasta golpes. Pero crecí feliz, nunca me iré de este lugar, me dijo. Día tras día, fui a pasar un rato en la *trattoria*, que era como un remanso. Muy pronto dejé el suero de leche, Rivella, para las mañanas y en las tardes. Tomazzo sacaba el vino de la casa y compartía una o dos copas conmigo. Era un hombre de familia quizá mucho más tradicional de lo que yo hubiera imaginado. Una tarde apareció en la *trattoria* con su mujer y dos jóvenes; eran sus hijos. Vino con ellos *ex profeso* a presentármelos. Estaba muy orgulloso. Cuando se fueron me dijo que durante muchos años le atormentó no saber quién era su padre; después, cuando se casó y vio crecer a sus hijos bajo su protección, encontró la tranquilidad.

Poco después apareció en la *trattoria* un viejo con el cabello largo y desaliñado, que le llegaba hasta la cintura. Me llamó la atención su atuendo: unos trapos blancos enredados alrededor del cuerpo. Lo miré con insistencia. Al darme cuenta de mi falta de tacto, comencé a verlo de reojo. Tomazzo, atento a todo, se dio cuenta de mi gesto, se acercó a mi mesa y me dijo en voz baja: no se preocupe. Es completamente inofensivo. Lo primero que pasó por mi cabeza fue la posibilidad de que se tratara de un antiguo

habitante de la comuna. Y así era, el mismo Tomazzo me sacó de la duda. Sí, me dijo, todos en el pueblo lo conocen, se llama Gusto, algunos le tienen miedo, otros apenas lo soportan, y muchos otros, los que sabemos su historia, lo protegemos. Lo conozco desde niño, creo que el día que no venga lo extrañaré como a nadie. Entonces me contó que venía a la taberna desde que él la había inaugurado. Para Gusto, es como su casa. Es muy parco para comer y para beber, así que le regalo lo poco que consume. Mírelo, me comentó un día: es tan flaco, el pobre, ¿lo ve? Muchos lo tratan como si estuviera trastornado. Yo no lo creo así, de ninguna manera, es un hombre sensible que amó profundamente a su mujer y no soportó su pérdida, eso es todo, Mirella, no crea que está loco, por favor. Sólo hace falta verlo, me dijo Tomazzo. La mayoría lo trata bien, es una leyenda aquí y lo cuidamos. Muchos, como yo, parecen adivinar qué es lo que desea, se lo procuran, me confió. Algunos dicen que lo han escuchado llorar mientras lee sus cuadernos, esos que siempre trae consigo. Son los únicos momentos en que Gusto parece transformarse. Lee esas líneas casi de memoria.

Lo que nunca me imaginé, papá, es que Tomazzo me regalara los cuadernos de Gusto el día que dejé Ascona. Es el único recuerdo que guardé del viejo. ¿Sabes? En ellos escribió sobre el momento en que encontró a su mujer, después de quince años de buscarla en la montaña y de

haberse convertido en un ermitaño con el único afán de encontrarla. Y lo hizo. Halló su cuerpo bajo la nieve.

Una tarde en la *trattoria*, fijé la vista en los ojos pequeños y hundidos del viejo que apenas asomaban bajo sus pliegues arrugados, ojos de un azul muy oscuro. En ese instante me clavó la mirada, dura y retadora. A partir de ese día, la presencia de Gusto en la *trattoria* me perturbaba. Al principio, él sólo emitía una especie de gruñido, sobre todo si llegaba con sus animales, una pareja de imponentes lobos. La primera vez que los vi, estuve a punto de salir huyendo pero Tomazzo me aseguró que no hacían daño a nadie, estaban domesticados. Ya nadie en el pueblo les temía. Durante un tiempo, a Gusto le dio por colocar el cuaderno amarillento sobre su mesa. Lo miraba concentrado y lo sobaba con nerviosismo; entonces murmuraba algunas frases. Otras veces movía los labios sin pronunciar palabra y de pronto levantaba la voz como si estuviera haciendo algún reclamo. Yo trataba de adivinar alguna frase, sin mucho éxito. Hablaba alguna lengua local. Por momentos sólo escuchaba palabras sueltas parecidas al alemán.

Un día el viejo entró a la taberna, parecía enojado, fuera de sí; entonces tomó su cuaderno y, sorprendentemente, comenzó a leer en voz alta. Detuvo la primera frase, levantó la vista y miró hacia mí, hizo una mueca y siguió hablando como si se encontrara solo. Tomazzo se situó a mi lado, estaba nervioso, no dejaba de ver a Gusto. El viejo alterado daba vueltas de un lado al otro de la taberna. Entonces,

Tomazzo murmuró en mi oído: mire, pronto va a comenzar a leer uno de sus cuadernos, en ellos está escrito el momento en que encontró el cuerpo de su mujer envuelto en una loza de hielo, congelado y conservado así del paso del tiempo. Escuche, Mirella, escuche con cuidado sus palabras. La voz de Gusto era cavernosa pero esta vez leía con claridad:

22 de abril, 11 de la mañana. Estás ahí, flotando, con tu cuerpo intacto, sí, como flotando en el aire, atrapado en esa roca de cristal. Hace una hora apenas me topé contigo. Fue fácil bajarte hasta acá. Nunca imaginé que estarías por encima de esta cueva, casi arriba de mi cabeza. En estos lugares de nieve uno pierde la noción de las distancias y del tiempo. Tantos años han pasado. Estás dentro de un enorme trozo de hielo, atrapada, y no me queda más que esperar. Un ataúd temporal, eso es lo que veo, un ataúd preservando tu belleza, Lohr, querida Lohr. *23 de abril, 1 de la tarde.* El sonido del goteo adquirió velocidad durante el día, después en la noche casi se detuvo. Esta mañana el descongelamiento tuvo un ritmo vertiginoso. Tengo miedo de tu olor, pero me mantengo despierto para percibirlo. ¿Será a carroña? ¿Será ese tu olor? Un olor posible que me persigue en esta cueva. No quiero saber que estás muerta. Me mantengo en vigilia, el sueño ha desaparecido, el tiempo se alarga. Tú, tan cerca, vuelves a existir. Tu desaparición permanece en mi mente como el único suceso real. *22 de abril, 2 de la tarde.* El tiempo se detiene. Mis ojos están fijos

sobre la tela que cubre tu cuerpo, el color de tu vestido aparece poco a poco, apenas se distingue, ahora es de un tono casi neutro, indefinido. Quisiera recordar qué ropa llevabas puesta aquel día: ¿era el vestido verde claro que te cubría hasta los tobillos, aquellos botines negros que conseguiste antes de salir de la comuna y unas gruesas calcetas que alcanzaban a cubrir tu pantorrilla? Sabíamos del frío que nos esperaba acá arriba, cerca de las cuevas. Me acuerdo de tu sonrisa franca, la nariz enrojecida y mocosa a causa del viento de la montaña, y el pañuelo blanco con el que te limpiabas a cada momento. Estábamos festejando nuestro segundo año juntos, lejos de Monte Verità, lejos de todos. Viviendo como verdaderos ermitaños. Sentíamos que dominábamos el mundo desde las alturas, todopoderosos, ¿cierto? ¿No sentías lo mismo que yo: que el amor todo lo iba a superar? Demasiado pronto nos golpeó la realidad. Un sonido ensordecedor, un crujido terrible fue el indicio de que algo estaba por cambiarlo todo. Sentimos que la montaña se nos venía encima. Creímos que los árboles nos protegerían. Un alud de nieve nos arrastró. *22 de abril, 2:30 de la tarde*. Recuerdo que me aferré a tu mano por algunos segundos. Después nada, la nada, el blanco eterno de la nieve. Cuando desperté en este mismo lugar, intenté llevar la cuenta del tiempo: la monotonía amontonaba los días. No me explico cómo pude sobrevivir. Dudaba de estar vivo pero el hambre me daba señales de mi existencia, de mi cuerpo. Un cuerpo que desde entonces siento como algo extraño. Buscarte fue mi aliento. ¿Es amor, fue amor, o era lo único a

lo que pude aferrarme para no perder la razón? *22 de abril, 2:50 de la tarde*. Todo es lejano, todo es blanco. Imágenes que se reproducen en algún lugar del cerebro pero que no puedo tocar, ver, oler. Todas se han ido perdiendo en algún lugar de mi mente. *22 de abril, 3:10 de la tarde*. Por ahora, mi obsesión es verte, observarte, esperar un milagro. Pienso que nos reuniremos pronto, en esta misma soledad, en esta misma nada. *22 de abril, 3:40 de la tarde*. Te observo, te veo, tengo miedo. ¿Y si todo permaneciera como hasta ahora? Yo buscándote hasta el cansancio y tú, perdida en alguna parte, detenida en el tiempo, intacta, con la misma edad que tenías cuando nos vimos por última vez. *22 de abril, 4 de la tarde*. En cualquier momento yo moriré, mi vida no puede ser tan larga, los ermitaños morimos muy pronto. En otro tiempo y en otro espacio podremos reunirnos. *22 de abril, 4:45 de la tarde*. Ahora sé que el proceso es irreversible, tu pequeño espacio de conservación ha comenzado a desintegrarse, no hay vuelta atrás, la mitad de tu cuerpo ya está sin su caparazón de hielo, en contacto con el aire. Veo tu cara, exacta, tus facciones precisas. No me atrevo aún a tocarte. ¿Y si al hacerlo tu cuerpo se desintegrara como una estatua que se desmorona, víctima de la corrupción? No fue hasta ahora que pienso en eso con tanto temor: la corrupción. Había vivido todo este tiempo con esa posibilidad pegada a mi piel, a mi pensamiento. Cada segundo he sentido el olor dentro de mis narices. Los restos de cada animal que cazo para comer, se pudren, y el olor se vuelve insoportable. Son los únicos momentos en que me he alejado un poco de aquí,

para librarme de ese olor penetrante. Ando siempre muy cerca de esta cueva. El día que encontré tu bolso asomando en la superficie de la nieve, supe que debías estar cerca. Sin embargo, pasó mucho tiempo desde entonces. *22 de abril, 5:05 de la tarde*. Al fin te encontré: y en ese momento, hace unas horas, parecías sumergida en un cristal de roca. Surges, el hielo ha comenzado a abandonar tu cuerpo.

Cuando llegó a ese instante de la lectura, el viejo Gusto guardó silencio. Yo estaba paralizada y no podía dejar de verlo. Él levantó el rostro y me clavó la mirada. Era la primera vez que lo hacía así, fijamente; acto seguido, se acercó a mí. Me desconcertó, pensé que eso nunca sucedería. Me tomó del brazo y se sentó a mi lado. Me enseñó el cuaderno amarillento que parecía estar a punto de convertirse en polvo y, como si diera una orden, me dijo entre dientes: lee, ahora tú eres Lohr, ¡lee! Vas a regresar en el tiempo, ¿entiendes?, vas a decir lo que pasa en su mente mientras tu cuerpo se descongela, Lohr. ¡Tú eres Lohr! Lee y no pares.

Miré el cuaderno, estupefacta, estaba cubierto de una escritura finísima y diminuta. Comencé a leer: *22 de abril, 4:10 de la tarde*. Un estruendo..., leí, y el viejo Gusto me calló....

¡No, así no!, ¡más fuerte!, ¡lee más fuerte!, dijo desesperado.

Recomencé: *22 de abril, 4:10 de la tarde*. Un estruendo dentro de mis oídos, algo cruje. Rechinidos de un cristal que se desliza sobre sí mismo. Algo pesado me cubre todo el cuerpo. Un espasmo en los pulmones, me duele. Respiro con dificultad pero el dolor ha desaparecido. Estoy tendida boca arriba. Lento, muy lento, esto que me cubre me abandona, escucho que cae a mis costados. *22 de abril, 4:25 de la tarde*. Sé que soy mujer: escucho el tono de mi voz resonar en mi cerebro como debí escucharlo siempre; es extraño pero es la única certidumbre que tengo, que soy y he sido siempre una mujer. En un primer momento no encontré recuerdos, historia, nada. Sólo miedo. La oscuridad era absoluta: con los ojos cerrados, ahora lo sé, veía las diminutas figuras que se formaban dentro de mis párpados, una especie de tejido, una red, algo orgánico como la corteza de un árbol. De repente, en medio de tonalidades oscuras, manchones blancos, otros tonos claros. Veía sin ver, veía algo que mi mente producía de alguna manera. *22 de abril, 4:40 de la tarde*. Así supe que no estoy muerta... que no estoy muerta. Percibo otros sonidos, algo distinto al constante crujir del cristal, algo más: escucho el silencio, vibraciones, aire. No puede ser la nada. Trato de moverme: mi cuerpo está tendido con todo su peso. Ese peso me indica su existencia. No tengo otro signo. *22 de abril, 4:45 de la tarde*. En mi cabeza surgen palabras sueltas, luego, forman preguntas: ¿quién soy, en dónde estoy? Todavía no hay respuestas. Pasan imágenes, parece que vuelan, no hay ninguna consistencia, palabras vacías, imágenes ligeras, rostros

desconocidos, manchones de colores, formas minúsculas, sombras. *22 de abril, 4:50 de la tarde.* Tengo un recuerdo muy vago, anterior al crujido gigantesco: el sonido de mi cuerpo inerte, inmóvil, y un gran abismo que se abre al interior. Luego, el espasmo en el pecho, los latidos como un bombeo doloroso, un cosquilleo insoportable, algo que empieza a recorrer todo el cuerpo hasta los brazos y las piernas. Pensé por un momento que era la muerte, pero el dolor me confirmó que era la vida. *22 de abril, 4:55 de la tarde.* Un líquido, siento un líquido escurrir sobre la piel de mi rostro. Imagino hilos de sangre correr por todo el cuerpo. Estoy mojada por mi propia sangre. *22 de abril, 4:58 de la tarde.* Recuerdo un rostro, un ser amado, su nombre, no recuerdo su nombre, luego la nieve hundiéndonos. Estoy llorando, siento calor en los ojos, sé que estoy llorando. Eso me sirve..., me sirve para saber hacia dónde dirigir mi energía: quiero ver, quiero saber, quiero abrir los ojos. Poco a poco puedo sentirlos, moverlos. *22 de abril, 5:02 de la tarde.* Se mueven, lo hago con mucha calma. Oscuridad, distinta: hay algo arriba como un techo, algo rugoso como una cueva. *22 de abril, 5:07 de la tarde.* Muevo los ojos hacia un extremo: oscuridad al infinito, un hoyo negro, un abismo; volteo hacia el lado derecho, lento. Algo brillante, muy brillante, una delgadísima línea de luz, horizontal, parece infinita como el horizonte de un desierto. Me quedo un largo rato hipnotizada por esa rara luz. Escucho algo más, animales, grillos, pájaros, algo. Nada parece moverse, yo misma no puedo moverme.

Me callé pues la página siguiente estaba en blanco y entonces miré al viejo Gusto, él se dio cuenta de mi turbación y me quitó el cuaderno con premura. Luego me gritó: yo debo continuar, ¿entiendes?, ya no eres Lohr. Rápido, dámelo pronto. Entonces él siguió con la lectura:

22 de abril 5:13 de la tarde. Eso que parecía un cristal de roca en el que estabas atrapada ha desaparecido por completo, forma un extenso charco de agua alrededor de tu cuerpo. Me he acercado a ti. No quiero asustarte, debo estar acabado, puedo sentir las arrugas sobre mi frente. Estoy terrible, sucio, el rostro cubierto de pelos enredados. Mi olor... Sólo quiero tomar un poco del agua que te rodea y dejarla caer sobre tus labios. En la oscuridad creo percibir un gesto en tu rostro. Me quedo petrificado, no puedo dejar de mirarte. Tus párpados comienzan a entreabrirse. Mi vista se nubla por el esfuerzo de enfocar. Se abren, mueves los ojos hacia el lado izquierdo, hacia la parte posterior de este pequeño refugio. No puedes verme, es mejor. Giras los ojos hacia tu derecha. Tu mirada se fija en la entrada de este lugar. Estás viva, sé que estás viva, no me atrevo a tocarte. Tus labios se separan, escucho una finísima "a" que sale de tu garganta, después nada, nada, el silencio absoluto. Percibí tu vida unos segundos, latió tu corazón a unos cuantos centímetros de mí. Estás muerta. Estamos solos. Nos resta el olor profundo y penetrante. Sólo él nos acompaña.

El viejo cerró el cuaderno, pasó el dorso de sus manos por los párpados como si le molestara algo, permaneció así unos

minutos, luego, como si se hubiera despertado, guardó con premura las cosas en su morral, se levantó y se fue. La pareja de lobos se fue detrás de él. Gusto había movido algo en mi interior. Al verme, Tomazzo se acercó a mí, traía una botella de vino y dos copas. Diligente, sirvió el líquido y me invitó a tomar. Insistió en que no debía preocuparme. Es inofensivo, todos acá lo cuidamos. No quise preguntarle nada. Durante muchos días pensé en él.

## CAPÍTULO XI

Los días posteriores tuve la sensación de no gobernar mi voluntad. ¿Sería mi nueva condición, mi futuro? ¿Sabías que yo iba a experimentar esa serie de hechos inexplicables? ¿Lo sabías? Comenzaba a sufrir una angustia que estaba fuera de mi alcance controlar. Entonces comprendí que debía dejarme a merced de los acontecimientos, casi como una autómatas, para poder sobrevivir.

A partir de ese momento tuve la extraña sensación de que encarnaría en el cuerpo de alguna de las mujeres que ahora poblaban mi búsqueda y mis fantasías. ¿Buscaban ellas otro modo de vida? ¿Por qué algunas de ellas no dijeron explícitamente lo que deseaban? Quizá todo se concentraba en una simple palabra: respeto. Y en esa exigencia, en ese remolino que venía del pasado: ¿qué papel jugaba yo? Había

ido a Ascona porque deseaba esclarecer mi origen. Nunca pensé terminar envuelta en un mundo de ensueños y simulacros. ¿O cómo llamarlo? Tú fuiste un hombre racional, un pragmático anarquista. ¿Cómo fue que te incorporaste a ese mundo? Hubo momentos en que me aniquilaba el miedo. ¿Estaba perdiendo la razón? Me preguntaba si dejaría de ser yo para siempre, si de algún modo volvería a nacer para quedarme cerca de Sophie. En el fondo creo que era eso lo que quería. ¿Me crees? A la distancia, he llegado a precisar que en mi interior había un raro deseo: convertirme en mi propia madre. Ver y sentir como Sophie, reponer sus pasos, adueñarme de sus pensamientos. En esos momentos de fragilidad, quería ser ella. No sé, papá, no sé qué me mantuvo con fuerza para seguir. A veces pienso que también me movió una buena dosis de morbo. Quería saber más, sentir más, como si me hubieran dado una droga altamente adictiva.

Finalmente lo acepté: quería ser Sophie. Era eso lo que deseaba ese día al atardecer cuando aparecieron ante mi vista los hombres desnudos de la comuna. Esa mañana, al descender desde la colina, mi vista alcanzaba a ver el pueblo y el lago rodeado de montañas. ¿Alguna vez Sophie logró percibir la tranquilidad que transmitía la superficie del lago a esas horas en que adquiriría un aspecto vidrioso y titilante? ¿O su mente doliente y trastornada nunca se lo permitió? Aquella tarde, papá, la luz parecía bruñir el techo de las casas, el viento callaba mientras las hojas de los árboles

danzaban en coro. Me estremecí con ese silencio, como si supiera con precisión lo que experimentaba mi madre cuando dejaba que el imponente panorama la sobrecogiera. Fue en un instante: el Sol cayó repentinamente sobre la punta de los montes como si quisiera desaparecer tras sus filosas orillas. Pensé: al igual que el Sol, Sophie desapareció también tras esas montañas. Me quedé atontada ante ese espectáculo casi agresivo, tan agresivo como lo habían sido los atardeceres del desierto de mi niñez. No pude pensar en otra cosa. Realmente no deseaba hacerlo. Rehuía el momento de volver a seguir las huellas de Otto, de Sophie, las tuyas.

Un poco más tarde bajé al centro del pueblo y me senté en la rotonda de la fuente. Me pregunté si sería capaz de imaginar por voluntad propia, de nuevo, como siempre. Qué mejor que intentarlo ese mismo día. ¿Podría alejarme por un rato, sólo por un rato, de eso que me poseía? Sólo deseaba un descanso, aunque era preciso reconocer que aquello a lo que todavía no podía ni puedo darle un nombre, comenzaba a serme necesario, me atraía y me provocaba un fuerte deseo.

Aparecieron lentamente ante mis ojos una decena de hombres. Era la primera vez que los veía en el pueblo. Barbas, melenas, enormes manos, músculos correosos, cubiertos con largas túnicas abiertas, apenas tapando sus cuerpos desnudos, mostrando los vellos del pecho y dejando al aire los miembros colgantes. Paseaban por la plaza de la

fuelle, con los rostros gachos, sin intercambiar palabra. Algo de simios tenían en su modo de caminar y exhibían algo más que su desnudez: su fuerza, su dominio, su virilidad. Yo también me sentí un animal salvaje. La necesidad de ser poseída me rebasaba. Deseo de ser deseada, poseída por esos hombres. Me excitaba su mirada sobre mí. Necesitaba que me tocaran, que me atraparan. Sí, como un animalito ensartado con las piernas abiertas. De la misma manera en que tomaron a mi madre o como imaginé que tú mismo la habrías hecho tuya.

Fui a sentarme en el borde de la fuente de la plaza central. Sin querer, yo sola me tocaba los pechos y los muslos, no veía más que a aquellos hombres. Ahí estaban sus caras macilentas, las melenas sueltas. Pero muy pronto sus imágenes comenzaron a tornarse grises, como si se estuvieran deslavando. Mi vista se desenfocaba. Algo me decía que eran almas en pena. Ajenos a mí, ya no exhibían sus miembros sino su extremada flacura. Escuché que murmuraban: es la melancolía, estamos enfermos de melancolía. ¿Era eso el llamado *mal negro*? Y esos seres tan endebles comenzaron a desaparecer como humo. Sólo quedó una realidad desdibujada. Entonces pude ver a Gusto, el viejo del café, entre ellos: emergía de los escombros abandonados tras la magia. Lo vi encogido, ocupando un reducido espacio, ahí donde segundos antes estaban las barbas, las melenas y las túnicas que lo ocultaban de mi

vista; sólo hasta que se esfumaron los demás, surgió su torso encorvado.

El pobre anciano Gusto había deambulado toda su vida en busca de su amada, Lohr. ¿Lo imaginas? Continúa desde hace años vagando por las calles con el vestido verde sobre el brazo, y lo acaricia una y otra vez, cuidándolo, como si temiera que el color ya desgastado terminara por desaparecer. Cuando miré tu cuerpo sin vida, pensé en la descomposición que pronto sufriría tu carne y me asusté. Gusto, en cambio, se encontró con el cuerpo de Lohr intacto, con la belleza y la juventud de años atrás, y en esos momentos, ahora lo sé, decidió sepultarlo bajo la nieve para preservarlo del tiempo como si así conservara también su alma. No quiso la corrupción de su amada. Me pregunto si un amor así como el que Gusto sintió por Lohr puede existir, a la vez tan sencillo y tan complejo. ¿Fue así tu amor por Sophie... o por mamá Conchita?

Regresé a la pensión en busca de tranquilidad. Estaba harta de andar en la calle, lejos de mi hogar. En mi cuarto intenté convencerme de que podía sentirme como en casa pero muy pronto me desilusioné. *Depaysé*, me sentía *depaysé*. ¿Te acuerdas de esa palabra en francés? ¡Cómo te gustaba pronunciarla cuando estábamos lejos de casa! Asegurabas que era la mejor definición para expresar la nostalgia del terruño. Pero recuerdo muy bien que también llamabas así al desorientado y al confuso. Y así me había sentido esos días junto a las montañas, lejos de mi

casa, de Elena, de mis cosas. Muy lejos de esta habitación que tanto me ha reconfortado, porque finalmente se ha convertido en mi conducto hacia el pasado. Es curioso que ahora te lo diga pero, al mismo tiempo, por aquellos días estaban apareciendo en mi vida otras presencias, otros seres a los que empezaba a querer y amar. A pesar de que nunca los había visto con vida, ni los vería. Amaba ya a Sophie, a Otto. También sentía nostalgia por la etapa de resplandor de Monte Verità, a pesar de sólo haber leído e imaginado. Sabía que algo en mi interior se había colapsado y no estaba segura de poder reconstruirlo algún día.

Ya noche, me metí bajo las cobijas y me acurruqué como lo hacía cuando era niña. Me concentré en un solo pensamiento: verte aparecer a los pies de la cama para darme las buenas noches. ¡Qué ganas de que me dieras un beso y me preguntaras si yo era la cachorrita de orejas grandes y nariz mojada y fría! Pero no fue así, me quedé esperando, extrañándote como nunca. Me sentí muy sola esa noche de horas largas. Mi mano reposando sobre la sábana blanca me dio escalofrío. Afuera las nubes comenzaban a descender y el frío arreciaba en la ventana. Me cubrí tanto que desperté sudorosa bajo el edredón, desnuda. Descubrí mi mano sobre el pubis húmedo. Me hubiera gustado quedarme así toda la mañana, dormitando.

El timbre del teléfono terminó de despertarme por completo. Entonces escuché la voz gastada de un hombre que preguntaba por mí. De inmediato se presentó: soy el

doctor Friedeberg, ¿es usted Mirella, la hija de Sophie? Me quedé muda, luego intenté decir algo, pero él no esperó mi respuesta. Me habló con gran familiaridad: sé que nos ha visitado estos días en la clínica. ¿Qué le ha parecido? Le cuento, ese lugar es como mi creación, mi obra de arte. Yo la construí, la organicé y era el médico responsable. Tengo un profundo interés en hablar con usted. Fui yo quien conoció mejor a su madre. A pesar de que yo era muy joven entonces, fui yo quien la atendió durante el parto cuando nació usted. Creo que le gustará saber algunas cosas sobre ella. ¿Le parece si nos vemos hoy mismo? Tendrá usted que venir a mi casa, pues ya no puedo moverme por mí mismo. Vivo en Richardstrasse 14, a una calle abajo del Auditórium. La espero a las siete de la tarde. Hasta pronto.

Dejé sonar la línea. No esperó mi respuesta, como si adivinara que yo no dejaría de ir a encontrarlo, papá. Estaba seguro de que lo haría. Siempre he pensado que los viejos son sabios. Recordé las numerosas veces en que te anticipabas a mis actos.

Una calle muy pequeña y empedrada, casi escondida, me llevó hasta una angosta fachada de dos pisos. Toqué. Abrió una anciana encorvada, muy flaca, con el vientre abultado bajo un mandil sucio. Sin verme a la cara, se retiró de la puerta para dejarme pasar como si supiera quién era yo. Escuché apenas que me decía entre dientes, *grüezi*. Entré a un salón muy estrecho. Un fuerte olor a hierbas se desparramaba por el ambiente. La anciana, siempre detrás

de mí, se adelantó de repente y me llamó con la mano desde el pie de la escalera, señalándome el piso superior. Ahí me dejó. Subí y me encontré con dos puertas. Escogí abrir la más ancha. Casi en penumbras, frente a la única ventana, alcancé a ver la parte trasera de un sillón; del respaldo sobresalía una cabeza canosa y de escaso pelo. Me sobresalté al escuchar una voz amable que me decía: pase, pase, estoy ansioso de conocerla. Con timidez contesté el saludo. En ese momento, papá, tuve la impresión de estar a punto de interrumpir una forma de vida perpetuada por los años. Con mucha cautela le pregunté: ¿Es usted el doctor Friedeberg?... Sí, sí, por supuesto, me dijo, disculpe usted que no me ponga de pie como el caso lo amerita, pero apenas puedo moverme, la edad ya no me lo permite. Esperé muchos años este día; siempre supe que usted iba a aparecer buscando a Sophie. Fui yo quien estuvo más cerca de su madre desde que llegó a la comuna, cuidé su embarazo, conocí su angustiada relación y, sobre todo, la acompañé en la crisis que luego se suscitó; y bueno, luego el final, que usted debe conocer muy bien, su desaparición. Era una joven muy hermosa y sobre todo con un enorme talento. ¿Sabe que pintaba? Creo que fui el único que pudo rescatar algunas de sus pinturas.

Quise contestarle pero apenas alcancé a balbucear que no, que no lo sabía... Y sólo agregué: creo que leí algo en un viejo recorte de periódico. Guardé silencio, el doctor parecía no escucharme. Hablaba sin parar y sólo entrecortaba su

discurso una tos persistente, a la que parecía estar acostumbrado. Alzó una de sus largas manos y señaló hacia la pared. Me dijo con suavidad: por favor, Mirella, le voy a suplicar que abra el cajón superior de esa cómoda. Allí encontrará una sorpresa. Podrá admirar el trabajo de su madre. Sentí un vuelco, como un golpe en el corazón mientras las manos me temblaban. Me dirigí al armario y abrí el cajón.

Una gama armoniosa de colores intensos se apoderó de mi vista. Tener entre mis dedos aquel pliego de papel pintado por Sophie, que había tocado mi madre con sus manos, saber que era suyo, que ahí estaba algo de ella, algo que era la expresión de su mundo... Lo saqué con el mayor cuidado. Era un caballo de curvas sinuosas, el volumen de su cuerpo estaba hecho de numerosos fragmentos de colores puros e intensos. Los músculos vigorosos daban la impresión de estar en movimiento. Tomé el segundo pliego: era una cabaña en medio de un paisaje alpino hecho con elementos muy simples. Me detuve a observarlo y me di cuenta que lo peculiar de esa pintura era la transgresión de los colores: la casa naranja, el techo verde, el pasto morado, el cielo rosa, una ardilla azul y las ventanas hechas a base de miles y minúsculos cuadros de colores. Las pinceladas dejaban ver un trazo único para crear una flor, una mariposa, una hoja. Me vino a la cabeza cierta pintura de la vanguardia en París: tres líneas eran suficientes para dibujar un provocador trasero femenino. El tercer pliego mostraba una casa rural

de varios pisos hecha de fragmentos, cientos de pequeños cuadros de distintos colores, rodeada por una plantación de enormes zanahorias y al lado, corriendo, una rata gigantesca que parecía salir huyendo del lugar. Me dio escalofrío ese universo creado por Sophie, por mi madre, ese mundo fragmentado y absurdo en el que su mente había divagado.

En esos momentos me vino a la cabeza tu imagen, papá. Te veía enorme, mi cabeza apenas llegaba a tu cintura. Recordé tu mano larga abarcando la mía, yo detrás de ti, dando rápidos pasos, con mis pequeños pies de nueve años para alcanzar tus zancadas por los pasillos de algún museo hasta llegar a uno de tus cuadros preferidos: una pintura de colores puros, muy vivos, que me lastimaban los ojos. Yo miraba perpleja mientras tú me contabas una larga historia sobre su autor. Luego repetías lo mismo con otros cuadros y yo abría la boca, muy grande, tratando de entender. ¿Fue así que comenzó mi amor por la pintura? Lo que antes acepté como una pasión cultivada por ti, se convertía en una nueva duda. ¿No sería una herencia de Sophie? Me entró una especie de orgullo con sólo pensar que algo de mi ser podía venir de ella, de su ser.

Absorta en las pinturas, escuché como en sordina la voz del doctor Friedeberg que me decía en tono afirmativo: ¿te impresiona, verdad? Era cierto. No había necesidad de responderle más que con la cabeza. Y él agregó: Sophie tenía mucho talento, lo digo convencido. Fue una lástima que no pudiera seguir pintando. En seguida le pregunté: ¿no

debería agregar que era una desgracia que hubiera desaparecido? Atropellando mis palabras, me contestó: no, no, creo que no fue así. Ella dejó de pintar varios meses antes de tu nacimiento, quizá coincide con su embarazo. Eso fue de repente, se negó a hacerlo de un día para otro. La relación con Otto la tenía desquiciada. Fue entonces cuando apareció un joven sudamericano, un anarquista. Yo sigo pensando que se enamoraron con pasión. Otto se puso muy celoso, ese joven y él estuvieron a punto de matarse a golpes. Tuvimos que intervenir. Las cosas se calmaron por un tiempo. Finalmente, ese muchacho tuvo que regresar a su país. Sophie entró en una depresión muy profunda. No habló en varias semanas, se quedó en su recámara largas horas, sin hacer nada, casi no comía o se ocultaba para darle unos mordiscos a un pan duro que luego aventaba como si le hubiera hecho daño. Por supuesto, dejó de pintar. Duró casi tres meses en ese estado. Como doctor responsable de la clínica, traté de ayudarla. Poco a poco volvió a hablar. Estaba encinta. A mí fue al primero que se lo dijo. El embarazo le preocupaba en extremo. No sólo porque era muy joven. Sophie sufría. Había dejado la casa paterna y no quería que su padre la encontrara. La situación le resultaba muy dolorosa. También temía de su propia inexperiencia y, sobre todo, de sí misma. Se daba cuenta de que ella sola no podría con el bebé. Se concentró en tratar de superar los conflictos con Otto, pero eso era imposible. Para entonces, él ya había sido declarado como un enfermo mental grave

por varios psiquiatras. Para ella, pintar era un goce y no podía cuando se encontraba mal, así que dejó de hacerlo.

En ese momento, la tos del doctor me sacó de una especie de ensueño, un estado que me rebasaba en Ascona, día con día. Aquella tos era incontrolable. Yo estaba a punto de preguntarle sobre ese joven latinoamericano que había estado allí. Pensé enseguida que podías ser tú, papá. ¿Lo eras? El doctor debía saberlo y, en ese momento, no pude preguntárselo. No quería saber que tú no eras mi padre. La respuesta del doctor podía ir en ambos sentidos. Su cabeza desaparecía de mi vista por momentos detrás del respaldo del sillón, mientras yo seguía de pie en medio de la recámara hasta que decidí acercármele y entonces respiré un fuerte olor a almizcle. Intenté llegar hasta el sillón pero el doctor dijo con voz rasposa: no, no se acerque a mí, se lo suplico. Alzó la misma mano con la que me había señalado la cómoda momentos antes y me percaté de que le faltaba un dedo completo y la mitad de otros dos.

Pensé en Ramón, en su mano mutilada. Cerré los ojos y miré ambas manos mutiladas: la de Ramón y la del doctor. Di algunos pasos hacia atrás sin entender por qué sentía tanto temor. El doctor debe haber sufrido un lamentable accidente, pensé. No hay por qué asustarse. Eran las mismas palabras que me decías cuando, siendo casi una niña, me horrorizaba al ver a alguien que había perdido una parte de sus extremidades. Mi cuerpo infantil constataba en el otro su propia fragilidad. Sí, papá, comprendí el horror de saberse

susceptible al dolor, a la carencia y tú sufrías mucho con esa idea, tanto que preferías negarla. ¿Recuerdas que alguna vez te pregunté si a ti te sucedía lo mismo? Te quedaste perplejo sin saber siquiera si debías darte por enterado de semejante pregunta. Tu enojo al responder me dio la pauta de cuánto te afectaba: nunca he pensado en eso, dijiste, espero que no le suceda a nadie cercano. Y callaste. No volví a tocar el tema contigo. Con los años entendí que tu relación con el cuerpo era un tema difícil. Negabas de manera sistemática las enfermedades, tanto las tuyas como las de mamá y las de nosotros, tus hijos.

Tengo muy presente el día de mi boda, bailé contigo varias piezas, estabas gozoso, tenías buen ritmo; sin embargo, ese ritmo parecía salir de tu cuerpo sin pasar por tus músculos, como si tu cuerpo vibrara en bloque. No sé por qué pero tenía la impresión de que cargabas el peso de una coraza de la cual nunca pudiste desprenderte. ¿Estoy mal? Ahora me pregunto qué hubieras hecho al conocer el destino del cuerpo de Sophie, vivir la incertidumbre de que hubiera sido mutilado, creo que no lo hubieras soportado.

En esos momentos entró la anciana a la recámara del doctor. Pasó junto a mí como si no existiera y se inclinó a ayudarlo. Él seguía tosiendo. Escuché que la mujer murmuraba en su oído, supongo que en alemán. De inmediato la tos cedió y observé que el doctor se incorporó de nuevo sobre el respaldo. Con cierta dificultad me dijo: Mirella, regrese mañana, se lo suplico. Hay muchas cosas

que debe saber y ya no me queda mucho tiempo. Gracias por venir, gracias. La mujer se quedó de pie junto al doctor y desde allí me dirigió una fría mirada de despedida. Bajé sola y me fui al pueblo. Me pesaba estar sola. Me dirigí a la ruidosa *trattoria* de Tomazzo, concurrida como siempre. Necesitaba un buen vino y una pasta. En el fondo de la taberna estaba Gusto, ensimismado, comiendo a medias, el vestido verde a su lado; cada cierto tiempo lo acariciaba con la mano como para asegurarse de que estaba ahí todavía. Esa noche sólo me miró de reojo.

Muy tarde en la pensión, con el periódico bajo mis pies, me sentía agobiada con la simple idea de leerlo. Desde lejos alcancé a ver el titular incompleto: *Camboya invadida...* el resto era fácil de adivinar, el poderoso con la pata sobre el débil. La noticia te hubiera contrariado a ti también, tanto como a mí. Pensé en tu anarquismo y en tus frecuentes reacciones frente a los poderosos. Una vez más, el poderío de los gringos desgraciados, jijos de su pelona, dirías, porque nunca pudiste decirles de otra manera, esos jijos poniendo la punta de las botas en el cogote del mundo entero. ¡Con un carajo! ¡Tanta demostración de fuerza! Así lo hubieras dicho tú. Indignado. Hechos así te enfurecían, te sacaban de tus casillas. Siempre te remitían a la época que habitaste en la frontera Norte de México; allí creciste un tiempo siendo adolescente, cruzaste muchas veces del otro lado. Cada vez que lo contabas era como si lo acabaras de presenciar: un güero pelos de elote, bien macizo, la casaca verde, el

sombrero de vaquero, las botas de puntas afiladas, la macana en la mano que golpea la espalda de un mexicano. El paisano apenas puede sostenerse después de recibir varias patadas en las espinillas, sus piernas cortas se van doblando, su sombrero se ladea y deja ver el pelo lacio y encopetado a base de goma, lleva los brazos sobre la frente para esconder su rostro de los golpes; entonces la macana cae de lleno sobre la espalda, el sonido se parece al de un costal pesado que cae sobre un cuerpo vacío. Así presenciaste y sufriste el maltrato que se le daba al débil. No soportabas mirar esas botas vaqueras, de *cowboy*, decías con burla al acento texano, ¿te acuerdas?, esas *boots* son el maltrato puro, pa' lastimar al dar patadas, decías, para eso quieren las puntas de metal esos capataces gringos, añadías enojado: ¡Los *green coats* cabrones! Te agobiarías como yo sólo con leer unas cuantas páginas atiborradas de malas noticias. El cono Sur debatiéndose por salir de otras botas, las militares, y detrás de ellas, los gringos. ¿Cómo seguiría sobrellevando ese mundo yo sola? No podía, papá, no quería, sí, lo reconozco era débil, incapaz. Cada cosa que leía, que miraba me remitía a ti, a mis recuerdos de familia. Detrás el suplemento de notas sobre la moda, fotografías para el relax, chicas a montones en minifalda, alguna con un vestido *hippie*, la comercialización de lo contestatario convertido en la frivolidad justa, dirías así, papá, el avance de los instrumentos para vaciarnos el cerebro. ¡Ah! Pero junto al hedonismo visual, aparecían otros dos bikinis sin modelo, tristes y solos con una nota de pie de foto que

parecía señalar con el dedo: ¡No al traje de dos piezas en las piscinas públicas de España! Una noticia reciente que chocaba de manera frontal con el mundo que había descubierto en Monte Verità. La realidad trastocada. Curioso y terrible, pensé, mientras en Monte Verità un grupo de hombres y mujeres pugnaban por una libertad inconcebible para su época, a escasos kilómetros de allí lo hacían otro grupo de seres humanos, sólo que cincuenta años más tarde. La población española sufría hasta entonces muchas prohibiciones. Esos bikinis solitarios, sin modelos, tirados sobre alguna superficie y retratados en el periódico, me llevaron a mi adolescencia: con los trajes de baño completo, la parte de abajo similar a un pantalón corto, el sostén bajo la tela de un material semiduro, con muchos adornos y pliegues que adornaran el seno para no dejar ver algo más; los hombres con unos pantalones cortos, anchos y a media pierna. Recordé esa foto en una playa del Caribe, Elena junto a mí, su mano sobre mi hombro, parecía buscar apoyo, rodeadas de varios amigos tuyos, festejando las vacaciones. Ellos con la cerveza en la mano, nosotras tímidas posábamos con las piernas muy juntas, la timidez y el pudor a flor de piel. Todavía puedo sentir las miradas que de soslayo dejaban surgir el gusto de los hombres por ver nuestras carnes frescas. De nuevo esa sensación del que mira y posee con la mirada.

Pero, ¿quién era el doctor Friedeberg? Sabía de su existencia. Recordaba haber leído que era una figura

importante entre los miembros de la comuna. Llegué a la pensión un tanto aturdida por el vino. Sin embargo, no me faltó el ánimo para consultar tus documentos. Estaba segura de haberme topado antes con el nombre del doctor Friedeberg en un artículo de Eugenio. No tardé demasiado en encontrarlo. Estaba fechado en abril de 1966, cinco años antes de mi encuentro con Eugenio en Zúrich. Lo había titulado *Monte Verità: primera utopía del siglo XX* y comenzaba con una alusión al doctor: “Cuando le preguntaban al médico anarquista Raphael Friedeberg cómo estaba su mujer, la teósofa Emy Lebez, respondía sarcástico con una gran carcajada: organizando un sindicato teosófico”. Más adelante continuaba: “Personaje legendario de Monte Verità, Friedeberg, atrajo a la colonia a otros anarquistas”. Estas palabras me confirmaban la posible razón de tu visita a Monte Verità. ¿Habías ido a buscar a tus colegas? ¿Eras un anarquista activo en ese entonces? Más adelante, el artículo de Eugenio explicaba con detalle las peripecias del doctor: había sido militante del Partido Socialdemócrata Alemán; desilusionado, pensó en Ascona como el lugar ideal para fundar una comunidad anarco-reformista basada en un concepto creado por él: el psiquismo-histórico. Apoyaba con fervor la liberación del individuo, hombres y mujeres por igual, mediante una educación no constrictiva, libre del dogmatismo burgués. Friedeberg fue ferviente practicante de la medicina natural en la clínica de Ascona por más de treinta y cinco años. Eso era todo. Ni una palabra más.

## CAPÍTULO XII

Antes del amanecer desperté muy inquieta: había soñado con un enorme bebé de ojos grandes y redondos. En su escaso pelo rubio apenas se detenía un coqueto moño rosa: era una niña. Balbuceaba contenta dentro de su cuna blanca. Veía su pequeño rostro infantil. Algo me decía que era yo. Aunque sus facciones me recordaban el rostro de Sophie en las pocas fotos que conservaron las tías. ¿Te das cuenta? Son siempre fotos, sólo fotos. Imposible que sea de otra manera. ¿Me cansaré algún día de verlas? Porque es seguro, papá, que nunca, nunca podré tocar la piel tibia de Sophie.

Aquella niña del sueño sonreía enseñando sus encías rojas y sin dientes. De pronto, un segundo después, como pasa mientras se sueña, mi visión de la escena se modificó y miré

desde sus ojos: la niña era yo. Desde allí, de espaldas sobre la cuna, dentro de mi nuevo ser, vi a una mujer cargando a otra niña idéntica a la primera. Se acercaba con rapidez hasta el barandal de la cunita. Sin dejar de sonreír, pronunciaba palabras incomprensibles. Yo estaba muy inquieta. Sus grandes manos depositaban a la niña recién llegada en la cuna, luego, aquella mujer me pellizcaba la mejilla con la punta de los dedos. Junto a mí, la otra bebé me miraba y también me sonreía. Luego profirió gritos agudos y soltó una carcajada. Comprendí que se estaba burlando de mí. Comencé a exasperarme. Yo trataba de hablar pero no podía. De mi boca sólo brotaban algunos sonidos, sílabas aisladas y más llanto. De las encías de la bebé recién llegada a su cuna, aparecieron unos dientes pequeños y puntiagudos que semejaban una sierra, me los enseñaba de manera agresiva y los hacía chocar entre sí. Manoteó sin control, cada vez más cerca de mi cara, hasta que empezó a rasguñarme una y otra vez. Mi llanto se volvió un llanto de dolor. Quería pedir auxilio y no podía. Con angustia vi que la bebé se volteaba sobre su vientre y gateaba hacia mí, entonces acercó sus filosos dientes a mi cara, abriendo muy grande la boca. Yo pegaba y daba patadas con la intención de echarla a un lado, pero no lo conseguía. Alcancé a pegarle en la boca y por un momento se detuvo: estaba aturdida, sacudía la cabeza con violencia; enseguida arremetió de nuevo y comenzó a deslizarse hacia mí. Yo seguía pataleando, desesperada. De pronto mi pie dio con un poste del barandal. El llanto de dolor era tan fuerte que llegaba

desde el sueño hasta mis oídos ya en vigilia. Salí de esas imágenes con la sensación de haber vivido un hecho real. A pesar de encontrarme en mi cama con las sábanas aún calientes y oliendo a sueño, nunca me lo expliqué, papá, hasta este momento no puedo.

Me quedé bajo el edredón un largo rato. Tenía la mañana entera para quedarme en la pensión. Al atardecer regresaría con el doctor Friedeberg. Me había despertado con un dolor en la garganta. Una especie de calambre. La pesadilla que me dejó la sensación de haber sufrido un ataque gratuito. ¿De qué parte recóndita de mi ser habían salido aquellas imágenes? Esa bebé quería dañarme. En sus ojos burlones vi amargura y frustración. Sé que no te va a gustar lo que pensé después, papá. Uno siempre trata de explicarse las pesadillas: me vino a la cabeza mi hermana Elena. Pensé en su envidia inmensa. Un hecho que yo misma quise ignorar pues a nadie le gusta ser objeto de un sentimiento así. Le dolía el amor que yo recibía de ustedes. Nunca me dejó en paz. Fueron tantos años de ataques injustos que me acostumbré a ellos. ¿Recuerdas cuando me casé? Elena sufrió de principio a fin. Lo hablamos mamá, tú y yo; los tres pensamos que pronto se le pasaría, pero no fue así. Cada hecho de mi vida matrimonial la trastornó. Cuando Antonio me dejó, me di cuenta de que le daba gusto. Me ha costado mucho entender que el amor de hermanos muchas veces es así, de amor y odio. Elena es mi hermana, con ese conflicto a cuestas. Esa mañana en la pensión, cuando me quedé

dormitando, miraba a Elena en la víspera de mi boda, frente a mí, observando cada detalle. Yo me probaba el vestido de novia. Lo había escogido lo más sencillo posible, sin adornos, un tocado de flores blancas muy pequeñas y un ramo de seis botones de rosas color marfil, atadas con un listón. Creía que lo más importante era el amor que Antonio y yo nos teníamos. Como si fuera ese día, recuerdo a Elena recostada en la cama, mirándome con fijeza, sin hacer ningún comentario. Sus ojos negros y rasgados se ahondaban al mirarme. Logró ponerme nerviosa. Alcancé a percibir una sonrisa burlona e imaginé lo que pasaba por su mente. Podía adivinar cada frase, me parecía escucharla diciéndome: siempre jugando a la más bella, la mejor en todo, la inteligente, la eterna buena estudiante, la dulce y la primera en casarse. Hasta en eso tenías que ganarme. Te la has pasado frente al espejo todo el día, Mirella. Te probaste el vestido con toda la ropa interior que tienes, te cambiaste las medias, los zapatos, los collares, las pulseras y, cada vez, nos llamaste, a cada miembro de la familia para escuchar su opinión. Creo que exageras, siempre he pensado que exageras. Tu vanidad no tiene límites. Llevas más de tres semanas muerta de hambre y quieres que yo te siga en las dietas y, para eso, me machacas que estoy muy gorda.

Creo que tú nunca te diste cuenta a cabalidad de lo que Elena fue capaz de reclamarme pero te aseguro que no exagero. Ella no podía dejar de competir conmigo y a todo le daba una vuelta de tuerca con la que trastocaba la realidad

a su conveniencia. A Antonio, el pobre, ¿no vino a acusarlo con mamá de parrandero, borracho y mujeriego? De eso último tal vez tenía razón, a estas alturas ya no lo sé, ni me importa. De lo que sí estoy segura es que fue un buen padre para nuestros hijos, intachable.

Esa mañana en Ascona, seguí recordando a Elena. Escuchaba su perorata como si estuviera a junto a mí. Empezó a divertirme al imaginar sus pensamientos: ay, Mirella, crees que tu Toñito es el mejor partido del mundo, cómo te compadezco, hermana, si supieras los chismes que me han llegado del muchachito, pero yo no soy nadie para contártelos, allá tú, ya estás grandecita; y tus suegros, tan pretenciosos, se creen dignos aristócratas con ínfulas de liberales, vaya contradicción, ¿no crees?, eso sí tienen mucho dinero y se codean con lo mejor de la intelectualidad mexicana, hasta con los cachorros de la Revolución; mi papá ha estado de pésimo humor, es el único sensato porque en el fondo no le gusta tu Antonio. Y ha tenido que disimular pues sabe que mamá lo adora; tan respetuoso, dice... ni idea tiene de lo que ustedes dos hacen, no te entiendo, Mirella, ¿para qué invitaron a tanta gente a la pedida?, hasta donde yo sé, sólo se invita a la familia muy cercana. Pero te emberrinchaste y cómo no te iban a dar gusto; yo sólo conocía a la tía Lucrecia y a mis primos, al doctor Martín y su esposa, a las amigas de mi mamá y al Arturo, sí, al Pis, a quien le perdí la vista muy pronto, creo que se le pasaron las copas de la desilusión; otro ingenuo al que le diste atole con el

dedo, pobre, siempre enamorado de ti y tú que le coqueteaste hasta el cansancio; todos los demás eran amiguitos de los consuegros. ¿Qué les pasa a mis papás que están tan condescendientes?, no los reconozco; pero a ustedes dos, los novios, nada más hay que verlos juntos, los dos igual de inaguantables, en eso sí que hacen buena pareja; cómo me divertiría ver que el día de tu boda, Mirellita, amanecieras, digamos, con un barro en la punta de la nariz o con una perrilla en el ojo o con varios fuegos en los labios o un boquete de calvicie en el cuero cabelludo o con diarrea o todo esto junto.

¿Por qué? ¿Por qué cuando pienso en Elena siempre aparece así? Tú tampoco la entendías, siempre llena de rencores, de amargura, te colmaba la paciencia porque tenía la virtud de hacerte sentir culpable.

Me fui a caminar al centro de Ascona. Los empedrados, las fuentes en cada rincón. Las pequeñas casas y calles, edificadas así, como si supieran que pronto no habría espacio para todo. Encontré una plazoleta con la estatua de un joven africano. De una casa azul, muy angosta, surgió un anciano, la barba canosa, larga y muy tupida, le cubría parte del torso; el batón blanco como los *ballabiots* y agitaba los brazos, gritaba: ¡vengan pronto que ya empieza! Y vi detrás de mí a un grupo de siete u ocho compañeros de la comuna. Divertidos, se jalaban unos a otros para llegar primero. El viejo abrió de par en par la fachada. Dentro, había una pared de madera negra que tapaba casi toda la entrada y, en un

extremo, una cortina negra. En la puerta que había quedado abierta, como si mostrara sus vísceras, había un enorme cartel que anunciaba una película de los hermanos Lumière. Leí: ESTRENO, en letras grandes, negras y mayúsculas. Era el anuncio para ese único día. Un estreno, ¿recuerdas, papá? No había nada cómo una película nueva, nada, ¿no es cierto? Podías dejarlo todo, cualquier urgencia se podía quedar a un lado y si no podías esquivarla por no sentir los fuertes reproches, tu gesto era de un desencanto inusitado como el de un niño al que le arrebatan un juguete. No te vas a morir, la verás después, te decía mamá. Y lo mismo experimenté yo en ese momento, en Ascona, al observar a ese grupo de *ballabiots* entrar ilusionados a ver la única función posible en muchos kilómetros a la redonda. No importaba que fuera allí, en ese cuchitril improvisado al que le entraba luz por innumerables hendiduras, además de escuchar el ruido de la calle. No, no importaba, había que disfrutar la ilusión. Sí, así era y además gozarla antes que nadie. Qué envidia sentía al verlos, cómo me hubiera gustado ser parte del grupo. Miré la otra puerta que anunciaba la programación futura. Por supuesto, a ti te hubiera gustado recorrer esa cartelera: Murnau, Lang, no podían faltar Chaplin y Keaton. No dabas tregua. Era como un vicio insoslayable para ti. No existió un viernes en que no preguntaras, después de la comida, a qué horas iríamos al cine mientras te comías, goloso, algún postre. ¡Cómo se te acababa la tarde para irte! Casi siempre nos íbamos caminando. Entre semana, sólo mi madre era capaz de

detenernos: válgame si no, con la cantidad de tareas y deberes que cumplir. Pero no pudo impedir que yo iniciara contigo esa misma fascinación, adicción, como si fuera una enfermedad contagiosa en la que siempre me superaste. Nunca conocí a alguien que disfrutara tanto el cine como tú, pronto entendí que era una manera de evadirte de la realidad porque yo también lo vivía así. Te era tan indispensable como comer. Te gustaba todo tipo de *films*, decías: la comedia, el *western*, las soviéticas, así las llamabas tú. Alguna ocasión descubrí que te ibas solo. Un día que regresaba de la secundaria te vi entrar al cine, compraste unas palomitas, refresco y un gaznate, sabía que sería tu postre al terminar el enorme paquete completo: después te chuparías los dedos. Podía imaginarte casi con precisión: solo, feliz, sin compartir tu botín con nadie y volver a disfrutar la película una y otra vez. Ese día cuando llegué a casa, mamá me dijo con cierto tono de orgullo que recién te habías ido a la oficina de regreso pues dijiste que tenías mucho trabajo. Sentí feo, pensé que la engañabas, así que iba a abrir la boca para delatarte pero me quedé callada. Compartí y comparto tu pasión. Elena no lo soportaba, se moría de celos. Siempre que pudo, nos acusó con mamá. Esa tarde, yo no dije nada. Quizá me sucedía lo mismo que a ti: al asistir al cine vivía otras vidas y, así, estaba contenta. Desde tu muerte, yo me conformaba con vivir, de alguna manera, la suerte de las mujeres de Monte Verità.

Regresé a la pensión a esperar mi reunión con el doctor Friedeberg. Esa noche muy tarde, no lograba conciliar el sueño. La imagen de Elena apareció de nuevo. Recordé la descripción de los hijos de Saturno, dice así: que son de tez oscura, a veces aceitunada, tienen ojos pequeños y profundos, no suelen parpadear mucho y no cesan de mirar al suelo, además tienen los hombros caídos. Esas palabras grabadas en mi mente para siempre. No fue gratuito, ¿no lo crees? ¿No pensaste en Elena? Lo sé, lo sé. Me vas a decir que soy yo quien sufre la melancolía pero yo pienso en Elena. Trataré de explicarme: hace rato me refería al estado en el cual la bilis negra penetra por los orificios del hígado y se dirige hasta el cerebro y ofusca el juicio, a veces hasta causar la locura. Sí, entiendo, finalmente, entiendo: quizá las dos sufríamos de melancolía de manera distinta.

Sin embargo, sé muy bien las cosas que nos unían a ti y a mí, papá y que a Elena le molestaban tanto. Nunca perdonó y ya no podrá perdonar.

## CAPÍTULO XIII

Escuché unos golpecitos nerviosos en la parte baja de mi puerta. Creí que era el encargado de la pensión. Alcé la voz preguntando qué deseaba. Vino un silencio largo. Preocupada, volví a preguntar. De nuevo se hizo un hueco allí afuera. Acerqué el oído y escuché que alguien rascaba en una de las esquinas bajas. Quién está ahí, dije. Apenas oí un gruñido, y luego una voz que murmuraba mi nombre. No era mi imaginación, alguien decía mi nombre, Mirella. Puse la cadena de seguridad a la puerta y luego la entreabrí. Entró un filo de luz. A través de él vi a un hombre muy delgado y sucio que permanecía en cuclillas, con la vista hacia el suelo, en actitud de espera. No tardé en reconocer a Gusto. Se había recogido el pelo en una trenza rala que le bajaba, despeinada, a lo largo de la espalda. Había extendido el vestido verde de Lohr sobre el pasillo de la entrada y

empezaba a canturrear una melodía entre dientes mientras acariciaba suavemente la tela. Quité la cadena de seguridad y salí al corredor: con lentitud me puse en cuclillas al igual que él. Le pregunté si necesitaba algo. Entonces comenzó a recitar una letanía y luego regresó al canto; de repente murmuraba frases en una lengua que nunca había escuchado. Trataba de adivinar su estado de ánimo. Lo quería atrapar a través de la expresión de sus ojos que apenas se asomaban por la delgada ranura que formaban sus párpados. Quería encontrarme con su mirada y cuando tenía la impresión de alcanzarla, Gusto volteaba hacia otro lado.

Intenté aproximarme de otra manera. Con delicadeza lo ayudé a acomodar el vestido. Y comencé de nuevo el acercamiento: lo saludé y le sonreí. Alzó el rostro y me vio sin verme de verdad, de soslayo, con rapidez. Frunció los ojos y el rabillo por donde miraba se hizo aún más estrecho. Hasta entonces pocas veces había presenciado que Gusto estableciera contacto visual con alguien. Su mirada casi siempre era oblicua, como si estuviera perdida. Esa manera de ver sólo la he observado en los gatos, cuando sus ojos voltean hacia los espacios vacíos y miran algo que nadie más percibe. Pero esta vez había algo más: Gusto quería decirme algo y creo que no sabía cómo. Alcancé a percibir en su rostro un gesto de contento. Al parecer le gustaba que yo también tocara el vestido de Lohr. Aquella prenda tan vieja había perdido su suavidad, sus fibras parecían hechas de

cartón. Gusto temblaba, sus manos vibraban sobre la tela verde. Estuve a punto de tocarlo, pero desistí al ver sus uñas gruesas y muy largas; el dorso de las manos cubiertas con manchas cafés. Rozaba a cada momento la esquina de la puerta, eso explicaba los rasguños que yo había escuchado antes.

Gusto no dejó de tararear. Miraba con insistencia mi cuerpo. Revisé los botones de mi vestido; abroché los pocos que había dejado abiertos y ponían al descubierto mi cuello. Gusto se encontraba muy cerca de mí. De su cuerpo emanaba un aroma rancio. En ese momento, en un descuido, rocé su mano. Se levantó asustado, recogiendo los brazos sobre su pecho. Todo sucedió muy rápido. Al ponerse de pie, sus pantalones cayeron sobre sus rodillas, mientras, en un acto reflejo, sus manos intentaron detenerlos. Entonces el hedor fue penetrante, casi insoportable, como si se hubiera destapado un depósito de desechos. Súbitamente, sus genitales aparecieron frente a mí. Eran inmensos, casi deformes. Cubiertos de vellos y pellejos colgantes, se confundían en un amasijo de hilos y telas rotas.

Gusto se puso muy nervioso, mientras yo permanecía paralizada sin saber qué hacer, poseída por un pudor ajeno. Entonces me di cuenta de que para Gusto, en esos momentos, yo había dejado de existir: estaba más concentrado en cubrirse con aquel marasmo de telas al que no encontraba ni principio ni fin.

Se quedó absorto, ocupado en el caos que había provocado el incidente; su desnudez era sólo parte de un suceso, sólo una consecuencia. Quise ayudarlo, pero me detuve a tiempo, creyendo comprender que ponía en riesgo lo que Gusto había olvidado por unos minutos: la capacidad de avergonzarse. Esperé muy quieta: quería una señal. Di los tres pasos que me llevaban justo a la entrada de mi cuarto. Gusto logró amarrarse a medias los trapos que hacían de pantalones. Bajo aquel desorden de telas quedó mal cubierto. Recogió el vestido de Lohr con mucho cuidado. No volvió a mirarme en ningún momento, como si eso lo preservara de algo, como si al ignorar el accidente, éste nunca hubiera sucedido. Acomodó el vestido sobre su antebrazo y dijo en francés: *Sophie aussi, Sophie aussi, je l'ai aimée*. Sentí que su mirada se cruzaba con la mía y me penetraba. Entonces mi cuerpo se sacudió como una hoja. Lo vi alejarse por el pasillo, mientras oía sus cantos.

Se acercaba la hora de ir con el doctor Friedeberg. El incidente con Gusto me había inquietado, me dejaba ver con nitidez lo frágiles que somos. ¡Qué dolor presenciar el deterioro que sufrimos con el tiempo, qué difícil asumirlo!

Al salir de la pensión vi a Gusto observando la puerta de entrada, a cierta distancia. Me pareció que su gesto había cambiado, estaba más atento a lo que sucedía a su alrededor. Las primeras ocasiones en que lo había visto vagar me parecía que deambulaba sin rumbo, con la mirada en el piso. Pero ahora me daba la impresión que algo se

había removido en su interior. Tomazzo, el tabernero, fue el primero en notarlo y me lo comunicó al poco tiempo de mi llegada. También estaba preocupado por él. Era un sentimiento ambiguo, le parecía saludable que Gusto saliera de su letargo al tiempo que temía otras consecuencias.

Di la vuelta en la esquina de la pensión para ir a la casa del doctor Friedeberg. De soslayo, alcancé a ver que Gusto me seguía a cierta distancia. De vez en cuando yo volteaba discretamente, con el afán de no perderlo. Quería que viniera conmigo. Quería hablar con él, de la manera que fuera. Estaba convencida de que podía entenderlo mejor que nadie. Yo era testigo de su sufrimiento y podía escucharlo, saber más.

Llegué a Richardstrasse 14. Gusto estaba muy cerca de mí, se detuvo cuando yo llegué frente a la puerta del doctor. Dudé, no sabía si tocar la campana o esperar a que él se acercara más. Pero él parecía adivinar lo que yo pensaba. Se puso en cuclillas y bajó la vista en señal de despedida, como si con ello me dijera que no esperara más de él. Así, resignada, toqué la campana. Aunque fingí ignorarlo, observé que acomodaba sus piernas sobre el piso. Después se quedó prácticamente inmóvil.

La adusta anciana me abrió la puerta. Llevaba la misma ropa del día anterior y repetía sus movimientos como si representara la escena de una pieza teatral realizada cientos de veces. Me llevó hasta la recámara del doctor, que seguía

en penumbras, y el sillón junto a la ventana. Esta vez, la luz exterior era tan brillante que no me permitía distinguir la figura de Friedeberg sobre el mueble. De repente lo escuché: veo que Gusto ha venido con usted, Mirella. Fue un hombre muy importante para todos nosotros. Uno de los fundadores de la comuna. Él podría ayudarla mucho si lograra establecer contacto con él. Por imposible que parezca, no me extrañaría que lo hiciera pues usted ha logrado que venga hasta acá. Yo tenía muchos años de no verlo. Para ser exacto, desde que estoy postrado en este cuarto. Emy, mi mujer, a quien ya conoces, no sólo me cuida sino que me tiene al tanto. Ella lleva la cuenta de los monteveritanos que se quedaron acá, de los que han muerto y los que se han marchado. Nuestros hijos también se fueron. De todas las personas que nacieron en la comuna sólo permanecen unos cuantos. Eran unos niños muy pequeñitos cuando usted vino al mundo. Sólo uno de ellos viene a visitarme: Rolf Garske. Se dedicó a las artes: escribe, pinta, toca el piano, alguna vez hasta quiso danzar. Creo que todo lo hace bastante bien. Pero él no quiere salir de Ascona, no le interesa. Vive gracias a una pequeña galería donde se expone su trabajo y el de otros artistas. Di unos cuantos pasos para ver a Gusto desde la ventana. El sillón del doctor me daba la espalda. Doctor Friedeberg, dije, me hablaba usted de Gusto y me interesa muchísimo saber de él; sí, creo que tiene razón, pienso que él puede ayudarme. El doctor percibió mi cercanía y me detuvo: no se acerque tanto, por favor. Prefiero que no lo haga. No se preocupe, Gusto no se va a ir de allí, se lo puedo

asegurar. Y sigamos. Usted conoce los diarios de Gusto. Los leyó en la *trattoria* de Tomazzo, ¿no es cierto? Bien, como se habrá dado cuenta, él es muy especial. Cada uno de los hechos que marcaron su vida estuvieron regidos por la radicalidad. Cuando Gusto llegó a Ascona, con Ida y Henry, estaba seguro de que los tres llevarían una nueva forma de vida; alejados de cualquier asomo de lo que ellos llamaban una existencia burguesa. Sin embargo, no fue así. No siempre coincidieron y eso trajo muchas dificultades. Gusto estaba en contra hasta del uso de calefacciones de gas dentro de la comuna. Imagínese el invierno. Él vivió con Lohr de manera muy sencilla, diría yo, primitiva. Así que cuando notó que Ida y Henry no cumplieron sus dichos, no rompieron con las comodidades de la vida moderna y gastaron en nimiedades burguesas, decidió marcharse con Lohr. Sí, imagine, se fue a vivir en las cuevas que alguna vez ocuparon los montañeses de la región. Un día supimos que los había alcanzado una avalancha en la que Lohr había desaparecido. Nunca se resignó a perderla. Se quedó en las montañas y esporádicamente bajaba a Ascona por algunos implementos. Vestía como un montañés primitivo, con gruesas mantas y pieles que amarraba a su cuerpo. Su piel se había vuelto muy morena y estaba curtida por las quemaduras que produce la nieve al reflejar los rayos del sol. Desde el accidente con Lohr, habla solo. Pide las cosas a través de señales. Pasaron más de quince años. Un día apareció en el pueblo otro montañés diciendo que había encontrado a Gusto en su cueva, medio muerto de hambre,

llorando, casi desmayado sobre el pecho de Lohr. Aquel hombre relataba con asombro la reacción de Gusto al sentir que alguien irrumpía en su duelo. Relató que Gusto, al verlo, tomó apresuradamente el cuerpo de Lohr, lo desnudó y lo cubrió con nieve, compactándolo y dándole vueltas hasta convertirlo en una especie de hogaza enorme de nieve. Luego lo deslizó hasta llegar a la orilla de la pendiente más pronunciada y lo soltó: aquel bulto rodó cuesta abajo y en unos cuantos segundos, se perdió en un punto lejano, al fondo del precipicio.

Mientras el doctor me contaba estos detalles, yo recordé la minuciosa letra de Gusto sobre el papel en el que había anotado con la precisión de un artesano los momentos finales de Lohr, marcando el tiempo como un metrónomo. El doctor continuó: fíjese, Mirella, Gusto siempre fue un misterio para mí. Nunca pude comprender del todo ese mundo suyo. Sin embargo, me causaba una gran curiosidad. Hasta puedo decir que me fascinaba. Despertaba en mí sentimientos de ternura, de protección. Claro, mi condición de médico era un punto muy importante. Al verlo allá afuera, después de tantos meses, pienso que es un lujo, un regalo antes de mi partida. Mirella, me daría mucho placer terminar de contar su historia. Gusto vivió muchos años con la misma rutina, iba y venía de su cueva a Ascona. Subía muy poco a la comuna pues sabía que no era del agrado de Ida y Henry. Después conoció a Sophie y desde el primer día se quedó como hipnotizado. Cada vez más seguido, se dejaba

ver por la comuna. Le traía regalos: pieles disecadas de animales pequeños, que ella rechazaba casi con horror, flores raras y plantas. Cuando ella aceptaba algún regalo, Gusto reía como un niño y ella le hacía coro. Comenzó a seguirla a todas partes. A menudo la llamaba Lohr. Fue entonces cuando me preocupé, pues notaba la confusión de Gusto. Una relación amorosa podía desembocar en un desastre. Pero no fue así. Ambos se hacían compañía y disfrutaban uno del otro. ¡Parecían tan ingenuos cuando estaban juntos! Vivían en medio de personas que se paseaban desnudas por los jardines y presenciaban intercambios sexuales que no parecían perturbarlos. Su tranquilidad duró algunos meses hasta que apareció Otto y decidió cortejar a Sophie. Gusto se enfureció, comenzó a alejarse y se refugió en las montañas. Cuando tu madre desapareció, no supimos cómo se enteró Gusto. De inmediato llegó a la comuna, furioso, un poco más y mata a Otto. Luego, la buscó durante largas jornadas en los bosques. Fue el único que se atrevió a subir a los acantilados. Meses después, ya resignado, comenzó a dar vueltas por la comuna acariciando el vestido verde y repitiendo los nombres de Sophie y el de Lohr, indistintamente. Rolf, que era un niño de ocho años, estaba muy conmovido, fue el único que se le acercó para preguntarle de manera insistente qué le sucedía. Una mañana se fue con Gusto a las cuevas, sin avisarnos, y creímos que algo grave le había sucedido. Dos días después regresó tan campante, de la mano de Gusto, como si nada. Quien los hubiera visto

pensaría que eran padre e hijo. Los veíamos platicar y jugar. El tiempo me ha dado la razón. Estoy seguro que Gusto sigue en este mundo gracias a Rolf.

Mientras oía al doctor, en mi mente seguía clavada la imagen de Gusto desnudo con los trapos tirados entre las rodillas. Sentí el deseo de haberlo conocido en aquel entonces, a él, a Lohr, a Mary. Los sentía tan cercanos. Escuchaba la voz del doctor llevándome por el mundo de la comuna.

## CAPÍTULO XIV

Gusto continuaba afuera. Yo sentía como si su alma pendiera de un hilo muy fino. Ahora lo recuerdo, esos días padecí una especie de regresión que me transportó a mis años más tiernos. Allí mismo, frente al médico Friedeberg no me hubiera importado someterme a sus órdenes, como una buena hija deseosa de aprobación y cariño. Obedecer me era necesario y hasta reconfortante. El médico se hallaba en el mismo sillón y en la misma postura frente a la ventana, y yo sabía que estaba allí porque, como el día anterior, alcanzaba a ver su coronilla. Como ya te lo conté, el doctor no me había permitido acercarme a él en la visita pasada y yo tampoco quería intentarlo de nuevo, sólo deseaba complacerlo. Era mi manera de demostrarle respeto, quedarme allí parada detrás de él, tan sólo escuchando la historia de mi madre, de Gusto, de aquellos que habían

estado cerca de ella. Desde mi lugar, quieta como lo quería el doctor Friedeberg, estaba obligada a levantarme sobre la punta de los pies para alcanzar a ver a Gusto quien, en cuclillas, atisbaba la ventana desde allá abajo con un gesto de acechanza. Cada vez que elevé mis talones del piso, y la mirada de Gusto y la mía se cruzaron, el rostro se le iluminó y con una leve sonrisa mostraba sus dientes rotos y ennegrecidos. En otros momentos apretaba con el puño el frente de su pantalón y lo oprimía sobre su vientre; luego volteaba el rostro con el ceño fruncido, preocupado. Me pareció que de ese modo aseguraba que su mano siguiera allí para no volver a pasar por la misma situación vergonzosa del día anterior.

El doctor Friedeberg me preguntó si me encontraba dispuesta a seguir escuchando, yo asentí. Cuando Sophie desapareció, Mirella, y perdón por hablarte de tú pero me parece que podrías ser mi hija, la comuna vivía en una crisis permanente, agudizada por la salida de Gusto y de Lohr. Los dueños, Henry e Ida, creyeron que la teosofía era suficiente para mantener un liderazgo pero no fue así, aunque se les reconocía, por supuesto, y se les respetaba; después de todo, ellos habían aportado la infraestructura necesaria para llevar adelante aquella utopía pero, hay que subrayarlo, Gusto fue el guía espiritual y moral en Monte Verità, sobre todo de los grupos con posturas políticas. Poseía un gran carisma, prosiguió el doctor. En las discusiones, sólo él era capaz de romper el marasmo en el que frecuentemente se

caía. Gracias a su capacidad para conciliar, era posible lograr acuerdos entre miembros tan disímiles como los que convivían en la comuna. Imagina, Mirella: había teósofos y anarquistas, artistas, psicoanalistas, tan radicales unos como los otros. Cuando yo llegué, algunos de sus fundadores habían superado sucesivas crisis durante años, por lo que su convivencia me provocaba una enorme curiosidad. Muy pronto descubrí que Gusto era el líder de muchos. En esos días nos incorporamos a la comuna varios anarquistas radicales; veníamos huyendo de la persecución que se había desatado en Alemania. Gusto encontró en nosotros un nuevo grupo para hacer valer algunas de sus posturas. Curiosamente, los teósofos y naturistas que impulsaban la llamada tercera vía pensaron que en Monte Verità podrían mantenerse al margen de lo que ocurría en el mundo exterior. Pronto se dieron cuenta de que era una falacia. La llegada de los anarquistas y de los exiliados rusos los contagió de la tensión que se vivía en el exterior. Entonces les dio por discutir a rabiar y ya no hubo posibilidad de llegar a ningún acuerdo. Esta vez, Gusto no cedió. Ida y Henry se sintieron traicionados y se opusieron a las reglas propuestas por el nuevo grupo. En muy poco tiempo, Lohr y Gusto decidieron abandonar Monte Verità; su decisión tuvo que ver con el encarcelamiento en Berlín de la anarquista Rosa L. Por esos días, la policía suiza, dejando a un lado su tradición de neutralidad, entregó al radical Bresci al estado italiano, sospechoso de asesinar al monarca de Italia. Ante la amenaza de ser expulsado o detenido, Gusto decidió

refugiarse en las montañas. A los pocos meses sucedió la tragedia de Lohr. Cuando lo volvimos a ver, merodeaba por la comuna, sin pronunciar palabra y comprendimos que algo brutal le había sucedido. Después lo supimos con certeza por boca de un montañés. Ida y Henry dejaron a Gusto venir y estar, pues sintieron que ya era inofensivo. Con el tiempo se dieron cuenta de que su sola presencia era un recordatorio desagradable de la crisis que, desde su salida, vivía la comuna. Muchos nos quedamos en ella a pesar de las discusiones porque no teníamos a dónde ir. Después vino la Gran Guerra. Y la región del Ticino se convirtió en el lugar preferido para los que huían de la violencia. Fueron y vinieron todo tipo de personajes. La comuna trataba de mantenerse al margen de lo que ocurría y, aun así, sentíamos una enorme impotencia. Mientras, los mitos alrededor de Gusto crecieron. Había quienes lo consideraban casi un santo; otros lo tachaban de loco, de enajenado. Algunos afirmaban que era una especie de hombre-lobo; había quienes llegaron a afirmar que la muerte de Lohr ocurrió entre las garras de la temible criatura. La idea de que Gusto era un licántropo fue un arma eficiente que usaron contra él los principales, Ida y Henry, para que los veritanos no se acercaran más al pobre de Gusto.

Incluso mi mujer, continuó el médico, quien era muy joven y, como buena teósofa, susceptible de creer en fantasías, fue presa fácil. Recuerdo una ocasión cuando entró en una crisis

de pánico. Eran cerca de la doce de la noche, en pleno verano; el cielo estaba muy despejado y la luna iluminaba todo el pueblo. Hacía mucho calor y nos habíamos quedado en la terraza tomando el fresco hasta tarde. Era uno de esos días en que Gusto incursionaba por Monte Verità. Emy y yo vivíamos en esta misma casa pues la ocupamos desde que nos hicimos pareja. Desde aquí se alcanza a ver el extenso terreno de la comuna. Esa tarde, mi mujer miraba hacia las cabañas cuando escuchamos los aullidos de un lobo. Y me dijo: mira, levanta la vista, mira quién aúlla, es un hombre y está arrodillado en el techo de la Casa Rosatta. Mira, me dijo, es Gusto, Raphael. Estoy segura de que es Gusto. Y yo miré, dijo Friedeberg, hacia donde me indicaba Emy y, en efecto, vi la silueta de un hombre barbado y de larga cabellera. Pero afirmar que de él surgían esos aullidos, me era imposible. Claro, sabíamos que Gusto tenía conductas extravagantes, que llegaba a la comuna en medio de la noche y le gustaba dormir con la pareja de lobos en cualquier parte, incluso en los techos de las cabañas.

Al día siguiente supimos que Gusto había llegado la noche anterior, la misma en que escuchamos aquellos aullidos. Esta vez venía solo, es decir, sin los lobos. Emy, entonces, se persignó y afirmó con vehemencia que sí, que era Gusto quien había aullado, quien se había transformado en lobo esa noche. Era su silueta, decía convencida. Yo, dijo el médico, insistí en que todo tenía una explicación lógica; aquello comenzaba a sacarme de mis casillas. Bastante tenía

con la teosofía, yo, un anarquista, como para que me vinieran con estas supersticiones. Cuando Emy y yo comenzamos nuestra relación le juré respetar sus ideas, pero aquello era demasiado. Me negué a discutir o a hablar más del asunto. Los días que siguieron ella comenzó a sentir un miedo atroz, no quería estar sola por ningún motivo. Y siguió empeorando, dejó de bajar al pueblo por los víveres y si yo salía de la casa, me seguía. La primera vez que lo hizo la miré con reproche y entonces me dijo: está bien, prometo que no voy a hablar del asunto, sólo te suplico que no me dejes sola, el miedo que siento es más fuerte que yo, te pido que me des tiempo.

Sin embargo, siguió Friedeberg, una mañana me pidió que la acompañara a visitar al viejo librero del pueblo quien atesoraba toda clase de antigüedades. Habló con él en francés. El hombre entró a su biblioteca y salió con tres libros. Emy los tomó, los puso en mis manos y me dijo: por favor, Raphael, léelos. Eran ediciones originales, investigaciones de algunos demonólogos. Mira, todavía los conservo como recordatorio de esos hechos, lee sus títulos: *Die Emeis*, de Geiler von Kayserbeger de 1517; otro más de 1644, de Jacob Thomaisus, *De Transformatione hominum in bruta*; y el tercero, *Topographica Hibernica* de Giraldus Cambrensis, escrito en el siglo XII. ¿Cómo explicarte mi reacción, Mirella?, no puedo, pero después de leer el tercer título, no soporté y arrojé los manuscritos al piso. Luego los pisoteé sin consideración alguna a mi mujer y a sus

creencias. No, Emy, le grité, no puedes creer en algo que no existe, aunque me enseñes toda esta porquería. Si oíste a Gusto aullar es porque ha vivido demasiado tiempo entre esas bestias. Allá solo, en su fría cueva, esa pareja de lobos es la única compañía que ha tenido todos estos años. ¿No lo sabías, Emy? Y no es todo: Gusto ha cohabitado con esa loba todos estos años, ¿entiendes, puedes entender lo que significa para un hombre aliviar su soledad de esa manera? En ese instante me arrepentí de haber hablado, de haberlo dicho así, pero no pude más.

En el fondo, continuó, creo que Gusto era feliz así, y estoy seguro de que ama a esos lobos más que a nadie. Ese día, cuando terminó mi arretrato, vi a Emy muy asustada, muy herida, y mi arrepentimiento fue mayor. Además me sentí culpable por haber confesado el secreto de Gusto. Rolf me lo había comunicado como algo que debía llevarme a la tumba. Aquel fue el peor momento de mi vida con Emy. Ese desencuentro nos llevó a separarnos por algunos meses. A ella la trastornó la imagen de un hombre cohabitando con una loba. Emy comenzó a hablar sobre una historia que circulaba en la comuna. Se decía que Gusto había tenido un hijo con ella, que al alcanzar la pubertad mostró su verdadera naturaleza bestial. El mismo Gusto, se decía, se vio forzado a matar al jovencito en su cueva. Emy aseguraba que, junto con Ida y Henry, había visto el cadáver; un montañés contó que lo había traído al pueblo. Afirmaban también que Gusto recuperaba su figura humana cuando se

ponía sus sucios harapos y cuando los retiraba crecía sobre su piel el pelambre de una bestia. Por ello, siempre andaba con la misma ropa encima. Entonces recordé que cuando Emy, Ida y Henry fueron a las montañas comieron hongos alucinógenos. Decidí no pelear más con Emy pero yo estaba seguro que eso explicaba sus visiones. Me acerqué a ella con paciencia, tratando de controlar mi enojo. Sabía que ambos estábamos a punto de perder el control. Le hablé al oído. Ella reaccionó con furia y se alejó de mí. Se tapó los oídos mientras gritaba en otras lenguas: *Whär-wölffe, lupomanro, loup-garou*. Lo repetía una y otra vez. Exasperado, le dije: Emy, tus afirmaciones son desatinos. No puedes hablar así de un hombre que ha pasado lo que Gusto, no puedes, ¿entiendes? O es que tu ingenuidad es irremediable...

Friedeberg temblaba al revivir aquel desencuentro con Emy. Por mi parte, no podía quitar la vista de Gusto, allá abajo, en cuclillas durante tanto tiempo, sin quejarse, mirando hacia la ventana. Mientras, el doctor se estremecía en su sillón, en medio de un acceso violento de tos. De pronto, sentí un dedo tocar con fuerza en mi hombro: era Emy. Me pidió a señas que dejara descansar al doctor. Observé sus ojos azules irritados y llorosos. Bajó la vista. Era obvio que había escuchado la conversación. Y me dijo, muy quedo, mientras extendía hacia mí un cuaderno gris: *Tiens, Raphael avait gardé ce cahier pour vous. Il avait appartenu à votre grand-père Johan.*

Antes de salir, yo me alcé sobre la punta de los pies para cerciorarme de que Gusto seguía allí. Lo vislumbre de nuevo en cuclillas. Sólo que ahora su mirada me parecía brillante y su gesto, el de un animal salvaje. Sonreí. Así que me despedí del doctor, quien me conminó a regresar pronto. La tos apenas le permitía hablar. Esta vez, Emy me lanzó una mirada de reclamo. Y tenía razón: yo había venido a perturbar su apacible vejez. Estaba ansiosa por salir y encontrarme con Gusto. La idea me excitaba sobremanera. Crucé el portón hacia el lugar en donde debía estar él. Con mucho pesar descubrí que se había ido. Me apresuré a llegar a la esquina. La calle estaba desierta.

De nuevo me fui a encerrar a la pensión. Sentía que aquel cuaderno me quemaba las manos. ¿Cómo llegó a las manos del doctor? Recordé que Sophie había desaparecido de la casa del padre, huyendo de él. Ella y su padre nunca volvieron a encontrarse.

Cada vez que recuerdo la forma en que obtuve ese cuaderno, me maravillo. El azar, un enigma. ¿Qué pensarías de todo esto? ¿Alguna vez te sucedió algo así? Te vuelvo a preguntar, ¿por qué nunca hablaste de lo sucedido? Nunca dejaré de preguntar, de reclamarte.

## CAPÍTULO XV

Esa tarde me quedé en mi cuarto, cerca de la ventana. Tenía la sensación de que Gusto aparecería en cualquier momento. Llamé al mesonero y le pedí un poco de queso y pan, junto con una botella de tinto. Puse el cuaderno sobre la mesa y lo observé un rato mientras llegaba mi pedido. Otra vez apareció el miedo. Necesitaba un poco de alcohol para enfrentarme a esos papeles. Por primera vez sentí cercana la figura de un abuelo; podría ver el trazo de su letra, seguir sus palabras, adivinar sus sentimientos. Observé en la portada del cuaderno unas letras en bajorrelieve, apenas era visible la pintura dorada que alguna vez los cubrió. Alcancé a distinguir las letras: *Taschen buch*. Me parecía increíble encontrarme ante un testimonio tan íntimo de mi abuelo. Al abrirlo decía: *Es mi deseo que quien encuentre estos papeles y decida leerlos, continúe la búsqueda que yo emprendí*. Lo cerré de nuevo. ¿Debía continuar con la lectura?

Seguí leyendo esa misma noche. El texto escrito en el pueblo de Grinzig, Austria, y fechado en el invierno de 1923 era la memoria minuciosa y obsesiva de la búsqueda que el abuelo emprendió para encontrar a su hija Sophie.

Todas las noches el viejo se encerraba en su habitación con la idea de localizarla a través de métodos espiritistas. Desde la muerte de su esposa Natalia en un terrible accidente de tren, se había convertido en un fervoroso practicante del esoterismo. Viudo y devastado, el hombre no sabía qué hacer con la niña, con Sophie. Se sobrepuso a las dificultades gracias a la dulzura de la pequeña. A pesar de la devoción por la hija, todos esos años, y del amor que le profesó, al llegar Sophie a la adolescencia comenzó a tener serios desequilibrios emocionales que culminaron en el abandono de la casa paterna. Desesperado, el viejo sintió que su única tabla de salvación era iniciar la búsqueda de su hija con los mismos métodos que había usado cuando murió su mujer.

Cada noche, a partir de entonces, Johan se encerró en su cuarto, apagó las luces y emprendió el antiguo ritual. Tenía que lograr una oscuridad casi absoluta. Con ese fin, usaba toallas y cobijas con las cuales cubría la más mínima entrada de luz entre las cortinas. Se acostaba sobre la cama mirando hacia el techo y con paciencia atendía cualquier suceso que le revelara la presencia de su hija. A ciegas apuntaba todo tipo de palabras o frases que pasaran por su mente. De manera periódica, contaba cuántas veces se repetía tal o cuál palabra y anotaba cada número. Así, llenó otros

cuadernos con cientos de anotaciones. De manera instintiva jugó con las palabras y con los números obtenidos. Elaboró complicadas tablas numéricas. Hacía sumas horizontales y luego verticales, luego volvía a sumar las cifras entre sí hasta quedarse con un solo número al que le asignaba alguna letra. Ordenó de nuevo tablas que leía horizontalmente, luego en vertical y, además, en diagonal. Saltó letras con cierto ritmo hasta formar palabras inteligibles que produjeran una frase lógica. De esta forma creía encontrar los mensajes que su hija le enviaba. Con el paso del tiempo aplicó sistemas numéricos y de lectura cada vez más complejos. Su oficio de librero le facilitaba el encuentro de todo tipo de textos: históricos, religiosos, científicos. Para entonces había leído muchos tratados de matemáticas que le ayudaron a continuar su tarea. Como si fuera un juego frenético: llegó a reunir frases que decían: *estoy muy lejos; no puedo verte; hace mucho que no respiro tranquila; estoy en la oscuridad*. En esos momentos aparecía en su mente la imagen de su hija, tal como la vio la última vez: con los ojos enrojecidos, diciéndole que pronto estaría de regreso, que por el momento tenía una misión que cumplir. Llevaba un vestido rojo, el pelo rubio anudado. Su rostro enmarcaba los ojos tristes. Sophie alzó la mano derecha en señal de adiós, susurró que pronto regresaría. No fue así, nunca volvió.

Pero él no se resignaría a que su hija se perdiera para siempre, como había sucedido con su mujer, a quien ni

siquiera pudo darle santa sepultura pues de su cuerpo sólo quedaron las cenizas que le entregaron después del accidente de tren.

Con el paso del tiempo se había acostumbrado a pasar largos períodos sin recibir mensaje alguno. En cierta ocasión, la espera se prolongó demasiado y su desesperación fue tal que se enfermó. Sufrió episodios de noches febriles y amanecía delirando. Con enormes esfuerzos tomó la pluma y se obligó a escribir sus delirios. Sin saber muy bien cómo, un día escribió: *tengo que verte, búscame*. Para él fue un mensaje muy revelador. Su salud mejoró de inmediato. Recuperado, sintió la necesidad de experimentar nuevos métodos. Comenzó a escribir los sueños que recordaba y a usarlos de la misma manera en que había utilizado antes las palabras. El material de interpretación, entonces, se multiplicó. Una de aquellas noches tuvo una experiencia que apenas pudo explicarse pero que cambió de manera definitiva su forma de búsqueda. Se recostó sobre la cama y dejó que su mente entrara en un estado de ensoñación. Sintió que su cuerpo se elevaba en el espacio, abrió los ojos y se percató de que su espalda rozaba el techo. Desde ahí se vio a sí mismo, es decir, a otro cuerpo idéntico al suyo, tendido sobre el colchón; tenía los brazos y las piernas abiertos y sus extremos tocaban un círculo luminoso que se extendía a su alrededor. Del ombligo brotaba un haz de luz tan intenso que tocó su mirada y, en ese momento, creyó que se quedaría ciego. Asustado, apretó los ojos. Al abrirlos

se encontró sobre su cama. Esa experiencia estaba fuera de su control, muy lejos de los códigos que hasta ahora había descifrado. Se embebió en otras lecturas y encontró una serie de textos chinos que hablaban del ombligo como la zona de la tríada: Tierra, Cielo y Hombre. Al profundizar su estudio pudo internarse en la visión cosmogónica china y la relación entre el universo y el cuerpo humano. Las posibilidades para establecer vínculos con sus sistemas numéricos parecían multiplicarse. Esa cosmovisión hablaba del cielo con cuatro estaciones, cinco elementos, nueve divisiones, trescientos sesenta y seis días; y en el hombre se consideraban cuatro miembros, cinco vísceras, nueve orificios y trescientos sesenta y seis articulaciones.

A todo esto, el abuelo sumó la práctica de la gimnasia de Zhongli para purificarse. Todos los días se ejercitaba de manera obsesiva. Sentado en el suelo rechinaba los dientes treinta y seis veces para convocar a los dioses. Luego se rodeaba la cabeza con las manos y se batía el tambor celeste, es decir, la cabeza. Para este fin debía apretar las orejas con las palmas de las manos y propinarse ligeros golpes en la nuca. El siguiente movimiento era juntar saliva con la lengua y enjuagar la boca treinta y seis veces. Debía masticar la saliva y tragarla como si se tratara de un alimento sólido: con ello el fuego circularía por la sangre. Tal como decían los textos chinos, masajeara los riñones treinta y seis veces, giraba las muñecas de las manos treinta y seis veces, los brazos de igual manera. Así, los demonios se mantendrían

alejados. Y el abuelo comenzó a sentirse ligero y purificado, a punto de levitar.

Una noche muy clara en que la luna llena le impidió lograr la oscuridad total necesaria, el abuelo tuvo una visión: al iniciar una de sus prácticas de pronto se encontró a sí mismo frente a un hombre moreno, en medio de las ruinas de una hacienda; el individuo llevaba en las manos terrones de adobe que lamía con placer. Mientras su boca producía saliva en abundancia, siete víboras avanzaban hacia él para rodearlo. Al fondo, cerca de la entrada de la hacienda, una mujer lo llamaba con la mano derecha mientras en la izquierda sostenía un alacrán inmóvil, con la cola parada. El hombre, al verla, se quedó paralizado, la mujer parecía flotar a ras del piso. El abuelo era sólo un espectador. De pronto, la mujer se dirigió hacia el abuelo; cuando ella estuvo lo suficientemente cerca, pudo ver que los ojos de la mujer eran dos cuencas vacías. Atrás, muy lejos, un monte calizo en el horizonte se alzó como si adquiriera vida, como un gigante que despertaba frente al hombre inmóvil: era un tigre blanco. Esa noche amaneció agotado y sólo escribió en los cuadernos: *víboras, alacrán y tigre blanco*. Durante varias semanas leyó, obsesionado, textos religiosos hasta encontrar una mención del tigre blanco en un documento muy antiguo: “Los pulmones son el *trigrama kui*, concreción del metal; su color es el blanco; su forma, la de un campanario de piedras sonoras suspendidas, y su genio es el tigre blanco”. Además, hablaba de la existencia de las siete

almas *pocorporales* que corrompen el cuerpo; la correspondiente al tigre blanco transformaba los pulmones en “órganos apestosos”. A partir de ese momento, la tarea primordial era la purificación del cuerpo, sólo así podría unirse al cosmos. Entonces, se propuso practicar todas las variantes posibles pues la gimnasia Zhongli ya no era suficiente.

Me quedé dormida con el cuaderno del abuelo sobre el regazo. Leer aquellas hojas escritas de su puño y letra había suscitado en mi mente una imagen suya bastante clara. Nunca había visto una fotografía de él y, sin embargo, era capaz de visualizar su figura. Quizá debo suponer que tú tampoco lo conociste. Esa noche, papá, estaba feliz por tener cerca de mí a ese nuevo abuelo, aunque sólo fuera a través de sus escritos. No me importaba que él no supiera de mi existencia. Esa noche pensé que, de haber conocido mis sentimientos hacia el viejo, hubieras sentido celos. Recuerdo lo susceptible que podías ser. Teníamos que prestarte atención sin reservas cuando hablabas en la sobremesa: no hacerlo constituía para ti una traición. Empleabas mil recursos para tenernos embelesados, y sin duda lo lograbas: eras parlanchín, sabelotodo, cuenta chistes. Y esa necesidad de atención la extendías a todo lo relativo a tus intereses: había que concordar con tus opiniones, tus lecturas y tus películas preferidas. De un modo extraño nos demandabas querer a tus hermanos más que a los de mamá; tu madre tenía que ser la abuela

preferida. En cuanto al abuelo, tu padre, hoy debes reconocer que nunca estuvo presente, lo tentaron el alcohol y las mujeres y él se dejó llevar. Tú mismo apenas conviviste con él, ¿no es verdad?

Así que, sin tapujos te lo digo, me intrigaba este abuelo recién descubierto. Esa misma noche, antes de dormir, pude imaginar con exactitud cómo era. Lo vi en su recámara. Tenía el cabello muy lacio, entreverado de canas, las barbas escasas y desaliñadas. Los ojos rasgados, muy azules. Las aletas de su larga nariz temblaban al resoplar con fuerza. Obsesionado, sobre la cama tendida o inclinado sobre el escritorio, con su cuaderno enfrente, marcando las letras con números que escribía sobre ellas. Con la punta del lápiz picaba cada letra. Así iba contando, y después cada número lo convertía en otra letra. Casi al azar construía palabras y con ellas elaboraba cuidadosamente los mensajes de Sophie. De nuevo se tendía sobre la cama, apretaba los ojos. Atento a cualquier ruido, miraba el techo, mientras con las puntas de los dedos se tocaba las orejas como si así provocara la aparición de las palabras. Pasaba horas y horas sin poder quitarse a su hija de la cabeza. Lo vi hundido en sus pensamientos, rodeado de libros, como si su cercanía lo dotara de conocimiento, listos para una posible consulta si alguna duda lo asaltaba. Más allá, la estancia se había llenado de platos abandonados con trozos de pan y queso mordisqueados. Una que otra copa, con la huella de sus dedos y restos de vino, descansaban sobre los estantes de la

recámara. Las páginas del cuaderno se abultaban de números y letras, enfilados en cuadros, unidos por líneas en distintas direcciones. De pronto, escribía algunas notas sobre su vida diaria. Todos los martes se dedicaba a hacer la limpieza, muy temprano. Eso le permitía continuar con los rituales los miércoles desde la madrugada. Los domingos, casi siempre, sentía llegar un punto culminante de su búsqueda. Los lunes descansaba.

Esa noche, papá, vislumbré al abuelo con un torso delgado y largo, y un vientre apenas prominente que le daba un aspecto frágil. Esta imagen me producía una gran ternura. Con la mirada perdida, el abuelo se hundía entre letras y números. No le importaba ya nada, sólo encontrar a Sophie. Sus ahorros se habían ido con rapidez en unos cuantos meses. La comida comenzaba a escasear. Por momentos, me veía sofocada por la misma obsesión del abuelo, sólo que cuarenta y ocho años después. Ambos buscábamos a la misma mujer desaparecida. Era por eso que podía entender el nervio con que estaba escrita cada línea, podía oler su tristeza, su adicción a aquellos rituales que representaban su única tabla de salvación.

## CAPÍTULO XVI

El sueño me vencía y, de manera borrosa, recuerdo haber dejado sobre la mesa de noche el cuaderno del abuelo. Pensé en Gusto, deseaba que estuviera cerca. Me sentía inquieta y eso me mantuvo en duermevela.

Espero no perturbarte, papá, por lo que tengo que contar. Sé que ahora me escuchas desde un lugar en donde todo se comprende. No creas que es fácil para una hija hablarle a su padre de algo tan íntimo. Pero necesito que conozcas cada detalle de las vicisitudes que me llevaron al final de esta historia.

Dormía, soñaba con un leve soplo tibio en la nuca. Mi cuerpo estaba de lado, casi bocabajo, con las manos en medio de los muslos. Aquel aliento cálido y suave comenzó a recorrerme la espalda. Lento, muy lento. Era placentero, al

punto de provocarme escalofríos. Quise moverme y no pude. Estaba desnuda. Sentí un peso sobre mi cuerpo. Ese aliento se había deslizado hacia la parte más baja de mi dorso. Su olor era muy penetrante. Siempre me había fascinado el aroma de los hombres cuando hacen el amor. Cada minuto era placentero como una droga. Por momentos sentí su lengua, me lamía tramos cortos en el centro de mi columna. Pensé que aquel sueño era demasiado real y quise despertar. Por mi mente pasó la estampa de Gusto. Quizá nunca se había ido. ¿O deseaba que fuera él? Me sentía como la adolescente que comienza a descubrir el sexo y que le hierve la sangre hasta nublarle la razón. No quería que parara. Continuó hasta mi cóccix, ahí se detuvo y me dio un pausado beso mientras su mano me recorría los muslos, el vientre y las nalgas. Para entonces mi cuerpo sudaba profusamente. De pronto, aquel beso se extendió a lo largo de la espalda hasta alcanzar mis hombros. Pasó por cada una de mis vértebras. Los músculos de mi espalda se contraían a su paso. Me tomó los pechos con fuerza hasta casi lastimarme. Lancé un quejido y, como si fuera una orden, él suavizó su caricia. Imaginaba a Gusto, con el pelo muy negro sobre el rostro. Lentamente el peso de su cuerpo me fue venciendo hasta colocarme bocabajo, casi inmovilizada, mientras me besaba la nuca y me daba suaves mordiscos en el cuello. Estaba muy excitada, no pude evitarlo. Entonces su torso se pegó a mi espalda por completo y sentí su miembro penetrarme, mientras mis piernas se abrían en compás, exigiendo más. Su boca susurraba a mi oído: *je t'aime avec*

*la folie*. Al escuchar aquella voz imaginé que se trataba de Gusto. Los movimientos eran lentos, sin embargo arremetía con fuerza. Quería seguir gozando antes de terminar pero no pude contenerme más. Poco después sentí que me llenaba su semen. Me apretó contra su cuerpo. Traté de moverme pero no me lo permitió. Así me mantuvo un rato largo. De pronto, abandonó la cama de un salto con tal rapidez que, al voltear a verlo, salía ya por la puerta, azotándola. No quise prender la luz. Me quedé ahí, tumbada, sintiendo cómo se empapaba mi entrepierna, gozando. Sólo sentía, no quería pensar. Tuve la sensación de que me despertaba de un sueño. Volví a dormir.

Desperté casi al mediodía. La mucama tocó a mi puerta. Quería asear el cuarto; yo le pedí que regresara más tarde y me trajera un jugo de naranja. Recordé la noche anterior. Me sentía rara y con la sensación de haber hecho algo que era necesario ocultar. Me levanté de la cama y lo primero que hice fue revisar las sábanas. Las manchas de fluidos, todavía húmedas, eran evidentes. ¿Eran míos? Sobre el blanco de la tela había esparcidos algunos vellos oscuros. Pensé en el gesto de la mucama al ver aquello. No podía dejar el lecho así. ¿Qué podría imaginarse? Yo no quería pensar y, sin embargo, pasaban por mi mente preocupaciones absurdas de una adolescente: la mucama pensaría que me había tocado el pubis con insistencia, por eso había tantos vellos oscuros y gruesos, ¿cómo había empapado así la sábana?, ¿sufría yo alguna enfermedad?

¿Por qué me preocupaba tanto? Al final, qué me importaba la opinión de la mucama. Sin embargo, el pudor se impuso y jalé la sábana, sacudiéndola con fuerza. Quedó casi limpia, sin embargo en ese momento mi vista sensible pudo distinguir cualquier detalle sobre el blanco de la sábana y localizó algunos vellos aferrados a su parte baja. Eran distintos a los humanos, mucho más gruesos, diría que peculiares. Los recogí. Cada uno de ellos tenía tres colores: blanco, café y negro. De inmediato recordé el pelambre del Oso, mi perro, ¿lo recuerdas? Tú me lo regalaste y me acompañó hasta que me casé. Tenía esos mismos colores en su pelambre. Me asaltó la idea de Gusto y su leyenda de hombre-lobo. ¿Fue así como estuvo esa noche conmigo? ¿Se transformó allí sin que yo lo percibiera? ¡Qué cosas se me ocurrieron entonces! ¿Te das cuenta hasta dónde llegaba mi cabeza? Había terminado por creer en la existencia absurda de un licántropo. Espero que no te estés burlando de mí, porque tengo que decirte algo más que quizá te lleve a las carcajadas, pero debes saberlo: la idea no me disgustaba. Ahora te lo puedo decir. Al contrario, estaba emocionada. No te rías, por favor. Guardé en mi alhajero aquellos pelos duros, tan largos como la palma de mi mano. Eran mi testimonio, el asidero que me permitía saber que no estaba del todo trastornada.

Esa misma tarde fui a la galería de Rolf Garske. Estaba ansiosa por conocerlo. Caminé por la empinada calle de adoquines que desembocaba en una pequeña glorieta

coronada por una fuente pequeña. Lo distinguí desde lejos, tras los ventanales de la galería, sentado detrás de un escritorio que miraba a la calle. Era un hombre de tez muy blanca y rubio, casi albino. Las cejas, casi inexistentes, parecían borrarse en su rostro. Su apariencia era tan dulce que bien hubiera podido ser la representación de un ángel.

Rolf me recibió con una gran sonrisa al entrar a la galería. Era como si me conociera de mucho tiempo atrás. Se levantó de la silla, de manera parsimoniosa. Se me figuró afeminado, el reverso de Gusto. Antes que yo dijera nada, él afirmó: usted debe ser Mirella. No cabe duda, es como si fuera la hermana gemela de Sophie. Decía recordarla muy bien, a pesar de que cuando la conoció él tenía tan sólo ocho años. A Rolf tampoco le sorprendió mi presencia en Ascona. Apenas habíamos cruzado palabra cuando me dijo que, en cualquier momento, esperaba mi aparición. Tampoco se le hizo raro que le preguntara por Gusto con tanta ansiedad.

Desde ese instante fui consciente de que, de alguna manera, era vigilada, papá. No pensé en personas. Era una sensación que ya había tenido desde mi llegada, pero en esos momentos se manifestó con claridad. Creí entenderlo todo. Me espiaban los descendientes de los veritanos, en cada ventana aparecía alguien que me observaba recorrer las calles. Debían verme como su enemiga. Recordé las sectas secretas que alguna vez llegaron a Monte Verità. ¿No sería que la herencia de sus primeros dueños había permeado la conducta del pueblo?, o, tal vez, de las ruinas

de Monte Verità había surgido alguna comunidad puritana que desconfiaba de los fuereños. ¿Y la amabilidad de Rolf y del doctor Friedeberg sería sólo fingida? ¿O acaso la intención de ambos era salvarme por su amor a Sophie? Pensé en los masones, en sus sistemas herméticos, sus símbolos ocultos, las señas encubiertas, las prohibiciones que se imponían para impedir que se divulgaran sus ritos. Recordé tus incontables lecturas sobre ellos, papá, y cómo te burlabas de sus normas, reglas que te parecían infantiles. Eras tan pragmático que ese mundo debe haberte resultado absurdo, tanto que al mismo tiempo te fascinaba enterarte sobre aquellas cofradías que habían movido al mundo. Viví aquella magia que surgía a cada paso que daba en Ascona. Tuve que reconocerlo, esas vivencias resultaban más reveladoras que cualquier documento al cual me hubiera aferrado antes como una huérfana. En mi cabeza, Ascona se transformaba en una especie de mito al que nadie debía violentar y yo estaba provocando.

Rolf interrumpió mis pensamientos para invitarme a pasar a un pequeño cuarto en la parte trasera de la galería. Algo en la atmósfera me exigía entrar con precaución. De pie, en el centro de ese lugar sin ventanas, me sentí desvalida. Rolf entró tras de mí y de inmediato encendió las luces. De las paredes colgaban pequeños cuadros: eran grabados en blanco y negro. Me acerqué a ellos. En medio de una escena boscosa había un personaje que se repetía en todos ellos: era un hombre-lobo. Aparecía de pie como si así se pusiera

énfasis en su lado humano. La cara estaba cubierta por completo de pelambre. Tenía los ojos oscuros, demandantes, con la expresión de un ser atrapado en un cuerpo ajeno, pidiendo auxilio. El torso dejaba ver, bajo los vellos, una musculatura que no acababa de ser ni la de un lobo ni la de un humano.

El último cuadro era la foto de un joven con sandalias de cuero, calzones largos y una camisola de algodón cerrada al frente con una correa atada a la cintura. Tenía el pelo negro, largo y ensortijado, suelto sobre el rostro. Las barbas alcanzaban su pecho. En la mano derecha llevaba un bastón fabricado con una rama de árbol. Del hombro colgaba una especie de morral tejido. Tenía la mirada absorta. Es Gusto, me dijo Rolf, ¿no lo reconoce? Yo estaba embelesada de ver a aquel hombre tan hermoso. Me emocionó saber que unas horas atrás podía haber sido él a quien imaginé en mi cama. Volví a sentir escalofríos. Sin más pregunté: ¿qué edad tiene Gusto en esta foto? Rolf se apresuró a decir: era muy joven cuando llegó acá, tenía diecisiete años, aunque la fotografía debe ser posterior. Y en seguida, temiendo la respuesta, le pregunté por el año. Eso no lo sé con exactitud, respondió Rolf pero, haciendo cuentas, debió ser en 1908. Me quedé desconcertada. Sólo atiné a decir: Gusto no parece un hombre de setenta años, Rolf, debes estar equivocado. Tú ni siquiera habías nacido. ¿Acaso has visto al Gusto que yo conozco? Rolf soltó una risita burlona, mientras me decía: calma, mujer, sé que Gusto es un ser inquietante. Ya lo

comprenderás. Por ahora no te puedo dar ninguna explicación. Pero el Gusto que tú conoces es el mismo que ves en esa foto. De eso estoy absolutamente seguro. Rió de nuevo.

## CAPÍTULO XVII

Esa habitación, dentro de la galería, comenzaba a estar muy fría y húmeda. Yo tenía el cuerpo adolorido, la espalda me torturaba. Encima de todo, me sentí abrumada por un raro pudor que me invadió: el impulso de confesar. Una parte de mí ansiaba contarle a Rolf, sí, a un perfecto desconocido, que Gusto y yo habíamos tenido un encuentro íntimo la noche anterior. Moría de vergüenza pero también de curiosidad. Deseaba saber si Rolf podía decirme algo que me ayudara a despejar mis dudas. Necesitaba hablar, contarle a alguien lo que me sucedía, aliviar un poco las emociones que se amontonaban dentro de mí, decirle que había reconocido a Gusto por su olor añejo, el mismo que días atrás penetró mi olfato dejando un sello imborrable, un olor cultivado con esmero a lo largo de tantos años de vagabundeo. Sin embargo, la razón me frenó. ¿Cómo contar

aquello en medio de mi confusión? ¿Era Gusto el joven del retrato de principios del siglo XX o el hombre con quien había compartido la cama unas horas antes? Aunque Rolf sostuviera que era Gusto, y me insinuara con su mirada que sabía de mi experiencia con él, la lógica me dictaba que no podían ser el mismo hombre.

¿Era mi mente, sólo mi mente la que me tomaba por sorpresa? ¿Lo que me había ocurrido era un sueño? Sentí un amargo sabor en la boca. ¿Qué me pasaba, estaba enferma de histeria? No tenía ganas de hacer conjeturas. Es natural, me dije, dadas mis circunstancias, mi soledad de muchos meses, Eugenio tan lejos. Pero quiero que sepas algo, papá: a lo largo de esos días, entre esas experiencias disparatadas, siempre estuvo presente Eugenio. Creo que ya lo sabes: Eugenio, durante esos meses, era lo mejor que me había pasado. Aunque nuestro futuro era incierto, había puesto mis ilusiones en él. Quizá por ello mi confusión iba en aumento: Gusto y él competían en mi interior con la misma fuerza.

Tenía los ojos llorosos y el pecho a punto de explotar: en realidad, no sabía qué me pasaba. La diferencia era más que obvia, ¿no lo crees? Aun así tuve que repetirla en voz alta para evidenciar mi ridiculez: Gusto no era ningún jovencito, era un anciano. Y lo peor es que lo amaba con toda mi alma a sabiendas de que atrás de ese hecho imperaba una total sinrazón.

Bajé la cabeza y me senté en la única silla que había en aquella habitación. Estaba nerviosa por ver al hombre-lobo de los grabados. Desde allí, aquel ser me escudriñaba con ojos penetrantes y caninos. Podía sentir su vista llegar a lo más recóndito de mí; yo, en el fondo, deseaba seguir mirándolo, aunque fuera de reojo. Me quedé quieta, observando los grabados largo rato. No sé en qué momento, esas imágenes adquirieron volumen, poco a poco, hasta convertirse en una especie de altorrelieve. Imaginé las manos del artista que moldearon esas fauces y esos colmillos con tanta precisión, las mismas que habían trabajado el pelambre del animal hasta convertirlo en algo tangible para mis ojos. Pasé mis dedos sobre la superficie sólo para comprobar que mi vista no me hacía trampa. Escuché la voz de Rolf muy lejos. Alcé los ojos para buscarlo y lo vi acercarse. Su cuerpo desprendía una luminosidad que me lastimó. Extendió su mano hacia mí mientras escuchaba su voz envuelta en resonancias: ven, Mirella, me dijo, es hora de que vayamos a Monte Verità.

Me levanté sin dudar. Me sentí como una autómatas: era un estado similar al de otros momentos de mi vida en que obedecí sin cuestionar. Si algunas veces antes supe rebelarme en el momento crucial, esta vez no pude. Rolf me tomó de la mano como si fuera una niña. Al salir de la galería observé la calle empedrada que trepaba hacia las colinas. Al fondo, me pareció ver a un lobo con el cuerpo erguido como si caminara sobre las patas traseras. Se detuvo al vernos

mientras abría las fauces. Grité, asustada, y dije: allí está, Rolf, allí está. Él volteó hacia el animal. Es Gusto, me dijo, no temas. No, respondí, es un lobo enorme, una bestia, le he visto los colmillos, eso que veo, eso no puede ser Gusto, dije. El llanto me abatió. Fijé la vista en el fondo de la calle: desde allí el lobo agazapado nos veía. Me rodearon los brazos de Rolf quien sin tregua me repetía que se trataba de Gusto, el de siempre. Era necesario que me calmara. En un tono casi violento me dijo que él no había visto a ningún animal salvaje. Allí sólo estaba Gusto, el que yo conocía, el mismo que había visto la tarde anterior. De nuevo miré hacia el fondo de la calle: ya no había nadie, la bestia se había esfumado de repente.

Seguimos el camino hacia el territorio de Monte Verità. Mi cuerpo no se resistía, avanzaba al ras del piso como si flotara. La mano de Rolf me conducía con suavidad. Oí su voz cerca de mi oído: sonaba como un chillido irritante. Rolf escupía frases ampulosas y ridículas que me perturbaban aún más: iremos hasta ese punto en donde el tiempo ha dejado de existir; te descubrirás a ti misma, hallarás el fondo de tu piel; desprenderás las siete sombras y las siete pieles que te cubren; abrirás un sentido que has ignorado hasta ahora. Serás una sola junto a seres desconocidos y saciarán el hambre más enraizada de sus almas. No debes asustarte por lo que experimente tu cuerpo pues estarás protegida por los dioses.

Sin poder replicar, me rebelaba ante esas frases grandilocuentes y absurdas. Quería enfrentarlo, negarme, pero no podía.

La voz de Rolf fue apagándose hasta que se convirtió en una especie de letanía. De pronto, él se adelantó y comenzó a andar de prisa. Sus piernas delgadas y muy largas avanzaban como zancos. El pelo lacio le caía sobre la espalda y se movía al ritmo con que trepaba. Desde la vereda que ascendía al terreno vi la reja abierta de la antigua comuna. La herrería en *art nouveau* parecía ondular en el aire. Sonrientes, envueltas en telas delgadísimas, varias mujeres nos daban la bienvenida con ojos adormilados. En las manos llevaban enormes anillos de serpientes, ámbar con insectos incrustados, signos indescifrables. Las largas uñas de sus dedos sostenían copas rebosantes de una bebida gris-verde. Con diademas de flores sujetaban sus cabelleras. Alargaban los brazos hasta alcanzar nuestros labios con las copas repletas. Un fuerte aroma a hierbas, parecido al olor de la alcachofa penetró en mi nariz. *Amanita muscaria*, dijo alguien. Después supe que se trataba de una potente droga. Una de las jóvenes tiró de mi cabellera hacia atrás mientras la bebida caía al interior de mi boca. Sentí que mi lengua se adormecía.

De pronto escuché que Rolf invocaba al nombre de Dios: de un golpe me transporté años atrás. Apareció a mi madre Conchita quien me reprochaba haber abandonado la religión. Recordé sentimientos, culpas, malestares; el horror

que ella sentía frente a nuestras señales de agnosticismo. Fueron tiempos de reclamo. Después se agotó. Tú, papá, siempre con una sonrisa en señal de apoyo a tus cachorros, gozabas nuestra rebelión. Pero allí en Monte Verità, en esos momentos, tan sólo en unos segundos, me sentí envuelta por divinidades desconocidas.

¿Quién era Rolf? ¿Por qué me hablaba de Dios como si diera por un hecho que yo era creyente? ¿De qué iba a protegerme y cómo?, ¿por qué seguirlo, por qué creerle? Me sentí más desamparada que nunca. Este Dios no podía ser el mismo del que yo había renegado tanto. Tenía que ser otro el que en esos momentos Rolf me ofrecía como salvador mientras me conducían a someterme contra mi voluntad.

Mis piernas temblorosas daban tropezones. Las lágrimas irritaban mis mejillas. No podía hablar. Percibí que en mi boca se había formado un rictus que me hacía mostrar los dientes y las encías, mientras mi mente fabricaba la imagen de una mueca grotesca que pretendía ser una sonrisa. La hierba, las flores brillaban con tonos estridentes. El rostro de Rolf se distorsionaba. Su cara oblonga se me aproximó como si la viera a través de una gran lupa. A lo lejos, los árboles lucían gigantes y sus ramas colgaban sobre amplios grupos de mujeres y hombres que avanzaban portando antorchas. Sus batones blancos parecían horadar la neblina. Descalzos, bailaban una danza frenética, percutiendo el piso con fuerza. Un solo ritmo se apoderó de sus cuerpos. Impulsaron los torsos en elipses, los brazos ascendían sobre sus cabezas

como venerando al sol. Eran círculos humanos que se deshacían para volver a formarse. Escuchaba retahílas de palabras ininteligibles, una y otra vez. Caras borrosas, risas, lenguas largas, cabelleras enredadas: rubias, rojas, oscuras. Aplaudían con manos enormes, danzaban, se tocaban los unos a los otros. Entre aquellos rostros distinguí el de Mary, la mujer danzante de la otra tarde, a Frieda. De pronto escuché un coro de voces que gritaban mi nombre en una cantinela: Mirella, Mirella, mira, Mirella. Vuelca la cabeza, abre tu cuerpo. Únete al Cuerpo Divino.

Reconocí a los hombres barbudos de cabellos largos, los mismos que se bañaban en la clínica días atrás... De repente, escuché una voz que repetía en mi interior: *Padre Nuestro que estás en los cielos... Santa María, madre de Dios...* De mi boca brotaba abundante saliva. Con las manos iban recogiendo la saliva de la boca de todos y la dejaban caer en platos de cristal. Más tarde, la depositaban en un enorme jarrón... *Dios te salve María...* Vi a cinco mujeres desnudas que resguardaban un recipiente, paradas en semicírculo sobre altos pedestales. En el centro permanecía aquel jarrón venerado... *Llena eres de gracia. Bendita eres entre todas las mujeres...* Quise vomitar al ver los fluidos revueltos en el interior del jarrón. El escenario se repetía muchas veces: varios semicírculos, cada uno con su jarrón al centro: brazos, manos, cuerpos que acudían a depositar sus fluidos de todo tipo en el interior... *Padre Nuestro que estás en el cielo...*

Rolf seguía a mi lado y apretaba mi brazo con fuerza, guiándome. Se alzó un remolino de batones blancos que se enredaban entre sí; abandonaron los cuerpos que cubrían, dejando su desnudez a la vista. Desgañitados, todos esos cuerpos se colocaron a mi lado mientras daban vueltas sobre sí mismos. Eran espas, ríos, ráfagas de muslos que desaparecían a gran velocidad. El viento reseca mis ojos, me ardían, me picaban. Los labios comenzaron a sangrarme. Senos, vientres y penes se multiplicaban, crecían. Viene la Gran Bestia, viene la Gran Bestia. Otros gritaban es Crowley, la Bestia, ¡es Crowley! La cabeza me daba vueltas, la neblina cubría ya el campo. En medio vi a un hombre de cabeza rapada y envuelto en una especie de batón negro, un triángulo blanco bajaba sobre su pecho. De su boca escurría saliva rosada. Vociferaba con voz ronca: puta gastada que has comido tu propia pila de mierda y la escupes, vuélvete a mí, máscala conmigo, Leah. Otros vociferaban en coro: no le escuchen. A él no lo escuchen porque los hará llorar, los hará arrastrarse hasta sangrar.

Quise taparme los oídos, mientras repetía aquellas frases que escuchaba en mi cabeza, casi gritando: *Padre Nuestro que estás en los cielos... escúchame, Padre Nuestro, escúchame...*

Muy quieta, en el centro de ese marasmo, vi a una mujer de pelo negro, muy lacio y largo. Estaba inerte; tenía clavada la vista en el suelo. Rolf me llevaba en dirección a ella. Al acercarnos, vi que sus manos hurgaban en su entrepierna

como para mostrarme su sexo, mientras sacudía sus pechos frente a mi cara. Su mirada era lasciva, hipnotizante. Rolf me jaló frente a él como si mi cuerpo fuera un escudo para resistir el embate del hermafrodita, que comenzaba a restregar su cuerpo contra el mío. Yo estaba desnuda. Rolf, quien seguía detrás de mí, me sostuvo los hombros con fuerza. Me excité sin resistencia alguna, fuera de control. Tenía mucho miedo y, sin embargo, mis piernas se abrieron para recibir el miembro de aquel ser. De su cabellera negra, que le cubría el rostro, surgió su lengua desmesurada. Sus labios descubrían unos dientes afilados. Me lamía el pecho, mordisqueaba mis pezones. De pronto derramó un líquido caliente en mi interior. Cuando sacó su falo, comencé a tener un orgasmo y en los espasmos, a intervalos, arrojaba su semen. Presurosa, otra joven mujer recogía el fluido en un plato para depositarlo en el jarrón mayor. El hermafrodita dio unos pasos hacia atrás mientras se apretaba el pene como si quisiera seguir provocándose placer. Lo jalaba tanto que dejaba ver la vagina que tenía debajo de su miembro. Entonces le grité, le exigí que volviera a penetrarme: necesitaba sentirlo dentro de mí. Me miró con desdén y se alejó hasta un pedestal. Allí abrió las piernas a horcajadas, se presionó con las manos el vientre bajo y expulsó por detrás de su miembro ya flácido una cabeza pequeña: era un felino. El animal lanzó un doloroso maullido. Miré a mi alrededor y me di cuenta que nos acotaba un grupo de jóvenes. Tenía náuseas. Las voces resonaban otra vez en mi cabeza... *Yo pecador me confieso*

*a Dios, todo poderoso...* Cuatro mujeres alzaron con sus manos al felino, ensangrentado todavía, hasta el pedestal que sostenía el jarrón central. Ahí le cortaron el cuello y lo desangraron. Una mujer mezclaba la sangre con el resto de los fluidos. Otras más reían y llenaban los tazones con el líquido espeso; luego de decir una oración y de impartir bendiciones, usaban las palmas de las manos a manera de cucharones y daban grandes tragos. La náusea me invadía por momentos. Apenas podía sostenerme.

En el grupo sobresalía el rostro de Gusto, cubierto de pelos desde la frente hasta la barba. No, no era un lobo. Era él. Fijé la vista y alcancé a ver el pelo que bajaba a lo largo de su torso. Yo ya no era la misma. Gusto sonreía conmigo, pero no estaba segura de que me reconociera. Presenció la escena como si vislumbrara lo que había vivido minutos antes. Sus ojos brillaban y, por primera vez, me sostuvo la mirada. En esos segundos sentí conocerlo desde siempre. Volvió su mirada hacia el hombre del batón negro. Bastó un instante para que la irase apoderara de él. Alzó las manos: unas garras largas y curvas rasgaron el aire hasta alcanzar al hombre y encajar sus filos sobre su cuero cabelludo. Los zarpazos que propinó en su camino dejaron varios cuerpos ensangrentados. En esos momentos no entendí aquella pelea casi mortal entre ellos. Deseaba no estar allí. Sentí que perdía el conocimiento, Rolf me sostenía la cabeza.

Entre ese montón de cuerpos vi a lo lejos a Sophie, sonriendo; Otto, detrás de ella, la tomaba de la mano.

Pronto desaparecieron de mi vista. Te imaginarás cuántas ideas confusas se agolparon en mí, cuántas imágenes circularon por mi cabeza. Mis manos lánguidas tocaban lo único tangible: mi cuerpo. No pude más. Creí ver el rostro de Eugenio que me miraba, también sonreía bajo la espesa barba. Apelé a Dios, a ese Dios que tanto luché por desaparecer de mi vida.

## CAPÍTULO XVIII

Me despertó el timbre del teléfono. Era Eugenio. Lo escuché preocupado, me buscó la tarde anterior sin obtener respuesta. Ahora mismo lo imagino, desesperado, con el auricular en la oreja, dando zancadas en el poco espacio libre de su cuarto, mientras jala bruscamente el cordón del teléfono, que le impide desplazarse a su antojo. En esa mañana singular, especialmente luminosa, su voz tenía un tono de reclamo. No sabía qué decirle. De mi boca salió, tímida, la palabra *perdón* con una voz tan ronca que sentí que no era la mía. Se me ocurrió pensar que me había convertido en una mujer salvaje e imprudente, me reí de mí misma. Callé y esperé que la voz de Eugenio me recriminara. ¿Cómo me atrevía a jugar con lo que me estaba pasando? Lo escuché apenas: ¿qué pasa, Mirella, estás bien?, dijo con voz grave.

Me incorporé sobre el respaldo de la cama mientras palpaba mi cuerpo envarado. Perdón, Eugenio, le dije, pero ayer tuve una experiencia que todavía no me explico... no sé... no creo que pueda explicarla con palabras. La voz de Eugenio me respondió pero se alejaba por momentos, la línea presentaba interferencias, ruidos. Por largos momentos permanecí callada. Me pareció que él había adivinado mi verdadero estado y, con voz consternada, me dijo en tono de regaño: Mirella, ponme atención, creo que lo mejor es que me reúna contigo. Al oírlo reaccioné de inmediato: no, Eugenio, ahora no puedes venir, necesito seguir yo sola. Titubeé mientras agregaba: serán sólo unos días. Vino un silencio. Con premura, agregué: sabes, cariño, que te extraño y te necesito, pero tengo el presentimiento de que si vinieras junto a mí... creo que no alcanzaría eso que tanto deseo, encontrar a Sophie, saber qué pasó. Escuché su voz resignada y molesta al mismo tiempo. Me arrepentí. ¿Por qué le dije eso? No lo sé. Eugenio se despidió: Mirella, ten cuidado, volveré a llamarte en unos días, voy a viajar por varias ciudades de Alemania, creo que encontré algo que te puede ayudar. Y cortó.

En mi mano, sostuve el auricular mientras la línea telefónica dejaba de oírse. Estaba aturdida. Volví a esconderme bajo las cobijas. Fijé la vista en el cuadro de la pared: unas flores disecadas, puestas con esmero sobre un fondo aterciopelado como si así se hubiera preservado su belleza para siempre. Me hundí en una especie de vacío

durante muchas horas. Al despertar, observé sobre la mesa de noche los cuadernos del abuelo Johan, abandonados, como si esperaran un destino ya escrito. Todavía hoy me preguntó cómo llegaron a manos del doctor Friedeberg. Nunca lo supe. En esos momentos sentí que eran la pista para alcanzar un objetivo. No debía descartarlos antes de tiempo. Abrí la primera página y me detuve en el nombre de Grinzig, Austria, el pueblo en donde el abuelo escribió esos diarios. Me asaltó una corazonada: ¿y si viajaba a Grinzig? ¿Por qué no? Era la casa en donde nació Sophie, allí mismo, en donde vivió las primeras caricias de su madre y, sin duda, también padeció el primer episodio hostil de su corta vida. La imaginé apenas sostenida en pie por sus delgadas piernas mientras enjugaba las lágrimas que rodaban por las mejillas mientras enseñaba a su madre, casi como un trofeo, el primer raspón, sucio y sangrante, que sufría en la rodilla. ¿Fue así? ¿Alguna vez imaginaste el pasado de mi abuela? Tal vez preferías no hacerlo, era mejor ignorar, negar. ¿Lo lograste, papá? Mientras, la angustia, como un ropaje nuevo, se apoderó de mí. Temía que el inquietante mundo que descubría cada día se diluyera sin aviso y para siempre. No alcanzaba a comprender que lo que mi mente y mi cuerpo habían vivido esos días eran ya parte indisoluble de mi memoria, de mi ser.

Ese mismo día viajé a Austria. Tras un recorrido en tren de más de tres horas me hallé en el domicilio de la familia Lenz. Toqué la puerta, al abrirla me topé frente a frente con un

hombre bajito, de cara mofletuda y un vientre que descansaba, desbordado, sobre el cinto de su pantalón. Tenía el pelo castaño, un tanto grisáceo; las cejas rubias casi transparentes y los brazos pequeños y regordetes. Aunque su rostro era afable, me miró con extrañeza de inmediato. Después, la expresión de su cara pareció congelarse; en unos cuantos segundos la piel de su rostro me dio la impresión de ser de cera. Le pregunté por la familia Lenz. Me dio la mano con un gesto enérgico y me contestó: sí, sí, claro, aquí es. Soy Peter Leinman, mi madre era Elisabetta Lenz. Fui a Grinzig con la sospecha de que cometía una locura al creer que me toparía con algo importante: en aquel momento, al escuchar la afirmación de Peter, me abrumó un sentimiento de felicidad. No esperé más para preguntar por el abuelo Johan y su hija Sophie. Sí, esta era su casa, me respondió Peter, con un tono que denotaba entusiasmo. Yo soy su único heredero. Pero pase, por favor, ¿en qué puedo ayudarle? Entré. En las paredes del vestíbulo había estantes repletos de libros. Se respiraba un olor de hogar, cada detalle parecía cuidado con esmero. Sobre una mesa baja había numerosas fotos enmarcadas. Supuse que entre ellas estarían las de Johan, la abuela y Sophie. Tuve el impulso de preguntar pero me contuve.

Te confieso, papá, que la posibilidad de saber más, de estar cerca de la verdad, del encuentro con Sophie, me confrontaba con el mundo real. Me daba cuenta de que había vivido en una especie de ensoñación por demasiado

tiempo. Tenía la sensación de ser una intrusa, sin ningún derecho a estar ahí, a indagar. Me planté frente a ese hombre que me veía de manera condescendiente y le dije, con una sonrisa: señor Peter, yo soy hija de Sophie Lenz. Luego, nerviosa, incliné la cabeza. Temiendo una respuesta negativa, quizá violenta, me apresuré a informarle: soy Mirella Arteaga. Abrió los ojos: la interrogante en ellos, el susto, la duda. Pero no le permití hablar: sé que esto le debe sonar poco creíble, pero no vengo a pedir nada, sólo tengo el deseo de conocer la casa en donde vivieron mi madre y mis abuelos.

El hombre, en medio de su asombro, tartamudeando, me dijo algo así: ¿uu... usted es hija de Sophie? Abrió los ojos como si quisiera recordar algo enterrado en su memoria, bajó la cabeza y se la tomó entre las manos. Al volver a mirarme, agregó: la recién nacida que dejó eella... la, la tía, en la comuna? Buscó mi respuesta, yo sólo atiné a mover la cabeza afirmativamente y me pidió con amabilidad: siéntese, por favor. Caminó con pasos cortos y nerviosos mientras me ofrecía algo de beber. Tomó asiento frente a mí, suspiró aliviado y, retomando el aliento, me dijo que su madre me había buscado desesperadamente. Me veía los labios. Frunció el ceño, luego me miró las manos, me dijo: ¿me permite? Las extendí frente a sus ojos. Con timidez las tocó y luego sonrió, como si con ello me reconociera. Lo vi confundido, parecía no saber por dónde comenzar su relato. Me contó acerca de la desaparición de Sophie. A la mitad del

relato hizo un gesto con la mano, se frenó y agregó, titubeando, que aquello había trastornado al abuelo. Él, mi abuelo Johan, ¿sabe?, así se llamaba, supo lo que había sucedido a Sophie por los periódicos, había sido un escándalo, no sólo en Ascona sino en todo el norte de Europa de donde eran originarios muchos de los miembros de la comuna. Otto y Sophie eran austriacos y la noticia cundió allí, en Grinzig. Mi madre, Elizabeth, dijo Peter, decidió venir a vivir con el abuelo, pues temía lo peor. Ambos estaban desesperados y decidieron ir a Monte Verità, a averiguar por sí mismos lo que le sucedió a Sophie. Sin imaginar lo que encontrarían, se fueron esperanzados. Al arribar a la comuna, pronto constataron que algo grave había ocurrido. Nadie quería hablar, estaban en guardia. Sólo les dijeron que a la niña se la habían llevado a otro sitio para su cuidado. Yo creo que los engañaron, no lo sé, me dijo Peter. Los dueños, Ida y Henry, decidieron vender Monte Verità y fueron a buscar otro paraíso al Brasil. Poco después, mi madre supo que se habían llevado a la niña con ellos. Y lo único cierto fue la imposibilidad de encontrarla. Entonces vi en el rostro de Peter el gesto de quien recuerda algo que pasó hace demasiado tiempo.

Peter siguió la plática, entusiasmado de que yo lo escuchara. Varios años después de la desaparición de Sophie nació yo, me dijo, y mi madre Elizabeth murió en ese parto, así que me quedé aquí, en esta casa, con mi padre y mi abuelo. Para esas fechas, la salud mental del viejo estaba

seriamente quebrantada. Peter detuvo su recuento y entonces hizo una pregunta que me causó mucha gracia: ¿pero entonces usted es brasileña? Reí, explosiva y le contesté: soy mexicana, recién supe que Ida y Henry me dejaron en su paso por México, durante una escala en Veracruz. Después continuaron su viaje a Sudamérica. Apenas tengo idea de esa historia, le dije, como para poder contarla. Eso me recordó los tres cuadernos del abuelo Johan, que traía en mi bolso. Tuve el fuerte impulso de sacarlos y dárselos a aquel hombre. No sé por qué, papá, pero tenía la sensación de que era a él a quien pertenecían, más que a mí. Él amó al abuelo. Al oírlo hablar, percibía en su tono, en sus gestos, que ese hombre era tan huérfano como yo.

A esas alturas, después de mis experiencias en Monte Verità, sentía una especial disposición no sólo a comprender a los protagonistas de mi búsqueda sino a sentirme parte de ellos. Esos días me dieron, más que nunca, la capacidad de percibir la desbordante necesidad de los habitantes de la comuna de cambiar al mundo y, por lo tanto, su gran simpatía por todo aquello que fuera contra los racionalismos, contra las acendradas normas sociales y morales.

En la casa en donde nació Sophie, en donde habían vivido el abuelo y la abuela, parecía respirarse aquella inquietud que alguna vez movió con fuerza a los veritanos. Al estar en ese entorno, pensé, podría comprender las pasiones del

abuelo. Al mirar los libros se me antojaba abrir cada uno de esos tomos para empaparme con las mismas ideas que lo contagiaron y lo llevaron a buscar a Sophie a través de sus rituales esotéricos.

Peter me invitó a recorrer su pequeña vivienda. Éste fue el cuarto del abuelo, me dijo, lo he conservado como él lo dejó. Agregó: mi padre decidió conservarlo así, después yo hice lo mismo como una forma de respetar su memoria. De cualquier forma es un espacio que no necesito, ¿ya lo notó? Soy un solterón, comentó con melancolía. Vi su mirada en lontananza. El abuelo, disculpe, nuestro abuelo contaba historias fantásticas como si las hubiera experimentado en carne propia, comentó Peter, ensimismado. ¿Sabe?, éste es mi lugar preferido para leer.

Al entrar a la recámara sufrí un tremendo escalofrío. No había ninguna cama. En el suelo estaba pintado un círculo blanco, casi perfecto, en cuyo centro, un tanto desdibujada, había una estrella de 5 picos; después Mirella sabría que se trataba de una estrella flamígera, usada por los esotéricos. Una estrella protectora y de sabiduría divina. Recordé las páginas del diario donde el abuelo describe esa escena. Sí, claro, recordé con estupor: éste es el lugar preciso en donde él inició su peregrinaje y recordé cómo lo dejó descrito en largos y obsesivos párrafos. Fue así como comenzó a escudriñar en los libros religiosos y científicos, pensé. Recordé que su escritura, al avanzar hacia el final de esos cuadernos, parecía estar signada por algún trastorno. En

algunos pasajes de su relato cambiaba de letra como si fuera otra persona, a veces temblorosa, y repetía, una y otra vez, las mismas disertaciones. Largas listas de palabras o de números a los que trataba de encontrar sentido o con los que construía mensajes. Casi no dormía. Pronto dio con la teoría acorde, perfecta, para saciar el deseo imperioso de encontrar a Sophie. Se aferró a los estudios que consideraban la existencia de zonas precisas en el espacio terrestre por las que, de manera desconocida, una persona podía ingresar a otra dimensión para emerger en un sitio y en un momento distintos. Mejor, imposible. El abuelo pudo así buscar a su hija dentro de su propio cuarto, con la fe inquebrantable de que tarde o temprano la encontraría. Esas teorías fascinantes, que fusionaban ciencia y religión, eran justo lo que necesitaba para iniciar una nueva etapa en su búsqueda. El entusiasmo podía sentirse en sus frases. Ya no importaba mucho cuál de esas creencias podía serle útil. Se llamaran como se llamaran, él estaba dispuesto a encontrar a Sophie aunque tuviera que recorrer la tierra entera. Se llevaría las normas y los rituales consigo, a otros lugares, a cualquier lugar, aunque ello representara un cambio rotundo de hábitos y de obsesiones. Trataba de imaginar a ese abuelo: quería hurgar en las profundidades de su mente, verlo listo para recorrer miles de kilómetros. Y Johan dejó muy bien subrayado que, en adelante, los rituales debían aplicar estrategias diversas y, sobre todo, practicarse de manera impecable. Miré el dibujo sobre la duela de madera, ese círculo blanco con una estrella sobre

el que el abuelo Johan se acostaba a soñar. Peter parecía adivinar mis pensamientos y me sonrió con un gesto de complicidad, yo le guiñé un ojo como si cerráramos un pacto secreto.

Esa tarde, en el cuarto del abuelo, pensé que era justo que Peter supiera de la existencia de los diarios. Los saqué de mi bolso y los apreté entre mis brazos. Los coloqué sobre una mesa y, con la palma de la mano sobre ellos, le conté a Peter lo que había leído en las primeras páginas. Le hablé sobre la serie de rígidas normas que el abuelo se imponía como ritual para que el encuentro con Sophie se produjera. Suiza era el lugar seleccionado para iniciar el recorrido: era una zona de magnetismo especial para los geólogos desde entonces. El abuelo había trazado un plan muy preciso. El recorrido tendría la forma de una serpiente que se muerde la cola, es decir, un camino que volvería sobre sí mismo de manera infinita. En algún lado había encontrado ese símbolo proveniente del imaginario de los gnósticos, lo llamaban *Uruborus*. ¿Alguna vez te habló sobre esto, Peter?, le pregunté, señalando el mapa de Europa en que el abuelo dibujó aquella extraña figura. Peter negó con la cabeza. Yo continué: el viejo anotó en su cuaderno las claves que le permitirían determinar aquellas ciudades específicas en donde podría concretarse el encuentro con su hija Sophie. Mientras, yo seguí el relato: así, las ciudades propicias, de acuerdo a sus peculiares métodos de consulta, serían las que estuvieran al lado izquierdo de su trazo. Debían ser lugares

con muy pocos habitantes, pues la energía negativa provocada por las aglomeraciones podría dificultar el encuentro. Formuló una serie de reglas que tendría que cumplir con rigor. Así, surgieron las primeras cinco poblaciones a visitar: Aachen, Koblenz, Mainz, Mannheim y Stuttgart.

Enseguida estableció las reglas que él mismo debía seguir. En su equipaje llevaría sólo lo indispensable, algunos libros de matemáticas, una tabla de algoritmos y una regla de cálculo. Permanecería el mismo tiempo en cada una de las poblaciones. Siempre viajaría en tren, concretamente en la ventana derecha de la tercera fila, asiento que mira en la dirección en que avanza el tren. Si no encontraba disponible ese asiento, no viajaría. El abuelo relata a lo largo de muchas páginas el cumplimiento de sus reglas: nunca esperó el vagón sobre el andén sino dentro de la estación: de espaldas a las vías. El sonido y la vibración le indicarían el arribo. Esta disciplina afinaría la destreza necesaria para cumplir la regla siguiente, quizá la más peligrosa: esperar sólo dos minutos antes de virar hacia el tren, subir al vagón y dirigirse sin distracciones a su asiento. No hablaba con nadie, no cruzaba la mirada con ninguna persona. Fijaba los ojos en la parte superior del asiento de enfrente. Al llegar a la estación, esperaba hasta el último momento para tomar sus cosas y bajar de un salto al andén.

Peter me observaba azorado, con la boca entreabierta. Quería decirme algo, pero al final sólo gesticulaba. De

pronto, me palmeó la mano para que lo dejara hablar. Me dijo, emocionado, que él tenía noticias de algunas de las cosas que yo acababa de contarle. Recordaba las historias incoherentes del abuelo, como ésas del tren, historias que en ese entonces ni su padre ni él entendían.

Me senté en la mecedora del cuarto y le pedí a Peter que se sentara en una silla frente a mí. Y le dije, mientras le entregaba los diarios: quisiera, Peter, que me hiciera un enorme favor. Estos cuadernos pertenecieron a su abuelo. No me pregunte por ahora cómo es que llegaron a mis manos. Sé que le pertenecen y creo que debe quedarse con ellos. Pero me gustaría que leyéramos juntos las últimas páginas, que yo no conozco. ¿Estaría de acuerdo? Asintió con la cabeza y miró los cuadernos como si fueran un juguete nuevo.

Peter comenzó a leer en la página que yo le indiqué. Al escuchar los escritos en voz de aquel hombre desvalido, la imagen del abuelo ocupó mi mente, tan intenso era aquel relato. Contaba el abuelo que, desde su primer viaje en tren, había encontrado serias dificultades para cumplir con las reglas que se impuso. En su camino se cruzaba con numerosas personas impertinentes que le hablaban por cualquier cosa. Llegó a pensar que la decisión de no moverse provocaba en los demás una gran curiosidad y el deseo imperioso de acercarse a él. Mientras aguardaba el arribo del tren para abordarlo, una pequeña de nueve o diez años se le acercó y le dijo: hola, Johan, hola, hola. Al oír que lo

llamaban por su nombre se puso nervioso y procuró no mirar a la interlocutora. Pero la pequeña insistió: hola, señor, hola, hola, señor, señor, ¿que no me oyes?, le dijo mientras le jalaba el pantalón de forma grosera. De reojo, él vio cómo la niña le sacaba la lengua y le hacía muecas de una majadería inusitada. Él hizo un esfuerzo enorme por permanecer quieto; incluso cerró los ojos para concentrarse. Cuando menos lo esperaba, la niña le asestó un puntapié en la espinilla. Al abrir los ojos, la mirada del abuelo Johan se cruzó con ella, quien parecía burlarse a sus anchas. En ese instante, el abuelo creyó ver, en los ojos de la niña, los de Sophie. Sorprendido, trató de tocarla; ella salió despavorida y él, tras sus pasos.

La pequeña se refugió en la cafetería de la estación. Al entrar, el abuelo se dio cuenta de que no había clientela: sólo algunos meseros que limpiaban las mesas. De la niña no había la menor señal. Había desaparecido. Recorrió el lugar, incluso buscó en los baños. Nada. Alertado por la extraña conducta que el abuelo provocó, el personal le impidió el paso a la cocina. Derrotado, regresó al andén a proseguir sus reglas y tomar el tren que estaba a punto de partir. Se sentía muy agitado. Con premura hizo un repaso mental de las reglas, para poder regresar al vagón. Ocupó su asiento. Respiró profundamente y cerró los ojos para evitar que nadie más le hablara. Muy pronto entró en un estado de ensoñación. Entonces creyó ver a Sophie, muy pequeña, que le hablaba: papá, te he estado esperando y ahora que te

encuentro, te vas. Junto a ella, inmóvil, estaba sentado un tigre blanco, muy quieto, que parecía la obra de arte de un taxidermista. La niña reía con fuerza. En los cuadernos el abuelo escribía entusiasmado: ¡al fin las energías que puse en marcha me han llevado hasta ella casi sin darme cuenta!

No le cabía la menor duda: había hecho contacto con su hija y con el pasado. Pensó en reconstruir los pasos que por azar lo llevaron a ese pliegue en el tiempo. Sería preciso recordar hasta el menor detalle de ese día y establecer rutinas similares en el futuro. Por lo pronto no encontró más que un referente. Esa mañana había salido de prisa del hotel, con el temor de no poder cumplir el ritual. Al final había resultado perfecto. Sin embargo, recordó que, contra lo acostumbrado, no traía puesto su saco negro. Pero, ¿qué tenía eso que ver? No era más que una casualidad... ¿Y si había sido ese detalle el que había detonado todo? La obsesión se apoderó otra vez de él. La posibilidad existía. Deseaba comprobarlo pero no había tiempo. Lo pensó un poco pero su decisión fue rotunda, no volvería a usar el saco negro.

Peter detuvo la lectura y me preguntó: ¿quiere usted que continúe? Por supuesto, le contesté, usted no se imagina lo especial que es para mí estar aquí, en este lugar, escuchando las palabras del abuelo en la voz de usted, Peter, se lo agradeceré por siempre. En ese instante, me sentí como si estuviera junto a un hermano con el que me encontraba después de muchos años. Pensé en Ramón.

Peter siguió leyendo con lentitud, como si estuviera poseído por el espíritu del abuelo. El viejo decía sentirse agotado por tantos viajes y por todas las reglas a cumplir. Comenzó a abandonarlas. En un viaje, Johan se atrevió a mirar detenidamente a un anciano sentado al otro lado del pasillo. Era ciego. La barba blanca, larga y rala, el rostro delgado, pómulos salientes y cuencas profundas. Le impresionó su estatura y, sobre todo, le llamó la atención su vestimenta: un batón gris y arrugado que portaba con elegancia. El abuelo se sintió incómodo: le dio prurito ver los manchones de mugre sobre el pantalón blanco. Miró los choclos de piel gastada que dejaban asomar unos pies secos y deformes. Los asientos contiguos al ciego estaban vacíos. Johan se sintió como un niño travieso, libre de ser indiscreto, pues el ciego no podía saber que lo observaba. Escuchó la voz cascada del ciego: ¿podría usted ayudarme a tomar la botella de agua que traigo en mi mochila? Peter leyó esto con voz de anciano. El gesto resultaba especialmente gracioso viniendo de una persona tan tímida. Él se daba cuenta de ese hecho; entonces me vio de reojo y me regaló una larga sonrisa. Continuó leyendo.

El abuelo no quiso contestarle al viejo invidente. Se limitó a alcanzar la botella de agua y dársela. De nuevo, resonó la voz de Peter imitando al ciego: gracias, muchas gracias, veo que usted me oye con claridad pero no habla, quizá usted es tan mudo como yo soy ciego, así que podemos sentir que somos uno para el otro, por lo menos durante este trayecto.

Me gustaría ayudarlo, si le hace falta. Mientras el ciego decía esto, sus ojos parecían fijos en el abuelo, se preguntó, ¿de verdad era ciego?, ¿para qué querría engañarlo? A lo mejor se trataba de un enviado cuya misión era alejarlo de Sophie, un miembro de esas sectas misteriosas de las que ella habló antes de irse a la comuna. Sí, ¡cómo no se le había ocurrido antes! Aquel hombre buscaba que él rompiera sus reglas para que así perdiera a su hija para siempre. No sabía qué hacer. Comenzó a sudar. Varias personas circularon por el pasillo sin que el ciego se inmutara. El abuelo no pudo más. Se levantó del asiento sin hacer ruido y se alejó. El ciego dirigió su rostro hacia Johan y le dijo: ¿a dónde va usted, necesita algo? No deje de pedirme ayuda si la requiere. Johan continuaba asustado y, de nuevo, no respondió. Se dio la vuelta para regresar a su asiento. Sólo atinó a darle al ciego una palmada en el dorso de su mano. Luego ambos permanecieron en silencio un buen rato.

El ciego continuó: su trayecto es tan largo como el mío. Debe ser difícil no poder conversar, lo comprendo. De nuevo la respuesta fue una palmada en la mano. Pero el ciego, inconforme, añadió: quizá pueda ayudarlo aunque sé que, al final, mi respuesta a sus inquietudes puede no ser de su agrado. Esta vez Johan se quedó inmóvil. El viejo le insinuaba algo con ese lenguaje ambiguo. El tren avanzaba con rapidez. Pensó en el trazo de su recorrido. Sacó el mapa de su bolsa y revisó la ubicación del último pueblo que había visitado. Se dio cuenta de que la línea del trazo de la

serpiente pasaba justo por el centro de ese lugar. No podía afirmar con seguridad si éste se encontraba del lado izquierdo de la figura. Pensó que ese error en el trazo podría ser la causa que le que permitió encontrarse con Sophie. En medio de sus cavilaciones oyó decir al ciego: no es necesario que se agote tanto en buscar a su hija. Usted la encontrará tarde o temprano. Johan apretó la mano del ciego. Un tremendo cansancio se apoderó del abuelo, sintió que los ojos se le cerraban. Cuando despertó, el ciego continuaba en su lugar con los ojos muy abiertos, en la misma postura que tenía antes, giró el rostro en dirección a él y le dijo: ¡vaya, vaya!, ha dormido como un niño, hace mucho tiempo que no veía a nadie hacerlo tan profundamente como a usted. La mayoría de las personas perdemos la tranquilidad al soñar, entre más profundos, los sueños pueden ser más inquietantes. Es una queja que he escuchado. Me gustaría saber qué soñó, ojalá pudiera contestarme. El abuelo estuvo a punto de hablar y romper una de sus reglas. La respuesta era tan sencilla: sólo recordaba haber regresado de una especie de pozo profundo en donde lo inquietante era ese vacío que sintió durante algunos segundos, al despertar.

Los gritos agudos de una niña llamaron su atención. Venían del vagón de atrás. La niña atravesó el pasillo y pasó junto a Johan y el ciego para luego desaparecer tras la puerta del siguiente vagón. Mamá, mamá, papá, papá, gritaba sin parar. Era la misma niña de la estación, claro: era Sophie de nuevo. Esta vez, pensó el abuelo, no podría desaparecer. Se

levantó de inmediato. Si estaba en lo correcto, los padres que esa niña buscaba tenían que ser él mismo y su mujer. Siguió el camino de la niña, alcanzaba a oír su voz. Avanzó con cautela. Detrás de él, el ciego le dijo: ¿está seguro de que quiere encontrarse con lo que está del otro lado de esa puerta? Se detuvo, miró al ciego por un segundo y siguió su camino. Al final del vagón, en el pasillo, la niña brincaba y hacía gestos frente a una pareja sentada a la que apenas alcanzaba a ver. Al avanzar, los rostros de la pareja comenzaron a definirse. De pronto los distinguió con claridad. Primero vio a su esposa, a la mujer que había amado toda la vida, con su pelo castaño sobre los hombros y la misma sonrisa de veinte años atrás. Con temor, fijó su mirada en quien se encontraba junto a ella. Se vio a sí mismo, más joven, con ese peculiar bigote que solía usar cuando rondaba los treinta años. Los jóvenes padres trataban de calmar a la niña. Johan pasó junto a ellos. Como si no existiera, no se volvieron a mirarlo, para ellos él no existía. Quizá Sophie, con lo inquieta que era, les exigía tanta atención que ellos no tenían ni ojos ni oídos más que para ella. Así solía comportarse el joven matrimonio cuando Sophie era pequeña. En la siguiente estación Sophie y el otro Johan, el joven padre, se bajaron del tren. Se despidieron con cariño de la madre, quien agitaba un pañuelo desde la ventana mientras les decía: nos veremos pronto, Sophie, obedece a tu padre. El abuelo sintió un escalofrío al recordar aquella escena de su pasado. Con timidez se sentó junto a su esposa. Tenía miedo de hablar con ella y que se rompiera el

encanto. El ciego se acercaba con el bastón en la mano. Al pasar junto a la pareja se detuvo unos segundos. Iba a decirles algo pero, por alguna razón, se arrepintió y regresó a su asiento. Al abuelo le producía espanto y al mismo tiempo fascinación estar junto a la mujer que tanto amó, ver de nuevo su rostro. ¡Qué perturbador era haberlas encontrado y saber que debía dejarlas ir! Sí, a Sophie y a su mujer. No imaginó la trampa en la que se encontraba. Debía renunciar a ellas, era injusto trastocar su destino, algo terrible podía ocurrir si él intentaba hacerlo. Decidió volver a su lugar. Estaba próxima la estación en donde cambiaría de tren. Al levantarse del asiento no pudo evitar que su mano rozara la de ella. Una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo. Logró reponerse y se dirigió a su asiento, sin voltear. Quince minutos después el tren llegó a la estación. Tomó la maleta. El ciego bajó detrás de él. Cuando el tren partió, miró hacia la ventana detrás de la cual era posible ver a su mujer... pero no, nunca más la vería con vida. Tal y como había sucedido años atrás.

Johan se hospedó en el único hotel del pueblo. Se retiró al cuarto de inmediato. Al día siguiente, como era su costumbre, a primera hora compró el periódico. Adivinaba la noticia que vería en primera plana. El tren en el que había viajado se descarriló la noche anterior. No había sobrevivientes. El dueño del hotel le ofreció llevarlo al lugar del accidente, no estaba lejos.

El panorama era desolador. El tren volcado parecía un esqueleto ennegrecido y humeante como si diera sus últimos respiros. Se vio a sí mismo junto a las vías del tren, muy joven, con Sophie tomada de su mano, ambos con el susto en los ojos, mirando con fijeza los restos del accidente. Al lado de la niña, Johan esperaba que les entregaran el cuerpo calcinado de su mujer. No fue así. Los llevaron de regreso al pueblo. Al otro día les entregaron una caja. Johan nunca creyó que fueran los restos de su mujer.

Después decidió regresar a la casa familiar y reiniciar la búsqueda con sus propios medios: el esoterismo. Al perder a su mujer Johan inició sus rituales, después se resignó y consagró su vida a la hija. Por eso, cuando Sophie se fue de la casa paterna, se propuso encontrarla con los mismos métodos.

Después del accidente de tren, reflexionó: era muy arriesgado seguir viajando. Decidió regresar a su casa y pensó que nunca debió haberla abandonado. La misma noche en que llegó se encerró en la habitación e inició el viejo ritual con exactitud. Se acostó sobre la cama y entró en el estado de ensoñación que tanto había practicado. Sintió que su cuerpo se sacudía y algo parecía elevarlo por el espacio, abrió los ojos y se vio tendido sobre el colchón con brazos y piernas abiertos cuyos extremos tocaban un círculo luminoso formado a su alrededor. De su ombligo brotó un haz de luz que tocó su mirada y lo cegó. Su cuerpo tendido en la cama de pronto se transformó en algo líquido y luego

gaseoso que ascendió hasta toparse con el techo de la recámara y fusionarse con él, quien observaba.

Aquí termina el relato, me dijo Peter. Su voz sonaba temblorosa, como si la emoción le impidiera hablar. Se detuvo a tragar saliva, se tomó el cuello con la mano y comentó que esa última imagen descrita por el abuelo le recordaba el ritual que el viejo llevaba a cabo cada noche antes de dormir. Muchos meses atrás, antes de que se lo llevaran al manicomio, había sacado la cama del cuarto y trazó un círculo en el piso. Allí se colocó desnudo todas las noches, boca arriba, con brazos y piernas extendidos y abiertos. ¿Usted lo sabía?, me preguntó Peter.

## CAPÍTULO XIX

Al ver mi gesto, Peter se disculpó de inmediato: no me malinterprete pero es como si, de golpe, hubiera regresado a un momento muy triste de mi infancia. Continuó: era sólo un niño y me enfrentaba a la pérdida de mi abuelo, mi compañero de juegos. Fue en esos días en que se lo llevaron a la fuerza. ¿Se imagina? Y esa descripción del abuelo en el cuaderno, esa imagen en el último párrafo, yo la contemplé cientos de veces, Mirella, créame, nunca me la pude sacar de la cabeza. En alguna momento, el abuelo comenzó a cambiar, sobre todo conmigo. El viejo se desesperaba, gruñía. Dejó de contarme sus historias, dejó de hablar, se aislaba en su cuarto, apenas comía. Me entristecí, me dijo, y a pesar de ello no dejé de estar atento a sus necesidades. Sólo de vez en vez, cuando le mostraba algo de comer, él emergía de su ensimismamiento. Tomaba el alimento

aparentando descuido; otras veces, resolvía el asunto a regañadientes. Algunas tardes dejaba la puerta abierta. En el fondo creo que le daba igual, comía por sobrevivir. Para él, era como si no existiéramos. Entonces lo veía tendido en medio de ese círculo blanco pintado en el suelo. Así durmió cada noche hasta que se lo llevaron. ¿Rareza, extravagancia? Pasé años tratando de entender su conducta. Al final opté por aceptarla. En una ocasión, antes de que empezara a dormir a ras del suelo, lo vi salir. Malencarado. Luego regresó al cuarto, tomó el colchón por una de sus esquinas y lo arrastró hasta el corredor. Resoplaba con fuerza. Logró subirlo sobre el barandal de la escalera y desde allí lo dejó caer a la planta baja de la casa sobre la pequeña salita. Yo, siguió Peter, miraba al abuelo desde mi lugar, en silencio, muy asustado pero muy cerca del abuelo. Enseguida asomé la cabeza entre los barrotes del barandal y alcancé a ver cómo caía aquel peso muerto sobre la mesa de centro. Observé cómo saltaban por el aire los pedazos de la porcelana de mamá. Escuché el estruendo del florero y no supe por qué pero me dio mucha risa. Estaba muy nervioso. Mi mente infantil se convencía de que todo era un juego del abuelo, riesgoso pero divertido, aunque en el fondo mi corazón latía asustado. Un grito de mi padre me puso en guardia. Aquello no era un juego. Como si nada sucediera, el abuelo regresó a su habitación, levantó la base de la cama para sacarla de la recámara hasta el pasillo y allí la soltó, la miró y la empujó muy fuerte como si quisiera incrustarla en el muro. Yo me trasladaba, siguió, de un lado al otro del

pasillo, procurando no estorbarle. Ingenuamente, quité una maceta que le dificultaba esos esfuerzos. El viejo siguió sacando cosas de su cuarto y tirándolas al piso de abajo. Yo tenía un miedo espantoso, me quedé en mi lugar sin chistar. Los gritos de mi padre desde la cocina resultaron inútiles: el abuelo no escuchaba. Actuaba como si debiera llevar a término su tarea lo más pronto posible. Apresurado, tomó una tiza blanca de su escritorio, trazó un círculo en el piso y, en su interior, dibujó una estrella cuyos picos tocaban la orilla. Revolvió sus libros hasta dar con uno en especial. Lo miró hipnotizado. Leyendo entre dientes revisaba una hoja tras otra. De pronto volteó a verme con furia. Creí que iba a vociferar contra mí, que me largaría, pero no fue así. Estuve a punto de salir despavorido cuando me di cuenta de que no era a mí a quien veía sino algo detrás. Regresó al libro. Fijó su mirada en él sin cambiar de página y después de un largo rato cerró los ojos. Me acuclillé frente a él con cierta distancia. Miré cómo se arrancó el suéter, rompiéndolo; luego se desgarró la camisa, esparciendo los pedazos de botones por el piso. Con la vista clavada en el libro, balbuceaba algo que mis oídos de niño no alcanzaban a descifrar. Se desabrochó el pantalón y se deshizo de él lanzando patadas al aire. La ropa parecía estorbarle. Al final se quitó los calzoncillos. Y así, desnudo, con los genitales colgantes, se colocó en el centro del círculo, acostado boca arriba con los brazos y las piernas abiertas, los codos y las rodillas muy estirados. Así permaneció. Yo no me moví más y esa noche dormí en el suelo. Me despertó la voz de mi

padre que murmuraba algo en mi oído, luego me cargó en brazos hasta mi cuarto y me arropó en la cama.

Mirella, quiero decirle que esa visión fue muy fuerte. Y usted, ¿sabía algo de esto?, me preguntó. Moví la cabeza de un lado al otro. No, no... no lo sabía. Observé los ojos vidriosos de Peter; quería decirme algo más y no le salían las palabras. Se sonrojó y desvió la cabeza. Unas pocas lágrimas cayeron sobre su suéter, luego contuvo el llanto. Sudaba. En su rostro había un gesto de malestar mientras su boca intentaba pronunciar una frase. De repente simulaba una sonrisa. Yo veía su labio tembloroso, la mueca a medio camino, congelada, impotente. Esa situación penosa me hizo bajar la vista. Sentí deseos de llorar por él. Le tomé la mano y se la apreté. Él había cerrado los ojos, apretándolos con fuerza. Escuché sus palabras, que salían torpes, a empellones. Me dijo: llegará un invierno más. Los copos de nieve cubrirán todo allá afuera y me quedaré aquí largas horas. Miraré como siempre las ramas de los árboles ondeando lentas por el peso de la nieve y veré cómo pegan en el vidrio de la ventana, entonces la limpiarán como si esa fuera su tarea diaria. Después iré frente a la chimenea a calentarme las manos y observar los leños prendidos, dijo en tono bajo. Me quedé en silencio. Como si adivinara que no le contestaría, Peter agregó: ¡Qué tarde es!, ¿no es cierto? Sí, le contesté apenada, se nos ha ido el tiempo. Me sentí muy extraña, como si despertara de una ensoñación, y creo que a él le pasaba lo mismo. Y de pronto, con el semblante

enrojecido por su timidez, me dijo: no lo tome a mal, Mirella, por favor, pero, ¿por qué no se queda? Sé que soy un hombre solo, no sé si... su familia... quiero decir que...

Me sonreí. Al oírlo caí en la cuenta de que la timidez de este hombre era incalculable. A mí también me ponía nerviosa no saber cómo actuar. Trataba de darle una explicación: claro, había vivido medio aislado del mundo exterior, sin socializar más que lo indispensable. Quise comprenderlo, sólo eso, y le agradecí su preocupación. Él me repitió, esta vez, con mayor confianza: ¿por qué no se queda?

Esa noche la luz de la luna iluminó el cuarto en donde me quedé, y me impedía dormir. No dejaba de pensar en el abuelo. Me levanté a medianoche y caminé por el pasillo. Al pasar por la puerta del cuarto del abuelo, observé que estaba abierta. Miré el círculo blanco sobre el piso y me animé a acostarme en el centro como lo hacía el abuelo. Curiosidad, impulso, no lo sé. Así, acostada, abrí los brazos y las piernas. A diferencia del cuarto en donde me alojaba, el del abuelo era muy oscuro. Mis ojos se cerraron. Dejé que mi mente flotara como si hubiera soltado una canoa a la deriva. Al fondo de esa oscuridad apareció lentamente un hombre moreno. La imagen se fue volviendo nítida. Estaba recostado sobre un muro derruido. El hombre tomaba algunos terrones de adobe esparcidos en el suelo y los lamía con placer. Su boca producía saliva en abundancia. Imbuido en sus pensamientos, no percibía la presencia de varias

víboras que avanzaban hacia él. Escuché una voz: siete, siete, lo van a matar. Los reptiles rodearon el cuerpo del hombre, quien seguía sin voltear. Más allá, cerca de la entrada de la hacienda, estaba una mujer arropada con muchos trapos que llegaban hasta el piso. Sus huesos, enormes, parecían escapar de su piel. Ella llamaba al hombre con la mano derecha, mientras en la izquierda sostenía un alacrán con la cola en alto, inmóvil, en actitud de ataque. El hombre se quedó paralizado. La mujer, que parecía flotar a ras del piso, abrió la boca muy grande y puso al alacrán sobre su lengua; lo masticó sin cerrar los labios mientras reía y enseñaba los dientes. En esa imagen, yo era sólo una espectadora. Lo que siguió me tomó desprevenida: de pronto, la mujer comenzó a avanzar con rapidez hacia mí. Me di cuenta que sus ojos eran unas cuencas vacías. Me faltó tiempo para reaccionar y no pude detenerla. Me embistió con todo su cuerpo, lo pegó al mío y me empujó con fuerza, lastimándome; con su cabeza arremetía contra mi frente como si fuera un toro. Atrás, mucho más lejos, un monte calizo se alzaba en el horizonte como si adquiriera vida. Era un gigante que despertaba frente al hombre petrificado. Al moverse, vi que era un tigre blanco.

Abrí los ojos: como sonámbula regresé a mi habitación. Esa mañana amanecí agotada, y al principio sólo pude recordar las víboras, el alacrán y el tigre blanco. Después me vino a la cabeza el párrafo en que el abuelo describía alguna ensoñación suya casi idéntica. No he podido explicarme esas

coincidencias. ¿Puede alguien repetir en un sueño algo que ha leído con tanta exactitud?

Escuché la voz de Peter. Tuve la sensación de que su voz me sacudía el cuerpo; enseguida me percaté de que eran los latidos de mi corazón que golpeaban mis costillas. Algo grave pasaba. Yo sentía como si me hubieran arrancado de un estado de tranquilidad para situarme de golpe en medio de una catástrofe. Pronto dilucidé que no era el fin del mundo: era tan sólo mi mente que regresaba del caos, del abismo. Aunque fuera por unos instantes me sentí extraviada. Entonces Peter dijo algo así: Mirella, no sé si pueda expresarme de manera correcta, pero le quiero decir que estoy conmovido con la lectura de los diarios que me ha traído usted. Miles de recuerdos han renacido en mí. Me es muy difícil explicarlo, es como si algo se hubiera alterado en mi interior.

Al verlo entrar me tranquilicé y, sin embargo, fue difícil recuperar la compostura frente a ese hombre tan tímido que apenas conocía. Ahí estaba, sentado a dos metros de mí, tratando de no mirarme. Palpé mis pies y comencé a restregarlos entre sí, me di cuenta que estaba descobijada, miré a un lado y vi la frazada en el piso. Me había dormido vestida y la falda se enrolló sobre mis muslos. Peter se sonrojó, tartamudeó al verme y se volteó a la pared. Yo me sentí impúdica pues vi mi liguero que cortaba la carne de mis piernas de manera obscena. Supuse que el resto de mi ropa íntima había quedado a la vista. Sentí vergüenza. Sacudí la

falda sobre el regazo para bajarla a su lugar. Mi lengua estaba seca. Tragué con dificultad, me limpié de la mejilla los restos de saliva. Me incorporé de la cama con premura. ¡Ay! Sin duda lo había contagiado de la incomodidad que yo sentía: me vio de reojo y de inmediato retiró la vista, con ello sólo consiguió aumentar mi malestar.

Estaba aturdida, confusa. Traté de explicarle a Peter mi experiencia de esa noche. De nuevo me sentí atrapada en esa delgada línea entre la vigilia y el sueño. ¿Era eso? Peter me escuchó y sin mediar palabra salió de allí, tardó unos momentos y trajo una pila de libros. Eran tratados sobre religiones. Comencé a hojearlos, buscando casi por instinto. Él me ayudaba. Recordó el pasaje del abuelo en el cuaderno. También habló de las coincidencias. Abrió las páginas de un libro taoísta que mencionaba a un tigre blanco. Recuerdo que decía algo sobre un campanario de piedras sonoras suspendidas, me gustó imaginarlo. Páginas adelante hablaba de un talismán cuyo genio era el tigre blanco, un espíritu materializado que corrompía el cuerpo y transformaba a los pulmones en órganos apestosos. ¿Qué clase de símbolos eran aquéllos? ¿Qué podían decirme? Esos libros hablaban de un mundo al que yo no pertenecía. Distante.

Cuando llegó la hora de despedirme de Peter, apreté sus manos con fuerza. Eran cálidas. Lo noté inseguro, como si se le olvidara algo muy importante. Entró de nuevo a la estancia sin decirme una palabra. Regresó sonriente sosteniendo los cuadernos del abuelo contra su pecho.

Pensé que me daría las gracias por habérselos llevado. Estos escritos, me dijo, son tuyos: tu madre fue la razón de ser del abuelo y, por ello, te pertenecen. Mira, él siempre ha estado aquí, no sé cómo explicarlo, pero está presente de alguna manera. ¿Sabes, Mirella?, con la lectura de estas páginas has logrado que reaparezca algo que apenas se asomaba en mis recuerdos, muy distante, algo que sobrevivía con dificultad en mi memoria. Ahora lo he revivido, con eso estoy conforme. No te preocupes por mí, yo no necesito más de lo que ya has compartido conmigo, llévatelos.

Hice en tren el largo tramo de Grinzig a Ascona. Tuve tiempo de repasar lo sucedido. La imagen del tigre blanco me inquietaba. ¿Qué se movía dentro de mí? No entendía por qué la imagen del animal había aparecido en tres ocasiones: en el diario del abuelo, el centro del corredor del vagón como si fuera una joya o la obra de arte de un taxidermista; y luego, la tercera, en mi sueño, cuando caí dormida y su figura surgió de un monte calizo que se levantaba como si tuviera vida propia. El tigre me hizo pensar en la taxidermia como el método de eternizar un cuerpo para poseerlo más allá de su muerte, ¿no lo decías así? ¿Los cazadores lavan así su conciencia? O simplemente es el modo de poseer a los animales cazados y deseados.

Durante el viaje recordé el ciervo disecado, pequeñísimo. Ése que conservabas en la casa, en tu estudio, paradito sobre un anaquel. El animal era en extremo delicado, de huesos muy finos. Semejaba la reproducción en miniatura

de un ciervo mayor. De niños, nos asustaba pensar que era un ciervo bebé, un cervatillo, ¿recuerdas? Pero tú insistías en que era un animal adulto, que así era su especie, muy rara. Apenas medía unos 30 centímetros de la cabeza a las patas traseras. Y, para comprobarlo, nos enseñabas sus cuernos crecidos; sí, cómo dudarlo, un ciervo bebé no podía tener cuernos. A pesar de ello, nunca quedé conforme. Era espantoso saber que a ese animalito tan frágil lo había atravesado la bala percutida de un hombre. ¿Con qué afán?, me preguntaba. Tú me explicabas que el animal era un *dik dik* africano, muy difícil de cazar, y era un trofeo de tu padre, lo único que habías heredado de él. Lo decías con orgullo y cuando veías mi gesto te arrepentías. ¿Y por eso te gustaba conservarlo? Al pobre animal siempre lo observé con sentimientos encontrados, una mezcla de compasión y horror. Me daban miedo sus ojos. Los tocaba para cerciorarme de que no eran blandos. Entonces adquiría la certeza de que el pobre animal estaba más que muerto y eso me causaba escalofrío y tristeza. Al tocar su piel percibía que la pelambre era real; entonces me preguntaba qué cosa tendría adentro. Imaginaba su carne dura y momificada. Tiempo después, supe que un animal disecado sólo tiene pasta y una especie de cartón en su interior. Cuando crecí y supe que la etiqueta que le colocaron al animal en una de sus patas era la copia de una imagen de venados descubierta en murales rupestres. Pensé que aquellos taxidermistas tenían razón al haber escogido ese emblema. Sin duda, sabían que quien conserva un animal disecado obedece al

mismo pensamiento mágico que los primitivos: la idea poderosa de poseer el alma del animal. El asunto quedó enterrado en mi memoria infantil. Un día el pobre *dik dik* desapareció de la casa y todos lo olvidamos.

Por la ventana del tren miré la luz solar sobre la nieve. Fruncí los ojos ante el blanco cegador. Los picos altísimos de los Alpes desaparecían entre densas nubes y yo imaginaba el trazo zigzagueante del tren corriendo sobre las vías y pensaba cómo se volvería insignificante en medio del paisaje si lo viéramos desde las alturas. Mientras los vagones avanzaban con rapidez tuve la sensación de perder la noción del tiempo. Pensaba en el abuelo Johan recorriendo esta misma ruta, no una, sino muchas veces. ¿Qué pensaría él mientras atravesaba estas montañas? ¿O las vería con cierta indiferencia, como quien mira una tarjeta postal? No, creo que no: para él éste era el territorio acendrado de su infancia como para mí lo fue el desierto, algo inolvidable, grabado en el alma.

El color de la nieve me trajo de nuevo la imagen del tigre blanco. ¿Por qué aparecía una y otra vez: en el diario de Johan, en mi ensoñación y luego, embellecido por los dibujantes del Viejo Oriente, guardado en los viejos libros de Peter? Con esa pregunta en la mente me quedé dormida, me dejé arrullar por los vaivenes del tren.

## CAPÍTULO XX

Al llegar a la pensión, el encargado me recibió con la noticia de que Eugenio me había buscado con insistencia desde la noche anterior. Los labios del hombre temblaban. Sabía algo que no se atrevía a decir. Lo miré preocupada, inquisidora. Simuló buscar algo en su mesa. Era obvio que no deseaba hablar. Tomó un papel doblado y lo extendió hacia mí: tenga, han traído esto para usted. Leí en silencio el recado: *urge que venga, Gusto está grave, se encuentra en San Gottardo, cerca de Fiesso*. Miré al hombre quien, sin verme, dijo: sólo llegan carretas hasta allá. Conozco a un montañés que la puede llevar. Espere en su cuarto, yo le aviso.

Al escuchar los ruidos metálicos afuera, supe que era el montañés. Salí a la calle lo más rápido que pude. El hombre era pelirrojo, el gesto adusto, barba abundante y una greña

enredada que le caía sobre el cuello. Tenía unos ojos pequeños e inexpresivos, la tez curtida por la nieve y el sol. Iba vestido con pieles y calzado con botas anchas y gruesas. El caballo pateaba el piso, esperando las órdenes de su dueño. La carreta estaba decorada con dibujos floridos y pieles de borrego. Un perro flaco meneaba la cola mientras husmeaba a mi alrededor. Con un gesto cálido, el montañés me señaló el asiento y me indicó con señas que me sentara en el centro. En automático, me echó encima una pesada piel para cubrirme hasta el cuello y la amarró por la parte de atrás. Cada movimiento suyo era preciso. En silencio, subió al frente de la carreta y el perro hizo lo mismo detrás de él. Un sonido gutural fue la orden de partir y sacudió las riendas del caballo. Salimos del pueblo con dirección al bosque. Llegamos a la orilla de un río de aguas tan transparentes que podíamos ver las piedras del fondo. Seguimos su curso hacia arriba. La carreta trepó por la montaña con dificultades y el hombre fustigó al caballo para que subiera el pedregoso camino. Aunque era verano, conforme subíamos el viento era más y más helado y comenzaba a entumecernos el rostro. Entonces comprendí el porqué de las pieles y la pesada indumentaria del hombre. El frío jamás abandona esas latitudes. Subimos durante un largo rato. Pasamos junto a unas pequeñas casas de madera y otras de piedra que parecían talladas en las rocas de la montaña. Entre más subíamos, más escaseaban las viviendas, sobre todo las de piedra. La nieve cubría ya el suelo por completo. Por fin llegamos a un paraje en donde un conjunto de árboles

alcanzaba a proteger una puerta de madera incrustada en la pendiente de la montaña. Vimos a una pareja de lobos que rondaban nerviosos. Los animales dieron unos cuantos aullidos lastimeros como si hubieran reconocido al montañés. El hombre me ayudó a bajar de la carreta y me cubrió con un abrigo de borrego. Apenas entendí sus señas pero supuse que intentaba decirme que me esperaría. Al acercarme, pude ver que la puerta de madera era muy gruesa y estaba semienterrada en la nieve, sostenida por una pared de piedra negra hecha de lajas y de ladrillos muy anchos. La empujé con dificultad. Entré a un espacio iluminado al fondo por unas linternas de petróleo que parpadeaban.

Allí estaba Gusto tendido. La ropa que lo cubría parecía sostener apenas sus enormes huesos. La cama, hecha de leños rústicos, estaba recargada sobre las pared del fondo y cubierta con pieles de animales. Al verme gimió y se movió intranquilo. De su boca salieron algunos sonidos roncos. El asombro se apoderó de mí cuando vi que alargaba su mano para aferrarla a la mía. Tenía la piel pegada a la osamenta, las uñas largas y sucias. Me jaló con fuerza para acercarme aún más a la orilla de la cama, muy cerca de él. Abrió su camisa y colocó mi mano abierta sobre su vientre y la sostuvo con fuerza. Al sentir su cuerpo caliente y sus vellos ásperos recordé la noche impetuosa que pasamos juntos en la pensión. Reconocí su olor.

Gusto me miró a los ojos. En ellos vi tristeza, amor, compasión. Suplicaba algo indescifrable y yo quería entender para saber cómo ayudarlo. Necesitaba que me hablara aunque fuera con sólo balbuceos. Estaba solo. Oprimía mi mano con desesperación. A ratos mermaba su fuerza. Hasta que llegó la hora. Me apretó los dedos un momento y su mirada pareció perderse en el vacío. Con la mano que me quedaba libre le cerré los párpados. Pensé en ti, papá, en tu muerte. Me compadecí a mí misma. ¿Por qué tenía que sufrir así, por qué tanto dolor, por qué duele tanto la muerte?

Los lobos se echaron al suelo. Uno de ellos escondía el hocico entre las patas y chillaba mientras el otro, con el cuello estirado, paraba las orejas, atento a lo que le ocurría a su dueño. Ante el silencio, bajó la cabeza, rendido. No había más qué hacer, lo sabían los animales, lo sabía yo. Rompí en llanto. Los lobos se arrastraron hacia mí. Se restregaban las orejas y los ojos mientras emitían aullidos cortos y agudos. Los tenía a mis pies. Pude acariciarlos y eso me reconfortó. Mi mano había quedado atrapada entre los dedos de Gusto; la rigidez y la frialdad de su cuerpo me confirmaban su muerte. Me recosté junto a él, puse la frente sobre su vientre y seguí llorando.

Después salí. El reflejo de la luz sobre la nieve me lastimó los ojos. Distinguí al montañés que hacía arreglos a la carreta, amarraba pieles, jalaba cuerdas. Me di cuenta de que me veía de soslayo. El perro acostado en el pescante

apenas levantó la cabeza. Comencé a dar vueltas en el paraje; aceleraba o detenía el paso según mis pensamientos me lo ordenaban. ¡Gusto, Gusto! Apenas ahora, al haberlo perdido, pude entender la profundidad de mis sentimientos hacia él. Me sentía desvalida. El frío buscaba mi piel y el calor que producía mi cuerpo parecía repelerlo. Ensimismada, a ratos me sentí a punto de enloquecer. Me dejé caer sobre las rodillas. Grité a voz en cuello durante algunos minutos. Escuché el eco de mi voz y mi desesperación. Al tratar de dominar mi dolor, todo se distorsionaba con una extraña vehemencia. Allí mismo se me revelaba un sufrimiento profundo que se unía al de mis adentros desde que te perdí, papá y deseaba abandonarlo en cada copo de nieve, en los árboles y grité de nuevo para liberarme de él. Erguí mi torso y busqué al montañés; sólo pude ver al perro parado sobre el asiento: parecía mirar curioso hacia la entrada de la cueva mientras meneaba la cola.

Entonces regresé a la cueva. Enceguecida por la luminosidad de afuera me detuve en la entrada, me quedé allí hasta que distinguí al montañés junto a la cama de Gusto. Al acercarme me pareció ver en su lugar el cuerpo de un animal, el de un lobo más viejo que los otros dos. Apreté los ojos, tenía miedo. Al abrirlos, volví a ver el rostro de Gusto en el mismo lugar pero ahora emergía apenas de un montón de pieles. Dudé que fuera él. El rostro estaba inerte, con las mandíbulas abiertas, los ojos secos y la mirada perdida. Miré a la pareja de lobos, echados en el mismo lugar en donde los

había dejado. Esparcida en el suelo, junto a los pies de la cama estaba la vestimenta de Gusto.

El montañés cubrió el cuerpo y lo levantó entre sus brazos como si fuera una tarea cotidiana. Le pregunté a dónde lo llevaba. De nuevo contestó con un gruñido y siguió su camino como si yo no existiera. Observé, por última vez, el lugar en donde murió Gusto. Había un sobre arrugado tirado en el suelo. Lo levanté. Estaba dirigido a él. El montañés siguió su camino mientras yo leía el remitente: *Sophie L...* Lo guardé en mi pecho. Estaba temblando. Me apresuré tras el montañés, que se alejaba con rapidez a la carreta. Le grité que me esperara. Creo que nunca pensó en abandonarme pero tampoco lo conmovían mis reclamos. Miré el bulto que cargaba. Pensé que había alucinado al ver al viejo lobo muerto. No había sido así, era mi imaginación que rechazaba la muerte de Gusto. El montañés colocó el cuerpo de Gusto, envuelto con las pieles, en la parte de atrás de la carreta, lo amarró y lo cubrió con más pieles. A mí me levantó en vilo para acomodarme de nuevo en el asiento. Arrancó la carreta echando gruñidos, fustigando con fuerza al caballo.

Íbamos a paso veloz por una pendiente pronunciada, pensaba que nos volcaríamos en cualquier momento. En mi lugar, sentía cómo el peso del cuerpo amarrado jalaba el respaldo hacia atrás. ¿Aquel cuerpo era el de Gusto? ¡Qué incertidumbre! Todo era tan confuso. El caballo y la carreta llegaron desbocados al final de la pendiente y el montañés tuvo que dar una vuelta forzada frente a la pensión. Cuando

llegamos, el montañés ahuyentó a los lobos; nos habían seguido todo el camino y emitían pequeños aullidos. Luego intercambió algunas palabras con el conserje del lugar, quien me lanzó una mirada de preocupación. Luego dijo que por el momento debía permanecer en mi habitación. El conserje me dijo: no se preocupe, Jan, el montañés llevará el cuerpo a Monte Verità. Allí podrá ir a velarlo mañana.

Esa noche llamé a Eugenio. Esta vez no pude ni siquiera mencionarle lo sucedido pero él percibió mi desasosiego. Me dijo que arreglaría sus cosas para alcanzarme unos días más tarde. No pude conciliar el sueño, fue casi al amanecer cuando me dormí un rato.

Caminé a Monte Verità muy temprano. Estaba desierto. El color verde intenso del pasto resplandecía. Busqué al montañés en la clínica y en la Casa Anatta. No estaba. Fui a las cabañas en realidad a confirmar que me habían mentido. En efecto: Gusto no estaba ahí. Se lo habían llevado a otra parte. De nuevo me sentí derrotada. Desde allá arriba, el pueblo parecía deshabitado. Sólo se escuchaba el silbido de los pájaros y algún ladrido inquieto. Vi cómo un gato, que atravesaba una azotea frente a mí, se detenía y volteaba para cerciorarse de que no lo seguían. Bajé a la pensión. El conserje se había ido y la mucama ignoraba cuándo regresaría. Fui a casa del doctor Friedeberg. Toqué y toqué sin respuesta; la campanilla daba vueltas sobre sí misma, inútilmente. Escuché el repicar cada vez más débil y desistí.

Fui a la orilla del lago, después a la taberna de siempre. Tampoco encontré a Tomazzo, el dueño. Pedí a la camarera una botella de vino tinto y me senté en la terraza dispuesta a perderme en los efectos de la bebida. Siempre me había gustado esa sensación de relajamiento, de olvido fácil que provoca el alcohol y que tú tanto deplorabas. Con ese malestar inicial, papá, me dispuse a tomar. Lo siento, nunca estuviste de acuerdo con las personas frágiles y mortales como yo, quienes necesitamos a veces del aletargamiento que produce el alcohol. Esa tarde sentí coraje y desesperación. Estaba allí por ti, por tu cobardía, por tu culpa y no podía dejar de preguntarme si tu temor a la verdad lo disfrazaste con esa rigidez implacable. Nunca, ni una sola vez, en mi presencia te vi con una copa de más. Ahora me lo pregunto. ¿Tenías miedo a salirte de la rutina, de perder la cordura, de decir algo inapropiado?

Esa tarde no estaba dispuesta a seguir tu ejemplo. Para poder continuar era preciso hundirme un rato en la anestesia del vino. Había perdido a Gusto y era muy doloroso. Esa noche tomé mucho, como nunca. Regresé a la pensión muy tarde, tambaleándome, con náuseas. Llamó Eugenio. Ya se había enterado de la muerte de Gusto, el mismo Tomazzo le había informado muy temprano. Eugenio me consoló en el teléfono. Yo, sin poder hablar más, lloraba con la bocina a punto de caerse de mis manos. Entonces escuché la voz de Eugenio muy lejos de mí que me decía: sé cómo te sientes, Mirella, pronto nos reuniremos y podré

mostrarte lo que he encontrado para ti. Al acostarme observé sobre la mesa de noche el sobre arrugado que recogí en la cueva de Gusto. Tenía una dirección anotada, la letra borrosa. No hice ningún esfuerzo para descifrarla, no podía.

## CAPÍTULO XXI

Al día siguiente caminé muy despacio por la calle principal de Ascona. La tarde era cálida y brillante, los colores de las cosas penetraban intensos por mis pupilas. Me sentía de regreso en un sitio familiar que me acogía después de una pesadilla. Pensaba en el estado de ánimo que me había dominado las horas previas a mi retorno, debía reconocer mi ansiedad por regresar a este pueblo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Estaba a punto de convertirme en una sentimental irremediable? No lo sabía. Lo cierto es que deseaba que continuara la racha de experiencias nuevas. Quería más, mucho más. ¿Ya no las tendría, se había terminado todo? Supe entonces que mi mayor deseo era ver de nuevo a Sophie, a Otto, al doctor Friedeberg y a Frieda. Te estarás preguntando, papá, ¿qué Frieda?, ¿no la recuerdas?, me he preguntado si de verdad no la conociste.

Sé que no he hablado de ella, no tuve tiempo pero esos últimos días se convirtió en alguien entrañable. Al principio sólo la vi como parte de la comuna, una presencia constante. Apareció frente a mí como una de las bailarinas de Mary. La vi aparecer, con su largo batón, entre los *ballabiots*. Algunas veces la encontré rodeada de niños, de distintas edades, muy rubios, vestidos de blanco. Yo he sido un poco ingrata con ella, pues me he concentrado en hablar de quienes tuvieron que ver contigo directamente. Frieda jugó otro papel. Ella fue como un remanso, un ser que me reconfortó y me dio fuerza para seguir adelante, quizá sin proponérselo. Al final su figura fue determinante. Me acerqué a ella hacia el final de mi estancia en Ascona y gracias a eso resistí los últimos días.

Frieda apareció otra vez cuando busqué el cuerpo de Gusto en las cabañas de Monte Verità, desesperada, a punto de abandonar la comuna. Frente a la última cabaña escuché las voces de unos niños. En la puerta colgaba un minúsculo letrero: *Casa Azul*. Dos niñas y un pequeño, los tres chiquillos rubios jugaban en círculo con algunos cubos de madera. De pronto se acercó a ellos su madre, cubierta con una túnica blanca, casi transparente. Sonriente, como si quisiera darles confianza, se hincó a su lado. En esa posición se dirigió a la niña mayor: Margaret, ha venido tu padre a verte. En ese instante un hombre se acercó a la mujer por detrás para tomarla con fuerza del brazo y alejarla de los niños, mientras le murmuraba algo al oído. Los pequeños

asustados dejaron el juego para abrazarse. El hombre alzó un poco la voz: apártate, puta, dile que he venido por ella para llevármela conmigo, díselo. El tipo apretaba las mandíbulas, los ojos le brillaban de furia: dile que eres un mal ejemplo, que me abandonaste por otro hombre, dile que te acuestas con él y dile que todo esto lo haces porque se te ha calentado el culo, díselo, puta. Dile que te has acostado con ese Otto, que ha preñado a todas las mujeres de aquí, a Sophie, a todas, díselo, que tú eres una puta más, que ni siquiera sabes quién es el padre de Tom.

Entonces, Frieda le clavó las uñas en la mano que le apretaba el brazo: si no dejas de insultarme, le dijo, iré por alguien para que te saque de aquí y no volverás a ver a tu hija. Él la tomó de los hombros, la sacudió y la arrojó al suelo: anda, vociferaba, llama a tus amantes, llámalos para que les rompa los huesos uno por uno. Tirada en el suelo, Frieda gritó con fuerza pidiendo auxilio. Los niños lloraban, atemorizados; la madre, como una leona, se paró y trató de ponerlos a salvo. Él les impedía el paso con el puño en alto. Entonces vi llegar a Otto y detener ese brazo amenazante.

El traje impecable del hombre furibundo contrastaba con la túnica blanca, las barbas y el pelo alborotado de Otto. ¿No has entendido que Frieda es libre de hacer lo que quiera?, dijo, al tiempo que sometía al agresor: ella nunca te perteneció, ni siquiera su cuerpo. Por eso estamos aquí, porque creemos en la absoluta libertad de cada uno, pedazo de idiota. Si vuelves, te las verás con cualquiera de nosotros.

¡Largo, largo! Otto se puso de pie y tomó de la quijada al hombre, con fuerza. Flaco como era, lo sacudió, mientras lo desafiaba: para que te enteres, este pequeño es hijo mío y de Frieda, así que no vuelvas a insultar a su madre nunca más, ¿te quedó claro?, además, aunque creas que Sophie y yo somos padres de esa niña, estás equivocado. Te lo voy a decir una vez más: su hija no es hija mía. Casi en vilo, Otto sacó de la cabaña al hombre que ahora lucía por completo abatido, derrotado. La violencia de minutos antes se había esfumado.

Frieda besaba el cabello de sus hijos y les limpiaba las lágrimas. Yo estaba conmovida. Cuando me di la vuelta Otto se había ido. Escuché sollozos dentro de la cabaña y me interné en ella. Nadie: todos se habían esfumado. ¿Sería cierto lo que Otto dijo? ¿Cómo podía estar tan seguro de no ser mi padre? Yo seguía con esa gran duda, continua, interminable. Entendí que mi necesidad, mi permanencia en Ascona, más allá de toda lógica, era porque necesitaba saber, papá, si tú eras o no mi padre biológico. Me había casi convencido de que lo eras. La duda me carcomía. ¿Otto porqué apareces así, por qué no lo dices todo?

Unos días después, Tomazzo me contó el resto de la historia. Frieda había abandonado a su marido; el padre de la hija mayor fue acusado de maltrato y descuido. Ella huyó al embarazarse de un amante, que compartía con su hermana Else. ¿Era Otto ese amante, desde entonces? No lo sé, quizá no lo sepa nunca. Lo que me aseguró es que este

triángulo amoroso se había formado por un acuerdo de los tres, el embarazo vino a complicar las cosas. Frieda se refugió en Monte Verità y se lió abiertamente con Otto, a sabiendas de que él tenía otras amantes.

Mucho tiempo después, Frieda conoció a Lawrence, escritor, y se fue con él llevando consigo a sus tres hijos. Todos pensaron que ese amor estaba destinado a perdurar. Vuela alto Frieda, le decía Lawrence, yo te seguiré si así lo deseas. Y ella fue quien lo siguió. Sufrieron hambres, se mudaron de continente, visitaron muchos países, entre ellos México. Después de todos esos años ella lo dejó porque, ya viejo, Lawrence dejó ver sus profundas inclinaciones racistas. Él nunca se imaginó que Frieda tenía sangre judía y le hizo saber de su antisemitismo. Ella lo abandonó sin remordimientos.

Sólo con el tiempo recordé que, durante el ritual que presencié en la comuna, fue Frieda quien gritaba denunciando a la Bestia y advirtiéndolo a todos sobre su mala influencia. Eugenio al enterarse, me dijo que Frieda había sido ferviente seguidora del amor libre pero también defensora a ultranza de lo sagrado del acto amoroso y una de las feministas más furibundas. Ella aseguraba que la Bestia había utilizado los rituales para tergiversar el sentido sacro de la sexualidad.

Esa noche, en mi cuarto, ya para dormir, recordé mi alucinado encuentro con Frieda en una de las galerías del

pueblo. Había una presentación, proveniente de España, cuyo nombre me atrajo: *Historia de las Indias*. En ella se exponían diversos documentos sobre la Santa Inquisición en Latinoamérica. Había un pasaje del Santo Oficio que yo había leído en mis años de estudio, a raíz de una investigación, aunque para entonces ya lo había olvidado. Se trataba de un caso insólito. Esa tarde, me quedé en la galería y leí de nuevo el documento, íntegro, que apuntaba lo siguiente: el veintiséis de febrero de 1610 en la Ciudad de México una mujer confiesa: soy originaria del Congo, de raza negra, identificada como María Blanca. Fui declarada culpable de blasfemia, soy María Blanca, de raza negra, soy expuesta y azotada en público, llevo el torso desnudo y montada en un animal de carga, voy amordazada, con una vela verde en la mano y una cuerda alrededor del cuello, un pregonero proclama mis ofensas y me propina doscientos latigazos. Muchas confesiones pasé antes de ser condenada, estoy en el patio de las cárceles secretas de la Inquisición, me encuentro junto a las estatuas de los reos difuntos a quienes llaman *reconciliados*, se han reconciliado porque están muertos, por eso estoy junto a sus huesos, son setenta y siete; esas estatuas llevan en letras grandes, sobre la espalda, el nombre de quienes representan. El inquisidor entrega las estatuas a los indios que han de cargarlas. Las insignias de los condenados son sambenitos pintados con llamas y figuras de demonios y las mismas, plasmadas en las corozas con culebras que las cercan. A los que no quieren callarse se les ponen mordazas, los condenados llevan una

cruz verde. Los hombres, debido a que llevan los brazos atados por detrás, no llevan la cruz verde sino sus confesores, las mujeres las sostienen en las manos.

Al terminar de leer, de pie frente al documento expuesto en la galería, pude ver en la sala a un grupo de *ballabiots* que discutían entre sí. Uno de ellos decía: salvajes, esos negros no eran más que salvajes, por eso se lo merecían. Antes de que el hombre terminara de hablar, vi a Frieda dirigirse a él con furia: no puedes decir eso, por eso construimos Monte Verità, porque buscamos la libertad y la tolerancia; lo mismo dicen algunos sobre los judíos. Deberías irte de aquí cuanto antes pues no has entendido nada. Tras darle una bofetada y decir esto, Frieda abandonó el lugar. Racismo: me rebotaba la palabra en la cabeza. Un viejo mal, papá, que tú conociste bien allá en la frontera norte. Recuerdo cómo te enojaba, decías que los mexicanos negábamos que existiera pero seguía tan vigente como en la Colonia, una terrible herencia.

¡Qué extraño fue aquel día en que fui a buscar el cuerpo de Gusto! Encontrarme con Frieda, con su historia, con el fervor con que defendió sus ideas. Decidí dejar la búsqueda del cuerpo de Gusto, no podía más, estaba exhausta. Iría al día siguiente. Y volví a la pensión. Las palabras iban y venían en mi cabeza. Ahora pienso que esas experiencias se interpusieron por alguna razón extraña y me permitieron llevar a cabo mi duelo por Gusto. Antes de encontrarme con sus restos. Gusto había muerto. Nada qué hacer. Sufrir.

Gusto el rechazado. Su muerte, su cuerpo, hundidos en las sombras del misterio. Lo extrañaba. Dolía. Yo deseaba encontrarlo y guardarle luto. ¿Debía vestirme de negro? Sí, me vestiría de negro, me dolería de su muerte en cuerpo y alma. Le rezaría las oraciones que aprendí de niña. Allí, sentada sobre la cama, deseaba seguir un ritual para purgar mi tristeza. En esos momentos deseé que Gusto me hiciera suya de nuevo.

Sola en mi cuarto, prendí unas velas. Las coloqué sobre la pequeña mesa de centro junto al florero. A su lado coloqué una botella de vino y una copa a medio llenar, como un improvisado altar de muertos. ¡Cómo hubiera querido contar con los tamales, las frutas cristalizadas, el dulce de leche, el pan de muerto! No sé rezar, no me enseñaste y no te lo reclamo. Así que recé a mi manera, sólo pedí que el cuerpo de Gusto no padeciera malos tratos. Merecía un lugar, ese que nunca tuvo entre sus prójimos y que lo orilló a vivir en una cueva. Me hincué frente a mi modesto altar. Y lloré hasta que se me hincharon la nariz y los ojos. Al cabo de unas horas sentí caliente la cabeza, el cabello tan seco que me picaba los ojos. Me quedé dormida a los pies de la cama.

Esa noche soñé con María Blanca, la negra juzgada por la Inquisición. Al despertar recordé el final de su historia con una precisión asombrosa, sus palabras se repitieron como una letanía: yo, María Blanca, decía, veo que detrás viene el alcalde de las cárceles con bastón negro, seguido del

ministro del Tribunal, todos a caballo. Al último, una mula ricamente enjaezada carga un cofre de nácar enchapado que contiene las causas y sentencias de los reos. Yo, María Blanca, soy acusada de blasfemia, de haber renegado de la leche de mi madre, de Dios y de todos sus santos, mientras era azotada por la mestiza, Jerónima, mi compañera de trabajo. Todo ello bajo las órdenes de Catalina de Saavedra, esposa de mi amo y dueño, quien me había mandado azotar por intentar huir de la casa. Yo, María Blanca, confieso que mis blasfemias son ciertas, pero lo son por el dolor que sufrí a manos de Jerónima y por lo mucho que me maltrata mi ama con quien ya no quiero seguir viviendo. Yo, María Blanca voy entre los condenados, voy en silencio con una mordaza inútil sobre la boca y una soga en tensión en el cuello. El burro rebuzna y patea a la multitud. Todos gritan asustados. Los prelados y confesores se percatan de mi ausencia repentina. Dan la voz de alarma y me buscan hasta el cansancio sin encontrar mi rastro. Años más, mi ama Catalina de Saavedra dice haberme visto cerca del Convento de Santo Domingo, del brazo de un elegante señor. Los prelados anuncian que la mujer debía estar sufriendo alguna enfermedad mental. Yo, María Blanca, la negra, escucho que dicen que desaparecí bajo algún conjuro demoníaco.

Así desperté, papá, con María Blanca, la negra, en mi cabeza, dándome vueltas. Esa mujer formaba parte de mis fantasmas; ahora venía a unirse a Frieda y a Gusto para

poblar el mundo y reclamar justicia. ¡Dios! ¡Quien quiera que sea, ayúdame! Atea como soy, ¡ayúdame!

Esa mañana, después del sueño, entre el recuerdo de María Blanca y el altar desangelado, sentía que la culpa se había apoderado de mí: ¿por qué no busqué más el cuerpo de Gusto? Regresé a las cabañas y revisé una por una. Estaba a punto de darme por vencida cuando entré a la Casa de los Rusos, quizá la más pequeña de las que siguen en pie. En el centro de la estancia había una escena de horror: un cuerpo destazado, desollado, la piel extendida sobre el piso, algunos huesos desperdigados; el resto parecía unido por el esqueleto mismo aunque pude apreciar algunos alambres que lo sostenían. Más allá, lejos, unas palanganas apenas visibles: contenían las vísceras. Temblaba. Desde muy adentro sentí una vibración que me dominaba. ¿Era el cuerpo de Gusto? ¿Qué le habían hecho, para qué? Se me vino a la mente que aquello era el trabajo de un taxidermista. En la mesa de centro vi esos monstruosos objetos que usan los disecadores. Recuerdo el día que me llevaste a un taller, cerca de la casa vieja. En hileras como si fuera un muestrario de mercancías, había allí narices, quijadas, pezuñas. Nunca quise volver a ese lugar. Y ahora Gusto, ¿por qué querría alguien disecarlo?, ¿quién? No quise ver más.

## CAPÍTULO XXII

Huí de las cabañas, llena de asco, confundida. Me sentía víctima de una situación ajena a mí. Y sin embargo, estaba inmersa en ese mundo de manera irremisible. ¿Era eso el cadáver de Gusto? La escena me había enfrentado a lo que más temía: la fragilidad del cuerpo, la parte más terrible de la muerte.

Deambulé por las calles del pueblo sin saber a dónde ir. Tenía miedo de regresar a la pensión y estar a solas con mis pensamientos. Sin embargo, mientras pisaba las baldosas no dejaba de reconocer mi incapacidad para confrontar una pérdida. Ahora me pregunto si es por eso que continúo hablando contigo: porque no puedo aceptar que ya no estás aquí, porque no he sabido despedirme. En algún momento pensé en que todo esto era absurdo. Después me dije que era preciso saber más para tratar de llenar el vacío que

habías dejado. Esa tarde percibí que con el paso del tiempo mi alma se había ido llenando de guijarros. ¡Qué distinto a mi ánimo de hoy era el espíritu ingenuo y hasta bobalicón de la adolescencia! Luego de pasar por tantas cosas así, el corazón se había vuelto un órgano curtido. ¡Qué equivocada estaba! Me daba cuenta de que cada ausencia me devolvió una herida más profunda, justo ahí en donde antes hubo otras penas. Cada vez dolían más y más así, de manera machacona. Luego advertí que nunca se alivió ese sufrimiento, que sólo pretendí no sentirlo; así había vivido los últimos años. Todo este dolor comenzó cuando Antonio abandonó la casa, me cambió por una mujer más joven después de una existencia compartida por más de veinte años. Luego mis hijos, demasiado jóvenes, se alejaron de mí, de la casa familiar y sus pleitos. No quise averiguarlo, pero quizá ellos se fueron para no presenciar mi soledad. ¡Mis queridos hijos! Siempre los querré. La muerte de mamá me había llevado a un mar de sentimientos encontrados, no sólo a mí sino a todos los hermanos. La quise mucho y, sin embargo, siempre la sentí tan ajena. Sólo ahora empiezo a explicarme sus celos excesivos. Ella estaba consciente de que yo no era su hija, pero ¿sabía que era hija de Sophie? ¿Siempre se lo escondiste? Me daba la sensación de que transigía con tu voluntad, con tu necesidad de consentirme. Tras la desaparición de Ramón me instalé en la incertidumbre junto a ti y a Elena. La impotencia se apoderó de nosotros. Luego, te fuiste tan de repente, sin poder siquiera despedirte de él, del buen Ramón.

Esa tarde de Ascona parecía ser la más húmeda de los últimos días. El aire había adquirido una consistencia espesa que se me pegaba al rostro, a las manos; muy pronto sentí la blusa mojada, adherida a mi espalda. El lago aparecía frente a mí y me generaba una fuerte necesidad que me obligaba a acercarme a su orilla. Esa tarde no fue la excepción. Al llegar, me senté en una de esas bancas de cemento y madera en donde se acomodan los viejos a pasar la tarde. Al verlos meditativos con la mirada melancólica me inundó una pregunta: ¿no serían ellos testigos, incluso parte, de la experiencia de Monte Verità? Ya el tabernero Tomazzo me lo había dicho: los habitantes de Ascona, esos pescadores humildes, no vieron con buenos ojos la llegada de los *ballabiots*, esos nórdicos de vestimentas raras, como decían. Se habían declarado invadidos; aquellos tipos extraños habían irrumpido en la tranquila rutina de sus vidas. Las madres de familia se indignaron con la desnudez de esos seres nacidos en otras tierras. Putas, les gritaban a ellas. El juez del pueblo tuvo que prohibirles bajar al centro del pueblo sin taparse. Y así lo hicieron de manera aparente pues las mujeres veritanas, provocativas, bajaban sin paños interiores con las túnicas amarradas y, al menor descuido, las desamarraban. Con el tiempo no faltaron los oriundos curiosos que subían a espiarlas.

Esa tarde imaginé al grupo de *ballabiots* danzando junto a las diminutas olas del lago, semidesnudos. Las mujeres delgadísimas mostraban sus pechos al aire mientras sus

torsos se ondulaban armoniosos. Detrás del grupo reconocí a Mary con su cara de bruja, las densas cejas fruncidas. Vestía una túnica corta que apenas le tapaba el trasero, abierta en los costados y un pronunciado escote. Con movimientos estilizados aparentaba recoger el agua del lago y ofrecérselo al cielo. Desde ahí, esa trinchera dirigía a los otros como si formaran una orquesta. Un hombre llegó a sentarse a mi lado. Nunca lo había visto en Ascona; no obstante, su rostro me pareció familiar. Se mantuvo en silencio y fijó la mirada hacia el lugar en donde ocurría la escena. El grupo de danzantes movía los brazos y los torsos mientras con las palmas de las manos simulaban atrapar algo invisible. El aire trajo decenas de pétalos provenientes de un árbol cercano que se adhirieron sobre sus pieles como dedos afilados y tocaban los pechos tibios, apenas, sin hacer ruido. Dos mujeres abrían las bocas muy grandes como queriendo engullirse una a la otra. El hombre a mi lado las observaba; al verlo ensimismado tuve deseos de hacerle preguntas: ¿también las ves?, ¿eres tú quién las mira o tus ojos se fijan en ellas de forma involuntaria? No me atreví. Ellas seguían imperiosas moviéndose en silencio, siempre en silencio. Creí percibir que su cuerpo estaba excitado: mirándoles los pechos ungidos con color rojo. El hombre y yo veíamos. Ellas, con los ojos muy abiertos, se penetraban con la mirada, se acariciaban las entrañas. Al ver al hombre a mi lado, pensé en decirle: no dejes de mirarlas, vibran sus torsos, se hinchan los vientres como si al reventar fuera a morir el dolor de su pasión. Allí está el fino paño que

cobija su deseo. Se confiesan los más íntimos secretos. ¿Te inquietan? Son las escamas de su piel que quisieras lamer. Ellas saben que alguien las observa. Tú eres el *voyeur* que retorna una y otra vez de su escondrijo, el que se excita y traga con fruición la saliva acumulada. Tú sabes que el color bermellón de las flores seduce a esos cuerpos y forma el nicho en donde habita Eros y sabes que es el tacto el que perturba sus mentes.

Como si me hubiera escuchado, el hombre comenzó a tocarse sin pudor. Entonces mi rostro enrojeció y tuve el deseo de gritar: ¡Eh, tú!, ahora te tocas, bruñes y abandonas tu coraza blanda como una anémona. No dejes de ver bajo la piel de las nínfulas: sí, sabes que ahí aparece el delirio entre la muerte y el deseo, las amantes se besan los párpados, el silencio se rompe, se precipitan las palabras que penetran sus poros abiertos y se adueñan de sus caderas. Las vocales traspasan sus lenguas y se filtran entre los muslos. ¿Te preguntas qué buscan en su interior? No hay respuesta para el misterio que vive bien adentro de la piel, donde la bonanza de la luz ya no habita; sólo quien vive en la sombra lo conoce, lo sabe. Tú eres un reflejo, eres el espectro de ese enigma que desde su sitio desea poseer el mundo. ¿Te satisfaces? Lamer, mascar, apretujar sus tiernas carnes. Y te excitas más y más, mojas tu mano y con profusión tragas saliva. ¿Miras como yo?, la aparición de una red que recorre sus piernas, las separa, las asfixia. Ellas responden y se lían para volver a buscarse entre sí. De nuevo

el deseo. No puedes dejar de verlas. ¿Quieres unirte? Inician el ritual de la seducción y vives con ellas la transfiguración: se cubren de artificios; los labios rojos, el maquillaje intenso, el pelo que fragmenta el rostro, la lengua que moja apenas los labios y ostenta su movimiento obsceno para volver a esconderse. Las amantes caminan en cámara lenta, te sientes perturbado, una fuerza te domina. Agonizas y lo disfrutas. ¿Me escuchas, querido?, le dije. Ves cómo los cuerpos se congelan, son Mantis Religiosas y la noche es tu única coraza, tu cuerpo tiembla en el alba roja y adhieres tu vientre a ellas para absorber su sudor. Te conviertes en espiral, con ellas te vuelves uno. Tú eres todas las Mantis que convierten su pasión en un grito, te dejas seducir y en un segundo desprenden tu cabeza. ¿Escuchas el aullido del mar? Claro que no, eres el oído de los sordos. Te finges muerto, ¿o estás muerto? Tu cuerpo se siembra en la arena. Más tarde el sol te echa al despeñadero. ¿Creíste escapar? Al pensar estás últimas palabras, el hombre permaneció a mi lado, después se levantó como un sonámbulo sin hacer un gesto. Algo en él parecía decirme que nunca había estado allí, que no había visto nada.

Me marché hacia la taberna, compré una botella de vino para irme a la pensión. Me recibió Tomazzo como si estuviera esperándome hacía rato. Me dijo que el Barón había bajado al pueblo para hablar conmigo. Pensé que tal vez se había equivocado de persona. ¿Qué Barón?, le pregunté. Y me respondió: ¿no sabía, Mirella, después de

tantas semanas de estar por aquí, que el Barón fue el propietario de Monte Verità los últimos cuarenta años, y hace poco tiempo decidió donar la propiedad al cantón? Para muchos ese hombre es como el monarca del pueblo; muchos lo aborrecen, otros lo veneran. Ha dado muchas cosas al cantón pero también se las ha cobrado caro. ¿Por qué, cómo, a quiénes?, pensé. Y continuó: ¿sabía que es uno de los coleccionistas más afamados de Europa? Y... ¿qué colecciona?, pregunté. Con una sonrisa irónica, Tomazzo, el tabernero más amable que he conocido, me contestó: de todo... digamos que principalmente de arte.

En mi cuarto, recordé los comentarios de Tomazzo sobre el Barón, su tono socarrón, casi rayando en la insolencia, con su sonrisa encantadora. Así supe que el Barón, después del fracaso mayor de la comuna, reconstruyó el centro de salud y reactivó el nudismo; mantuvo sus funciones, desfilaron personajes tan famosos como los primeros veritanos pero de otra generación: artistas, pensadores, fue muy generoso con todos ellos. No olvidaré la sonrisa de Tomazzo cuando lo conminé: ¿qué más, dígame? Y agregó, con ese gesto tan suyo que parecía esconder una diablura, un secreto malicioso: bueno, Mirella, creo que le interesará saberlo. ¡Imagínese, él nunca viene por acá, sólo cuando algo muy atractivo aparece ante sus ojos! Y le puedo decir que su interés primordial han sido las mujeres. Le contesté, conteniendo la risa: estoy segura que no será mi persona lo que le atrae pues ni siquiera lo he conocido. En tono burlón,

como una advertencia graciosa que se le dice a un niño, me dijo: el Barón todo lo conoce y lo ve. A lo que agregué: Tomazzo, no me haga reír, espero que no esté haciendo mofa de mí, tengo que irme. Empezaba a molestarme pero luego pensé: a este hombre puedo perdonarle eso y más, porque él siempre ha sido amable conmigo, en especial cuando ha soportado mis excesos con el vino, sí, a mí, a una extranjera y venerable desconocida. Tomazzo me había inquietado, ¿por qué me hacía esos comentarios?

Apenas recordaba haber leído algo sobre el Barón... ¿Von der Hallen era su nombre? No podía imaginar para qué podía buscarme. Cuando pagué a Tomazzo mi botella de vino le dije muy seria: pídale que me busque en la pensión.

## CAPÍTULO XXIII

A media tarde vino la camarera y me entregó un mensaje. Al dármele, la mujer dijo entre dientes una de esas oraciones indescifrables para mí, como si no perdiera la esperanza de que algún día yo comprendería su dialecto. El mensaje era del Barón, muy breve, una invitación en tono de súplica para ir a su casa. Debajo había un trazo a manera de mapa que me indicaba cómo llegar. Antes de salir de la pensión, busqué entre los papeles del archivo algún documento o recorte de periódico que me ilustrara sobre este personaje. Sí, yo recordaba haber leído sobre su participación en la comuna. En aquel momento no me interesó demasiado pues había comprado la propiedad pocos años después de que Sophie desapareciera y de que Ida y Henrich partieran a América. Lo que no podía saber sino por boca del mismo Barón, era que él había ido innumerables veces a Ascona, le

fascinaba Monte Verità, para él un lugar de libertad y esparcimiento. Era un verdadero fanático del arte, Oriental y Occidental, gastó una fortuna en ello, sin duda un excéntrico. Solitario, abandonado por la mujer y los hijos, sin más familia. Se obsesionó con la actividad de coleccionar arte. Había decidido alejarse de la *socialité* germana para refugiarse en Monte Verità y practicar con libertad una forma distinta de vida, al natural, se decía. Mucho se especuló sobre las razones que pusieron una barrera hermética en su pasado y su vida privada. Sobre los motivos de la adquisición de la montaña circularon múltiples versiones. Su biografía se había convertido en una leyenda. Algunas afirmaciones sobre su vida apuntaban en sentidos opuestos. Negocio no era, se decía, sino la necesidad de diversificar su capital en plena crisis europea. Luego se hablaba de razones personales: la separación de su mujer, el deseo de atraer de nuevo a sus hijos junto a él, ofreciéndoles tesoros de la cultura francesa que dominaba en la región de Ginebra, y su deseo de alejarse de su natal Alemania. Incluso varios años después se le relacionó al incipiente nazismo, muy anterior a la Segunda Guerra. No hubo ninguna prueba, los hechos de su vida desmentirían cada una de esas acusaciones. Sin embargo, siempre quedó un resquicio de duda. En el Monte Verità del Barón, después de los años cuarenta, se hospedaron toda clase de individuos, lo heterogéneo de los grupos fue lo que imperó en su época. El Barón tenía amistades que provenían desde los sectores intelectuales antiburgueses y bohemios hasta los jóvenes

alemanes del régimen nazi; en otras ocasiones albergó a personajes provenientes del medio artístico, muchos de ellos judíos. Individuos cercanos a él y prestos al escándalo lo acusaron de espía. Al final, cada texto que leí hablaba de lo mismo: de una personalidad impenetrable. Le decían “el Buda”, algunos lo achacaban con simpleza a su calvicie prematura, otros hacían conjeturas sobre su especial atención al mundo oriental, su admiración por las delicadas figuras del budismo zen. Desde su arribo a Ascona llamó la atención su sencillez en el vestir: un ajuar completo en estricto blanco, tenis, la camisa abierta y el pantalón corto, si acaso una sombrilla lo acompañaba con frecuencia. En esa región casi nunca se necesitaba más. La curiosidad empezó a movilizarme. Iría a verlo esa misma tarde.

Una de las calles empedradas más sinuosas de Ascona me llevaría hasta la entrada de Monte Verità. Justo allí el Barón me había marcado la desviación hacia su casa: una callejuela tan estrecha que difícilmente daría cabida a un vehículo. Llegué hasta un enorme portón de madera que impedía la visión al interior, una fortaleza con altos muros cargados de enredaderas. Esa tarde la humedad del lago había formado un denso grupo de nubes, que amenazaban con precipitarse de un momento a otro. Tiré de un cordón que pensé que, con seguridad, haría sonar una campana. Al momento, el propio Barón me abrió la puerta. La sorpresa me dejó petrificada. Era el mismo hombre que había estado sentado junto a mí en el lago, el día anterior. El mismo que miraba

embelesado a las jóvenes mujeres que danzaban frente a nosotros. El hombre con quien había establecido, a través de la mirada, una especie de juego erótico. Me avergoncé al estar frente a él. Impasible, me vio de manera lasciva, burlona, como si me dijera que sabía de mí algo muy íntimo. Cruzamos el jardín hasta la residencia, que era casi un palacio inimaginable en ese pueblo de casas pequeñas.

Sin rodeos, me dijo: ¡qué gusto volver a encontrarla! Por un momento pensé que no vendría. Déjeme ver bien sus ojos, esos rasgos y ese color tan peculiar: las tonalidades verdes junto al azul grisáceo; créame que sólo los había visto en los ojos de Sophie antes que en usted, me dijo, con una naturalidad que me dejó estupefacta. Pensé: ¿la habría conocido? No me atreví a preguntarle, sentí que la boca de mi estómago se apretaba, sólo atiné a decir: sí, soy su hija. El Barón asintió y enseguida entramos a una gran sala. Los objetos de arte rebasaban por mucho al mobiliario. Era un verdadero museo particular: jarrones de porcelana china, cabezas griegas de bronce, afroditas, diademas chinas, collares, hachas africanas, cuchillos japoneses. Mi espíritu de historiadora me hizo pensar en darle nombre a esa vastedad. Aquello parecía un delirio: convivían allí jardineras francesas de Vincennes, de Delft, figuras de Ceres, cruces de Castilla, un pequeño óleo de Delacroix, una miniatura de Tintoretto, un dibujo a lápiz de Rembrandt. Todos ellos peleaban por un espacio en las paredes; los famosos

conviviendo con otros no tan conocidos, de manera inmisericorde, el valor parecía ser lo de menos.

El Barón se deleitaba con mi asombro. Me dejó observar, estar allí, simplemente, en medio de ese universo invaluable. Estaba fascinada y tomé el reto de adivinar el autor de cada obra. Jugué con mis dudas: comencé a barajar los nombres de los posibles artistas. El Barón poseía cuadros que yo no había visto ni siquiera en catálogos. Así eran las colecciones privadas: se guardaban casi en secreto como una manera de protegerlas. Leía con furor increíble un paisaje marino poco visto de Monet; un Van Gogh de los inicios en el que apenas se vislumbraba el uso del color.

El Barón me sacó de mi arrobamiento al tomarme del brazo y conducirme hacia la puerta del fondo, a su biblioteca: venga, Mirella, venga, le voy a mostrar una pieza única, maravillosa, le quiero enseñar mi mesa de estudio, sé que usted la apreciará. Sígame, se lo suplico, es una pieza del Rococó original: las guirnaldas y los medallones están tallados en caoba. Observe, por favor, con detalle, el trabajo de las cabezas de león. El mueble perteneció a la marquesa de Pompadour, me dijo. Era magnífico. Me pareció curioso que no mencionara otras joyas que allí se hallaban: un cuadro de Kokoschka, una pintura al carbón de Goya y una pequeña escultura de Canova. ¡Válgame! Cada uno de esos nombres por sí mismo me llenaba la boca, estaba abrumada.

La poca luz de aquella estancia ocasionaba que la atmósfera fuera densa, difícil de transcurrir. Noté que el Barón se había puesto nervioso, daba pasos cortos sin dejar de mirarme. En algún momento dejó asomar un gesto morboso. Me sentí incomoda. A mi derecha, en la esquina del estudio, había un grupo de gatos disecados en distintas posturas, ¿mandaba disecar a sus mascotas? No quise preguntar, lo confirmé al ver muy cerca un perro en postura de saludo, también disecado. El lugar dejó de gustarme. El Barón pegó su cuerpo a la pared mientras avanzaba de espaldas, lo vi acercarse a otra puerta, al lado del escritorio. Al llegar a ella, la empujó apenas y dejó que se abriera por completo. No quitaba la vista de la mía; así, en esa posición, buscó el picaporte y cerró de nuevo. Retrocedí hacia la salida mientras me despedía con prisa del Barón, temiendo tropezarme con algún objeto valioso. El Barón se quedó inmóvil, como poseído por algo que lo maravillaba, mientras se dibujaba en su rostro la sonrisa de un demonio.

Yo alcancé, por un instante, a ver el interior del cuarto. Era una escena casi teatral. Su composición empezó a aterrarme conforme pude reconstruirla: varios cuerpos de mujer desnudos, por lo menos tres, colocados sobre pedestales, en alto, mientras una luz intensa los iluminaba desde abajo. Eran una especie de espectros, de fantasmas; podría haber jurado que el último cuerpo, el cuarto, era el de un hombre: tenía el torso cubierto de vellos, no lo sé, eso percibí pues el tiempo que el Barón me permitió mirar fue muy breve, la luz

se apagó en segundos y no alcancé a ver más. El Barón reía al ver la expresión de asombro en mi rostro; supongo que a esas alturas era más de espanto que de otra cosa. Estaba gozoso, excitado; entonces comprendí su deseo de hacerme una mirona, una *voyeur*, como él. Quería que fuera su cómplice. ¿Era tanto su miedo que quería que lo acompañara? Comprendí que esos cuerpos no eran esculturas, parecían figuras de cera, así de lejos, de una manufactura impecable. Una de esas mujeres, estoy casi segura, era Sophie. Fue todo tan rápido. El pelo castaño claro, su delgadez, su perfil visto en tantas fotos me lo decían. Era muy parecido al mío. Pensé que podía ser mi gemela. Más tarde, en la oscuridad de mi cuarto, repasé muchas veces en mi cabeza esa experiencia.

## CAPÍTULO XXIV

Asomado por la ventana del tren, Eugenio me saludó agitando ambos brazos por encima de su cabeza, gustoso, como si en ello le fuera algo de suma importancia. De pronto se me figuró que su cuerpo se saldría del vagón en cualquier momento. Como ocurre en toda estación, las personas parecían agruparse en dos sectores: los viajeros y los que sólo iban a despedir o a recibir. En ese momento caí en la cuenta que habían pasado muchas semanas desde la última vez que nos habíamos visto. Lucía más delgado. Desde el andén apenas alcancé a distinguir la sonrisa de Eugenio. Sus barbas estaban tan largas que casi ocultaban su rostro. Cuando nuestras miradas se cruzaron un escalofrío me dijo que algo no andaba bien.

Lo vi acercarse. Me había ido a Zúrich para encontrarlo y regresar juntos a Ascona. Se agachó, dejó en el piso su maleta, me dio un beso apresurado y volvió a tomarla para seguir caminando. Su saludo parecía más bien una fórmula de urbanidad que la señal de un reencuentro amoroso. ¿Qué pasa con este hombre?, me pregunté, hace tanto tiempo que no nos vemos y me recibe con un beso indiferente en la mejilla, como si se tratara de un pariente lejano.

¿Será que los suizos pueden ser tan fríos? Fue un pensamiento espontáneo, sin reflexionar. ¿Cómo podía pensar así del hombre en quien había depositado mi cariño esas últimas semanas? ¿Me defendía del futuro? Después supe que sí. En esos momentos me limité a observar a Eugenio con cuidado. Estaba nervioso. Me dijo que teníamos que ir de inmediato a Ascona pues él contaba sólo con unos cuantos días para estar conmigo. ¿Por qué sólo unos días, cuál era la prisa? Esa noche habiéramos podido descansar en Zúrich, como otras veces. Era obvio: algo se había roto entre él y yo. Abordamos el tren de regreso a Ascona.

Ya en nuestros asientos, Eugenio trajo una botella de vino, dos copas y un mantel para nuestra diminuta mesa. Apenas sonreía, dejaba ver un rictus forzado. Había comprado quesos, jamones, mantequilla y una baguette. Me sentía incómoda. En esos momentos te recordé, papá: “las penas con pan son menos”, decías, tú que eras un tragón irredimible. Nunca te vi dejar a un lado un buen platillo, aunque hubieras hecho el peor de los corajes.

Esa noche en el tren me propuse no mezclar los placeres del paladar con la tristeza de una pérdida inminente. Ansiosa, observé cada movimiento de Eugenio quien pronto comenzó a relajarse y a sonreír con mayor sinceridad. Luego me acarició en el rostro. Por un momento pensé que mis sospechas eran infundadas. A pesar de ello, aguardaba con temor las expresiones cortantes de Eugenio. Esa noche no ocurrió nada, había preferido callar. Lo pospuso para otro momento. En cambio yo, comencé a hablar del doctor Friedeberg, de Rolf y Gusto, de Mary y la clínica. En el rostro de Eugenio se dibujó un gesto condescendiente, una mezcla de empatía y ternura a la vez. Luego vino una frase que me dejó pasmada: Mirella, tienes una imaginación única. Hasta podría pensarse que viviste en la época lejana de la comuna veritana. ¡No lo puedo creer! ¿Dónde obtuviste tantos detalles? Mis documentos apenas dejan ver lo que en realidad pasó allí.

Me sentí aislada, sola, dueña de un pasado fantasmal. Apenas atiné a decir: en Ascona, podemos ir a la casa del...

Guardé silencio. La expresión de Eugenio cambió. Se puso serio e hizo una mueca de disgusto. Mirella, estás agotada, me dijo. Yo le contesté: me estás tratando como si fuera una loca o una estúpida. Estuve a punto de reaccionar con enojo pero me sentí sin fuerza para seguir una discusión. Giré la cara hacia la ventana del tren y fijé la vista en el paisaje. Eugenio me dio una palmadita sobre el dorso de la mano y guardó silencio.

Ascona me pareció triste y desolada. En la pensión éramos los únicos huéspedes. No descansé. Tampoco Eugenio. No me tocó ni yo a él, apenas nos dimos un beso cordial de buenas noches. Mi cuerpo resintió la distancia. Tan cerca y tan lejos. Deseaba que cada poro de mi piel respirara el olor del cuerpo de Eugenio. Sentí la necesidad de abrazarme las piernas contra el torso para reconfortarme un poco. Pasé la noche ovillada.

Al día siguiente no hicimos ningún comentario. Eugenio había decidido guardar silencio y yo también. Me dijo que tenía para mí varias sorpresas. Había encontrado a Mary. Vivía en Leipzig, en la Alemania Oriental. Después de Monte Verità fue una de las pioneras de la danza expresionista moderna. Vivió en Dresden muchos años. Ahí fundó una escuela y continuó con el trabajo de experimentación que había iniciado en Ascona. Conoció a tu madre, me dijo Eugenio, es una de las sobrevivientes de Monte Verità. Nos fuimos a Leipzig al día siguiente.

Durante el viaje, Eugenio me contó que había encontrado datos fidedignos sobre tu estancia en la clínica, papá. Tu secreto comenzó a develarse. Estuviste en Suiza en un período que yo consideraba fundamental para mi búsqueda. La noticia abría de nuevo la posibilidad de que tú fueras mi padre biológico. Esto me llenó el pecho de un aire purificador. Me sentí feliz.

Tuve la sensación de que Leipzig me esperaba. Había un silencio inusual. El río era un espejo que reflejaba un cielo pálido cubierto apenas por nubes finas. Eugenio estuvo conmigo todo el tiempo. Fue un acompañante silencioso, lo cual agradecí en esas circunstancias. Hablamos cordialmente sólo de lo esencial. Cuando llegamos a la casa de Mary, Eugenio dio unos cuantos pasos hacia atrás y me dijo: no te preocupes, te espero aquí afuera.

Una enfermera robusta y de lentes abrió la puerta. Miró a Eugenio por encima de mi hombro y le sonrió apenas, como si no le sorprendiera nuestra visita. La estancia era oscura. Me tomó unos minutos acostumbrarme a la penumbra. El ruido delató la presencia de Mary en un sillón, apenas visible. Era ya una anciana diminuta, hundida entre los cojines. Me acerqué y me senté junto a ella. Alzó el rostro. Sin duda era la Mary que yo había visto en la comuna. El mismo rostro, ahora surcado por profundas arrugas. Los ojos enormes, casi desorbitados. Me miró con fijeza, abrió la boca y preguntó: ¿Sophie? Con la cabeza le contesté tímidamente que no. Se apoderó de mí el miedo de desilusionarla pero no me atreví a mentirle. ¿Sophie?, volvió a preguntar. La tomé de las manos, suaves como el papel, livianas. No, Mary, soy su hija, respondí. Me sostuvo la mirada: es el mismo color, es idéntico. Y bajó la vista. Se quedó viendo hacia el piso con fijeza, como si pensara o recordara algo. Le temblaban la barbilla y los labios, el resto de su cuerpo permanecía muy quieto. En esa posición

parecía aún más pequeña, la joroba se le hacía más pronunciada y el cuello se le hundía entre los hombros. En algún momento alzó los párpados, como para verificar que yo seguía frente a ella. Casi de inmediato dirigió la mirada hacia el sillón de junto. En realidad parecía observar algo que estaba muy lejos de allí, al fondo del recuerdo.

Sophie, sí, muy hermosa, siempre quiso bailar, muy bella, me dijo entre balbuceos. Luego comentó que tenía un extraordinario parecido a una bailarina famosa que había muerto muy joven, en un fatal accidente dentro del teatro mismo, en una función de la Opera Haus de Dresden: Annemarie, se llamaba. La noche que murió, participaba en el cuerpo de baile de la ópera *Fausto*, de Gounod. Emocionada con estos recuerdos, Mary agitaba las manos como si estuviera en el foro del teatro; hablaba de los trucos escénicos con fuego, aseguraba que el mismísimo Mefistófeles debió andar allí en cuerpo y alma, derrochando su poder y su voz sobre la escena. Yo era la *regiseur* del cuerpo de baile en esa temporada, contó Mary. Me encontraba tras bambalinas cuando escuché gritos que venían del salón de ensayos. Entré al lugar, lleno de espejos, y allí vi a Annemarie poniéndose unas zapatillas. El maestro de ballet era un hombre muy enérgico, gritaba a voz en cuello, decía: es para hoy. Y 1 y 2, y... lento, *renversé*; y 3 y 4, cabeza a las rodillas; y 5 y 6, estirando más, brazo en *quinta*; y 7 y 8... *en face*, y *plié*, *relevé*, estiran y bajan... bailen, gritaba ¡bailen!... *tendus* y *battement jetés*... y *rond*

*de jamb a terre en dehors...* y 1,2,3 y 1,2,3... y un *grand rond de jamb en l'air* a 90°...

La mirada de Mary brillaba al revivir lo acontecido: en el interior, por pasillos estrechos como ratoneras pasaban bailarines de un camerino a otro con vestuario en las manos. De repente ruido, mucho ruido. Luego, el silencio. A lo lejos comenzó el barullo de los cantantes del coro. Por las bocinas de los camerinos se escuchaban las voces que daban indicaciones. Ritual preciso, angustioso. La ceremonia se cumplía. Como si estuviera viendo esas imágenes continuó: Annemarie caminó en la oscuridad, se detuvo junto a la pierna del telón, esperaba su turno. El escenario semejaba un gran acuario iluminado. Al acercarme a Annemarie escuché que murmuraba los pasos en francés que iba a ejecutar. La vi arrojarse al escenario, a esa suerte de cubo mágico. Dio unos pasos y de inmediato, un *grand jeté*. Yo repetía los pasos: *grand jeté, pas failli y pas de bourré en tournant*, ella y cinco bailarinas se reunían en el foro para bailar alrededor de un Mefistófeles. Una imponente voz de tenor les celebraba el coqueteo. Embelesadas, Annemarie y las demás ejecutantes iniciaron una danza frenética, impulsadas por la voz apabullante del tenor. Los pasos parecían salir mágicamente de sus pies y arrastrar tras de sí sus esbeltos torsos: *balancé, balancé, balancé en tournant, glissade, assemblé porté, piqué arabesque, fondú, chassé en derriere, paso, paso, grand jeté entrelacé, pas failli, chassé, arabesque...* De pronto, las cinco mujeres se quedaron

quietas como si la entrada de un tiempo musical distinto las hubiera petrificado.

Los ojos cansados de Mary se emocionaron al relatar: en escena, apareció Mefistófeles, en medio de una fiesta que transcurría alrededor de una gran mesa. De las jarras empezaron a brotar chorros de vino. Los asistentes llenaban sus copas y bebían con avidez. Mefistófeles era un hombre enorme con un estómago prominente, una figura demoníaca, y gustaba exhibir esa condición diabólica. De distintos puntos de la mesa surgieron largas lenguas de fuego. Una llama gigantesca apareció en medio del escenario y alcanzó el vestido de Annemarie. Ella siguió bailando en éxtasis, como si no se percatara del fuego, me dijo, en seguida sus brazos se agitaron, parecían las aspas de unos juegos pirotécnicos. Annemarie se convirtió en una flama viviente en cuestión de segundos. En un instante el escenario era una bola de fuego. El telón del teatro cayó bruscamente. Caras de espanto, personas huyendo. Una voz suave de mujer anunciaba algo por el altavoz. Ambulancias, torrentes de luz, sirenas. Annemarie con el rostro desfigurado. Todo esto sucedió rapidísimo, el público gritaba. Bajaron el telón. Después supe por uno de mis ayudantes que Sophie había venido al teatro a ver la función y que cuando Annemarie se vio entre llamas ella, Sophie, se retorció en el suelo con violencia. Después se la llevaron en brazos, con espasmos, y decía que ella era Annemarie. Al contar esto, Mary se alteró demasiado. Sus ojos reflejaban

el espanto. Comenzó a temblar, a sollozar y, mientras, decía entre dientes: escúchame, Sophie, allí pasó el diablo. Creyó que yo era Sophie. Volteó a verme con gesto de desolación. Entonces, como si viniera de la nada, apareció en la sala una señorita vestida de azul, con un mandil blanco y almidonado. La levantó del sillón entre sus brazos como si fuera un bebé. Era tan pequeña. Ella se acurrucó y fijó la vista en mí. Desde los brazos de su cuidadora, Mary me miró y la vi desaparecer tras la puerta del fondo, mientras murmuraba: Sophie, Sophie. Salí de la casa con las emociones a flor de piel. De alguna manera estaba contenta. Tenía la sensación de volver a la realidad, de recuperar algo que había estado en algún recóndito lugar de mi ser. Me daba gusto constatar la existencia de Mary, verla, olerla. Ese día, Eugenio y yo dormimos en el pueblo. Pasé la noche en duermevela, bajo el influjo de Annemarie.

Las imágenes de mi sueño eran muy ricas. Caminaba de prisa sobre la banqueta, llovía, el piso guardaba un aspecto brillante. Como espejos, las superficies reflejaban el entorno. Nuestro reflejo parecía una fotografía adherida al piso. Junto a mí iba una mujer muy parecida a Sophie. Yo comencé a llamarla Marieanne. Aunque a ratos desaparecía, tuve la sensación de que me acompañó todo el tiempo. Me divertía viendo el reflejo de las suelas de nuestros zapatos justo antes de pisar los charcos de agua. Ambas exagerábamos la longitud de los pasos. Al toparnos con la entrada del metro, nos detuvimos a recuperar el aliento. Al

principio me pareció reconocer la estación del Zócalo. Después ya no: a cada paso creía estar en una estación distinta. Comencé a angustiarme. Recordé el día que me perdí en el mercado: estaba con mamá frente al puesto de verduras, me distraje jugando y de pronto noté que ya se había ido, caminé entre los puestos hasta que sentí que alguien me jalaba del suéter. Era mamá. Después ya no estaba. Los rumores del subterráneo seguían ahí. ¿Dónde estábamos? Bajamos juntas pero Marieanne volvió a desaparecer. Escuchaba los rechinidos ensordecedores del vagón del metro, las puertas que se abrían de manera violenta, una turba de gente que bajaba. Ahí estaba ella otra vez, intentando alcanzar, a contraflujo, un asiento. Se sentó junto a mí. Quería decirle algo pero las palabras se me atoraban en la garganta como espinas de pescado. La escuché decir: tengo que llegar a tiempo, tengo que llegar a tiempo. Tuve la impresión de que el túnel por donde se desplazaba el tren era infinito y que nunca saldríamos de allí. De pronto el vehículo frenó bruscamente. Sin saber cómo, me encontré caminando por la calle lateral del Palacio de Bellas Artes, frente a la Alameda. Corrí mientras al mismo tiempo miraba de reojo las máscaras esperpénticas que adornan el edificio del Palacio. Me sonreían burlonas. Mis piernas daban zancadas. Así llegué a una puerta de hierro. Dos guardianes uniformados vigilaban la entrada, muy firmes y con los ojos cerrados. Junto a mí, de nuevo, Marieanne hablaba con ellos, escupía las palabras con la velocidad de una ametralladora: disculpen, les dijo, buenas

tardes, soy bailarina, soy parte del cuerpo de baile. Los guardianes movieron la cabeza de un lado a otro, negándole el paso, mientras señalaban un letrero que decía: “prohibida la entrada a toda persona ajena”. Con un gesto exagerado uno de ellos extendió un montón de hojas. Marieanne, sonriendo, tomó aquellos papeles. De pronto era yo quien los tenía entre las manos. Contenían cientos de nombres de una lista. Leí: Ladine, Lanz, Larier, Lenz, etc. Regresé la vista hasta Lenz y suspiré aliviada: Lenz, Annemarie. La angustia afloró en la cara de Marieanne, que decía: pero ¿por qué cambiaron mi nombre, por qué Annemarie? Las letras brillaban en el papel de manera extraña. Soy Marieanne, cometieron un error. Soy yo, decía, soy yo, mientras señalaba el nombre a los guardianes. Ellos seguían diciendo no con la cabeza y con los ojos cerrados. Señalaban con la punta de los dedos una cruz negra junto al nombre. Algo más le decían sin emitir sonidos mientras una lluvia de signos extraños salían de sus bocas y se precipitaban hasta caer al suelo; al tocar el piso, aquellos signos levantaban una chispa de luz para luego desaparecer sobre el pavimento. Marieanne cruzó la calle y se perdió entre unos arbustos. Al levantar la mirada, en una de las ventanas del edificio vi la cara de una mujer asomada a la calle, parecía observar a Marieanne. Ambas tenían el mismo rostro. Después hubo un vacío, algo que no recuerdo. De pronto era yo quien estaba en la ventana del edificio mirando a la mujer que cruzaba la calle. Al mismo tiempo, alguien me llamaba y me decía: Annemarie, Annemarie, luego, esa misma voz me preguntó

qué era lo que veía allá afuera. No podía contestar, sólo deseaba ver el rostro de la joven que se escondía bajo una larga cabellera. Al ver su perfil, me daba cuenta de que esa mujer era yo. Era yo quien cruzaba la calle. Como si flotara, me alejé de la ventana. De nuevo apareció el parque. Vi a Marieanne, movía los pies sentada en una banca... como atraída por algo extraño levantó la cabeza para observar las ventanas del edificio. El salón de ensayos estaba en un piso alto. Con un dedo parecía contar los niveles como para ubicar el sitio de donde provenía aquello que le llamaba la atención. Desde lo alto del teatro, yo veía el parque. Un sudor escurría por todo mi cuerpo, mi nariz aleteaba, mi tórax se expandía entero. Me toqué el abdomen y percibí su dureza. Me desperté a medias, quería seguir con aquel sueño de mi ser multiplicado. Cerré los ojos y vi a Marieanne sobre el pasto húmedo del parque frente al teatro. Se quejaba, desconsolada. Oigo la voz del director, decía ella, me taladra los oídos, es como un eco que se expande dentro de mí. Molesta, se los tapaba. Entonces vi que sus piernas se movían como si ejecutara pasos de ballet. Sus músculos se contraían.

A la mañana siguiente, recordé ese sueño con placer, como algo mágico que me sucedía en la noche y me alejaba de las verdaderas pesadillas. Eugenio estaba a mi lado, compartiendo la misma cama. Descubrí el sentimiento que lo dominaba: era la culpa. Le pregunté si al fin pensaba hablar. ¿Qué pasaría con nosotros dos? Tragó saliva, como

si así fuera a conseguir la elocuencia que le faltaba. Desvió la mirada. De nuevo, otro paso de saliva. Volvió a mirarme y abrió la boca sin decir palabra. ¿Qué pasa?, le dije. Eugenio balbuceó y me dijo: Es... mi mujer, quiero decir, mi ex mujer... ha vuelto. Lo que ya sabía, ¿te das cuenta? No necesitaba decir más, ni yo quería saber más. La ex mujer... Estuvo allí todo el tiempo, entre nosotros, sin que yo lo supiera a ciencia cierta pero allí. Era tan simple. Debí haberlo supuesto desde el principio. Un hombre de su edad debía tener un amor importante en su historia. Por qué suponer que yo podría desplazarlo y ser la única. ¿Cómo pude ser tan soberbia o tan ciega?, ¿cómo pudo sucederme una segunda vez? Eugenio se fue. Nos separamos sin reclamos. Éramos dos niños grandes, unidos por circunstancias muy singulares y azarosas. No quise ver que eso hacía nuestros vínculos más frágiles. No quise verlo. Era todo tan triste que ya no quería luchar, papá. Uno se vuelve más y más resignado con el tiempo. Estaba harta, cansada. Por lo demás, sentía el raro consuelo de conocer el fin de Sophie. Ahora sólo faltaba descubrir un verdadero parentesco contigo. Seguiría en lo mismo. Ese mismo día, en Leipzig, me quedé sola y así, volví a Ascona.

Esa tarde me fui a la placita central, junto a la fuente. No sabía por dónde recomenzar. Recordé a Gusto, era tan doloroso ignorar qué había sido de su cuerpo. También recordé el sobre que me llevé de la cueva de Gusto el día que murió y yo, torpemente, había olvidado. ¿En dónde lo

guardé? Sentí una gran angustia. Regresé a la pensión. El sobre estaba dentro del cajón de la mesa de noche. Tuve el presentimiento de que esa carta estaba dirigida a Sophie. Una vez más me aferré a un delgado hilo que me impulsaba a seguir buscando.

## CAPÍTULO XXV

Durante mi regreso a Ascona pasé horas enteras meditando. La noche anterior había rememorado a *Pis* como si hubiera sido ayer, con una nitidez extraordinaria. Era tan claro que en seguida me remitía a la culpa de olvidar. Hablo de *Pis*, sí, de los treinta y cinco años que han pasado desde que empecé a olvidarme de él hasta hacerlo por completo. Sí, ahora sé que así fue: lo borré de mi memoria de manera ingrata. Mi querido *Pis*, el chico de quien me enamoré por primera vez. Hace unos meses no me preocupaba lo sucedido. *Pis*, el apodo *Pis*, a lo mejor ni lo recordaba ya. Ya no quería llamarlo así, su nombre era Arturo. Esas últimas semanas se convertía en algo de suma importancia para mí. Porque recordarlo me ha llevado a sentir ese cosquilleo que sentimos por primera vez en la vida ante alguien que nos emociona y nos perturba. El espacio

que Arturo ocupó en mi adolescencia había renacido pero con una fuerza inusitada, distinta a la que tuvo en su momento. Se había convertido en un atractivo enlace que me conectaba con tu historia a través de un pasado común. Tenía la sensación de que despertar esa memoria me ayudaría a entenderte. En algún punto tuve dudas: ¿estaba de verdad en el camino correcto? ¿Arturo había removido un pequeño monstruo dormido que se despertaba con brío o simplemente tomaba importancia aquello que servía a mis propósitos? ¡Qué egocéntrica podía ser! No pude responder ni llegar a ninguna conclusión. Lo que era evidente es que él estaba ahora en primer plano, podía verlo, olerlo. Ya no quería llamarlo como en la infancia, su nombre era Arturo. Rememorar con claridad cómo había formado parte de ese mundo clandestino del que te rodeaste y del que nos hiciste partícipes. Muy a tu pesar. No, no hay duda de que trataste de guardar tus secretos, tu activismo. Ahora sé que tu deseo fue mantenernos en la ignorancia, pero era un mundo demasiado importante para ti y nosotros terminamos por percibirlo, por respirarlo y, en el caso de Ramón, por hacerlo suyo. Yo estaba demasiado atribulada con los hijos y el trabajo, aunque allí estuve mientras pude, a veces de manera sesgada.

Desde que salimos de Leipzig estaba resuelta a regresar por una temporada corta a Ascona. Iba por una respuesta pronta aunque eso significara la imposibilidad de conocer lo que tanto ansiaba. Pero no podía más, estaba agotada, mis

ánimos en el piso, mis recursos escaseaban y mi año sabático llegaba a su fin. Ni mi cuerpo ni mi alma resistirían demasiado.

Estaba inquieta. Sentía que de alguna manera tu presencia me había seguido en todas las travesías que había realizado. Estabas conmigo cada minuto; tenías una existencia propia, más allá de lo que creaba mi mente. Me di cuenta de ello al entrar al vagón del tren porque sentí tu presencia a mi lado. Era como si mi ser exterior estuviera cargando un peso que no le pertenecía. Percibía una densidad que me hacía pensar que me estabas acompañando. Di rienda suelta a mi imaginación, entonces pensé que tú sí querías saber más, que tenías necesidad de presionarme para no abandonar la búsqueda. ¿O qué debía pensar?, ¿que sólo estabas allí en tu papel de guía en esos momentos en que todo se complicaba? Traté de imaginar tu reacción al enfrentar lo que Monte Verità había despertado en mí. ¿Serías capaz de presenciarlo, de percibirlo? Hasta ese momento no contaba con una explicación racional.

Ansiedad, esa es la palabra correcta. Eso es lo que sentía conforme se acercaba mi llegada a Monte Verità. Adivinaba que otra vez se apoderaría de mí ese estado mental al que todavía no le encuentro un nombre. Lo que tenía muy claro es que la melancolía me invadía con rapidez. No era difícil reconocer de dónde provenía mi fragilidad.

Los meses que pasé frente a este lecho después de tu muerte me habían sacudido en buena medida. Ese lugar no sólo representaba los últimos momentos de tu existencia, no sólo era el lugar de la despedida, sino que significaban toda tu existencia anterior y, en ella, la mía. Era el centro desde donde ocurría nuestra vida familiar, lo que éramos. Los fines de semana nos reuníamos allí a jugar, a planear, a pelear. Ese fue el espacio en donde compartiste tus sueños con mamá. Cuando los veíamos juntos, besándose, o abrazándose, Ramón y yo intercambiábamos sonrisas cómplices, como si supiéramos más de la cuenta. ¿Será que los hijos intuimos desde el principio que es allí donde se generan los actos de mayor intimidad? Porque es allí, tú lo sabes, en donde ocurren las pasiones, la vida, esos soplos y alientos de cada día.

Y no puedo dejar de pensar que, de manera paradójica, fue en ese mismo lecho en donde tuviste largos meses para pensar tu confesión, un tiempo que cualquiera hubiera pensado era suficiente, pero no fue así, ¿verdad?, porque la duda es una mala consejera y sólo el final te empujó a decidir, a decir, a no llevarte el secreto contigo. Yo en cambio te perdí a ti y la precaria certidumbre que tenía acerca de mí misma. Qué distinto es el presente, hablarte ahora, aquí, como si estuvieras, como siempre, en tu sillón favorito, rascándote detrás de la oreja, cruzando las manos sobre tu regazo para dormitar de tanto en tanto, como lo hiciste miles de veces mientras dejabas pasar las horas, sin decirlo,

esperando que te llegara la hora de la muerte y te liberara del sufrimiento. Porque era la muerte lo único que esperabas, ya te querías ir. Estabas harto de todo, sobre todo de tu vejez. La vida sin mamá te hacía sentir miserable y solo, y nos lo hiciste saber de muchas maneras. Creo que te mantuvo un tiempo la esperanza de que apareciera Ramón, después ni siquiera eso.

Desde mi asiento en el tren escuché la respiración de mis compañeros. Cerré los ojos y te imaginé tratando de formular las frases para confesarme el secreto que había estado lacerándote durante tantos años. ¿Era una carga tremenda, como un tumor maligno que era necesario expulsar de tu cuerpo? Para mí sí lo fue, porque me lo entregaste como un peso muerto, incomprensible.

En estos meses experimenté más que nunca la sensación de pérdida, de un vacío que no podía llenar con nada. ¿Era eso la orfandad? Me había quedado huérfana de un padre protector y también de una madre a la que nunca recuperaría. Y me sentí obligada a reelaborar el duelo de mamá Conchita, a conformar en mi mente a una madre adoptiva, agregar al amor que sentí por ella la gratitud por quererme de manera incondicional sin ser su hija. Ella me había dado mucho más de lo que Sophie pudo haberme ofrecido. La figura de mamá Conchita adquirió dimensiones apabullantes en esos días. Mi interior se mudaba sin poder sostenerme de nadie en el exterior. Ustedes ya no estaban allí, cercanos. Quería abrazar a mamá, besarla. ¿Qué me

quedaba ahora de ustedes? ¿Cómo encajaba Sophie en mi interior? ¿Cómo podía estar ahora en el mundo? Alguna vez me convenciste de que el alma y el cuerpo son un solo ente; entonces, ¿qué permanece en el mundo de ti, de mamá, de Sophie? ¿Nada? De alguna manera, me había convencido de que todos estamos condenados, después de nuestra muerte, a existir sólo en la medida en que vivimos en la memoria de los demás. Así quería creerlo. Quise imaginar la muerte con frialdad: al morir no queda nada de nosotros. La grandeza de vida quizá brinda un espacio más perdurable en la memoria colectiva, no más. La vida me había llevado a pensar que el alma de los seres humanos no siempre permanece inscrita en el legado que se deja detrás. La esencia se habrá ido. Todos nos iremos diluyendo poco a poco, al compás que marquen las mentes de quienes nos recuerdan. ¡Qué fácil decirlo! Vivirlo, como ahora, me hace cuestionar lo que creía. Qué distinto es enfrentarlo con personas que se van extinguiendo ante la mirada. Sí, delante de mis ojos, sin dejar huella, como si nunca hubieran existido. Sólo resta el conocimiento. ¿En dónde estaban Gusto y el doctor Friedeberg? Luego del transcurrir efímero de su paso terrenal, esos seres se habían convertido en pensamiento puro, como si se tratara de una masa de humo que apenas había comenzado a formarse cuando un soplo de aire los desvaneció y sólo quedó un saber de su existencia. Sí, papá, estas ideas me torturaban mientras avanzaba el tren. Pensé en Sophie, con obsesión. En la medida en que me alejaba, aparecía esa última imagen en la

mansión del Barón. ¿Era Sophie ese cuerpo disecado? Sólo pensarlo me hacía sentir que estaba viviendo una pesadilla, un castigo injusto. Me preguntaba si mi deseo por conocerla me colocaba en una realidad que me la ofrecía de forma grotesca y cruel. Recordé las escenas que se revelaron en la cabaña y me encontré frente al taller de un taxidermista, en el que aparecieron ante mis ojos algunos objetos que, sabía por ti, eran utilizados en ese oficio. Una larga mesa mostraba tijeras, pinzas, navajas, gubias, bisturís colocados en orden como si fueran el instrumental de un cirujano y, junto a ellos, las vísceras, los intestinos, en alguna otra parte dientes y ojos que daban la impresión de ser falsos, o eso preferí pensar. Comencé a sudar en frío, en mi asiento del tren. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido por el malestar hasta que la náusea contrajo mi abdomen. Me tapé la boca para impedir el vómito. El hombre sentado a mi lado me preguntó si me sentía bien. No le pude responder, horrorizada por las imágenes que seguían pasando por mi mente. Mientras mayor era mi deseo de alejarlas, más recurrentes y desagradables se volvían. ¿Era yo misma quien provocaba esas escenas escalofriantes? Seguían apareciendo grandes trozos de piel arrancadas a algún cuerpo; en el suelo veía la piel extendida de un ser humano. Como si se tratara de una tela sujeta de sus extremos para tensarla de un lado a otro e impedir que se encogiera. En otra mesa había más lienzos de piel: esperaban su turno amontonados en pilas, encimados. Recordé las palanganas colocadas en orden, como si fueran un muestrario de

órganos que parecían exhibirse para su venta. Ojos, lenguas, orejas, uñas, clasificados para ocupar su sitio correspondiente, inermes, expectantes. Gritar era lo que deseaba frente a esas imágenes. Gritar. Y sin embargo, sólo conseguía un grito sordo, ahogado, hacia adentro. Quería pedir auxilio. Escuché la voz de mi vecino de asiento quien me acercaba una pastilla y, con delicadeza, la ponía entre mis labios mientras me murmuraba al oído: tome esto, se va a sentir mejor. Abrí la boca y en seguida me acercó un vaso de agua.

Algo se calmó en mi interior. Se hizo un silencio vasto, largo, ¿cómo decirlo?, profundo. Recordé que en el desierto se experimenta algo parecido. Una sensación singular para quien la vive por primera vez. Aparece desde la primera noche, cuando intentas dormir. Hay un momento en el que no escuchas nada, como si el lugar se vaciara de cualquier señal de vida: ni un grillo, ni un insecto, ni un pájaro, nada. Así eran las tardes que pasábamos en las afueras de Saltillo cuando íbamos a ver el crepúsculo y frente a nosotros se extendía el horizonte infinito. Sentí paz. Unos minutos solamente. Pronto comenzó otro recuerdo: aquel viaje que hicimos a África. De nuevo, la pesadilla: los cuerpos disecados, las momias, los procesos que tanto me horrorizaban. El guía que nos llevó a las tumbas decía: al morir algún dignatario era costumbre que las mujeres de la familia se empastaran de barro la cara y la cabeza, a manera de duelo. Así, desfiguradas y desceñidas. Con los pechos

descubiertos, dejaban en casa al difunto e iban dando la vuelta por la ciudad con llantos y golpes en el pecho acompañadas en comitiva por los parientes. Los hombres de la misma familia, quitándose el cingulo, formaban también su coro plañendo y llorando al muerto. Concluidos los clamores, llevaban el cadáver al taller del embalsamador. Recordé la primera vez que me enfrenté con una momia. Fue en ese viaje a El Cairo, a mis escasos trece años. Te empeñaste en ir, en llevarme a una travesía llena de misterios. Ahora creo que se trató de algún encargo clandestino, en ese entonces no lo hubiera imaginado. Fue el primero y único viaje que hicimos solos, sin Elena, sin Ramón, sin mamá. La primera noche que pasamos allí era todavía de madrugada y entre sueños creí escuchar gemidos de animales. Me asusté, por un momento desconocí el lugar en donde estábamos, no lograba descifrar qué clase de sonidos llegaban al cuarto del hotel. Habías alquilado dos habitaciones juntas y dejabas abierta la puerta que nos comunicaba. Me senté en la cama, asustada, y en ese preciso instante oí tu voz: no es nada, lo que escuchas son los rezos que provienen de los templos. Son las voces que al unirse allá afuera provocan una sonoridad distinta, sí, y de más lejos las acompaña el llanto de los camellos. ¿Cómo fue que, desde el fondo de tu recámara, supiste el momento preciso en que me senté asustada en la cama, aun cuando la puerta que nos comunicaba estaba sólo entreabierta? ¿Cómo supiste que yo había mezclado los rezos de las mezquitas con el llanto de los camellos? Después supe que a ti te había

sucedido lo mismo y por eso me dijiste en tono burlón algo así: bueno, debes saber que los camellos también lloran. Y te reíste con una fuerte carcajada. Me hiciste enojar, estaba indignada por tu burla, sin embargo, a pesar de mi ridículo también me reí, me daba cuenta de las tonterías que pensamos ante el miedo. Desde muy niña aprendí a reírme de mí misma; gracias a tus pesadas bromas, lo aprendí. Ese mundo inhóspito me había impresionado, desde el primer momento me sentí acosada por las miradas masculinas. Eran escasas las mujeres que iban por la calle y todas iban cubiertas de la cabeza a los pies. También tú estabas nervioso, en varias ocasiones sostuviste la mirada, directa a los ojos, retando a alguno que alcanzaba a ser insolente. Alguna de esas noches tuviste pesadillas, papá, hablaste dormido varias veces y decías: Isis, hay que encontrar a Isis... ella sabe... su esposo... sus brazos, sus piernas... perdidos, murmurabas. Pasé todo el rato asustada, escuchándote. Balbuceabas palabras inconexas. Al día siguiente te perturbaste por mis preguntas: no sé, hija, quizá este lugar me vuelve susceptible a los mitos. Hoy mismo recordaba a la diosa Isis, la deidad egipcia, viuda de un dios mutilado, descuartizado por su propio hermano. Isis reunió el cuerpo fragmentado, a excepción del falo. Es una historia terrible, me dijiste. A mis trece años, sin haber visto nunca el cuerpo desnudo de un hombre adulto, me era difícil imaginar a un hombre castrado. Esa imagen, producto sólo de mi mente, se quedó conmigo por mucho tiempo. Me avergonzaba

hablar de ello. Qué figura tan deformada había creado. Esos recuerdos los enterré en alguna parte de mi cerebro.

Después de tantos años, ese fantasma deforme, escondido, sólo producto de mi imaginación, aparecía de nuevo, en medio del largo recorrido de regreso a Suiza. Sí, hasta ese instante pude entender mi asociación de ideas: la mano mutilada de mi hermano, el cuerpo disecado y, por consecuencia, también mutilado de Sophie, el cuerpo de Gusto ensangrentado. Quería olvidar lo que había visto en las cabañas de Monte Verità, quería olvidar el cuerpo de mi madre. Y en lugar de eso, venían a mi mente los textos de los embalsamadores y disecadores que describían el destino de las vísceras: éstas se introducían en los llamados vasos cánopes los cuales estaban protegidos por los cuatro hijos de Horus, esculpidos en sus tapas. El estómago y el intestino grueso se guardaban en el vaso de cabeza antropomórfica correspondiente a Amset y sus inscripciones pedían la protección de la diosa Isis; el intestino delgado en el vaso cinocéfalo, protegido por el dios Hapi, invocaba a la diosa Neftis; en el tercero, de tapa en forma de cabeza de chacal, se introducían el corazón y los pulmones y lo vigilaba Duamutef, lo protegía la diosa Neith; el último vaso, con cabeza en forma de halcón, estaba custodiado por Qebhsenuf y contenía la vesícula biliar y el hígado, estaba protegido por Selkis. Los vasos, a su vez, podían estar guardados dentro de un cofre o en un nicho, para protegerlos.

Puse las manos sobre mis oídos como si con ello alejara las imágenes, murmuré que ya no quería pensar, saber. Sentía que mi cabeza actuaba por sí sola, descontrolada, en contra de mi voluntad. Imaginaba la carne putrefacta, agusanada de tu cuerpo y el de mamá. La deformidad. Tenía náuseas. Grité que ya no quería pensar más. Terminé aquel viaje con un agotamiento terrible. Llegué a Ascona casi derrotada. Sentía que apenas había empezado una batalla que ya no sabía si era contra el horror que rodeó la muerte de Sophie o era contra las imágenes terribles que mi mente reproducía todo el tiempo.

## CAPÍTULO XXVI

Ascona se volvió un lugar de muerte, la vivencia persistente. Agotada como estaba, dejé en libertad a mis pensamientos como un exorcismo. Imaginé cuerpos abiertos en canal, vacíos, las costillas expuestas. Los rostros sin vida, con la boca abierta como horrorizados de su destino, pasaban a un segundo plano ante la fuerza abismal que provocaba el abdomen oscuro y profundo. Miraba el techo blanco de mi cuarto para borrar de mi mente esas imágenes. No pude. Las vasijas con el hígado, o el corazón, o el estómago. Las incisiones sobre el vientre, una y otra vez, los frascos de vino, los aceites, los hierros encorvados para extraer por la nariz el cerebro del muerto. Luego las vendas de lino con goma que se endurece sobre los cadáveres. Las bocas y los ojos forzados a permanecer abiertos, cinceles para devolver su capacidad de ver, de hablar, de comer,

según los antiguos. Sólo el cadáver cubierto de piel y huesos quedaban al final. El cortador era perseguido y le lanzaban piedras por profanar al cuerpo, el embalsamador era tratado con respeto. Los cuerpos de las mujeres hermosas eran cuidados para que no abusaran de ellas quienes ejercen el oficio funerario. De inmediato pensé en la belleza de Sophie. Recordaba parte de las oraciones: ¡Príncipe de las Tinieblas, soy Osiris, devuélveme el poder de la palabra! Dioses Ptah, Toth, Seth, Sekhmet, Khepri protéjanme. Me levanté de la cama y caminé largo rato hasta agotarme. Esperaría así al día siguiente para despejarme.

No era posible regresar a la casa del Barón, por lo menos para mí, no lo era. Había sido suficiente sufrimiento enfrentarme al cuerpo de mi madre, embalsamado por un hombre enloquecido. Al salir de la mansión del Barón me había sentido impotente. Quería denunciarlo por haber profanado el cuerpo de Sophie. ¿Alguien podría creerme? Yo no estaba preparada para ir más allá de los hechos, así que preparé mi regreso a casa. Los días que siguieron fueron agotadores: la angustia y el miedo se habían apoderado de mí y se habían traducido en un malestar físico y mental de tiempo completo. Mi cabeza sufría un dolor persistente, los músculos y los huesos me torturaban.

Me quedaba un mal sabor, un disgusto, algo que se había quedado sin resolver. Darle sepultura a mi madre, me dije. Desagraviarla. Era justo. No sólo para mí, para ella, para su cuerpo, para que al fin descansara en paz. Sí, me lo repetí,

había que hacerle un funeral a mi madre, un ritual que sellara todo el pasado, debía ser el final y yo debía darlo por terminado. Sentía el deseo imperioso de llorar, de llorar a Sophie por su destino, de llorarte a ti porque entendía que pronto me debía despedir de ti también. En esos momentos me di cuenta de que cada uno de ustedes era insustituible en mi ser interno, que Sophie no podía reemplazar a la madre que me cuidó y me educó, que ningún padre imaginario ni real ni biológico podía ser lo que tú fuiste en la profundidad de mi ser. Pero también sabía que mi cuerpo entero, cada parte de mí, necesitaba despedirse de los muertos, de Sophie y de ti, como mis padres. Al mismo tiempo me era claro que permanecerían vivos en los miles de recuerdos que se habían desatado en mi mente aunque en esos momentos era muy importante acallarlos por un tiempo para no enloquecer. Era imprescindible decirle adiós a estos meses en que mi vida se había enfocado en llenar esos vacíos de mi historia. Ahora sé que era una tarea ingrata. Cómo dar vida a eso que no existe, que sólo está en la mente, que parece una mentira. Una historia no encarnada, sólo escrita en alguna parte. Tenía que despedirme de Ascona y de su Monte Verità.

Fui a la taberna de Tomazzo, me tomé una botella de vino con él, platicamos largo rato. Después me animé a expresarle mi deseo, más bien mi necesidad de enterrar a mi madre. Le anuncié que iría a la montaña esa noche para despedirme. Se sonrió conmigo y dijo que se contaban

muchas cosas de las noches allí, ya sabes, Mirella, me dijo, a las personas nos gusta dar un carácter mágico a los lugares; sí, le dije, ya lo creo, pero voy a ir, no me da miedo. Espera un minuto, me dijo, entró a la cocina y apareció con una pequeña canasta, dos medias botellas de vino, un destapador, servilletas y dos copas de cristal, llévatelas, me dijo, te van a servir. Le sonreí agradecida y le di un beso en la mejilla.

Esa tarde había pocas personas en las calles del pueblo de Ascona. No me fui por el camino más corto, rodeé las cuadras como si no quisiera llegar a mi destino. Y aunque en realidad eso era lo que más deseaba, quería hacerlo lentamente, alargar el momento. Llegué a las cinco de la tarde, las hojas de los árboles proyectaban miles de minúsculos reflejos al moverse con el aire; el pasto, muy verde, parecía haber crecido en los últimos días y tenía un aspecto acolchonado. Fui al fondo del terreno, me alejé de cualquier movimiento y ruido extraño a ese espacio y me senté en un remanso a esperar la noche. Repasé mi llegada, recordé cada momento, cada detalle. Dormité por instantes, al fondo del bosque comenzaron a llegar cientos de jóvenes. Venían en grupos de dos o de tres, permanecieron reunidos en un claro mientras platicaban y reían, traían ramos de flores que recogían a su paso. No sé de donde vinieron, aparecieron de cada rincón. Era un festejo alegre. Hicieron un círculo, cantaban en coro, alguna mujeres comenzaron a bailar alrededor. La tarde resplandecía, las hojas de los

árboles se pintaron por los reflejos dorados del sol. Sentada en el pasto húmedo, tomé la copa de vino y sorbí pequeños tragos mientras disfrutaba aquellos cuerpos; eran los *ballabiots*, o sus herederos, no me cabía duda. Algunos se desnudaron, agitando los vestidos con las manos. En medio de aquel círculo, como una imagen intermitente vi que llevaban a una joven mujer en brazos. El pelo rubio se agitaba con el movimiento, parecía estar inconsciente o dormida. Pensé en Sophie, cómo deseaba que fuera ella a quien llevaban en brazos a enterrar en ese bosque: su casa, su tumba. Mantuve la copa de vino sobre mis labios, tomando el líquido, sorbiendo. Mojaba mi lengua con el vino como si fuera la bebida la que me provocaba imaginar a esa mujer como Sophie. ¡Qué bella! No quería parpadear para no perder un segundo esas imágenes. Me ardían los ojos, escuchaba los cantos y vi cómo esos cuerpos frescos y lánguidos comenzaron a perderse, a borrarse. Las voces se callaron, lentamente el silencio del bosque apareció, chillaron los pájaros y el sonido de las gotas del rocío al caer se escuchó en medio de la calma. Una nube densa y blanca bajó con lentitud al tiempo que se convertía en neblina. Me quedé así sentada, en soledad. Algún día cada uno de nosotros estará solo sin remedio, como Sophie, como tú. Frente a la muerte nadie puede ayudarnos. Nadie.

## CAPÍTULO XXVII

Quedaban tan pocas cosas por hacer y, una de ellas, era regresar con el Barón. Quise postergarlo, no importaba cuánto. Miré el sobre arrugado que tomé de la cueva de Gusto y pensé que no perdería nada con ir a la dirección del remitente, el nombre borroso decía Sophie Le... Muy temprano tomé el sobre descolorido y pregunté al ama de llaves si podía ayudarme a descifrar lo que estaba escrito. Como de costumbre, la mujer farfullaba en su dialecto. Ese día, sin embargo, al ver mi angustia, se esforzó por comunicarse conmigo y pude entender lo fundamental. Me habló de un pueblo cercano, Tegna, me dijo: vaya, es muy pequeño, muy cerca. Allí está la Casa Salvatore, es fácil llegar. Otra vez me sentía como el abuelo: en la búsqueda. De nuevo sentada, quieta en el asiento de un vagón. Una sola parada y el tren se detuvo.

Un conjunto de casas alineadas, muy sencillas, de ladrillos y barandales de hierro forjado; las puertas de madera enmarcadas con bancas de cemento. Yo traía el sobre en la mano y lo apretaba como si temiera perderlo. Pregunté por la Casa Salvatore, me señalaron hacia adelante. Estaba muy ansiosa, toqué con la idea fija de que encontraría a Sophie en ese lugar. Me abrió la puerta una mujer malencarada, vestida de blanco. Le extendí el sobre de Gusto y ella hizo un gesto inquisitorio. Insistí en que lo mirara. Al leerlo me dejó pasar como si fuera una carta de presentación. Se hizo a un lado y entré a un vestíbulo en donde sólo vi mujeres que cruzaban el lugar con rapidez, algunos ancianos dormían en sus sillas. Muy pronto una de ellas caminó hasta donde yo me encontraba, sonreía. Le entregué el sobre y lo miró nerviosa. Casi de inmediato giró el cuerpo y me dijo que la siguiera. Entramos a una estancia contigua, de nuevo me pidió que la esperara. En medio de aquel espacio me sentí como una huérfana abandonada en un asilo pues mi estado era muy similar al de aquellos seres decrepitos. Pensé que no saldría más, acabaría confundida con ellos. Pensaba en esto, papá, cuando vi en el fondo de la estancia a una anciana encorvada y de mirada desorbitada. Al verla así se me figuró que debería llevar horas en ese rincón. ¿Sería Sophie? ¿Estaría al fin frente a mi madre? Sophie era el remitente del sobre de Gusto, pero podía ser otra. Hay muchas con ese nombre. Era una hermosa anciana: el pelo cano, ensortijado, se le escapaba de una trenza larga y mal hecha que le recorría la espalda. La quijada fuerte y

pronunciada albergaba unos labios delgados, apenas visibles, de donde se descolgaba un delgado hilo de saliva. Al notar mi presencia comenzó a girar la cabeza de un lado al otro, alterada. Se levantó y en voz muy alta comenzó un discurso que parecía interminable, como si lo hubiera aprendido de memoria hace mucho, y decía cosas como: he caminado por herrumbrosos siglos. Entre las tinieblas. Había musgos, sí, también muchos tiempos, ¿ves?, mi lengua es parda. Mis cabellos han crecido mucho, ¡mira cómo! Sin alzar el rostro, se dirigía a mí, y con insistencia, sacudiendo la cabeza, decía: no, no ya no son de nadie, no tienen dueño; tengo dolor, acá en mi cerebro, adentro, y, y luego, mis talones pisaban las puntas del cabello, lo jalaban, ¿lo ves?, decía, y lo partía, sí, sin piedad, así fuerte, ¡zaz! Y mis pies también sufrían, se resbalaban en las piedras y se cortaban con los picos; se llenaron de verdugones, de sangre y pus, ¡mira, mira! Y mis labios, mira, aquí en la comisura, ¿ves?, se han abierto en llagas, muy delgaditas y también mis mejillas se han resecado, ¿ves que sí? Y a pesar de mi dolor, persistí, llegué hasta el final. Se quejó de los males que la aquejaron por los cuales creyó fracasaría, pero no, no fue así y sonriente me dijo: yo afiné mi vista, mira, mira mis ojos y entonces, al fondo del paisaje, como una aparición encontré, por fin, el Jardín del Amor, enterrado entre las ramas anudadas de los bosques. ¡Cuánto abandono! ¿Tú también lo ves? ¡Cuántas riquezas y poderes extraviados!, me decía emocionada. ¡Aquí!, señaló con su mano hacia la pared vacía, fue un círculo de paz, colmado de setos y arbustos

rojos, cantos de papagayos y ruiseñores. De repente, la mujer se calló. Una sonrisa se dibujaba en su rostro mientras cerraba los ojos y parecía haberse quedado dormida. Después de unos minutos volvió a abrirlos con la mirada perdida. La cuidadora se acercó y le ofreció de comer. La anciana tiró el plato al suelo y la cuidadora, como si estuviera acostumbrada a esa reacción, se limitó a levantar los desperdicios. La vieja miró hacia donde yo estaba y alzando la voz, dijo: mira niña, con estas manos y con mis ojos ardorosos me paré junto a este muro que rodea el jardín y las reconocí a todas, a todas ellas, a esas mujeres de piedra que lo han cuidado año tras año, y señalaba con el dedo distintos puntos de la pared y siguió: imagina esto, escúchame, yo pensé por un largo tiempo que ellas habían muerto bajo las piedras. Sí, sí, sí, estaba contenta, pues mi venganza se había cumplido, sí, mi castigo, mi castigo. Porque ellos, los adúlteros, habían matado al pequeño niño, allí mismo, sí, en ese palacio, y querían guardar el secreto, decía tartamudeando. ¿Entiendes?, lo hice porque ellos se burlaron de mi hermano, mi todo, sí, él, mi único y verdadero amor y también de mí. Por eso los llamé aquí, con la única palabra que se formó bajo mi boca al evocarlos, ¡adúlteros malditos! Calló de nuevo y se tapó los ojos con las manos.

¿Quién era esa mujer, por qué hablaba de esos personajes de leyenda? ¿Era Sophie? Observé su rostro, repasé sus facciones con calma mientras daba ese largo discurso y no

pude concluir nada. En algún momento pensé que entre sus palabras aparecería algún atisbo, algún detalle que hiciera referencia a Monte Verità. Pero no fue así.

De nuevo la mujer se levantó y dijo: yo Morgana, aquí estoy de nuevo, junto a esta bella fuente de Narciso, centro indiscutible del amor, equiparable sólo al paraíso, fuente creadora de pasiones y desgracias, gozo mis maldiciones. Doy gracias porque mi maldición ha persistido, porque eso merecía su pecado, su felonía. ¿Entiendes? Yo, yo los condené a escuchar su voz vieja y decrepita eternamente, como un eco que navega en esas aguas, en ese espejo cristalino. Volveré siempre aquí, me acercaré cautelosa a la orilla de la fuente, llena de aguas turbulentas, para ver en mi memoria reflejada, para ver la primera imagen turbadora, ¡es ella, ella, mírala allí está ella! Fémina, mujer, fontana, placer. Y sacudía su mano señalando la nada, frente a nosotros, como si viera algo en el horizonte y luego puso su mano en la oreja como si oyera a alguien más, y decía: te escucho pequeña infame, anda, habla sin descanso, llénate de murmuraciones mientras yo reviento a carcajadas. Vamos, tú, la que debió morir ahogada, desgarrada, quemada viva, que debió sufrir la tortura del ecúleo como Santa Eulalia. Y llena de cólera, se golpeaba el vientre, su cuerpo sufría arcadas como si fuera a vomitar sin lograrlo, su voz subía de tono y entonces hablaba de las tentaciones que sufrió San Antonio antes de arrojarse a las aguas heladas de una cisterna, y decía que eran las mismas que había usado

esa mujer para dominar a los hombres, con sus ojos de piedra cristalina como espejos, con los que había hipnotizado a su hermano Arturo, al tiempo que Lancelot caía en sus redes, y me decía: ¿la escuchas como yo? ¡Escúchala, niña!, gritaba. Se lo he dicho miles de veces, cada vez que la escucho gemir, hablar con esas palabras de miel maldita para seguir embaucando desgraciados. Y gritaba: vamos, habla serpiente, déjame oír tus lamentaciones para saber que mi venganza sigue y seguirá cumpliéndose. Habla, dondequiera que te encuentres, miserable arpía. La anciana se estremecía por momentos, se retorció en el sillón. ¿Cómo descifrar sus palabras? Aún cuando no lograba dilucidar su discurso tampoco podía renunciar a escucharla.

La mujer se levantó con el cuerpo encorvado y se dirigió a la terraza, arrastraba los pies, repetía con un gesto de cansancio y en un tono de agotamiento: yo, Morgana, escuché su voz y sus lloriqueos. Mientras, mencionaba a un potro, es enorme, decía, viene sobre los velos del agua. ¡Mira los músculos, es un bestia!, pateando la hierba, mira cómo escupe su virilidad en cada respiro, mira, en su lomo viene el maldito que deshonoró al palacio. Ese que ya no merecía montar al hermoso caballo porque había perdido su dignidad masculina y su valentía. Tú, cobarde, tú y ella, gritaba la anciana con desesperación, ustedes que utilizaron no sé qué brujerías para lograr que tantas mentiras sobrevivieran. Habló de artimañas para cometer un crimen y pagarían por él, ¡malditos! La mujer sudaba, temí por ella

pero con fuerza seguía su reclamo. Decía haber jurado que volvería a pronunciar sus nombres y así volvería a denunciar cómo llenaron de grisomula la boca de la puta amante para que abortara su pecado, y llenaron la sangre con veneno de cornezuelos de centeno hasta hacerla vomitar por los ojos, y ante el fracaso esperaron el nacimiento del hijo bastardo y luego lo mataron. La anciana lloraba con desesperación, gritaba, no me engañaste, cobarde, tú, Rabia, ven por él, gritaba, ¡anda!, habla a tu amada. Era un discurso interminable de plegarias, castigos, voces que se escucharían surgiendo del agua de la fuente, producto del encantamiento. Castigo eterno. En algún momento se dirigió a mí, me miró fijamente y distinguí un brillo especial en sus ojos. Escucha, mi triunfo me empalaga, tengo poderes, ¡míralos!, al fin se han manifestado, ¿entiendes?, yo, Morgana, conjuré a las fuerzas del mal. Y entonces habló de nueve criaturas nacidas del Diablo y dijo: son mujeres, tú, yo, iguales a ella, Simonía, Hipocresía, Rapiña, Usura, Engaño, Sacrilegio, Falso Servicio, Orgullo y Gula, con ellas vengué a mi Arturo, sus voces y otras voces ajenas, eran un eco. ¡Mira, mira cómo se repite, allí en la fuente de vida! Sí porque salió la sangre marchita del crimen, ¿ves, la ves?, en el agua, la sangre. Me rio, desde entonces me rio, ellos están allí, en esa miniatura, en esa pintura, se van a quedar para siempre, ¿los ves?, me dijo, mira cómo conversan, ¿te das cuenta, niña? ¡Tan castos, tan tiernos! Pero ahora verás, mira cómo les llamo, y dijo: Tú: *Lancelot du Lac*, y luego agregó que volvería a condenarlos una y otra vez, sí decía, a

ti Lancelot, a Genève. Y luego, mencionó el nombre de mi madre, y le cambió el rostro y dijo algo así: y tú Sophie, tú, tú te irás con ellos muy lejos, morirás igual y serás condenada a sufrir la eternidad. Pero además, tú no podrás morir, no podrás descansar en paz. Cuando escuché el nombre de Sophie sentí una terrible desilusión, en ese momento supe que esa anciana no era ella, no era mi Sophie. Entonces vi que la mujer extendió los brazos hacia arriba al tiempo que se desvanecía sobre un sillón. Era tan frágil, tan desvalida. Era muy poco lo yo que podía hacer por ella.

En ese instante, como si se desprendieran de la nada, aparecieron tres mujeres vestidas de blanco. Le dieron a oler un algodón empapado con alguna sustancia, muy pronto reaccionó. La rodearon y, cada una, como seres mecanizados que hacen la misma tarea cientos de veces, la levantaron del sillón. Ninguna de ellas me miró, como si en ese espacio estuvieran ellas solas. Después vino una cuarta mujer, quien con un gesto apenas perceptible me invitó a salir de allí. La seguí de inmediato, al tiempo que le preguntaba a dónde la llevaban, por favor, le dije, es como mi madre, dígame qué le sucede. La mujer me sonrió con cierta malicia: ¿Sophie es su madre? Eso es imposible. Venga conmigo. Me llevó por varios pasillos hasta llegar al fondo de la casa y entró a una pequeña habitación. Aquí, me dijo, es el cuarto de Sophie. Usted trajo un sobre consigo, usted debe saber que pertenecía a Gusto y supongo que sabrá lo

que sucedió a él y a Lohr en las montañas. Sophie Lecamier era, en realidad, media hermana de Gusto, hijos de la misma madre; el padre de ella era francés y se apellidaba Lecamier. Cuando Gusto fue a la comuna de Monte, Sophie lo siguió. Se hablaba de enamoramiento entre ellos, los medios hermanos. Después del accidente de Lohr, Sophie iba a visitarlo a las cuevas. Se dice que mantuvieron relaciones sexuales y Sophie quedó embarazada, tuvo complicaciones, se provocó un aborto. Puede leer su expediente: llegó aquí en muy mal estado, físico y mental. Después supieron que había quedado estéril. Gusto le enviaba cartas frecuentemente. ¿Ve usted esa miniatura? Representa a *Lancelot y Genéve*, es muy antigua, la heredó de su padre. ¿Ya la escuchó, no es cierto? Cuando llegó aquí era una de sus escasas pertenencias. La colgamos en este lugar. Al principio se quedaba horas enteras observándola. Es curiosa la manera en que ella entabló ese juego de sustituciones, ¿no es verdad? Cómo lo ha hecho, sólo ella lo sabe bien a bien. Quizá es muy simplista pero aquí hemos ligado la historia de Sophie Lecamier y la de Morgana, coinciden claramente en algo: el incesto. Disculpe por desilusionarla.

Salí del asilo abatida. Por algunas horas había gozado de la fantasía de estar ante mi madre, de nuevo el dolor me lastimaba. Tendría que aceptar que nunca conocería con certeza el destino de su cuerpo. Tomé el tren de regreso a Ascona. Ya no me quedaba más que ir con el Barón. Tenía un miedo profundo, durante el trayecto pensaba, de nuevo, en

el destino de nuestros cuerpos después de la muerte. Tantas maneras de tratarlos. Imaginé a los egipcios, los rostros embadurnados de barro, lamentando su pérdida por las calles mientras el cadáver era llevado con los embalsamadores. Sesenta días tomaba la preparación. Mientras, los deudos no debían bañarse o tomar vino y no podían vestir más que tonos neutros. Me vino a la mente el cuerpo de Sophie, mi madre, su vestido blanco, los *ballabiots*, las enfermeras y esta nueva Sophie, todos ellos también vestidos de blanco.

Dormitaba en el tren y veía los cuchillos de obsidiana cortar el vientre de un cuerpo, alguien introducía la mano y jalaba los intestinos para tirarlos a un lado, en las vasijas que iban recibiendo las vísceras. Llegué a la pensión, me dolía el cuerpo y la cabeza. No, no pude dormir esa noche. Recordé las palabras de Ramón cuando lo soltaron. Pobre Ramón. Anduvo medio extraviado, después nos buscó aquí, en tu vieja casa, nadie le contestó, los vecinos le informaron que ya no vivías allí, no quisieron decirle que habías muerto. Yo andaba fuera y Elena en el trabajo. Dice haberse sentido muy desorientado. Daba tumbos, me había dicho. ¿Qué crees que sentí, Mirella, cuando me encontré con mi rostro en el espejo? No pude reconocerme de tan envejecido. Sentía haber vivido una eternidad y fueron tan sólo unos meses. Traté de poner un poco de orden en mi cabeza. Fui uno de los últimos en ser liberado, quizás por ser maestro. Por momentos llegué a pensar que había tenido suerte. Tuve

esa idea muchos días. Sólo que allí tienes que recapacitar, pues ellos saben lo que te ocurre y empiezas a agradecerles que no te hayan matado, que no te hayan lastimado más, de alguna manera te obligan a conformarte. Y cuando ya estás afuera sientes que, en efecto, corriste con buena fortuna porque te dejaron libre. Y te preguntas en qué radica esa fortuna: ¿en estar vivo?, ¿o menos mutilado que otros?, ¿o menos loco? La mente es canija y eso también lo saben ellos, me decía. A los compañeros se los llevaban sin aviso. Cuando regresaban golpeados y ensangrentados, la mayoría no pronunciaba palabra, como si una amenaza mayor los detuviera. Ves la sangre coagulada y la piel morada a punto de reventar y, de inmediato, te duele la boca del estómago, te imaginas los golpes, magnificas el dolor. Y cuando te toca, te enteras que el cuerpo se anestesia y hace soportable lo inimaginable. Después inventas las torturas posibles, de las que no dejan marcas, como si te prepararas para lo peor, pero en realidad éstas sólo las conoces hasta que pasas por ellas. Igual te das cuenta, lentamente, de que faltan compañeros y el miedo se instala con mayor fuerza; poco a poco van siendo menos los que quedan hasta que es evidente y los empiezas a contar. Cada hora que pasa calculas que tu turno está más cerca y lo que se vuelve una certeza es que nunca sabrás lo que ocurrió con ellos. Después de una experiencia así, nunca vas a ser el mismo. Yo tampoco era la misma.

## CAPÍTULO XXVIII

Como era de suponer, el Barón von der Hallen me esperaba en su casa. En la oscuridad casi total de la estancia se mantenía agazapado, en un sillón repleto de cojines bordados. Cada pieza escultórica, cada cuadro, cada jarrón le servían de camuflaje. Sólo el humo del puro que se consumía, abandonado en el gran cenicero de su escritorio, lo delataba. Allí permanecía el Barón, parapetado detrás de libros y papeles revueltos en pequeños montones. Pase, por favor, ésta es su casa, dijo. No hay más que mirar mujeres bellas para querer colmarlas de amor y de riquezas, agregó. No supe qué contestar, un tímido “buenos días” salió de mi boca de manera forzada. ¿Qué más tenía que vivir, papá? Había ido hasta allí a encontrarme con la imagen o con el cuerpo de Sophie, o lo que fuera de ella. Eso que había guardado el famoso personaje con tanto celo. ¿Para qué?

Debajo de mis acciones podía percibir un profundo deseo, un impulso que reconocía con mucho esfuerzo. Dudaba si había en mí una curiosidad malsana de ver a Sophie como si estuviera presente, viva, aunque sabía a la perfección que podía toparme con algo muy distinto. Reconocí en mí un acto defensivo, prefería no imaginar. Es la mente, repetía para alejar las imágenes, es la mente poderosa que fabrica cosas de dimensiones imposibles, si yo lo sabré. Lo he vivido, lo he experimentado, su capacidad rebasa cualquier elemento de la realidad. Ésa era la razón de que en esos momentos yo prefería ver, sí papá, aunque de inmediato cerrara y apretara los ojos con la intención de olvidar. Sí, así tenía que ser, con una verdadera necesidad de borrarlo todo. No importaba si mirar constituía un acto de complicidad con el Barón. ¡Qué contradicción! Iba a ser cómplice de lo que ni siquiera quería imaginar pero que intuía. Ser cómplice, testigo, cómo decirlo, del acto de trozar, cortar, profanar el cuerpo de mi madre. Mi coraje contra ese hombre era brutal pero me daba cuenta de que en ese momento no podía confrontarme, aunque tuviera el impulso de golpearlo, de escupirlo, de gritarle lo que se merecía, decirle lo deleznable que era. El deseo de llegar al fondo de la verdad era mucho más imperioso que darle rienda suelta a esos sentimientos.

El Barón me dijo: su parecido con Sophie es extraordinario, ¿sabe?, si usted no estuviera aquí, parada frente a mí, no podría creerlo. Desde el día en que coincidimos en la orilla

del lago, ¿no lo ha olvidado, verdad?, su rostro me impresionó tanto que pensé que usted era una visión, un producto más de lo que mis adicciones me hacen ver. No, no, pero no se asuste. Está usted muy callada, Mirella, mejor dígame, hay algo aquí que la atrajo en demasía, ¿no es así? Dudo mucho que viniera a ver a este viejo decrepito y vicioso sólo por gusto. Le invito un poco, ¿no quiere probar?, decía mientras forjaba un cigarro de *hashish* con papel de arroz. No, gracias..., le dije, mientras rechazaba su oferta con la cabeza y le respondí: tiene usted razón. El motivo que me trae hasta acá no es otro que el saber qué ha hecho usted con mi madre, y agregué: y con Gusto. De inmediato, el Barón dejó ver una sonrisa o, más bien, una mueca en el rostro mientras me respondía: vaya, Mirella, veo que su imaginación la ha llevado demasiado lejos, ¿o de verdad cree que yo guardo aquí el cuerpo de su madre?, ¿no cree que pudo haber sido sólo una ilusión, algo que usted se figuró? No, no, dije alterada. Usted mismo me mostró los cuerpos disecados que guarda detrás de esa puerta. ¿Disecados?, preguntó molesto, qué palabra tan procaz. ¿Entre todas sus incursiones a Monte Verità no se ha enterado que aquí se practicaron las religiones de Medio Oriente y Oriente, sin esos calificativos moralistas sobre el cuerpo, sobre los cadáveres? Tendrá que investigar más sobre los teósofos. ¿*Isis develado*, ha escuchado algo sobre ese libro? Blavatsky es su autora. Le ha faltado información muy importante para entenderlo. Escuche, mi señora, yo no colecciono imágenes, colecciono obras de arte ¿me entiende?, agregó: el cuerpo

de esa mujer es sólo una obra de arte. Pero no me mire así, me gustaría explicarle... Bueno, bueno supongo que preguntará también por el hombre-lobo, ¿o cómo prefiere llamarlo?; es también un producto artesanal, digamos. No quería escuchar más al Barón, pero tenía que hacerlo. Sentía sus palabras como un taladro, agresivas y cínicas. Estaba estupefacta, ni siquiera podía reaccionar, quería que aquello acabara lo más pronto posible. Seguía escuchando su voz como si pasara por un filtro muy grueso y yo apenas alcanzaba a oír que me decía: Mirella, creo que usted misma deberá desengañarse de lo que sus ojos la hacen ver. Usted no ha visto a Gusto detrás de esa puerta, pues tendría que asumir que Gusto es un lobo, o por lo menos un hombre-lobo, seres que nunca han aparecido más que en las leyendas. Aquí sólo hay lobos, lobos de verdad. Y nadie los caza en estos bosques. Se alimentan de animales pequeños, ellos aprendieron a respetar al ganado. El ser que usted vio allí dentro es producto de una mano humana, es un ser fabricado. Pero venga, venga a verlo por usted misma.

El Barón me tomó de la mano. La suya era pequeña y húmeda, diría resbalosa. Abrió la puerta. El espacio estaba muy oscuro, entré allí tropezando como una ciega. Dejó apenas entreabierta la puerta desde donde asomaba un filo de luz. Poco a poco pude distinguir algo en esa penumbra. El hombre caminó hacia el fondo del cuarto, le escuché manipular algo y luego, sin previo aviso, accionó un apagador. En ese instante, desde el piso, surgió un halo

poderoso que apuntaba hacia el techo. La intención era iluminar el cuerpo de la mujer desnuda, el pelo rubio casi le cubría los pechos. Era tan fuerte el reflejo que la luz daba al caer sobre la piel, que apenas se distinguían los detalles. Conforme mi vista se acostumbraba a esa intensidad observé unas tenues líneas rojas sobre la blanquísima piel que zigzagueaban por el cuerpo entero: el largo de las piernas, los brazos y el abdomen. Apenas habían pasado unos cuantos minutos y volvimos a quedar a oscuras. Sentí la mano del Barón sobre mi brazo. Me jalaba con fuerza al tiempo que se dirigía fuera de aquel cuarto oscuro. Discurría en un tono infantil: no la voy a torturar viendo con detalle este magnífico trabajo de la taxidermia, una auténtica obra de arte. En cambio será un placer para mí relatarle cómo fue hecha esta bella pieza.

Al escuchar esa última frase del Barón, un dolor se me clavó justo en el centro del estómago. Una sensación de asco se apoderó de mí, tuve que llevarme la mano a la boca para controlarme. Sin embargo, quería saber, necesitaba saber. Lo había buscado por tanto tiempo que comprendía que ese trago amargo era inevitable para llegar al final. Deslumbrada ahora por la luz del día, sentí que me encontraba en medio de un fuego: entre esa luminosidad y la potente luz artificial. Como si él adivinara, cerró las cortinas de la biblioteca para dejar encendida sólo la lámpara del escritorio. Antes de sentarse detrás del escritorio me dejó junto al sillón-mecedora ubicado justo enfrente de él. Me pareció estar al

lado de un pequeño dictador. Era una caricatura, hundido detrás de un mueble demasiado grande para él. Con su actitud era claro que se ufanaba de estar ejerciendo un dominio sobre mi persona, protegido por los artificios de su mente. ¿Estará lista, Mirella? No sé si ha comprendido ahora el amor que yo llegué a sentir por su madre, por Sophie. Era algo tremendo, algo que no había sentido en mi vida, muy poderoso. Podía dejar de comer, no había nada que me importara más que la presencia de Sophie. Podía mirarla sin descanso y mientras más la veía más era mi deseo de poseerla. Entonces parecía que ella se escondía en ese abismo inmenso que era su mente y cada vez era más difícil establecer algún vínculo. Sólo Otto, durante unos cuantos meses, fue capaz de sacarle una mirada de asombro y de felicidad; y, más tarde, Mirella, también un joven, que usted debe identificar plenamente a estas alturas, ¿sabe de quién hablo, no es cierto? Me miró como si quisiera taladrarme el cerebro y dije que sí, sin estar muy segura. Tenía miedo de enfrentar esa verdad, papá, pero hablaba de ti, sin duda, hablaba de ti.

Sí, Mirella, me dijo, hablo de su padre, Rodrigo. Lo odié desde el primer momento, cuando vi lo que provocaba en ella. La volvía loca de amor, a tal grado que rechazó a Otto. Si Sophie dejó que continuara la relación con él fue para proteger al bebé, un consejo del doctor Friedeberg. Desde el principio supo que Rodrigo se iría a Sudamérica y ya no regresaría más. Lo de Otto se convirtió en un infierno para

ambos, Sophie pensaba que él debía responder por el embarazo porque ninguno de ellos podía saber quién era el padre. Yo traté, Mirella, de protegerla, pero ella nunca se ocupó de mí. Mi sola presencia le causaba un enorme disgusto.

Lo interrumpí, papá. Había tocado el punto neurálgico de lo que busqué todo este tiempo: saber quién era mi padre. Él tenía la clave, era obvio. Ellos dudaban. La pregunta era muy sencilla: ¿cómo sabía el Barón de esa incertidumbre?

Levantó la ceja, me miró con una expresión turbia y me dijo: ¿hasta dónde quiere llegar, Mirella? Le contesté de inmediato: hasta donde sea necesario, Barón. Bajó la vista, como si algo lo avergonzara al tiempo que parecía disfrutar mi curiosidad y agregó: querida mía, creo todos tenemos siempre algo oscuro en el fondo de nuestro ser, y deseamos con fuerza que se mantenga en ese estado pero, de manera paradójica, otra parte de nosotros quisiera que fuéramos descubiertos, no sé cómo pero parece que descargamos o expiamos la culpa.

En ese instante dejó de verme, su mirada estaba en otro lado, viendo otras cosas, muy lejos en el tiempo. Su voz se suavizó, casi irreconocible, habló del amor, dijo, el amor nos hace capaces de cualquier cosa. Yo amaba a Sophie. Era un tormento para mí: entre más la buscaba, más me rechazaba. Su gesto de asco y enojo me dolía en el alma. Incluso gozaba al ver que Otto la hacía sufrir pues me daba esperanzas para

que ella corriera a mis brazos en busca de protección, pero eso nunca ocurrió. Ella sufría y se empeñaba en buscarlo, era un círculo vicioso interminable. Cuando apareció Rodrigo, todo cambió. Era un hombre muy atractivo y, al mismo tiempo, todo un caballero. Seductor y alegre dejó a Sophie con la boca abierta, estaba cautivada por su encanto. Yo no lo soporté. Los seguí día y noche. Los observé, Mirella. Me convertí en un mirón profesional. Los vi hacer el amor decenas de veces, yo me excitaba y me masturbaba mientras los veía. No, no me mire. Por favor, no ahora. Me sentía miserable, en la sombra. Peor que un animal, indeseable. Luego, apareció Otto de nuevo; al verse suplantado enfureció de celos. Un día lo vi entrar en el cuarto de Sophie y vi cómo la forzaba a hacer el amor con él. Regresó de nuevo varias veces, esas semanas en que estuvo su padre. Un día se enfrentaron y se liaron a golpes. Cuando Rodrigo se fue, Otto volvió a perder el interés en Sophie. No tardamos en saber que ella había quedado embarazada en ese transcurso. Otto desapareció entonces, varios meses, estaba asustado por el embarazo. Regresó cuando ella recién había parido.

¿Te das cuenta?, la confesión del Barón me dejó conmocionada. Tenía ganas de llorar pero me contuve. No había nada qué decir. Asentí con la cabeza, mientras aparecía en el rostro del Barón el mismo gesto sarcástico con el que había comenzado y me dijo: vaya, vaya, qué traicionera puede ser el alma, me he desviado por completo

del objetivo de esta sesión, iba a contarle cómo es que se pudo elaborar una obra de taxidermia tan perfecta, capaz de captar la esencia de su madre Sophie, ¿no es cierto? La respuesta no tiene por qué rompernos la cabeza, es una sola y simple: el amor, Mirella, el amor logró esa imagen. Eso y una buena cantidad de arcilla, agua y yeso. Sí, mis manos lograron esa maravilla. Mis manos, ¿entiende?, ellas, como si actuaran por sí solas, lograron reproducir con precisión la belleza de su madre, su rostro, sus caderas, sus muslos. El deseo, ¿entiende? El deseo me dio a su madre, la pude hacer mía a pesar de su negativa... era mía. Sólo mía, para siempre sería así. Primero fue la arcilla, ¿sabe?, apretaba la arcilla entre mis dedos como si apretara sus caderas, sus nalgas... los pechos... La saliva del Barón comenzó a escurrirle por la barba, se llevaba las manos al rostro y se la embarraba, y entre dientes repetía: ten mi semen, Sophie, tenlo, apriétate los senos... perrita... tócate. De manera súbita se quedó callado, se dio cuenta de que decía obscenidades. Carraspeó como ignorando el hecho, continuó y me dijo: el drama apareció cuando aquella arcilla se secó y perdió pronto esa cualidad y me enfurecí, mandé traer a un experto en taxidermia, le pagué una fortuna. Le dije que era imprescindible que se quedara aquí hasta que lograra devolverme ese cuerpo como si fuera de verdad. Ese hombre pareció entenderme a la perfección, me pidió una de las cabañas para trabajar a solas, necesitaba varios meses. Lo dejé hacer sin preguntar. Salía todas las tardes hacia el bosque con un morral flaco y regresaba con algo

dentro del mismo, ¿qué escondía?, lo deduje unas semanas después. Primero me horroricé, luego comprendí. Era tan perfecto el trabajo que no pude rechazarlo.

De nuevo la pesadilla. Otra vez, papá, el horror. El Barón respiraba alterado, movía la cabeza hacia atrás como si quisiera escapar también de la angustia mientras me decía: ese hombre, querida Mirella, había aprendido todo sobre los cadáveres, experto embalsamador pero también taxidermista. Podía disecar la piel de animales de tal manera que podía imitar cualquier cosa que se le pidiera. Ese hombre era dueño de las mejores técnicas de los experimentos que hicieron en la Gran Guerra. Los peores estuvieron en Terezin y Talerhof, en el Imperio Austrohúngaro. Allí hicieron cosas que cualquiera calificaría de espantosas, inhumanas. No puedo hablar, no, no puedo hablar de lo que este hombre me confesó cuando me mostró el trabajo que usted misma ha observado hace unos minutos. No pudo terminarlo. Yo tuve la culpa, ¿comprende?, yo interrumpí el trabajo maravilloso que ese hombre estaba haciendo con esos pequeños seres, todos tan blancos como la piel de su madre. ¿Sabes, Mirella, cómo se desencadenó la tragedia para mí? Fue fulminante, brutal, en un par de horas, tan fugaz como el resultado de un paseo inocente alrededor de la cabaña en donde el taxidermista hacía su trabajo. Fue también producto de mi curiosidad. Observé en la terraza dos enormes palanganas, era asqueroso, estaban repletas de cabezas de animales

pequeños, roedores. No puedo decirle si eran ratas, conejos, ardillas. Había distintos tamaños, varios de ellos tenían en común el pelo blanco. No me resistí e irrumpí dentro de la cabaña. En el centro de la estancia, justo, allí estaba Sophie, hermosa, más hermosa que nunca. Me quedé embelesado. Quise acercarme y el hombre me detuvo anteponiendo su cuerpo mientras me daba un grito: ¡no la toque! Al acercarme, me di cuenta de que algo no marchaba. Una ligera capa de pintura o maquillaje cubría toda su piel. Las delicadas costuras que unían los retazos de piel dejaban ver la triste realidad. Eran eso: retazos. Un cuerpo formado de retazos, algo monstruoso que resultaba bello. Entonces lo saqué de la cabaña, casi a golpes. Y yo debía ser el autor de esa maravilla y ese tipo no entendía nada. Uncir, uncir el cuerpo con vino de palma, con aromas molidos, sí, la finísima mirra, la canela, la casia, así, sí, es que la piel toma como suya la fuerza de esos olores. Es indescriptible la sensación de la piel, es una sensación única de suavidad. No lo va a creer pero una piel tratada puede tener un peso considerable, ¿no lo sabía? Así es, increíble. Ese taxidermista era un experto. Y al mismo tiempo, embalsamador, decía que los egipcios tenían varias formas de hacerlo, según la clase social a la que pertenecieran. Algunos abrían el cuerpo con una piedra de obsidiana y sacaban los órganos internos; otros, ni siquiera veían necesario abrir el cadáver, sino que llenaban el cuerpo de aceite de cedro a través del orificio del ano, cuidando de que no se saliera, y después de varios días

el aceite arrastraba las entrañas desechas casi en estado de liquidez. ¡Cállese ya!, le grité desesperada.

¿Te das cuenta de lo que estaba pasando con el Barón? Me encontraba indefensa. Hablaba de taxidermia, un término empleado para disecar a los animales. Según comprendí, usó tanto métodos para embalsamar cuerpos humanos como también los empleados para disecar animales. Para él, Sophie no era más que algo susceptible de conservar a su antojo, como un animal, un objeto, una cosa. Y él pensaba que ese deseo de conservarla y poseerla era amor. Cuando desapareció Sophie terminaba apenas la Primera Guerra, pasarían varios lustros para que se iniciara la otra guerra, la última, la que comenzó a fines de los treinta. Terezin y Talerhof fueron el antecedente directo de Treblinka, en donde se hicieron indescritibles experimentos con los prisioneros de los campos de concentración. No deseaba más nada, hasta allí llegaba mi curiosidad. Me negué rotundamente a que ese hombre hablara de sus prácticas, que me transmitiera lo que sucedía por su mente perversa, que me hiciera parte de su locura. Mi cabeza se negaba a escuchar, a saber. Y aparecía en mí la duda que tanto deseaba soslayar: ¿había conservado la piel de Sophie por más de veinte años? Era espantoso. Escuché un zumbido en los oídos. Miraba cada objeto de arte, uno tras otro parecían hacer una fila. Algunos rostros permanecieron fríos, como ensimismados. Sólo el retrato de un caballero de bigote retorcido me veía con la expresión de quien pregunta

discretamente cómo puede ayudar. Sonreí nerviosa. Nadie lo haría. Lo pensé como una condena injusta, ¿cuál era la culpa que estaba pagando? ¿La vida era así? A un lado y al otro de mí, al fondo de la estancia, había disecados dos alces gigantes, de distintas especies, diría un zoólogo. Pensé que el cuerpo de Sophie había sido tratado como el de una pieza de caza. ¿Y Gusto, no había sufrido lo mismo? Apelé a Dios, al Dios en el que nunca creí, como tú.

No podía estar más en ese lugar. Me levanté y me dirigí a la salida, mientras escuchaba la risa del Barón: usted nunca tendrá la belleza de su madre, su parecido sólo es aparente, sólo es forma, nunca podrá ser como Sophie.

Sí, él decía una verdad. Yo lo sabía desde que vi la primera foto de mi madre. No me lastimaba. Ese algo que su cuerpo despedía le pertenecía sólo a ella, esa esencia que el Barón quiso hacer suya sin ningún éxito. Él sólo era dueño de la apariencia, por eso no permitía que uno mirara ese cuerpo más que unos segundos, por eso la pertrechaba en esa luz cenital que enceguecía. Recordé esa escena de esperpentos y, de manera paradójica, me sentí reconfortada. Al fin alguien lo había dicho: yo no era idéntica a mi madre. Recuperé mi cuerpo, mi cara, sí, no era posible de otra manera. ¿Por qué había permitido caer en esa falsa ilusión, en esa inconsciencia, por qué había sentido que podía encarnar a Sophie? ¿En dónde había estado todos estos meses? Darme cuenta de que todo había sido una ilusión construida por mí, el verlo claramente, me liberó, me

quitó un peso gigantesco que con el tiempo he ido comprendiendo. Había sido una necesidad casi enfermiza, profunda pero, al fin, podía volver a mi ser, a ser Mirella en plenitud. Quizá distinta pero libre. Qué paradoja. En el fondo, tendría que agradecerle al Barón.

Esa noche me llamó Eugenio, deseaba hablar conmigo. No le había ido muy bien en el reencuentro con su mujer. Sin embargo, mi decisión de regresar a México, a mi casa, estaba tomada. Así se lo hice saber.

## CAPÍTULO XXIX

Sólo pasé una noche en la ciudad de México y tomé el tren que me llevaría a Saltillo. Nunca imaginé que una llamada telefónica cambiaría el rumbo de mis próximos años. Fue *Pis*, Arturo, el que llamó. La emoción que sentí fue enorme. Al principio pensé que se debía al hecho de revivir mi infancia, mi adolescencia. Era el regreso de mi mejor amigo. Ojalá supieras lo magnífico que fue encontrarme con Arturo justo en el momento en que me había preparado para cancelar cualquier posibilidad de una vida amorosa y, sin embargo, llegó el reencuentro, eran buenos augurios. Arturo prometió buscarme a mi regreso.

Esa noche nos reímos de nuestras terribles fechorías, hablamos de ti y de su padre, de los sucesos de Ascona y salió a colación la enigmática *Bruja*, sí, decidimos bautizarla

así, porque a pesar de que Arturo supo más tarde que era una más de los exiliados de la comuna, no pudimos desentrañar todos los misterios que se tejieron a su alrededor. Era austriaca, se había emparejado con un inglés y habían abandonado Suiza junto a Ida y Henry, cuando ellos vendieron la propiedad. Tú les ayudaste a conseguir la vieja casa junto a la nuestra, allí vivieron varios años. Casi de milagro se ganaban la vida, vendían cosas, las hacían ellos mismos, no se anunciaban para no hacerse visibles; la gente del barrio iba allí sólo por los rumores. Decían que el dueño anterior de esa casa había muerto sin herederos y que por eso podían vivir allí. En esta caótica ciudad todo es posible. Nadie los molestó durante muchos años. Puedo ver las huellas de tu ayuda. El marido murió de manera repentina, algo pasó, dicen que el cuerpo del pobre hombre simplemente desapareció, sin más. Habían llegado a la ciudad, de manera clandestina, y aquel hombre se dio el lujo de morir igual. A los pocos meses de muerto se dijo que la *Bruja* había enterrado al marido en su jardín, muy cerca de nuestra barda. Los chiquillos de la cuadra lo dábamos por cierto, ¿tú estuviste involucrado en eso? Sé que eras capaz, odiabas los trámites, odiabas las normas. No me contestarás pero no es necesario. Sé que así fue. Los rumores no tardaron en circular asiduamente y se fueron transformando en la afirmación de que esa mujer había asesinado a su marido. Es curioso; el rumor perduró tantos años que se manifestó en un miedo atroz entre todos los niños de la cuadra, ¡pobre mujer! Ahora sé que sólo trataba de

sobrevivir. Un día dejamos de verla por allí. Después de algunos años de abandono, la casa fue incautada. Nadie la visita desde entonces.

Arturo conocía muy bien tu historia pues estaba entrelazada con la de su padre. Con la diferencia de que el suyo, don Ricardo, siguió en su actividad política durante años. Probablemente eso le costó la vida. ¡Válgame!, yo era la única ignorante. Lo que sí fue un hallazgo para Arturo fueron tus estrechos lazos con Sophie, ¿puedo decirlo así?, ese fue un secreto que se quedó atrapado en Monte Verità.

Mi reencuentro inicial con Arturo fue breve pero intenso. Después de unas cuantas horas con él, nos dimos cuenta de que compartíamos el deseo de un futuro juntos. Fue una decisión contundente, ambos confesamos que nos quisimos mucho desde nuestra pubertad. Nos reímos tanto cuando coincidimos en decir que nuestro primer beso debió ser en ese entonces. Apresuré mi viaje a Saltillo, tenía la necesidad de ir a celebrar el despedirme de ti, reencontrarme y seguir adelante.

Hoy me siento en paz, al igual que todos estos últimos días. Fui a la Casa Grande y me encontré con algo muy triste. Creo que de alguna manera lo esperaba. Las tías se habían ido a una casa de retiro, ya no podían vivir ellas solas en una casa tan grande y aislada. La vejez nos mata lentamente. Fui a verlas. Les llevé dulces, galletas y su pan de pulque. Discutían sobre sus máximas preocupaciones: terminar el último chal

tejido. Las dos están casi ciegas y siguen tejiendo así. Dicen que miran apenas el brillo de los ganchos. ¿Te comiste la galleta que dejé, Mina? Era mía, escuché decir a Agripina. Mina apenas me reconoció, sufría una rápida pérdida de la memoria. Cuando lo hizo, lo olvidó de nuevo. Agripina estaba muy gustosa con mi presencia pero se le veía agotada, la voz ronca se le había apagado. En algún momento se puso a recordar, sobre todo a ti. Y me dijo, ¡ay, tú papá! ¿Sabes por qué se fue de revoltoso? Por tu abuela. Entonces me volvió a contar la historia del Niño Fidencio y la muerte de la abuela como si nunca lo hubiera hecho. Estaba tan emocionada que la dejé hablar sin interrupciones.

Mientras escuchaba a la tía, imaginé a tu madre, viva, con ese rostro tan dulce y delgado como aparece en sus fotos más viejas. La veo contigo, llevándote de la mano mientras atraviesan la Alameda que apenas se adorna con unos cuantos álamos, para buscar el premio que cada domingo te ofrecía si te portabas bien. Tú la observas con amor, embelesado por su esbelta figura y ella te sonrío con ternura y llama al vendedor que trae una carreta de madera, con bloques de hielo sobre los que transporta cubetas llenas de las algas y plantas marítimas que conservan frescas las conchas. Tu madre, mi abuela, extiende la mano para darle unas cuantas monedas al hombre mientras su mujer toma de la canasta de madera una concha de ostión a la cual le sacude el hielo en trozos; y con un pequeño y afilado cuchillito la abre, la coloca en un pedazo de papel estraza

mientras tu madre y tú observan con placer cómo se mueve el molusco, un poco de limón y chile piquín, y te lo entrega. Tu rostro tiene un gesto de delicia cuando jalas con fuerza al inocente ostión que minutos antes reposaba en su concha. Entonces te veo sonreír, como siempre lo hiciste, como si te diera pena sentir tanto placer. Y entendí el profundo amor que le profesaste a tu madre. Y yo fui allá, al Espinazo, a buscar el dolor que dejaste en ese lugar al encontrar el cuerpo de tu madre, de mi abuela, quizá el mismo que sentí ante tu muerte. Yo también quería despedirme de ella como ya me había despedido de Sophie. Y escuché muchas voces, las mismas que tú oíste cuando buscaste a tu madre. Confirmé lo que las tías me habían contado como una historia de fantasía. Allí estuve algunos días. Casi todos los del pueblo viven del recuerdo, fue un Santo, dicen todavía del Niño. Sobrevive un cementerio descomunal: el pueblito del Espinazo se multiplicó en esos años, pero lo que aumentó velozmente fue el cementerio. Crecía tan rápido que eran más las tumbas de los tres cementerios que los habitantes. En uno de ellos, supe que encontraste a la abuela, descansando, libre de enfermedades. Allí fui yo también y me despedí de ella, había muchas tumbas, una tras otra, cruces alineadas, muy juntas. En ese lugar me dijeron que el Niño Fidencio murió en el Espinazo, de una cirrosis hepática a consecuencia de su alcoholismo. Lo velaron a los pies del pirul en donde manifestó su regreso al mundo de los vivos a través de una de las llamadas “cajitas”, que no son otra cosa que personas, llamadas así entre los

curanderos. Son las receptoras de almas ajenas. En el Espinazo, se dice que en las noches se escuchan los gritos de Fidencio, los mismos que daba tras las golpizas que le propinaba su tío adoptivo para que siguiera curando. Las “cajitas” son los cuerpos. ¿Lograrás, papá, que tu alma se adueñe de alguna “cajita”? ¿Podré escucharte de nuevo algún día? No te rías, no lo harás. Lo sé.

Al final fui a contemplar en soledad el desierto, tu desierto; era una deuda que tenía conmigo desde años atrás. La arena brillante por momentos parecía convertirse en un espejo y el sol amenazaba con aumentar aún más la temperatura. El desierto se extendía, se ensanchaba para cubrir todo y desaparecer la geometría del paisaje. La arena no se movía. Como una gran sábana, cubría cada centímetro de la superficie de la tierra que me rodeaba. Sin embargo, la inmovilidad es sólo aparente. Era un mar de arena, constaté que se movía. Supe que era cierto porque lo supe por ti. En esas tardes que pasé contigo frente al paisaje me dijiste que el desierto se mueve como el mar, la diferencia, asegurabas, es que lo hace con una extrema lentitud. Miré las olas de arena venir hacia mí. Las miré moverse y te vi caminar sobre ellas. Atrás se quedaron los álamos con sus hojas plateadas que a esa hora de la tarde se tiñeron de dorado, parecían pintadas como si los rayos solares hubieran sido los pinceles.

Es tarde. Hace un rato escuché, como si prendiera una grabadora dentro mi cerebro, la voz del señor de la funeraria: ¿podría escoger la ropa que llevará puesta su

padre? Escuché a medias la pregunta, estaba como atontada, así que pregunté sin pensar: ¿cuál ropa?, no comprendo, ¿es muy importante? Me di cuenta que era mejor obedecer y me limité a preguntar: ¿usted cree que estará bien este traje gris oscuro, una corbata a rayas y zapatos negros? El empleado de la funeraria me miró con una cara dura, no me contestó y continuó recortando con unas enormes tijeras la pijama manchada que traías puesta. Prefería verte envuelto en la sábana muy blanca y limpia con la que amortajaron tu cuerpo y te llevaron de este lugar húmedo a otra habitación, en donde estás solo.

Apenas ayer fui al cementerio a verte, me acerqué a tu cuerpo, a oler tu espacio, a estar junto a la tierra que te protege. Al fin visité el lugar en donde te enterramos hace ya algunos meses y al que no volví por una sola razón: no quería aceptar que estarías ahí para siempre. Pero finalmente junté el valor que me faltaba y me paré junto a tu lápida, lisa y llana como el desierto que amaste, coronada por una sencilla placa que decía:

*Aquí yace Rodrigo Arteaga*

*1901-1970*

*Junto a su siempre amada esposa Concepción Romero*

Ni una palabra más. Dejaste escrito en un sencillo cuaderno que no querías ninguna cruz, ninguna alusión religiosa. Nada. Pero yo quise imaginarte, quise visualizar que tú estabas allí, yacente, encima de tu lápida, tu cuerpo hecho de mármol, volviendo a ser, a existir de esa forma y te veía acostado con las manos cruzadas sobre tu pecho, a la antigua usanza, y así, para la eternidad.

Escuché de nuevo tus últimas palabras, cargadas de un aliento dulzón. Ahora mismo resuenan con claridad en mi memoria, ahí se han repetido cientos de veces. Me sobrecojo de la misma manera que esa noche cuando me dijiste: no te veo, hija, prende la luz. Necesito decirte que tu madre es Sophie Lenz. Vivió en Ascona. Eso fue todo.

Escucho el timbre del teléfono.



## ACERCA DE LA UTORA

MARCELA SÁNCHEZ MOTA. (Ciudad de México). Egresada de Sociología en la UNAM en donde fue académica. Realizó estudios de danza clásica y contemporánea. Fue miembro fundador de la compañía Utopía Danza-Teatro, donde fue intérprete, coreógrafa y escritora de poemas y guiones escénicos. Estudios de dirección escénica con Juan José Gurrola. Asistente de movimiento escénico con Ludwig Margules en *Mephisto* de Gounod. Fue becada por el Tanz Projekt en Colonia, Alemania. Fue fundadora y directora del grupo Espacio Libre de Arte El Fauno, escuela de formación de actores, bailarines o artistas escénicos. Especialista en máscara corporal (técnica Jacques Lecoq). Actriz en *La Daga* de R. Quintanilla y en *El mito de Antígona* con *El Fauno* en

temporada en el Teatro Julio Castillo. Fue acreedora del Premio Virginia Fábregas por una obra de máscara psicológica. Participó en talleres de narrativa y poesía con Mario González Suárez, Francisco, Hernández, Mauricio Molina, Ricardo Yañez, Antonio Deltoro, José Saer y David Huerta. Diplomado en Teoría e Historia del Arte con Jorge Juanes. Impartió clases de poesía en los diplomados de la Universidad Iberoamericana. Es egresada de la Escuela Dinámica de Escritores de Mario Bellatin, con quien colaboró en dos proyectos literarios para la casa México-París y el Claustro de Sor Juana Inés de la Cruz. Ha colaborado con sus relatos en las revistas literarias: *Blanco Móvil*, *Fahrenheit*, *Unomasuno*. Obtuvo el Premio de Cuento Casa Lamm, el Premio de Cuento Erótico Ojos y Tactos, de la UNESCO; y recibió Mención Honorífica de cuento en la Universidad de Nuevo León y del 2º Premio de Cuento Casa Lamm. Es autora del poemario *Luz de Serpiente*, ganador del Premio Chamán de Literatura. Fue colaboradora de la columna de danza de la Jornada Semanal durante 7 años, 2001 al 2007. Colaboró como ensayista de danza en la Revista DF, 2004-2005. Colaboró con la *Revista de la Universidad de México*, con varios ensayos sobre el cuerpo en la escena, las religiones y la filosofía; en el suplemento *Hoja x Hoja*, y en el libro *México: una apuesta por la cultura*. Creadora escénica en obras finalistas del Premio INBA UAM 2007, 2008 y 2009. Desde el 2007, es co-directora artística de Foco alAire producciones y co-autora de las piezas: *Idea de una Pasión* 2010, *LOStheULTRAMAR*, 2012 y *laAUDICIÓN o Salón*

*ConTinenTaL* 2014 que obtuvo Fomento y Coinversión del FONCA. Imparte talleres de máscara corporal, así como, diseño y realización de máscaras. Recientemente fue galardonada con el Premio de Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela 2010, publicada por La Cifra Editorial en 2014, presentada en el Palacio de Bellas Artes. invitada por la FIL de Guadalajara y la Feria del Libro de Manizales, Colombia, la Feria del Libro del Zócalo y otras Ferias del Libro Nacionales. En 2012, ganó el Premio Nacional de Danza INBA-UAM-UNAM, con la pieza *LOStheULTRAMAR* en co-autoría con Octavio Zeivy. En 2013 y 2014, con Foco alAire, dirigió y estrenó la pieza *laAUDICIÓN (SalÓN ConTinenTaL)* con el apoyo del FONCA. Esta última pieza, *SalÓN ConTinenTaL* y *LOStheULTRAMAR* fueron invitados al Festival Internacional Cervantino 2015. Participa en el Encuentro de Artes Escénicas 2015. Invitaciones a participar en giras internacionales a Los Ángeles, California, a Manizales, Colombia, a Praga, Checoeslovaquia, entre otros. Invitación a pertenecer a la plataforma artística de Frontera Arts que dirige Lynn Fischer.